

MEMORIAS DE UN MENESTRAL  
DE BARCELONA



# MEMORIAS DE UN MENESTRAL DE BARCELONA

(1792-1854)

POR  
JOSÉ COROLEU



PRÓLOGO DE  
WIFREDO COROLEU

Presentación y notas de RICARDO SUÑÉ

Ilustraciones de FLORIT



EDICIONES "BETIS"  
BOT, 4 BIS. — BARCELONA

1946





## PRESENTACIÓN

*Confieso sinceramente que me siento muy halagado por el encargo que Editorial Betis me ha hecho de presentar — si es que lo necesita — esta nueva edición de las MEMORIAS DE UN MENESTRAL DE BARCELONA, una de las obras más completas y bien documentadas — sin caer en la aridez enciclopédica — que se han escrito acerca de la vida barcelonesa, costumbres, usos y sucesos varios referentes al interesante período que abarca desde 1792 a 1864.*

*Indudablemente es un verdadero acierto reeditar este libro interesantísimo por demás, en el cual su autor, el gran historiador, prosista y literato don José Coroleu Inglada, puso una vez más de manifiesto sus relevantes cualidades.*

*Las MEMORIAS DE UN MENESTRAL DE BARCELONA es una obra que siempre se leerá con gusto. De ella sí que no puede decirse que su interés hace hincapié en el ambiente actual, tan propicio a dar acogida a las producciones de tipo local y muy especialmente a las que evocan escenas y recuerdos del siglo XIX. No. La brillante obra de don José Coroleu, a la cual hemos ido a parar todos cuantos al barcelonismo literario nos dedicamos, es un libro excepcional.*

*De mí sé decirlos que en el espacio de quince años lo he leído y releído centenares de veces, impulsado por el interés que sentimos ante una novela sugestiva, pletórica de atractivos y de emoción.*

*Posee ese encanto íntimo de todos los libros de Memorias. Por otra parte, el relato de lo familiar, de lo casero, de lo íntimo, en fin, no desmerece lo más mínimo de la parte principal del libro — la historia encuadrada en el citado período —, que el autor, con habilidad de maestro consumado, logra mantener con un interés latente, matizándola con píntoresquismos que, por lo general, no les dispensa atención alguna el envarado historiador, pero que, sin duda, son expo-*

nentes harto estimables para estudiar la psicología de una época y de una ciudad.

No decrece jamás el interés de este libro singular. Si a los quince años me impresionó — contribuyendo a mi afición por los estudios históricos barcelonistas —, a los treinta y tres me sigue cautivando igualmente.

Bueno será insistir en que, además de libro entretenido y curioso, es fuente de documentación y de inspiración. Acaso no falten más de cuatro que sonrían ante esta afirmación entusiasta, pero yo sé bien lo que me digo.

Tal vez no fuera muy oportuno citar aquí nombres propios; sin embargo, me creo en el deber de decir que las MEMORIAS DE UN MENESTRAL DE BARCELONA fueron el punto de origen de muchos libros que vinieron luego a enriquecer la literatura barcelonista en todos sus diversos aspectos.

Don José Coroleu e Inglada era un literato excepcional para tratar un tema como el que enfocó en este libro: "Posee Coroleu el secreto de dar vida a todo lo suyo", decía de él su gran amigo don Víctor Balaguer en el prólogo que escribió para su magnífica Historia de Villanueva y Geltrú. Es cierto. Aquel insigne barcelonés, de pluma fácil y garboso estilo, pulcro a la vez que asequible, sabía valorizar los hechos.

Por estas páginas — como en todas las suyas — no desfilan seres inanimados, sino personajes llenos de vitalidad que todos parece que hemos conocido y tratado. Si abres, lector, este libro, seguro estoy de que no lo has de cerrar hasta haber dado cuenta de él, devorando sus páginas.

En él se nos presenta a la Barcelona de nuestros abuelos y bisabuelos, cercada por el pétreo cinturón de sus murallas; bullanguera, inquieta, menestrala y señora a la vez.

Es un delicioso calidoscopio por donde desfilan las siluetas románticas, con los miriñaques y sombreros de copa y los altos morriones de los soldados.

Es algo así como un "film" trepidante, lleno de interés; iniciase en las postrimerías del siglo XVIII, pasa por los episodios de la invasión napoleónica, la matanza de frailes y quema de conventos de 1835, los bombardeos de 1842 y 1843, con las turbulencias de la "Jomancia". Bullangas, epidemias, desolación; pero también el próspero constante se deja sentir en la

*Ciudad. Y aquí, por vez primera en España, se hacen las pruebas del "daguerrotipo", del alumbrado por medio del gas, de la electricidad y del ferrocarril.*

*En estas MEMORIAS DE UN MENESTRAL DE BARCELONA, una vez más advertimos esa virtud típica de la Ciudad Condal que la convierte en Ave Fénix constantemente, y que tan acertadamente señaló el admirable estro de Maragall:*

«...en aquest cel que tens tant dolç i blau  
que tot s'ho empassa i resol i canvia,  
i torna en oblit i consol i alegría:  
mil cops la perdesses  
mil cops tornaria a tu la pau.»

*Coroleu así lo describe en su estilo eminentemente periodístico, porque tiene nervio, colorido y claridad diáfana en la exposición de los episodios.*

*El Cronista de Barcelona pudo escribir con razón, en el prólogo que aludía hace poco:*

*"¡Ah! ¡Si en cada pueblo de Cataluña hubiese un cronista como Coroleu — y me apresuro a decir que los hay dignísimos, por cierto, en algunos —, si en cada pueblo de Cataluña hubiese quien desenterrara glorias de localidad olvidadas, tradiciones de comarca desconocidas, documentos importantes sepultados bajo el polvo de archivos municipales o parroquiales, ¡qué pronto y qué bien y fácilmente se escribiría la historia de Cataluña, la historia del pueblo catalán, de sus naturales y de sus instituciones, no la de sus reyes y de sus guerras únicamente, como generalmente se ha venido haciendo hasta ahora!"*

*Creeríamos pecar de injustos si no consignáramos a este respecto una virtud capital de esta obra: su autor, para escribirla, acudió a todas las fuentes documentales posibles. El lector acaso — sugestionado por el interés del relato — no repare en esta particularidad. Pero para nosotros es un deber hacerlo constar.*

*En realidad, la ficción de los personajes de las MEMORIAS DE UN MENESTRAL DE BARCELONA no puede descubrirse por el más leve gazapo. No hallaremos ni uno. La documentación his-*

tórica de que se valió el señor Coroleu para escribir este libro es extensísima y buena.

Su labor en ordenarla y presentarla al lector fué realmente titánica. Tras el lenguaje fácil y la exposición de los hechos, aparentemente espontánea, hay — no lo olvidéis — un investigador incansable, un lector paciente y ordenado...

Por imperativos profesionales y natural inclinación a los estudios históricos de nuestra Barcelona, acaso nadie como yo — y perdonad la inmodestia — pueda dar fe de esta labor silenciosa e intensa de Coroleu en su obra.

Siempre recordaré un hecho — que relato únicamente para corroborar mi convicción — probatorio de esa labor paciente del investigador, de que es reflejo las MEMORIAS DE UN MENESTRAL DE BARCELONA.

En cierta ocasión tuve necesidad de documentarme de una manera completa acerca de los bombardeos ocurridos en Barcelona durante los años de 1842 y 1843.

Durante el espacio de un mes no cejé de buscar por bibliotecas y archivos, echando mano a no pocas fuentes documentales de carácter particular. Recuerdo que llegué a "hacer" más de doscientas papeletas, con toda clase de detalles.

Vino luego la paciente labor ordenadora del minucioso extracto, y al fin la composición de mi trabajo. A modo de asueto, aquel mismo día quise releer las MEMORIAS DE UN MENESTRAL DE BARCELONA — para mí es como un Don Quijote o un Kempis barcelonés — y, por influencia ambiental, hojeé las páginas relativas a los sucesos en cuestión. Me quedé atónito. El extracto vibrante, real, exactísimo de aquellos sucesos estaba allí. Lo adiviné entré líneas.

¡El camino que yo tan ufano recorriera, Coroleu lo había explorado con maestría sin igual!

Lo que pasa es que el estilo pulcro y llano del maestro — acomodándose en lo posible al del ficticio menestral — hace que el lector olvide que está leyendo una obra de un erudito historiador, porque con gran acierto don José Coroleu acentuó en este libro su condición de literato, velando en lo posible la erudición histórica, por lo común expresada en citas, datos numerosos y comentarios altisonantes.

Nos conviene, por lo mismo, declarar que las notas amplia-

*torias que van en el apéndice de esta edición, para solaz del lector, no significan en modo alguno — nos horroriza caer en pecado de necedad — que pretendamos enmendar la plana a tan ilustre autor. Anotadas en papeletas las tenía todas, y si no las consignó en su libro fué, sin duda, por temor a hacerlo demasiado extenso.*

*Antes de poner punto final a estas palabras preliminares — que pronto olvidarás, lector, cuando te entregues a la lectura de este delicioso libro —, cumple por mi parte, como director de esta edición de las MEMORIAS DE UN MENESTRAL EN BARCELONA, agradecer a cuantos en ello han contribuido en bien de la literatura barcelonista.*

*A la Editorial Betis, que no ha regateado esfuerzo alguno para presentar la edición de la manera digna que merece una obra de esta índole.*

*Al Dr. D. Wifredo Coroleu, hijo del ilustre autor de este libro, que nos ha prestado toda clase de facilidades y orientaciones y lo ha valorado con su prólogo repleto de sincera emoción.*

*Al genial artista D. José Florit, que en las ilustraciones ha sabido interpretar a las mil maravillas los ambientes y figuras que se deslizan por las páginas admirables de este libro.*

*A todos doy mis más expresivas gracias en nombre de los buenos barceloneses que acogerán jubilosamente esta edición, digna de la gran obra de don José Coroleu.*

*Indudablemente, la parte más floja es aquella en que intervengo yo; discúlpalo, lector amigo, en gracia al fervor y entusiasmo indescriptible que he puesto en mi labor.*

RICARDO SUÑÉ ALVAREZ



## PRÓLOGO A LA EDICIÓN EXTRAORDINARIA

DB

### "MEMORIAS DE UN MENESTRAL DE BARCELONA"

*Por algo se dice hoy día, y aun en latín, con estar tan olvidado, lo del Habent sua fata libelli, puesto que la más genuinamente popular de las obras de mi padre hubo de anunciarse como inédita y de autor incógnito al publicarse por primera vez. Y como todo lo ignoto posee un irresistible encanto, no tardó en presentarse a la empresa editorial el veterano periodista don Juan Mañé y Flaquer, solicitando un ejemplar del libro. Y cuando se le hizo observar que lo recibiría con su diario, replicó de un modo terminante:*

*— ¡Es que yo lo quiero para mí solo!*

*Por mi parte, confieso que no sabría cómo reseñar a estas horas una obra tan conocida, y sólo podría decir lo que un lector benévolo, y de otra patria chica que la del Menestral, hubo de decirme en confianza:*

*— ¡No me sorprende la celebridad del sujeto, pues es el verdadero y auténtico retrato del Senyor Esteve, el home de seny, cuando el de Rusiñol no pasa de una caricatura!*

*Y en verdad que aquel honrado tendero y home de sa casa, de fines del siglo XVIII, en nuestra ciudad es muy real y también profundamente humano. No sólo pertenece a su "estamento" o clase social, sino también a su familia y su interior. Y no sólo conoce muy bien su sitio, sino que sabe guardarlo celosamente. Además, vive con su siglo y ve venir a pasos agigantados la influencia de la Revolución Francesa. No la ve solamente para él y los suyos, sino para Cataluña, que espera el inevitable bautismo de fuego.*

*Y qué cuadro tan espontáneo de hilaridad el de aquella tertulia de señores de peso, a excepción del chiquitín y futuro Menestral, cuando ba<sup>an</sup> a coro, al ordenarse fiestas de regocijo popular, y mientras co<sup>an</sup> la vieja y burlona canción:*

*Quan el pare no té pà,  
la canalla, la canalla.  
Quan el pare nò té pà,  
la canalla fa ballar.*

*Pero aun hay clases en aquella vieja sociedad agremiada y privilegiada, en que no quedan más soldados que los Suizos de la Guardia. El menestral se conserva ciudadano, ciudadano ejemplar y pacífico, en medio de los horrores y sinsabores de la dominación extranjera. Solo, confía y espera en mejores días con inquebrantable confianza. Y tras las aciagas jornadas de 1809, con el sitio de Girona y el fatal desenlace del complot de Montjuich, comienza a sentir con el pueblo que se van minando los pies de barro de aquel coloso de la Escritura. Pero la paz, como la libertad de España, estaban lejos todavía.*

*En 1814, y libertado ya el país del yugo extranjero, parece que va a comenzar una nueva y más dichosa era. Pero, por desgracia, sólo se inaugura la de un nuevo y más lastimoso retroceso: Y el Menestral se ve forzado a guardar silencio, que dura hasta 1820 con la insurrección de Riego en Cabezas de San Juan. A todos parecía que iba a brillar una nueva aurora. Pero el aprendizaje de la libertad es arduo y difícil, y los disturbios callejeros permanecen a la orden del día. Lo peor es que la infortunada Barcelona no goza siquiera de la paz que da la salud pública, por aparecer la fiebre amarilla, que no debía reaparecer hasta otra revolución, la de 1870, continuando los días de la Gloriosa del 68.*

*Y el Menestral permanece en su ciudad nativa, a pesar de agitarse en consejo de familia la idea de refugiarse todos en un lugar vecino. Reinaba aún por entonces la majestad del hogar paterno, como en los lares y penates de los romanos. Y más aún reinaba la unanimidad en los corazones del pueblo, lo que raramente se ha conocido después por nuestra común desgracia.*

*Al desvanecerse el peligro del azote, no tarda en repetirse la invasión francesa con los Cien mil hijos de San Luis. Mejor recibidos que la vez primera, aunque fueron los mismos con otro uniforme, pretenden restaurar, a ~~su~~ decir, el orden. Pero al consolidarse la monarquía del Desempeño, se cubre la ciudad de*



cárceles y suplicios, mientras nos acostumbramos a los desórdenes de la naciente "facci6n".

Al bajar al sepulcro Fernando VII, y bajo el reinado reparador de María Cristina de Nápoles, su viuda y Regente del reino, se inaugura felizmente una nueva época. Mucho y bueno se promete de él nuestro Menostral, pero la guerra civil le despierta pronto de sus más preciadas ilusiones. Las asonadas callejeras, la guerra en el campo, el bandidaje, se hacen cada vez más crueles. Los sangrientos motines de la quema de conventos, las fatídicas escenas contra los prisioneros, el asesinato por las turbas del infeliz general Bassa, señalando los progresos de un feroz canibalismo. Muy ardiente debe ser la fe en la patria para creerla salvada en tales y tan bochornosos días. Pero no habían perdido nuestros abuelos la que les animara por espacio de siglos contra los moros. Y así, el apacible Menostral pudo decir con toda su flemma lo que aquel monarca saboyano: "que él y su tiempo valían por otros dos".

Terminó al fin aquella dolorosa contienda de los "siete años", que sólo indica su angustiosa duración y poco señala su verdadera causa. Y aun al llegar la suspirada paz, no amanece sino con muchas calamidades y penalidades.cae de improviso el gobierno de la Regente con el famoso motin de las levitas, en las propias calles de Barcelona y al regresar de un viaje que pareció triunfal. "El verdadero puebló", como se apellidaba él mismo con perfecta inocencia, se ve arrastrado por la plebe, que proclama la regencia de Espartero. Este convoca Cortes Constituyentes con los progresistas de Olózaga y los elementos de su propia confianza. Pero semejante mezcla debía ser de las llamadas detonantes en química, y así estalla al año siguiente, costando la vida al bizarro general Diego León.

Barcelona presencia el espectáculo no ya sólo de este motin, sino de otros que le siguieron, no por mezquinos intereses fabriles y arancelarios, sino contra Espartero y su política. Y esta vez no hay Cortes del reino ni elecciones tumultuosas, sino un bombardeo en regla contra la ciudad desde Montjuich, no librándose ni siquiera los buques anclados en el puerto. Y duran mucho aquellos días en que nuestra ciudad es tratada como plaza extranjera y sujeta incluso a una contribución de guerra por rebelde. Pero el humor del pueblo toma a chacota esta

*baladronada, borrando los letreros de las calles y los números de las casas en todas partes.*

*No había apurado aún nuestra ciudad el cáliz de la amargura, y ya al año siguiente, y tras un malogrado ensayo de reformas políticas y electorales, estalla una nueva revolución. Esta reviste carácter regional, sumándose a ella las más importantes ciudades y villas del Principado, con la Junta Central del Censo a la cabeza. Esta vez acaudillaba a sus propias huestes contra nosotros el general Prim, que deploró después amargamente su conducta en tales circunstancias.*

*Y así llega el Menestral al fin de sus días, que no fueron largos, en verdad, pero sí muy llenos y aprovechados. No descuidaba en efecto registrar los progresos y adelantos de su siglo, y también la historia de las artes y las letras en nuestra ciudad. Esta crecía y prosperaba en todos sentidos, marchando a la cabeza de las más notables de Europa. Y las perspectivas prodigiosas que entreveía de su restauración le consolaban de las nuevas amenazas contra la paz, que asomaban por el Oriente, y nacían de la rivalidad de Francia, Inglaterra y Rusia.*

*Nosotros, que conocimos su testamento histórico, sólo podemos añadir que se proponía escribir una continuación o ampliación de sus MEMORIAS, deseando sólo que el tiempo, en su infinita misericordia, nos permita un día conocerlas.*

\* \* \*

*En estos tiempos en que con tanto entusiasmo se escriben y se leen las obras que se refieren a la Barcelona de fin de siglo, la reaparición de MEMORIAS DE UN MENESTRAL DE BARCELONA es una valiosa aportación al estudio de la vida de nuestra amada ciudad y de las inquietudes y zozobras con que germínó su actual y esplendorosa grandeza.*

W. COROLEU

*Barcelona, mayo 1946.*

## MEMORIAS DE UN MENESTRAL

---

### AL LECTOR

Allá por los años de 1860 a 1864, falleció en esta ciudad un sujeto cargado de riquezas y más aún de experiencia, que, al decir de los que la poseen, es el mejor de los bienes para quien sabe de ella sacar partido. Sin duda que así debió él pensarlo, a juzgar por la diligencia grande con que se aplicó a tomar nota de cuantas cosas veía u oía que a su entender no éran para olvidadas. Las tales notas o apuntaciones, como quieran llamarse, están redactadas en estilo llano y pedestre, sin afectados encarecimientos ni artificiosos afeites, como de persona lega y que ni por asomo podía figurarse que fuesen algún día publicadas. Esta simpática ingenuidad y los candorosos solecismos que acá y acullá se advierten en su obra, son las circunstancias que dan más carácter y fisonomía a estas que titulamos *Memorias de un menestral*, porque lo era, en efecto, y de los más acomodados y discretos, el autor de las notas que vamos a publicar. Veránse en ellas descritos, a modo de apuntamiento que pudiera servir de base a más extenso relato, los rasgos generales y algunos típicos pormenores de las costumbres de nuestros antepasados, materia agradable, al par que instructiva, en esta época tan curiosa de detalles, que se complace en huronear por los archivos para coleccionar los chismes de la Historia.

Léense las tales *Memorias* en papel de ese que llaman *de barbas*, grueso y de gran tamaño, amarillo ya por obra del

tiempo y asaz consumido y maltratado por la acción corrosiva de la mala tinta y por el poco estudio que se ha puesto en conservar cual se merece este precioso manuscrito. El carácter de la letra es tosco y garabateado.

Salvo algunas — no muchas — incorrecciones de bulto que no podíamos excusarnos de enmendar, transcribimos literalmente las susodichas *Memorias*, que, sin introducción ni preámbulo, empiezan de este modo:

## 1792-1808

Desde el año 1780, en que nací, no he salido de Barcelona sino raras veces y por cortas temporadas, pasando la mejor parte del tiempo en la tienda de mercería que mis padres tenían en la calle Baja de San Pedro.

Mis primeros recuerdos son bastante confusos y he debido aclararlos más tarde con lo que leí y lo que me contaron. Sólo tengo presente, por la grande impresión que me causaba, que todas las noches se reunían con mi padre en la trastienda algunos tertulianos y allí conversaban recatadamente, como medrosos de ser oídos, sin permitir que yo escuchara sus coloquios. Al parecer no estaban en olor de santidad por sus ideas. A mi madre la tenían aquellos conciliábulos muy alarmada, y la veía a menudo alzar los ojos al cielo, suspirando con affigido ademán. A veces disputaba con mi padre; mas en cuanto alzaba éste la voz, callaba ella y volvía a sus quehaceres.

La verdad es que, con motivo de la gran revolución que había en Francia, andaban aquí todos muy azorados: pueblo y autoridades. La avidez por saber lo que allí pasaba era extra-



ordinaria, y como aquellos sucesos eran de muy mal ejemplo, preveníase el Gobierno de mil maneras para precaverlo. Había dispuesto, entre otras cosas, que se impidiese rigurosamente la entrada de los muchos papeles sediciosos, ya impresos, ya manuscritos, que aquí enviaban los franceses, y que todas las personas a cuyas manos llegasen debiesen presentarlos a la respectiva justicia, diciendo y nombrando el sujeto que se lo había entregado o dirigido. Respecto a los libros que venían de Francia, ordenóse que no fuesen introducidos sin real licencia e informe de la Junta destinada para ello, imponiéndose a los introductores las penas de comiso y doscientos ducados de multa por la primera vez, el doble por la segunda, y de cuatro años de presidio por la tercera, agravándose conforme a las leyes según la intención y mayor malicia que se probase.

Así lo decía una real cédula que en octubre de 1792 publicó el gobernador y capitán general, conde de Lacý.

Como en esta disposición venían comprendidos todos los folletos o papeles impresos o manuscritos que tratasen de las revoluciones y nueva constitución de Francia, desde sus principios, y los abanicos, cajas, cintas y otras maniobras que hiciesen alusión a los mismos asuntos, resultaba establecido un cordón sanitario a lo largo de la frontera y una verdadera inquisición política en el interior del reino.

Esto avivaba todavía el deseo de saber, y todo se volvía pedir noticias y comunicarlas sigilosamente y comentarlas con misterio, el cual aumentaba todavía el horror que causaban aquellas tragedias a unas gentes tan sencillas y apegadas a la tradición, como lo éramos entonces la mayoría de los españoles.

A prevenir esta agitación se encaminaba una Real orden que se promulgó el mes siguiente, mandando que en los parajes donde hubiese registro de Aduanas detuviesen éstas todo envío de libros o papeles sueltos; y que en aquéllos hubiese dos revisores, uno real y otro comisario de la Inquisición, en cuya presencia debían abrirse los fardos y formarse una lista triple de los impresos y manuscritos que se hallasen, firmada por los asistentes, quedando en poder de la Inquisición todo lo ya condenado o meramente sospechoso.

Los tertulianos de mi padre decían que todas estas precau-

ciones eran como echar lanzas en la mar, porque venían de Francia muchísimos fugitivos que nos ponían al corriente de todo. Entre éstos había un número tan grande de eclesiásticos, que hubo de publicarse una Real Cédula dictando reglas para su admisión y repartimiento en España, siendo de notar que no se les permitía residir en la corte ni en las capitales de provincia, sino en caso de necesidad, ni confesar más que entre sí, ni predicar, ni ejercer cátedras ni otra especie de magisterio público ni privado, ni estar muchos congregados en un mismo pueblo de la frontera, ni estar ociosos; debiendo ser muy vigilados y tomarse nota de sus residencias y conducta, dándose cuenta de todo cada quince días al Consejo.

Tampoco fiaba mucho de los clérigos franceses nuestro Gobierno. Todo lo que venía de Francia le causaba repulsión y sobresalto.

En el mes de enero del siguiente año 1793, vino de allá un Mr. Mechain, miembro de la Academia de Ciencias de París, comisionado para la medida del arco del meridiano entre Barcelona y Dunkerke, el cual vió una tarde desde Montjuich un cometa que dió mucho que hablar y aun más que temer. De este asunto se habló mucho en casa, porque como mi padre y sus amigos no cesaban de mofarse de la credulidad del vulgo, que atribuía a pésimo agüero este fenómeno, y precisamente en aquel mes fué guillotinado Luis XVI de Francia, mi madre tuvo presente esta coincidencia toda su vida para confundir a los que no querían que estas apariciones presagiasen guerras, trastornos y muertes de reyes. La verdad es que de todo ello hubo en aquellos tiempos, en los cuales no parecía sino que había llegado el fin del mundo.

Tanto era el temor que inspiraban al Gobierno los franceses y tal la ojeriza que les tenía, que en marzo de aquel año ordenó el extrañamiento de todos los no domiciliados que residiesen en España, no concediéndoles más término que el de tres días, incluso el de la notificación y el de la ejecución, no pudiendo salir en grupos de más de ocho personas, ni llevar armas ofensivas ni defensivas. Sus caudales y bienes quedaban como en calidad de depósito, no entregándose a los extrañados sino las cantidades suficientes para sufragar los gastos del viaje y las ropas y utensilios de su uso, según las distancias, número

de familia, calidad y demás circunstancias, a juicio de las respectivas justicias. Siguió a esta provisión una Real orden autorizando el armamento de corsarios contra las embarcaciones francesas; con que vinimos todos a comprender que también España se veía arrastrada por el torbellino que iba envolviendo a todas las naciones de Europa.

Entonces empezó mi padre a alarmarse de veras, vaticinando desastres, que fueron en realidad mucho mayores de lo que él temía. Mi madre se contentaba con exclamar: *¡Dios nos asista!*, añadiendo como siempre *¡Búrlate ahora de los cometas!* (1).

Mi padre no tenía valor para sonreírse.

Entretanto iban atropellándose los sucesos. En los primeros días de abril de dicho año 1793, publicóse con grande aparato militar la declaración de guerra de nuestro Gobierno a Francia. Recuerdo que iba en la comitiva mucha caballería y todos los pifanos y tambores de la guarnición, leyéndose en la plaza de Palacio, en la de San Jaime y en la del Rey la Real Cédula en la cual se recordaba la muerte de Luis XVI, el encarcelamiento de su familia, el apresamiento de varios buques españoles por naves francesas sin previa declaración de guerra y otros excesos y agravios. Concluía prohibiendo todo comercio, trato y comunicación con los franceses.

Con este motivo hicieron rogativas en las iglesias, acudiendo a ellas mucha gente para orar a Dios y oír los sermones, en los cuales se explicaban las cosas horrendas que en Francia sucedían.

Esto y el grandísimo rigor con que se perseguía y castigaba toda relación mercantil con aquel Estado, tenían en alarma al público y temeroso y afligido al comercio.

Con todo, el Ayuntamiento, la nobleza y los gremios de la ciudad acordaron dirigirse al rey ofreciéndole formar un cuerpo de 800 voluntarios de tropa ligera, vestidos, armados y mantenidos a sus expensas para servir durante la guerra, y además guarnecer y defender la ciudad en todo o en parte, si S. M. se dignaba disponer que se les facilitasen el armamento y municiones que necesitaban para ello.



Aun no habían hollado los franceses el suelo español, y, sin embargo, el fervor religioso y monárquico ya se había declarado aquí con grande entusiasmo, que se reflejaba en los espléndidos ofrecimientos hechos al Gobierno. Los Municipios y los particulares competían en generosidad. Quién se ofrecía a alojar a sus costas centenares de soldados; quién donaba sus alhajas y plata labrada; uno regalaba a cientos los quintales de harina; otro a miles las reses de ganado; proponían varios costear la fabricación de una batería de campaña y brindábanse no pocos a armar escuadrillas de corsarios. Era una emulación general. Porque todos estaban persuadidos de que convenía atajar el incendio de la nación vecina para impedir que ardiese también la nuestra, lo cual se temía aquí como el fin del mundo.

La toma del castillo de Bella-Guarda, llave del Rosellón, por el Capitán general de Cataluña don Antonio Ricardos, vino a dar creces a este entusiasmo. Yo no había visto nunca tanta animación en Barcelona. Apenas se hablaba de otra cosa, y todo se volvía hacer corrillos comentando el gran suceso, del cual sacaba el patriotismo lisonjeros augurios. Mi madre ya no suspiraba. Veíala andar de un lado para otro muy jovial y expansiva, radiante de gozo. Tocábale a mi padre estar mustio y cabizbajo, porque no podía creer que durasen las prosperidades. Mi madre se enojaba viéndole tan cariacontecido y llamábale *volteriano*, echándole en cara su poca fe; pero no lo graba persuadirle.

Como las tropas estaban en campaña, daban guarnición a la ciudad las compañías de paisanos que, organizadas por gremios, a la antigua usanza, guardaban las puertas y los principales edificios. Los nobles custodiaban la Puerta del Mar. En los demás puntos se distribuían los Escribanos de Cámara, corredores de cambio, boticarios, peluqueros, tejedores de lino y de velos, hortelanos del llano, faquines, músicos, sastres, menestrales de diferentes oficios, etc.

Para muchos era este servicio ocasión de bulla y jolgorio; que todo se convierte en pretexto para alegrarse entre la gente moza y maleante, y aun los hombres de edad madura suelen en tales casos echar una cana al aire, arrastrados muy a su gusto por el ejemplo de los jóvenes. Mi padre y sus compañeros

iban a cumplir este servicio como a una fiesta mayor. A su decir, jamás habían comido en casa con tanto apetito como en el cuerpo de guardia.

Habíanse formado ochenta y nueve compañías para la custodia y defensa de la plaza. Aun recuerdo la animación extraordinaria que hubo en Barcelona cuando, en septiembre de dicho año 1793, fueron solemnemente bendecidas en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes las banderas del primer batallón de voluntarios. Al regresar de la ceremonia apenas podía éste abrirse paso por la calle de San Francisco y por la Rambla: tan numeroso y apiñado era el gentío. Era común opinión que sólo habían quedado en las casas los enfermos.

En junio del año siguiente se organizó el *sometent*, del cual se formaron también algunas compañías en esta ciudad. Con esto y con los voluntarios, que recordaban el batallón de la *Coronela*, decían los viejos que parecía haber retrocedido Cataluña a la época de los fueros.

— Lo que me parece a mí — replicaba mi padre — es que esto se va poniendo serio.

Y tenía mucha razón. En marzo nos habían arrojado los franceses de su territorio. En abril, el favorito Manuel Godoy, duque de Alcudía, había sido nombrado primer ministro. En noviembre, los franceses habían pasado la frontera persiguiendo a los nuestros, y estas intrigas palaciegas y estos reveses militares no presagiaban nada bueno.

Ya no se escribían versos encomiando a nuestros generales y augurando la ruina de Francia; ya empezaba a verse negro el porvenir y oíanse de cuando en cuando ideas que no por decirse con voz recatada y ademán misterioso dejaban de ser por todo extremo alarmantes. El descontento era general por la corrupción de la corte y la tiranía que imperaba, y ya empezaban muchos a manifestarlo sin rebozo, aunque incurrian en la nota de masones y volterianos, que a la sazón era cosa grave.

Barcelona, que había llegado a dar ocupación a 80.000 obreros en los ramos de hilatura, tejidos y estampados, a más de 2.000 medieros, a 600 tejedores de velos y a 90 fábricas de indianas, no podía menos de ver con terror cómo se aproximaban las llamas de la terrible conflagración que amenazaba propagarse desde Francia a todas las naciones de Europa.

Y no era un temor vago y mal fundado. En 3 de febrero de 1795, los franceses se apoderaban de Rosas, y la corte, asustada, entablaba negociaciones para la paz, después de tantos fueros y baladronadas con que amenazaba tragarse a la Convención de París. En 17 de julio del mismo año, Bilbao y Victoria caían a su vez en poder del enemigo. La agitación revolucionaria que se advertía en las regiones ocupadas por los franceses decidieron al Gobierno a hacer la paz cinco días después, de cuyas resultas fué agraciado Godoy con el título de Príncipe de la Paz.

La consecuencia de todo esto fué el tratado de la alianza ofensiva y defensiva que hizo España con Francia en 19 de agosto del siguiente año 1796. Fué una gran desgracia para nuestro país, al cual declaró la guerra la Gran Bretaña en 7 de octubre.

Excuso decir el espanto que se apoderó de nuestros comerciantes con este motivo. Una ciudad tan mercantil como la nuestra, no podía esperar sino calamidades sin cuento de la política que seguían nuestros gobernantes.

Entretanto, iban paralizándose todos los trabajos de modo tal, que fué preciso arbitrar una serie de Rifas para suministrar a los obreros el que se llamaba *Socorro de la olla pública*, con la intervención de una Junta de Caridad presidida por el capitán general.

Por el mismo motivo, en agosto de 1800, se destinaron las dos terceras partes de los precios que ofreciesen los postores a la adquisición de los solares que debían edificarse sobre la Accequia Condal o Rech de la Explanada, al socorro de los pobres, obreros y artesanos que, por no hallar trabajo en que emplearse en sus oficios, se ocupaban en las obras públicas iniciadas con este objeto.

Rifóse desde luego un solar edificado, expendiéndose al módico precio de una peseta los billetes en la plaza Nueva, la del Angel y la de Palacio, en la Rambla, junto a la Riera del Pino, y cerca de la acequia. La edificación consistía en una simple casilla; pero el solar, andando el tiempo, ha venido a adquirir un grandísimo precio.

Además, varias personas pudientes regalaron alhajas de plata y otros objetos preciosos para que fueran sorteados, lo

que en verdad hacía buena falta, porque cada día era más numerosa la multitud que acudía solicitando por Dios el sustento que antes les proporcionaba el trabajo. También eran muy numerosos e importantes los donativos en especie que hacían principalmente los gremios, como los semoleros, los carniceros, los hortelanos, etc. El Gobierno prorrogó el privilegio de hacer bailes públicos de máscara en la casa Lonja, aplicándose su producto al socorro de los necesitados. Esta concesión se hizo en el carnaval de 1801, pagándose dos pesetas de entrada. La concurrencia era inmensa y muy lucida. Mi padre decía que sólo podían divertirse los chicos imberbes y los idiotas; pero yo, que empezaba ya a hombrear en aquella fecha, noté que había mucha animación y bullicio. Y era que la gente tenía hambre de distraerse. No había para menos con lo que estaba pasando, porque nuestra alianza con Francia no nos proporcionaba más que desastres y cada día iba poniéndose más turbia la cosa.

Para que todas las clases sociales pudiesen divertirse y contribuir a tan benéfico objeto, dábanse estos bailes no sólo en la Lonja, sino también en el teatro de la Santa Cruz, en un almacén que había en la Rambla, junto a Santa Mónica, y en la calle de Santa Clara en la Barceloneta. El primero empezaba a las ocho, el segundo a las diez, a tres pesetas la entrada; el tercero a la misma hora, con la entrada a peseta, y el cuarto a las dos de la tarde, a media peseta. Pero los dos últimos no se efectuaban sino los días festivos.

Aun hoy me río recordando a propósito de esto un chiste de mi padre que, como se habrá advertido, era muy decididor y alegre. Al día siguiente del primer baile de la Lonja, entraron en casa los contertulios, muy animados, y preguntáronle, restregándose las manos:

— ¿Qué te pareció el baile de la Junta de Caridad?

Mi padre, por toda contestación, púsose a cantar el popularísimo estribillo catalán:

*«Quan el pare no te pá,  
la canalla, la canalla...»*

Y los otros se pusieron a bailar, terminando con él la canción:

*«Quan el pare no te pá,  
la canalla fa ballar.»*

Todavía me parece que estoy viendo el cómico efecto que producía el ver cómo brincaban las delgadas piernas y las tiesas coletas de aquellos hombres machuchos. Caíme en un sofá, desternillándome de risa, y mi padre, volviéndose hacia mí con una gravedad que no supe si era filosófica o jocosa, me dijo:

— Anda, que ya podrías darte por muy satisfecho si te dejasen reír así todo el año.

\* \* \*

Siempre me había figurado que mi padre no sacaba de su magín las notables cosas que decía y que le habían dado mucho ascendiente en el ánimo de sus amigos, entre los cuales los había muy leídos. Que él debía serlo también, tenía yo por indudable; aunque él se guardaba muy bien de citar nombres de autores que pudiesen comprometerle. Esta precaución parecerá tal vez pueril; mas en tiempo de la Inquisición no era cosa de tomar a broma los frecuentes edictos en los cuales enumeraba el Santo Oficio las obras cuya lectura se prohibía a los fieles.

Muchos años después pude convencerme de que no andaba equivocado en mis suposiciones, al dar por casualidad con el escondrijo en donde tenía ocultos los muchos libros, folletos y papeles por los cuales se informaba de la corriente de las ideas y de los sucesos que la mayoría de sus compatriotas ignoraban. Y aquí debo apresurarme a hacer constar que, si bien en lo político se dejó inocular por completo las teorías transpirenaicas, en lo religioso fué invulnerable. Yo no dudé que leyó de cabo a rabo el *Cándido*, de Voltaire, el *Origen de los Cultos*, de Dupuis, *Las ruinas de Palmira*, de Volney, y otros muchos libros que poseía y cuyos títulos vi publicados en los edictos inquisitoriales; mas no debieron hacer gran mella en su espíritu, pues jamás hizo ni toleró ninguna chanza irreligiosa, oía misa todos los días de guardar, frecuentaba los Santos Sacramentos y compraba cada cuaresma la bula

de la Santa Cruzada. Cómo se las componía en el tribunal de la penitencia como lector de libros prohibidos, yo no lo sé. Aquella era una época extraña en la cual, como decían los viejos perspicaces, se sembraban semillas en muchos campos sin que lo advirtieran sus dueños.

He tardado bastantes años en comprender lo que esto quería decir. Es muy difícil formarse una idea de cómo se vivía en aquellos tiempos, pues en cada período de diez años ha progresado desde entonces España todo un siglo. Así, por ejemplo, a fines de junio de 1802 hubo grande emoción en Barcelona por haberse anunciado la próxima llegada de la corte. Hoy esta proximidad sería cosa de días; entonces se refería a meses enteros. La corte debía salir de Madrid el 12 de agosto, descansando el 14 en Guadalajara, el 22 en Cariñena, el 5 de septiembre en Fraga y el 8 en Cervera, llegando a Barcelona el día 11, después de un viaje de un mes, para recorrer en diecisiete tránsitos una distancia de cien leguas.

Se comprende muy bien que se tratase de ello con mucha anticipación, no sólo por esta circunstancia, sino también por la numerosísima servidumbre alta y baja que debía acompañar a SS. MM., pues que entre clérigos de la capilla real, nobles de servicio, secretarías o — como diríamos ahora — ministerios, real caballeriza, músicos y criados de escalera abajo, ascendía a varios centenares de personas.

Recuerdo que en todas las iglesias se hicieron entonces solemnes y devotas rogativas para que el cielo concediese a SS. MM. un feliz viaje.

Hicieron muchos preparativos para recibir a la corte, ofreciendo los comisionados de los colegios y gremios a los individuos de estas corporaciones, que por sí o por su mediación sobresaliesen en el adorno o en la iluminación de las calles, un premio de dos mil reales de arditos, otro de mil y otro de quinientos.

Decía la comisión que no lo hacía para estimular el celo de sus representados, sino a fin de que los que ganasen estos premios pudiesen perpetuar esa honrosa prueba de su amor a nuestros soberanos; pero la verdad es que todo esto y mucho más se necesitaba para que hubiese aquí algo de lo que se ha llamado después *Entusiasmo de Real Orden*, pues la corte no

era popular ni mucho menos en Cataluña; ni fuera de ella. Ni lo merecía tampoco por su abyección y su relajación de costumbres. Y los desastrosos acontecimientos políticos de aquellos últimos años no eran, por cierto, muy idóneos para aumentar el prestigio de la familia real. La fortuna de ésta era que en aquella fecha no se había entibado la veneración del pueblo hacia la Realeza, y muchos que despreciaban a los monarcas respetaban la institución.

Reglamentáronse nimiamente los festejos y las iluminaciones. Recuerdo que se prohibió severamente fijar entre los adornos de las fachadas escrito alguno, en prosa ni en verso, sin conocimiento del Gobierno.

También fué notable prevención la de que todos los mendigos forasteros que se hallasen en Barcelona el día de la llegada de la corte, saliesen de la ciudad, prohibiéndose bajo pena de encierro la entrada en ésta de dichos mendigos naturales o vecinos de esta ciudad, y a cualesquiera otros el pedir limosna a Sus Majestades y demás personas reales y acercarse con éste ni con otro pretexto a ninguno de los coches de la corte, ni concurrir en los templos, diversiones públicas, etc., bajo la misma pena.

No quería el gobernador militar y político de la plaza que se contristase el ánimo de los reyes con el espectáculo de las miserias humanas. Mi padre decía a este propósito que a Catalina II de Rusia la habían engañado los cortesanos en un viaje que hizo por su imperio, haciendo que junto a la carretera se situasen de trecho en trecho grandes grupos de gente y rebaños, saliendo a su encuentro con comitivas de aldeanos que la vitoreaban y le ofrecían leche, manteca y frutas, con que la emperatriz pudo figurarse que eran muy prósperas y productivas las yermas y despobladas comarcas que atravesaba.

Algo de esto quería hacerse en Barcelona. No hay como los reyes para ignorar el estado de los pueblos. Si tienen ojos para verlo, nunca falta quien se los vende.

Una grande innovación se introdujo aquel año, que es deplorable haya caído en desuso. Fué que para comodidad del público, y a imitación de lo que se practicaba en Madrid y en otras capitales, dispuso la Administración principal de Correos de esta ciudad establecer puestos o estafetillas donde se reci-

biesen las cartas, poniéndolas en los sitios más distantes de la Administración. Fueron los designados la plaza de Palacio, la plazuela de la Lana, la de San Jaime y la calle de la Puertaferriosa.

Por fin llegaron los reyes el sábado, 11 de septiembre, entrando por la puerta de San Antonio y la calle del Carmén en la Rambla, que siguieron hasta las Atarazanas, y siguiendo luego el Dormitorio de San Francisco, la calle Ancha, la plaza de San Sebastián y plaza de Palacio. Este se había unido a la Aduana por medio de un magnífico puente, a fin de que la corte pudiese utilizar ambos edificios durante su permanencia en Barcelona.

Una de las cosas que me llamaron la atención fué que los que tenían en el teatro abonos de palco se vieron desposeídos de éstos en beneficio de la corte, mientras se halló ésta entre nosotros.

El empeño en asistir a estas funciones era muy grande, y la empresa hizo con ello su agosto. Los palcos, o *apuestos*, como decíamos entonces, de primer piso, costaban 50 reales; los de segundo, 40; los de tercero, 30; las lunetas de galería con entrada, 16; las lunetas de patio con entrada, 12, y la entrada general, 4. Los días de iluminación general y de gala grande, la entrada personal era doble. Estos precios parecen ahora exigüos, pero entonces parecían exorbitantes.

El jueves, 16 del mismo mes, se obsequió a la corte con una corrida de toros en la plaza nuevamente construída fuera de la Puerta del Mar, en el huerto de don Baltasar de Bacardí. Costaba un palco por todo el día quince duros y las entradas media peseta por la mañana y una por la tarde; los asientos de grada, por la mañana medio duro y por la tarde uno; en la barrandilla, tres y seis pesetas respectivamente; en el tendido, una por la mañana y dos por la tarde, y en la barrera una y media por la mañana y tres por la tarde.

El domingo siguiente dióse un baile público con disfraz y sin máscara en la plaza de toros, principiando a las tres de la tarde y durando hasta entrada la noche.

Si dijese que el público se solazaba con toda expansión y regocijo en estos y otros espectáculos con los cuales se solemnizaba la venida de la corte, faltaría a la verdad. La miseria



de que ya he hablado, el mal disfrazado vasallaje que nos sujetaba a Francia después de tantos fueros y baladronadas y lo negro y amenazador que iba poniéndose el horizonte político en Europa, tenía a todo el mundo muy preocupado.

Mi padre decía que todo lo que ganábamos con ello era ver lidiar a los mejores toreros de España y poder comprar excelente carne de toro al módico precio de 18 cuartos la libra carnicera.

Mi madre, por el contrario, no cabía en sí de gozo. Todo se le volvía ir y venir y husmear y hacer preguntas, y, al reunirnos para la comida o para la cena, faltábale tiempo para desembuchar todas las noticias que había adquirido en sus correrías. Yo no sé cómo se las componía; pero ello es que todo lo averiguaba: los paseos de los reyes y la hora en que debían verificarse, las personas invitadas a su mesa, las frases notables que habían pronunciado y hasta el precio de los vestidos y aderezos que lucía la reina. Llevaba la cuenta exacta de las veces que había visto a las reales personas y se le hacía una agua la boca al explicarlo.

Era cosa de morirse de risa oír con qué bonachona ironía le daba por el gusto mi padre, haciéndolo explicar una y cien veces todos estos detalles. Lo cierto es que todo aquel aparato y estruendo agradaban muchísimo a las mujeres.

El día 30 llegó de Nápoles la escuadra mandada por el marqués del Socorro y compuesta de tres navíos y dos fragatas, conduciendo a la princesa de Asturias y al príncipe real de Nápoles con su comitiva, que no bajaba de un centenar de personas. El noble matrimonio que iba a celebrarse en la familia real, era la causa de todo.

Por cierto que con este motivo se añadió a los festejos una novedad muy notable y que maravilló sobremanera a la muchísima gente que había entonces en Barcelona.

\* \* \*

Esta grande novedad, que por espacio de muchos días dió ocupación a los ojos y las lenguas de los barceloneses, era el globo aerostático en que debía elevarse a la vista de SS. MM. y del público el capitán don Vicente Lunardi. Digo que a los

*Ojos*, porque la tal máquina se enseñaba por el módico precio de un real de vellón en un solar de la calle del Conde del Asalto, esquina a la de Lancaster, en donde estaba el huerto llamado de la Cera. Eran de oír los juicios, pronósticos y comentarios de la gente sencilla, y aun de muchos que presumían de avisados, al contemplar aquel aparato que hoy es cosa vulgar y de todos conocida. Tal hubo que lo calificó de diabólico. Un militar, amigo de mi padre, explicó en casa que con un globo de esos se subían a los aires los oficiales de Estado Mayor del ejército francés, para espiar la situación y los movimientos del enemigo; lo que me hizo a mí sospechar que harto más habían de saber aquellos militares que los nuestros. El capitán Lunardi explicaba la teoría del aparato al público y contestaba las preguntas que se le hacían en las lenguas castellana, italiana, francesa, inglesa y portuguesa.

Verificóse este espectáculo en la Plaza de Toros, pagándose una peseta de entrada, sin distinción de tendidos, y cinco duros por palco.

Sopló aquellos días con persistencia el viento de tierra, y cuando Lunardi se resolvió a hacer su ascensión — en 5 de noviembre — encontróse con que a cierta altura soplaba una impetuosa corriente que impelió el globo hacia el mar, lo que le obligó a descender a toda prisa a una distancia como de 200 toesas de la tierra. Echáronse al agua varios hombres, y cogiendo uno de ellos la cuerda que le arrojó el aeronauta, le ayudó a tomar tierra, volviendo sin novedad a la Plaza de Toros.

Marchóse por fin la corte, partiendo a Valencia, en cuyo viaje debía emplear la friolera de trece días. Con este motivo hiciéronse públicas rogativas, cual pudiera hoy hacerse si se tratara de ir a explorar el Africa central o cualquiera de los polos.

De su estancia entre nosotros nos quedaba un placentero recuerdo, porque Barcelona tuvo una temporada de bailes, corridas de toros, luminarias y otras diversiones, que no había más que pedir, y Barcelona era entonces una ciudad que, en punto a animación y bullicio, no era gran cosa más que lo que es hoy Zaragoza. Del rey no nos podíamos quejar, pues siempre mostró por esta ciudad una especial simpatía.

La Lonja moderna y la Aduana son monumentos erigidos durante su reinado.

Esto como barceloneses; que como españoles, el mismo derecho teníamos que los demás a renegar de nuestra mala estrella.

Pasamos entonces una temporada que a muchos nos pareció triste y monótona, después de la extraordinaria animación a que estábamos acostumbrados. A los jóvenes no nos quedaba otro recurso que ir a presenciar los experimentos físicos que hacía un señor Martín en un almacén de la calle de Guardia, esquina a la de Trenta-Claus, o unas sombras chinecas que un italiano llamado Chiarini hacía en la calle d'En Tripó, detrás del Palacio Real. Los más ricos iban al teatro, en donde solían representarse comedias cuyos títulos me parecen hoy muy estrambóticos, como verbigracia: *El negro más prodigioso*, *El amante ridículo*, *El príncipe perseguido*, *La Zoraida*, etcétera; bailes como *La viuda sutil*, *Jasón y Medea*, etc., casi siempre de argumento mitológico y que entonces nos parecían de grande aparato; óperas muy ligeras que cantaba la compañía italiana y entre las cuales recuerdo *Los originales*, *Las aldeanas cantadoras*, *El puntillo por equivoco*, y otras, generalmente del género bufo y sainetes de género muy apayasado, como *Los palos deseados*, *El barbero chasqueado*, etc.

A mediados de diciembre de este año de 1802, se creó el establecimiento que más honra a Barcelona. La Junta de Caridad había recibido tan cuantiosos auxilios durante la pasada crisis industrial que, cubiertas todas sus atenciones, le sobró todavía una cantidad muy considerable y acordó darle un destino que a un mismo tiempo fuese perpetuo testimonio y memoria de aquella generosidad y continuar el socorro de verdaderos necesitados. El rey aprobó desde luego la idea, dictando durante su permanencia en esta ciudad una Real orden por la cual se autorizaba la fundación de una *Casa de Misericordia* donde se recogieren los holgazanes y vagabundos, los hijos mal inclinados, los impedidos, locos, fatuos y decrepitos, señalando por el pronto para su instalación la mitad del edificio que llamamos del Hospicio y autorizándole para continuar celebrando rifas y bailes de máscaras a fin de allegar recursos. Los asilados debían trabajar lo que pudiesen en sus respectivos oficios para

que no cayesen en la ociosidad y se ganasen el sustento en la medida de lo posible.

El capital que la Junta de Caridad tenía disponible al disolverse, y que pasó a la caja de la nueva fundación, era de 44.292 libras, 18 sueldos y 2 dineros. He recogido este dato porque se refiere a un establecimiento que después ha adquirido muchísima importancia y es ya una gloria barcelonesa.

En el siguiente año de 1803 me sucedió una cosa que yo considero como el hecho más dichoso de mi existencia.

Vivía en el segundo piso de la casa en la cual ocupaba mi familia el primero y la tienda, una señora entrada en años, con una sirvienta más vieja todavía, Doña Margarita, que así se llamaba la vecina, nos participó un día, llorando a lágrima viva, que a pesar de sus achaques tenía que partir para Tarragona, en donde estaba muriéndose su única hermana. Fué allí, y al cabo de una temporada volvió vestida de luto y acompañada de la más linda muchacha que he visto en mis días. Era su sobrina.

Aun recuerdo la impresión que me hizo la hermosa Carmen con su talle esbelto, sus negros cabellos, sus ojos grandes y tristes que parecían contar sus penas, su tez ligeramente morena, sus labios rojos y su voz armoniosa, penetrante, que me conmovía todo y me arrastraba de tal manera que siempre iba en pos de ella para escucharla.

No prodigaba sus palabras; pero era tan cariñosa en lo poco que decía, que a las veinticuatro horas de haber llegado ya nos tenía conquistados a todos. Era tan discreta, que al poco tiempo ya le consultaban mis padres una infinidad de cosas, como si en vez de ser una chica de veinte años hubiese sido una señora mayor cargada de experiencia. Mi madre procuraba tenerla a su lado con cualquier pretexto tantos ratos como podía, lo cual daba lugar a grandes discusiones entre las dos ancianas.

Quien más se alegraba de ello era yo, que en cuanto oía decir que Carmen iba a pasar el día siguiente con nosotros, brincaba de gozo y no podía conciliar el sueño en toda la noche, meditando en lo que le diría. Y, cuando la tenía delante, no le decía nada de todo aquello que tenía pensado.

Yo he creído siempre tener alguna sagacidad para inferir de las miradas y el acento de la mujer el sentimiento que le

inspira el hombre a quien habla. En esta ocasión maldije de mi perspicacia, porque no me sirvió para nada, quizá por ser parte interesada. Carmen era la misma lealtad, y por lo tanto no era ni podía ser coqueta, y, sin embargo, tan pronto me infundía su conducta grande esperanza como profundo desaliento. Yo me volvía loco. Si hubiese tenido más experiencia, habría sabido que nada se parece tanto a la coquetería como el recato.

Yo no era lo que propiamente se llama un hombre *corrido*, ni podía serlo, porque mi padre, como todos los menestrales de aquel tiempo, me tenía acostumbrado a una disciplina muy rigurosa. Yo había sido en casa aprendiz y oficial como los otros dependientes; no podía gastar más dinero que el que ganaba con mi trabajo; ni trasnochar, ni tener un solo amigo a quien mi padre no conociese. No recuerdo que jamás me haya reprendido mi padre con aspereza, y, sin embargo, yo le temblaba. Jamás me he atrevido a fumar en su presencia antes de casarme.

Estas intermitencias de esperanza y de temor me tenían muy caviloso y, a ratos, bastante descorazonado.

Un día me dijo mi madre, viniéndome a reemplazar en la tienda:

— ¿Has subido a visitar a doña Margarita?

— No. ¿Qué novedad hay?

— Esta noche ha tenido un ataque de no sé qué cosa, pues los médicos no se lo explican con toda claridad; pero parece que es algo grave. Anda a preguntar cómo se encuentra, y di que yo volveré a visitarla más tarde.

Subí volando, creo que no tanto por saber de la tía como por hablar con la sobrina, que no hay egoísmo en la tierra como el de los enamorados. La enferma estaba descansando. Carmen estaba cosiendo en un aposento próximo. Al verme se puso muy encarnada. Díome las gracias por nuestra solicitud, y de pronto se le anudó la voz en la garganta y prorrumpió en sollozos.

— ¿Qué va a ser de mí, si mi pobre tía se muere?—exclamó.

— Eso no debe apurarla a usted, Carmen — respondí yo —. Por lo demás, no hay probablemente el peligro que usted supone.

— Sí lo habrá, porque yo soy muy desgraciada. En pocos

años han muerto mi padre y mi madre... ¿Quién reemplazará a mi tía si por segunda vez quedo sola en el mundo?

Yo no sé cómo sucedió; pero ello es que, dándome un brinco el corazón, exclamé sin poderlo reprimir:

— Yo.



Carmen se puso alternativamente pálida y encendida dos o tres veces. Parecióme que no le pesaba mi declaración, y proseguí:

— ¿Quiere usted ser mi esposa, Carmen? Podrá usted encontrar muy fácilmente un marido más rico o de más brillante carrera que yo; pero no que la quiera a usted como yo la

quiero, porque yo no vivo sino por usted, ni deseo ni espero otra dicha que la que ahora le pido. ¿Qué me contesta usted, Carmen?... Es imposible que usted no haya advertido mi amor. Si la molesto a usted, le juro que no volveré a hablarle de ello en mi vida. ¿Me autoriza usted para revelarlo a mis padres? No diga usted que no, Carmen. No puede usted figurarse lo que yo sería capaz de hacer para labrar su felicidad.

No olvidaré jamás aquella escena. Ella estaba sentada en una silla baja, con el codo izquierdo apoyado en el respaldo y cubriéndose los ojos con la mano. Como si la hubiese impulsado un resorte, me tendió la diestra. Se la cogí con transporte, se la besé sin saber lo que hacía y eché a correr, espantado de mi audacia.

Llegué a casa. Pregunté por mi padre y dijéronme que estaba en la tienda. Al verme entrar tan alborotado, miróme de hito en hito, sonriéndose con el aire benévolo y zumbón a un tiempo, que le era muy peculiar.

— Padre, desearía hablarle a usted de un asunto muy serio — le dije, sin encomendarme a Dios ni al diablo.

— ¿Ya? — respondió él —. Vamos allá.

Llévome a la trastienda y díjome:

— Lo sé todo.

— ¡Cómo!

— Quiero decir que lo adivino. Tiempo ha que lo he notado. Lo que ha sido no podía menos de suceder. — Luego, estrechándome las manos, añadió: — Si tú no lo hubieses hecho por amor, yo te lo habría propuesto por convicción. Ve a decírselo a tu madre y vuelve presto, que hoy es día de mucha venta. Ya hablaremos de eso cuando comamos.

Mi madre tuvo un alegrón y la enferma fué mejorando a ojos vistas, diciendo que esta novedad la había curado. Aquel enlace era el sueño dorado de todos nosotros y cada cual creía ser el único que pensaba en ello. Sólo mis padres se habían participado mutuamente sus pensamientos.

¡Dichosa edad! ¡Qué impresiones aquéllas! ¿Qué trono podrían ofrecirme para darme una dicha como la que entonces me enajenaba?

\* \* \*

Si yo explicase los mil pormenores que voy recordando al evocar estos recuerdos, muchos se reirían de mí.

Nuestra generación parecería ridícula a los jóvenes del día. La sociedad barcelonesa de entonces se parecía a la de ahora como puede hoy parecerse la de Valdemoro a la madrileña. Era una sociedad sencilla, laboriosa, frugal, apegada a sus tradiciones con verdadero fanatismo y habituada a considerar la familia como una tribu cuyo patriarca era venerado sin que nadie advirtiese sus defectos y obedecido sin que nadie discutiese sus mandatos.

Al barcelonés del siglo pasado y de principios del presente no se le ocurría jamás tener caprichos fuera de sazón. Hasta sus excesos gastronómicos estaban reglamentados por el calendario. Por mucho que le gustasen los panecillos, no los comía sino el día de Todos los Santos; por más que le agradasen el pavo, los turrónes y los barquillos, no se atrevía a ellos sino por Navidad o el día de Año Nuevo; por aficionado que fuese a los helados, no osaba tomarlos sino en verano, y así pasaba con muchas otras cosas.

Infringir estas reglas tradicionales habría sido una escandalosa abominación. Es más: si fuera de estas señaladas festividades se hubiese querido comprar alguna de estas cosas, en la tienda le habrían tomado por loco y se habrían echado a reír en sus barbas.

Había chico grandullón, con más picardía que su padre, que pasaba todo un año esperando que el libro o el alfiler que codiciaba se lo pusiesen los Reyes Magos en el cesto que sacaba al balcón la noche del 5 de enero. Por cierto que a este propósito he de recordar que la fiesta de la Epifanía la celebraban todos los parroquianos de Nuestra Señora de los Reyes (o del Pino) comiendo sopa de fideos con azúcar. Del mismo modo acostumbrábamos los barceloneses comer en la Cuaresma un plato archiespañol, que en lo restante del año no aparecía en ninguna mesa de la ciudad: los garbanzos en salsa.

Todo esto se halla muy concienzudamente explicado en un pliego de aleluyas o, como decimos nosotros, en una *auca de rodolins* que se titula, si mal no recuerdo, *Les festes de Barcelona*.

Luego había los axiomas. Los panecillos y *tortells* habían de ser necesariamente del célebre Horno de San Jaime, so



pena de ser una vil y punible sofisticación; las longanizas no podían ser presentables sino habiéndose confeccionado en Vich; las peladillas debían proceder de Arenys de Mar; los que aquí se titulan *borregos*, de Villanueva y Geltrú, o de Cardedeu; el vino rancio, de Alella o del Priorato; la malvasía, de Sitjes; los requesones, de Pedralbes; las *cocas*, de Villafranca; etc.

Pedirle a un barcelonés de aquellos tiempos que abdicase de estas convicciones hubiera sido tan audaz como proponerle que renegase de la religión de sus mayores. Eran ideas que estaban encarnadas en su ser, que se habían estampado en su cerebro, y de allí no las sacaran todos los Padres Predicadores del Principado, que por cierto no eran pocos ni mudos.

Por supuesto que el consumo de estos artículos forasteros era ya una verdadera calaverada que sólo se hacía en días muy señalados, o para obsequiar con un convite a una persona de cuenta. Porque en la fecha a que me refiero aun no había en España coches-diligencias, y el transporte de todo género de mercancías era muy lento y caro.

Resultaba de todo esto que, si bien no eran frecuentes las sorpresas, porque había para todas las festividades como una rúbrica de todos conocida, en cambio esperábamos con gran fruición el plato o la golosina del día, que era en gran parte el tema obligado de la conversación entre los comensales. El peso del pavo, por ejemplo, era materia de asombro en todas las casas donde había convidados, porque como cada familia cifraba su orgullo en haber dado con el pavo más descomunal que había salido a la venta, el colmo de la galantería era proferir grandes exclamaciones de estupefacción al presentarse el *héroe de la fiesta*, que era de gusto muy clásico comparar con los elefantes del Asia, la burra de Balaam u otros cuadrúpedos famosos.

Corría parejas con la reglamentación gastronómica la de las festividades de la Iglesia, todas de mucho carácter.

Era preciso no haber estado nunca en Barcelona para ignorar que en la feria de San Jaime era donde se vendían más enormes cantidades de melones; que la de Santa Magdalena era célebre por las grandes provisiones de avellanas que en ella se hacían, como lo expresa el adagio catalán: *Per Santa Magdalena, l'avellana plena*; que en la de Santa Lucía se vendían belenes y casitas de cartón y muñecos de barro; que en la de Santo Do-

mingo era costumbre comprar cántaros de lo mismo; que la de San Juan, por celebrarse en la Riera de este nombre, en el centro de un barrio aristocrático, era la más frecuentada, etc.

Pero lo que sobre todo tenía muchísimo carácter, era la octava del Corpus. El día primero de ésta era el de reglamento para trocar la tropa y los colegiales los pantalones de invierno por los de verano. Los árboles en esa época del año están ya cargados de hojas, las flores abundan, la temperatura es apacible, y como las mujeres visten ya entonces de verano, todo tiene un aspecto de fiesta y de regocijo que encanta.

Yo no sé nada que me alegre como aquel bullicio, aquel flamear de las colgaduras que convierten los balcones en tribunas de vivos colores en las cuales se agitan elegantes y animadas tantas señoras, la flor de la retama que los niños arrojan como una continua cascada de oro que acaba por alfombrar y perfumar las calles...

Luego, cuando se acerca ya la procesión, saludada desde lejos por una exclamación que brota de todos los labios, y aparecen los gigantes y los enanos con la música pastoril del tamboril y la gaita y tras ellos las antiquísimas *trampas*, la interminable hilera de banderas de los gremios y cofradías, las cruces parroquiales, los monaguillos entonando la Salve y después las corporaciones religiosas y civiles, los militares de la guarnición, las autoridades presididas por el Ayuntamiento y, por último, la célebre custodia de la Catedral, aquella silla gótica de plata dorada cubierta de pedrería en la cual cuentan que entró el rey don Juan II en Barcelona, después de someterla a su obediencia en el siglo xv, y a propósito de cuyo sagrario existe la leyenda de que todos los años al sacarlo a la calle se toman precauciones militares porque los segadores tienen jurado que lo han de robar pese a quien pese...

Extrañábame a mí mucho que por semejantes personajes hubiesen de ponerse sobre las armas tantos miles de hombres e improvisarse tantas baterías, y mi padre me explicó un día, siendo yo muchacho, que esto procedía de que en tiempo de Felipe IV hubo aquí una gran revolución que estalló el día del Corpus, y en la cual tomaron una parte muy principal los segadores.

Esa fiesta me ha hecho siempre el efecto de la fiesta mayor



*La tienda del menestral*



de los enamorados, porque todo parece que predispone en aquel día a los pensamientos alegres y a una expansión cariñosa.

Nosotros teníamos una lista de las casas de amigos a las cuales podíamos ir para ver las procesiones de toda la octava. Naturalmente, éstos venían también a casa para ver la procesión de nuestra parroquia. Y era de ver con qué empeño se contaban los pendones, las músicas y las hachas para decidir cuál había sido la más lucida, y cómo se recordaban los datos de los años anteriores para deducir de ellos el progreso o la decadencia que se notaba en cada una.

Eran las procesiones un motivo semirreligioso, semimumdano, para improvisar tertulias familiares en las cuales se conversaba y se bromeaba con honesta libertad, dando pretexto para trasnochar algo más de lo acostumbrado, cosa en aquella época muy poco frecuente. Acostumbrábase en tal ocasión obsequiar a los invitados con un agasajo que solía consistir en chocolate con bizcochos y horchata, siendo ésta preferida por los golosos inteligentes cuando se había confeccionado en algún convento de monjas. Entre paréntesis, debo decir que soy de la misma opinión. Las monjas tienen tan buena mano en esto, que no hay quien las aventaje.

Aquel año Carmen y yo obtuvimos un triunfo en todas las casas donde nos presentamos. A pesar de que a ella la precedía la grande reputación que mi madre le había hecho al participar a las familias amigas nuestro proyectado enlace, en todas partes declaraban que mi novia era muy superior a su fama y a la idea que por ésta se habían formado de ella.

Hubírame maravillado que no hubiese sido así, pues era preciso verla, oírla y hablar con ella para comprender hasta donde llegaba la fascinación de su voz, de su constante sonrisa y de su dulce mirada. Era tan alegre y tan cariñosa, que arrasaba las voluntades sin quererlo. Mi padre solía decir:

— No me extraña que la ames tanto. Cuando tú lo echaste de ver, ya hacía mucho tiempo que me tenía conquistado.

Yo, al ver cómo me envidiaban todos y cómo me miraba ella tan cariñosamente a cada lisonja que le dirigían, como para decirme que todas aquellas prendas y cualidades eran para mí, estaba tan hueco que a muchos debía parecerle ridículo. Verdad es que me importaba un comino lo que pudiesen pensar

los demás. Yo no veía sino a ella en el mundo. Cuando iba a su lado por la calle los días festivos, o paseando por las ferias o a ver las procesiones, no hubiera trocado mi dicha ni mi orgullo por la dicha y el orgullo del rey de España. Al oír su acento, parecíame que oía cantar a todos los pájaros de la tierra, y si por casualidad, hallándome en la tienda atareado con mi trabajo, oía aquella voz dulce a la cual ninguna otra se parecía, diciéndome: «Eudaldo, ¿no me saludas?», me daba un brinco el corazón como si hubiese querido saltar a sus pies.

Para explicar todo el mérito que hoy encuentro en estos atractivos, tendría que explicar también la diferencia grande que había entre las barcelonesas de entonces y las de ahora. No hay en la actualidad ninguna sirvienta que no vista con más pretensiones que las menestralas más acomodadas de aquel tiempo. Luego, la mayor recomendación que podía tener en mi juventud una muchacha casadera era la de ser inteligente en todos los quehaceres domésticos. Carmen cosía, bordaba y planchaba primorosamente y tenía un verdadero orgullo en su saber culinario, de modo que tenía interminables discusiones sobre la confección de varios guisos con la buena de mi madre, a la cual se le hacía un agua la boca oyéndola, y siempre acababa diciendo:

— Mira, chica, cuando estés en casa me lo enseñarás.

Y Carmen se ruborizaba y yo no me atrevía a mirarla.

\* \* \*

Si dijese que embelesado por tan gratas emociones me pasaba el tiempo sin darme cuenta de ello, todos me creerían, y, sin embargo, sobre esto habría mucho que decir. Cuando ella estaba a mi lado, las horas volaban; pero cuando no la veía, parecíame que todos los relojes estaban parados y se me hacía tan largo el tiempo que me aburría de una manera extraordinaria.

Congeniábamos de un modo tan admirable, que no manifestaba el uno su opinión sobre cualquier cosa sin que el otro se sorprendiese de ver que adivinaba su pensamiento, y, a fuerza de querernos, acabábamos por echarnos de menos a los dos minutos de habernos despedido.

Sin embargo, la tía de Carmen fué inexorable. No quiso que nos casásemos hasta que hubiese transcurrido el año de luto riguroso a que la obligaba la muerte de su madre. Durante este año, que a nosotros nos pareció un siglo, no hubo pariente grande o chico, amigo ni conocido que no tuviese noticia del proyectado enlace y que, no viniese a visitarnos en ocasión oportuna para ver de cerca a mi novia y hablar con ella. En honor a la verdad, he de decir que todos la encontraban encantadora.

A mí me reventaban aquellas visitas, porque venían a perturbar la dulce intimidad de nuestros coloquios familiares, durante los cuales tan fácil nos era a ella y a mí aislarnos dejando de tomar parte en el diálogo de mis padres y su tía, que versaba casi siempre sobre planes de conducta y de economía doméstica para después de la boda.

Y lo peor era que yo no podía asistir siempre a estas conferencias, pues mientras había ocupación para mí en la tienda no consentía mi padre que la dejase con ningún pretexto. Quien no lo ha visto, no puede figurarse lo que es la tiranía del mostrador en las casas donde se lleva la disciplina hasta el extremo a que la llevaba la tradición barcelonesa. El oficial de una tienda era un hombre atado al mostrador como el galeote de marras al banco de la galera. La única diferencia que había entre ellos consistía en que los pocos ratos que le quedaban libres eran de asuelo y sin grillos; que empuñaba la vara de medir en vez del remo, y que no le medía las espaldas el látigo del cómitre. A bien que, mientras duraba el aprendizaje, no escaseaban los tirones de orejas, ni algún puntapié de cuando en cuando a poco que se nos viese embobados o distraídos, a fin de avivar el celo y despejar las potencias de los horterillas haraganes.

Hablo en primera persona del plural, porque yo no tuve jamás en este punto el menor privilegio, como no fuese el de ser tratado con más rigor que los demás, por aquello de que convenía que yo les diese buen ejemplo, y así tocábame ser el primero en bajar a la tienda y el postrero en retirarme, llevar los libros de contabilidad y correspondencia, hacer cada día la cuenta de caja al concluir el trabajo, vigilar a mis compañeros e intervenir en todas las ventas de alguna importancia.

Mi padre era la amabilidad personificada; mas en cuanto ponía los pies en la tienda, transformábase como por ensalmo, poniendo una cara más seria que un general al frente de su división.

Lo que aprendí entonces de frases triviales y cumplidos insípidos, lo que llegué a saber de la vanidad femenina y lo que me enseñó la experiencia sobre el arte de aprovechar el tiempo haciendo que se derrocha, no es para contado. No es posible formarse una idea de la paciencia y la diplomacia que necesita un tendero para conquistar buenas parroquianas y saberlas conservar.

Los escritores y los hombres de carrera que nos toman por blanco de sus sátiras, deberían ponerse en nuestro lugar una temporada. De fijo que cuando hubiesen hecho la prueba no les quedarían ganas de ridiculizarnos. Cada mujer es un epigrama, y un enigma que se goza en serlo. Hay que aguzar el ingenio para adivinar el flaco de la vanidad femenil en cada caso particular y halagar por ahí a la parroquiana, como si se le hiciese la corte, mas con una discreción proporcionada a la suya. Porque hay algunas tan especiales, que no se dan por satisfechas como no se les dispare a cada conversación una andanada de piropos a bocajarro, so pretexto de que todos los artículos de la tienda han de sentarles a maravilla, porque tal sucede con todas las mujeres superlativamente guapas, etc. El que tiene la desgracia de no adivinarles el genio es hombre al agua, porque hacen ellas al salir de la tienda una propaganda feroz, diciendo a todas sus amigas:

— ¡Ay, chicas! No vayáis, por Dios, a aquella casa. ¡Qué gente más tosca! No parece sino que regalan el género en vez de venderlo, según los malos modos con que tratan al público.

Y las que tal oyeñ se espantan y pasan por delante del establecimiento apretando el paso cual si fuese un lazareto de apestados.

Otras hay que tienen una singular manía que el tendero ha de comprender a primera vista y halagar a todo trance: la de comprar barato.

A ésas hay que pedirles mayor precio de todas las cosas, a fin de proporcionarles la inofensiva satisfacción de regatear un rato, disputando el terreno palmo a palmo, haciendo que se



van y volviendo atrás cuatro o cinco veces a cada compra que hacen y marchándose por último con el botín de la batalla después de haber pagado caro el rato que hicieron perder al vendedor, lo cual no impide que salgan a la calle con un aire triunfante que va diciendo a todos:

— Me ha costado saliva; pero no se salió con la suya. ¡Vaya, que sólo yo sé comprar a estos precios!

En estas discusiones pasaba y perdía muchos ratos que se me hacían meses, porque para mí no eran realmente aprovechados sino los momentos que pasaba al lado de mi novia.

Como no hay ninguno que no sea joven o no lo haya sido, no dudo de que todos mis compañeros de sexo me perdonarán de buen grado esta monomanía.

Naturalmente aprovechábamos todas las ocasiones que la época nos ofrecía para salir juntos, que por fortuna no eran pocas, pues aparte las ferias y las procesiones del Corpus de que ya antes he hecho memoria, el Domingo de Pasión salía de Valldoncella la procesión que llamaban de las Siete Palabras; el Domingo de Ramos la de los Dolores, que salía del Buen Suceso; el Martes Santo la de Jesús Nazareno, de los Trinitarios descalzos; el Jueves Santo la del Santo Sepulcro, que hacía la parroquia del Pino; el Viernes Santo, por la tarde, la de la Santa Espina, en la Seo y Santa María del Pino, y por la noche la de la Soledad, de la parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes; el día de Pascua, por la mañana, la procesión de Santa Catalina, a la cual llamaban la *procesión de los enamorados*, sin duda por las muchas parejas de amartelados novios que iban a saludar aquella ceremonia como al heraldo de la Primavera (2).

Paso por alto otras muchas que se hacían en determinadas festividades, como la del Cabildo Catedral a Santa Catalina el día de San Raimundo de Peñafort. La Real Audiencia asistía en corporación los martes y los viernes de Cuaresma y el domingo de Pascua a los sermones que para ella se predicaban en Santa María, y el Ayuntamiento a muchas funciones religiosas que se celebraban en varias iglesias.

Esta corporación había perdido por completo el carácter esencialmente popular que tuvo cuando todavía disfrutaba Cataluña de sus fueros. Los regidores no eran elegidos por sus

conciudadanos, sino de real nombramiento y siempre entre la nobleza, siendo plebeyos solamente los síndicos. No iban a ninguna parte de oficio sino vistiendo casaca, el calzón corto, sombrero apuntado y espada al cinto, precediéndoles los maceiros con sus mazas de plata. Todas las corporaciones oficiales, gremios y cofradías, estaban extremadamente celosas de sus prerrogativas y privilegios. La nobleza tenía el de llevar el Santo Cristo en la procesión de la noche del Viernes Santo. Cada gremio tenía su *Misterio*, y éstos eran a veces de gran valor intrínseco. Todos se disputaban la gloria de llevar el más crecido acompañamiento de hachas en su respectiva sección.

No se crea, sin embargo, que estas solemnidades tuviesen en todo el mismo carácter y color que tienen hoy día. Desde luego, no existía ni podía existir entonces la costumbre de trasnochar, porque las calles estaban de noche oscuras como boca de lobo, de modo que no podían transitar por ellas sino los coches y las personas más acomodadas, que llevaban los criados por delante con el farolillo en la mano. La clase menestrala lo llevaba de papel, y jamás nos lo olvidábamos al salir entre dos luces.

Cuando la guerra de la Independencia se inició el primer conato de alumbrado público, que consistió en unos faroles colgados de un cordel y balanceándose a merced del viento, lo que daba lugar a mill bromas pesadas de la gente moza y maleante. Y aun esta mezquina iluminación se suprimía las noches en que *debía brillar la luna*, pues tal era el poder de la rutina, que, como rezase el calendario que estábamos en luna llena o en cuarto creciente, no había fuerza humana capaz de lograr que se encendiesen los faroles, por más que la lobreguez de la noche no permitiese distinguir los objetos a dos pasos, o que se abriesen y despeñasen todas las cataratas del cielo.

En tales casos, no podíamos menos de bendecir la piedad de los vecinos que hacían arder una lamparilla ante la imagen de un santo, lo que por fortuna era tan frecuente, que a cada cuatro pasos se encontraba uno de estos faros microscópicos, brillando en las tinieblas que envolvían la ciudad, como luciérnagas en la espesura.

Esta devoción era muy de agradecer, porque las calles eran angostas y tortuosas, formando un peligroso laberinto, pues había muchos recodos y encrucijadas que se prestaban a una

emboscada como los revueltos senderos de Sierra Morena.

Esto hacía que al sonar el toque de ánimas todo hijo de vecino entrase en su casa como el caracol en su concha, no sin saludar de paso a las muchas parejas de frailes que encontraba en su camino, volviendo también a sus respectivos conventos. Los rezagados oían entonces como un coro inmenso partiendo de todos los hogares: el Santo Rosario rezado por todas las familias.

Una hora después, toda la ciudad estaba entregada al sueño y reinaba por doquier un religioso silencio, sólo interrumpido de cuando en cuando por la soñolienta y gangosa voz del sereno, o por los molestos ladridos de algún perro callejero.

\* \* \*

Para las funciones nocturnas no había otro teatro que el llamado Principal o de Santa Cruz, por pertenecer al Hospital de este nombre. Sin permiso de sus administradores no podía representarse en ningún otro local, y esto aun no se entendía para las funciones de noche, sino en las tardes de los días de trabajo, pues las de los días de fiesta se las reservaba por ser las más productivas. Así se estableció un pequeño teatro tras Palacio, en el cual se representaban comedias antiguas de capa y espada y sainetes de brocha gorda.

Lo que recuerdo todavía, como un rasgo notable de las costumbres de la época, es que cuando el teatro Principal empezó a dar representaciones nocturnas de ópera italiana, costó mucho acostumbrar al público a tan atrevida innovación, a pesar de lo extremadamente aficionados que hemos sido siempre los barceloneses a las representaciones dramáticas en general y a la música en particular. Parece mentira, hoy que han variado tanto nuestras costumbres, y, sin embargo, es la pura verdad. La empresa tuvo que luchar años enteros y perder mucho dinero para lograr que arraigase entre nosotros esta nueva usanza.

Razón tenía mi padre al exclamar, como lo hacía muy a menudo:

— Desengañaos, la nobleza está en Madrid. Aquí, por más vueltas que le den y por más pretensiones que haya, todos

somos mercaderes, o hijos de mercaderes. La sociedad barcelonesa es una sociedad menestral, y peor para ella si lo olvida, porque aquel día empezará su decadencia.

No lo digo porque me ciegue el cariño que profeso a su memoria; pero mi padre era hombre de buen seso.

Todos estos recuerdos que voy evocando podrían ayudar a los jóvenes del día a formarse una idea de lo que era Barcelona cuando aun no se había emprendido ninguna de las reformas que tanto la han transformado, ni se había efectuado el gradísimo cambio de ideas que ha dado al traste con sus tradicionales costumbres y con un sinfín de rancias preocupaciones.

Hoy se asombrarían los jóvenes de ver que tan sedentaria existencia pudiese llevar un vecindario numeroso como el de esta ciudad, y que los hombres se conformasen con pasar toda la santa noche metidos en sus casas para estar dispuestos a levantarse al día siguiente a una hora que a muchos les parece hoy pertenecer a la madrugada. Extrañaríanse no menos de ver a todos los transeúntes pararse en mitad de la calle al toque de oración, así por la mañana como al mediodía y por la tarde, interrumpir el diálogo, descubrirse y rezar devotamente el *Angelus Domini*. Ni conocerían de seguro la ciudad donde nacieron si les fuese dable contemplarla, como yo la he visto, llena toda de conventos muy espaciosos cuyas paredes de cerca ocupaban largas extensiones de acera en las calles — ni anchas, ni animadas, ni alegres — de aquel tiempo, y éstas a su vez atestadas de imágenes cuyas lamparillas prestaban después de anochecho tan inapreciables servicios. Contribuían también a dar un aspecto de desolación a esta capital los cementerios parroquiales.

En una palabra, ni la estrechez de las vías públicas, ni el carácter levítico que daban a la población sus muchos conventos, ni las costumbres sencillas y en cierto modo monacales que en ella predominaban, permitían que tuviese Barcelona el aspecto bullicioso y alegre que ha tomado con el ensanche de sus calles y plazas, el lujo de sus tiendas, la apertura de innumerables cafés y otros establecimientos públicos y la creación de tantísimos teatros y casinos.

Yo bien conozco los inconvenientes que traen consigo algunos de estos progresos. Comprendo perfectamente que aquella



*Pl. Plan de la Pannónia*



existencia era más patriarcal, más tranquila y exenta de desazones; que los cafés y los casinos han contribuido mucho a debilitar los lazos de familia, acostumbrando a los hombres a ser, como se dice, huéspedes en su casa, pasando la vida fuera del hogar doméstico; que los teatros, sin ser abismos de perdición como pretenden los místicos, ni escuelas de costumbres como pretenden los ideólogos, son una peligrosa tentación que por muchos estilos acarrea grandes gastos y a veces insensatas pasiones... Y con todo, no sabría hoy acostumbrarme a aquella existencia tan monótona, tan reposada y tan falta de distracciones.

Porque no es posible figurarse lo que escaseaban éstas en mi tiempo. Con lo que llevo apuntado respecto a diversiones públicas, basta para formarse una idea de ello. Así, las procesiones del Corpus y de la Semana Santa se esperaban con cierta impaciencia que hoy no puede sentirse porque sobran las ocasiones para verse y tratarse las familias. Así, las funciones religiosas y, sobre todo, los sermones predicados por oradores de fama, tomaban a veces las proporciones de un acontecimiento.

Y aquí debo hacer presente que nuestra sociedad era devota. No había caído aún en la cuenta de que pudiese haber iglesias aristocráticas, ni de que pudiese consistir el buen tono en oír misa a tal o cual hora; ni se habían atrevido los mozalbetes de aquella época a asediar las puertas de la iglesia para contemplar de cerca y echar piropos a las muchachas lindas, cual pudieran hacerlo a la puerta de un teatro; ni se necesitaba el refuerzo de la orquesta y los cantantes para atraer a los fieles; ni se había introducido la pésima costumbre de llenar los templos de sillas para alquilarlas, que es como decir a los pobres que están de más allí. Para nosotros la iglesia era buenamente la casa de Dios, y ante Su Divina Majestad nos postrábamos humildes y consolados, sin acordarnos en aquel sagrado recinto de las pompas y vanidades del mundo. Los bancos se reservaban para los ancianos, los enfermos y las mujeres embarazadas.

En esto sí que niego redondamente que haya habido progreso, como por tal no se tenga el alejamiento sistemático de toda práctica religiosa, en lo cual no puedo yo estar conforme, porque le es al hombre tan difícil hallar la felicidad en la tierra, que quitarle sus creencias fuera como quitarle a un cojo la muleta.

Sé que otros más sabios que yo no piensan del mismo modo. Buena pro les haga, que a mí me va muy bien con mis convicciones.

- El Viático se llevaba siempre bajo palio. En cuanto sonaba en el campanario de la parroquia el primer toque anunciándolo, todos abandonábamos el trabajo, si era de día, o la cama, si era de noche, corriendo a la procesión que debía improvisar el vecindario para acompañar a Su Divina Majestad con el vehemente deseo de ser los primeros en llegar a la iglesia, para tener la honra de ser portantes del palio. Las familias que tenían coche — que por cierto eran muy contadas — lo enviaban inmediatamente por si pudiese necesitarse, y aun recuerdo haber visto desfilar el Viático al agudo y desapacible son de unas chirimías, que a altas horas de la noche producían el instantáneo efecto de alborotar todo el vecindario y de sobresaltar a todos los perros vagabundos de la ciudad, que prorrumpían en generales aullidos (3).

Esto sucedía en las parroquias bastante ricas para tener contratados los tales músicos — digámoslo así — y a disposición de los feligreses a todo evento.

Si fallecía el enfermo, poníanse al punto colgaduras negras en los balcones y ventanas, y mientras no se quitasen de la fachada, esto es, mientras permanecía el cadáver en la casa, no pasaba nadie por delante de ella sin pararse a rezar cuando menos un *pater* o un *ave* por el reposo de su alma.

Dado que el difunto hubiese pertenecido a alguna o algunas de las cofradías religiosas, que era lo más frecuente, hacíaase una ceremonia muy común en todas las poblaciones catalanas. En la mañana del día en que debía efectuarse el sepelio, un andador, vestido con una sotana negra, valona blanca y sombrero de teja, iba recorriendo todas las calles y plazas de la parroquia, a pie si era plebeyo el difunto y caballero en una mula cubierta de una negra gualdrapa, si el muerto era noble. Deteníase a cada esquina tocando una gran campana y salmodiando con acento gangoso y distraído la consabida fórmula: «Devotos cofrades... rezad por caridad un Padrenuestro y un Avemaría por el alma de... así Dios os lo pague.» Y no había cuidado que nadie le negase al difunto su plegaria.

El ataúd era llevado en andas por dos sepultureros, siguién-



dole hasta el cementerio la familia, los parientes y vecinos, ninguno de los cuales dejaba de concurrir a tan triste ceremonia, sin que una causa muy poderosa y justificada se lo impidiese.

A este propósito, debo recordar que las relaciones de vecindad eran en aquellos tiempos como una ampliación de las relaciones de familia. No se conocía entonces este vivir errante que hoy se estila. Un cambio de domicilio era un asunto gravísimo. En aquella sociedad sedentaria y rutinaria, que tanto apego tenía a todo lo tradicional, las frases *irse a casa* o *estar en casa* expresaban una idea profundamente encarnada en nosotros. La casa era un templo lleno de piadosos recuerdos, porque



nos traía a la memoria los juegos de nuestra infancia, la muerte de nuestros abuelos, la dicha de la luna de miel, las primeras emociones de la paternidad; en fin, todas las vicisitudes y sensaciones que constituyen la vida del alma y nos hacen llevaderas las miserias del cuerpo. Así es que los vecinos se conocían, se trataban e intimaban, formando como una dilatada familia, cual sucede todavía actualmente en las poblaciones de escaso vecindario.

Esto tenía grandes ventajas, por el auxilio que mutua-

mente nos prestábamos en todos los terrenos, por lo que nos ayudaba a distraernos — que bien lo necesitábamos, según se ha visto — y por otros muchos conceptos.

Siempre se hacían exequias de cuerpo presente, ofreciéndose en ellas unas cestas llenas de panes y las cerillas con una pequeña moneda de cobre.

Todas las familias ponían singular empeño en que acompañase al cadáver el mayor número posible de clérigos y frailes, de modo que, cuando el difunto era persona acomodada, le llevaban materialmente en procesión a su última morada. La comunidad parroquial asistía siempre en peso y con cruz alta, fuese el entierro rico, pobre o mediano, que así suelen clasificarse, como es sabido.

Cual si todas estas procesiones del Corpus y semana Santa, viáticos y entierros, no bastasen para darle a Barcelona el aspecto de un inmenso monasterio, las órdenes religiosas y las congregaciones salían a la calle con suma frecuencia y regularidad, atrayendo al vecindario y formando con él una serie de cuadros de costumbres que los pintores y los novelistas de ahora encontrarían muy interesantes.

Todos los sábados, al anochecer, salían los frailes dominicos de su convento cantando el Rosario, cuyos misterios explicaban en las plazas a la escasa luz de unos faroles que llevaban los monacillos en la punta de un bastón. No he visto nada desde entonces que se asemeje a aquella multitud que se apiñaba con reverente afán en torno de los Padres, ondulando en la fantástica penumbra que, avanzando la noche, iba convirtiéndose en tupidas tinieblas.

Raro era el día festivo que no tuviese por la tarde su correspondiente procesión. El primer domingo del mes se celebraba la de la cofradía del Rosario, los segundos tocaban a la cofradía del Carmen, los terceros a la de la Merced, recorriendo cada una de ellas las calles de sus respectivos barrios; las Domínicas de Adviento salía la congregación de la Esperanza a pedir limosnas a fin de celebrar misas para la conversión de los que estaban en pecado mortal, los días de Témperas había la procesión que llamaban de Letanías.

Es particular lo que pasa con la mayoría de los recuerdos. Yo no creo tener una gran dosis de imaginación, y, sin embargo, no he de hacer más que cerrar los ojos para ver todas estas cosas que voy apuntando y muchas más todavía. Esta especie de distracción me agrada, creo yo, no sólo porque ya soy viejo y me place recordar los tiempos que fueron para mí mejores porque tenía entonces menos años y menos desencuentros, sino también porque esta ciudad se ha ido transformando con el transcurso del tiempo de una manera tan completa y tan radical, que en nada se parece hoy a la antigua Barcelona de mis mocedades.

No ha sido únicamente el aspecto exterior de las casas y el de las calles y plazas lo que ha cambiado por completo, sino las costumbres de todas las clases de la sociedad y el modo de pensar de la mayoría de los vecinos. No parece sino que al tirar los barceloneses el calzón corto, el sombrero de tres picos y la peluca empolvada de antaño, imaginaron ser de razón y como de rúbrica abominar de los usos y prácticas del tiempo pasado, cual si todo lo viejo fuera no más que un atajo de preocupaciones y antiguallas absurdas.

Yo tengo para mí que en esto hay mucha parte de exageración, y de fijo protestaría muchas veces no poco amostazado de lo que veo y oigo, si no fuera porque me paro a considerar que también pudiera ser que estos pensamientos que a mí me parecen tan discretos y afinados no fuesen en puridad sino chucheces de un vejestorio que tiene el mal gusto de panegirizar los tiempos de Mari Castañá.

Sin embargo, no creo adolecer de este ridículo achaque, pues muchas cosas que existían o se estilaban en mi juventud no me gustaron nunca ni pizca y cuando pienso en ellas me dan escalofríos y, si las sueño, despierto alarmado y congojoso como oprimido por una molesta pesadilla.

Sea como fuere, no dejaría de tener interés una serie de vistas de la Barcelona antigua, tal y como yo la he visto a fines del siglo pasado y a principios del presente.

La grande y concurrida arteria que forman hoy las calles de Fernando, de Jaime I y de la Princesa, enlazadas por las dos plazas de San Jaime y del Angel, era entonces un intrincado laberinto de estrechas y sinuosas callejas. Si se tiene en cuenta lo descuidado que estaba entonces el ramo de policía urbana y

la escasísima cantidad de aire respirable que a cada vecino le tocaba, morando hacinados todos ellos en lóbregas y mal ventiladas viviendas, calcúlese con qué derecho puede quejarse aquella generación de una reforma que tanto ha mejorado las condiciones higiénicas y el aspecto exterior de estos populosos barrios.

Luego, como ya he dicho más arriba, los muchísimos conventos que había en la ciudad impedían que sus principales vías públicas tuviesen la lujosa elegancia y la gozosa animación que hacen hoy a Barcelona la ciudad más alegre de España. Para dar una idea del carácter que tenían en aquella época, baste decir que en la plaza de San Sebastián había un convento de clérigos menores; en la plaza de Medinaceli, el convento de frailes Menores de la orden de San Francisco, que llegaba hasta la rampa de la Muralla del Mar, al empezar la Rambla; en ésta, el convento *dels Josepets*, junto a la iglesia de Santa Mónica, y el de Trinitarios Descalzos, en el área donde hoy se encuentra el Gran Teatro del Liceo; en lo que hoy es plaza Real, el convento de Capuchinos; en la de Santa Catalina, el de PP. Dominicos, y además los de Franciscanos y Agustinos junto a San Francisco y San Agustín; el de los Servitas, en el edificio que es hoy cuartel del Buen Suceso; el de sacerdotes seculares de San Vicente de Paúl, en el local que sirve actualmente de Hospital Militar, etc.

Todos estos conventos, con sus correspondientes huertos y verjeles cercados de tapias, los conventos de monjas y las fortalezas y cuarteles, ocupaban de seguro mucho más de la mitad del área total de la ciudad. Y aun no era esto lo peor, sino que aumentando incesantemente la población, merced al progreso industrial, crecía ésta en densidad sin que hubiese medio de ensanchar en la misma proporción el recinto de la ciudad antigua. De ahí que los barcelonesesuviésemos que estar, cual suele decirse, como sardina en banasta, es decir, con muchísima incomodidad y apretura (4).

A la Muralla del Mar (5) seguía la fortaleza de Atarazanas y uníase a ésta la muralla que, por diferenciarla de la otra, llamábamos la Muralla de Tierra, muy ancha, con gran número de troneras para cañones y con grandes fosos, sobre los cuales había echados puentes levadizos en las puertas que llamaban

de Santa Madrona — en Atarazanas —, de San Antonio, del Angel y Nueva, todas con su correspondiente cuerpo de guardia. Después del toque de queda alzábanse los puentes levadizos y cerrábanse inexorablemente las puertas, no quedándoles a los rezagados otro remedio que apretar el paso para dar la vuelta a la ciudad y entrar por la puerta del Mar, que se cerraba una hora más tarde. De noche no podía pasarse por la muralla sin verse detenido a cada veinte pasos por el *¡quién vive!* de los centinelas, que obligaban a parlamentar con el cabo de guardia.

Era la muralla el paseo favorito de los chicos, porque allí podían correr y triscar a su sabor sin temer que les lastimasen los carruajes, y además les era dable contemplar desde aquel inmenso balcón corrido los rebaños que pacían en los fosos y los glaciis, que eran muy extensos y estaban rodeados de un camino de ronda al cual daban sombra dos hileras de árboles muy copudos y frondosos.

En las tardes de los días festivos, llenábase esta explanada de familias de la clase obrera que iban allí a merendar al fresco sobre la hierba, lo cual se observaba sobre todo en la parte de glaciis comprendida entre la puerta de Santa Madrona y la de San Antonio. Los más aficionados a hacer ejercicio y a los placeres campestres, prolongaban su paseo hasta la *Font Trobada*, la *Font del gat*, o la *Font d'en Xirot* que, al decir de nuestros obreros, tenían un agua inmejorable, sobre todo para refrescar el vino.

Al regresar a la ciudad toda aquella muchedumbre, armábase en las puertas una de doscientos mil demonios, especialmente cuando se tenía que pagar el derecho de consumos. Hay un diálogo entre obreros y guardas, que tengo estereotipado en la memoria a fuerza de oírlo:

— ¡Pues qué! ¿Tanto he de pagar por un miserable porrón de vino?

— ¡Qué posmas estáis! ¿Cuántas veces se os ha de repetir lo mismo?

— Pues aguarda: voy a trasegar el vino metiéndole en un porrón que pasa sin pagar al Rey ni un ardite.

Y dicho y hecho. Pasando el porrón de mano en mano, en un santiamén quedaba tan limpio como al salir de la fábrica. Eran de oír entonces las cuchufletas con que saludaban a los

guardas al pasar delante de ellos alzando el vacío porrón con ademán triunfante y provocativo (6).

De la puerta de San Antonio partía la carretera real que conducía a la corte, pasando por Sans, Molins de Rey, Martorell, Igualada, etc., y de la puerta Nueva la carretera de Francia, junto a la cual, y a escasa distancia de las murallas, había unos molinos que pertenecían al patrimonio real, con unas grandes balsas de agua rodeadas de añosos árboles, formando un cuadro muy pintoresco. En la puerta del Angel había una capilla dedicada al Angel Custodio de la ciudad, al cual los barceloneses han tenido desde tiempo inmemorial devoción muy fervorosa y del cual se cuentan muchos milagros. La puerta de Isabel II sólo data del año 1843. En tiempos muy antiguos hubo allí unos *Estudios* que tuvieron gran fama y dieron su nombre a aquella Rambla; luego, cuando Felipe V trasladó la Universidad de Barcelona a Cervera, para recompensar a esta población de su fidelidad a los Borbones, destinóse el edificio a cuartel de artillería. De modo que las Ramblas estaban militarmente cerradas por la parte de mar y por la de tierra.

Aparte estos inconvenientes y molestias, los barceloneses tenían el derecho de divertírnos hasta reventar dentro de nuestra jaula de piedra.

En tiempo de la guerra de la Independencia empezó a cambiar la fisonomía de esta ciudad, principiando el cambio por la modificación del vestido. Entonces empezaron a usarse el sombrero moderno, el pantalón largo y las botas por debajo de éste, pues antes se llevaban encima de él y sólo para preservarse de la lluvia y del barro (7).

Así nos fuimos afrancesando. La transformación del traje venía a ser como el signo que revelaba la que se iba realizando también en las ideas. Estas germinaban en el fondo de la conciencia de muchos que sólo de una manera vaga y confusa las concebían y que de pronto cayeron en la cuenta de que aquellas instituciones tan rígidas, aquellas costumbres tan levíticas, aquellas incesantes procesiones, aquel perpetuo doblar y repicar las campanas molestándonos todo el día y despertándonos por la noche a cada triquitraque, el monótono canto de sacris, gozos y jaculatorias en los talleres y obradores, la severa fiscalización que ejercía la autoridad eclesiástica apuntando antes



*Disputas con los consumidores*





de la Cuaresma los nombres de los vecinos que debían comulgar y pasando después de Pascua los vicarios de cada parroquia a recoger las cédulas de comunión de todas las familias, eran costumbres por demás molestas y fastidiosas.

Pero todo esto no era característico en el concepto de barcelonés, sino como propio de la época, y como todo es relativo en este mundo, hay que considerar que en esta ciudad aun se disfrutaba de cierta holgura y de algunas distracciones que en otras localidades menos importantes no hubieran podido encontrarse.

Con el transcurso del tiempo, esta diferencia de costumbres que siempre se observa entre las ciudades populosas y las villas de importancia secundaria se ha ido haciendo cada día más notable, porque gracias a la acumulación de los capitales y a la influencia centralizadora de los ferrocarriles se han ido concentrando los brazos y la actividad industrial en los grandes centros de población. Los mayores han ido también eclipsando a los menores y absorbiendo sus caudales y su vecindario, convirtiéndose en una especie de bombas aspirantes que limitan la producción a un determinado número de focos de actividad que poco a poco todo lo van avasallando y monopolizando.

Entonces no era esto posible, porque escaseaban mucho las comunicaciones, los pueblos vivían aislados, como grandes familias encerradas en sus casas, y por otra parte la fuerza de la tradición era tan grande que la uniformidad de las costumbres apenas tenía excepciones.

Por esto he tenido que apuntar muchos detalles que lo mismo se hubieran observado en Villafranca, en Manresa, o en Lérida, que en Barcelona. Si los que hoy viven en las poblaciones subalternas de Cataluña viniesen a Barcelona y encontrasen las costumbres que entonces había en esta ciudad, dirían que no valía la pena de emprender el viaje el espectáculo que debía ofrecerles la ciudad de los condes.

\* \* \*

La verdad es que yo, en aquella fecha, ni me fijaba en estas cosas, ni había posibilidad de que lo hiciese, porque después de esperar un año que se nos hizo un siglo, por fin logramos Carmen y yo casarnos.

A aquellos que hayan tenido la dicha de contraer matrimonio, como lo hicimos nosotros, sin ceder a otro impulso que al del amor que se apodera del ánimo hasta el punto de labrar la ventura o la felicidad de toda la existencia, no necesito decirles lo que pasó por nosotros en aquel tiempo. A los que no conozcan esta ventura, fuera inútil explicársela: no me comprenderían y se reirían de mí. Porque la dicha del enamorado es como la del niño: a fuerza de ser intensa y profunda, manifiéstase al más leve impulso, como buscando pretextos para hacerse ostensible. Y los que no la conocen, figúranse que aquella circunstancia insignificante bastó a motivarla, cuando en realidad no fué más que una excusa para ponerla en evidencia. Es como la superficie de un lago muy tranquilo, que el soplo más suave del aire la riza y la hace ondular con gracioso movimiento.

Mi padre, que, como dije, amaba entrañablemente a Carmen, tenía una máxima que yo he profesado después toda mi vida, porque la experiencia me ha probado que era discretísima. Decía que el matrimonio era el paso más grave y arriesgado que pueda dar el hombre en su vida; pero que, en cambio, no hay en el mundo una felicidad comparable a la de dos esposos mutuamente enamorados. Carmen y yo nos queríamos con toda el alma; parecíamos tener entre los dos un solo corazón para sentir y una inteligencia común para pensar, y ella era la alegría de la casa por su jovialidad inalterable, su bondad extraordinaria y su carácter tan cariñoso que a mis padres se les caía materialmente la baba al ver cómo les miraba y cómo se anticipaba siempre a sus deseos, adivinándolos con la sagacidad adorable de su filial ternura. Yo hubiera querido tener mil vidas para consagrarlas a la felicidad de mi mujer. Y estas palabras: *mi mujer*, decíalas yo mil veces más hueco que el mismísimo Napoleón cuando decía *mi trono*.

Porque yo me casé el día 2 de mayo de 1804, y en 18 de aquel mes se proclamó en Francia el Imperio.

Generalmente alegrábanse las personas sensatas de aquel cambio político que ponía un término definitivo a los inauditos horrores de la Revolución francesa, pero mi padre decía siempre:

—Hasta ahora la tragedia ha sido en Francia. Ahora nos tocará a los espectadores el tomar parte en la función. Ese

hombre no puede distraer a su pueblo sino haciendo cosas muy grandes, a que le convida su ambición, y mucho será que nosotros no paguemos los platos rotos.

Entretanto, nuestra alianza con los franceses nos valió el rompimiento con Inglaterra aquel mismo año. Teníamos un rey imbécil, una reina adúltera, un favorito procaz y un príncipe de Asturias ambicioso cuyas conspiraciones hicieron creer a los bobos que algún día nos redimiría a todos de la abyección que nos deshonraba. Luego resultó que el tal redentor fué... Fernando VII. Con nombrarlo sobra.

A esa Corte tan vergonzosamente inepta y corrompida le hizo creer Napoleón que España y Francia iban a repartirse el reino de Portugal. Harto sabido es en qué paró todo ello, y cómo, en medio de la degradación inconcebible de sus gobernantes, el pueblo español se levanta con heroico empuje recordando las hazañas más memorables de la Historia y siendo admiración y ejemplo del mundo en la gloriosísima guerra de la Independencia. A nosotros nos cupo la gloria, en efecto, de asestar al coloso el primer golpe y el más eficaz para preparar su ruina.

Cataluña en general y Barcelona en particular, que tenían una industria floreciente y para aquellos tiempos importantísima, antes de estallar la guerra con la Gran Bretaña sufrieron extraordinariamente con motivo de aquel rompimiento, y mucho más aún con la cruelísima guerra de la Independencia, que redujo a cenizas muchas fábricas y aun pueblos enteros. Los cosecheros del campo de Tarragona no podían exportar sus caldos; las fábricas de Barcelona, Capellades, Manresa, Olot y otros puntos no sabían cómo despachar sus géneros, que iban amontonándose sin medida a la par que iba desapareciendo el capital circulante. De modo que los fabricantes tenían que hacer prodigios de habilidad y abnegación para seguir produciendo en tan calamitosas circunstancias, a fin de evitar que los obreros se muriesen de hambre, y los capitanes de nuestras naves debían hacer milagros de arrojo para llevar nuestras mercancías a América y a otros puntos, burlando la vigilancia de los corsarios ingleses.

Gracias a estos esfuerzos, realmente heroicos, ni en las calles ni en el puerto de Barcelona se notaba la desolación

y estrago que hace suponer una crisis tan terrible. Sin embargo, no faltaba quien viera con pavor cómo iba aumentando la miseria pública. Notábanlo sobre todo los curas párrocos, el Ayuntamiento, y más aún la Junta de la Casa de Caridad, que sin más recurso que el de la Rifa semanal había de sustentar a más de 1.500 personas.

Tal era nuestra situación al empezar el año 1808, en el cual, y a principios de febrero, tuvimos noticia de que en la frontera del Rosellón se estaban reuniendo tropas francesas apereciéndose para entrar en Cataluña por Figueras. Al anocheecer del día 10 ya se supo que la víspera habían traspasado la frontera penetrando en aquella población, bien que no en el castillo.

Estas noticias causaron un estupor y confusión indecibles.

Los optimistas, que no eran pocos, pues muchos se figuraban que Napoleón estaba destinado a devolver la paz y la tranquilidad a Europa, suponían que aquel ejército francés no haría más que atravesar la Península dirigiéndose a Cádiz con el objeto de preparar una expedición contra los ingleses.

Parecía dar alguna verosimilitud a esta singular explicación la orden no menos singular de la corte, de que las tropas francesas fuesen recibidas y tratadas mejor que las españolas. Las autoridades y el pueblo eran resueltamente contrarios a esta actitud, que no comprendían y consideraban humillante y peligrosa; pero la orden era terminante, con que no hubo más remedio que acatarla, bien que con la restricción de que sería admitido el ejército extranjero en la plaza, pero no en las fortalezas de la Ciudadela, Montjuich y Atarazanas.

El día 13 de febrero, sábado de Septuagésima y con un cielo muy encapotado, soplando un viento impetuoso y lloviznando sin tregua, entró a las tres de la tarde, por la Puerta Nueva, la primera división francesa, mandada por el general Duhesme.

Por si alguno dudaba de la intención que aquellas tropas abrigaban, hicieron alto en la Plaza de Palacio y muralla del Mar, desde donde enviaron guardias a todas las puertas de la ciudad y al principal de la Ciudadela.

Eran tan categóricas las instrucciones del Gobierno y tan ciego el optimismo de muchos, que habiéndose dado a los franceses boletas de alojamiento para tres días, la plana mayor

y la oficialidad fueron recibidos con espléndida hospitalidad en las mejores casas.

Dos días después entraba por la misma puerta la segunda división francesa. Esta se componía de 4.069 hombres, y la primera de 5.427 con 1.830 caballos.

Cuanto más se prolongaba la estancia de los franceses, más se iba alarmando y amostazando el vecindario, de modo que cada día eran más frecuentes también las reyertas entre los soldados y marinos franceses y españoles, a los cuales naturalmente apoyaba el vecindario. Esto dió margen a verdaderos motines en algunos barrios.

Y entretanto iban llegando más cuerpos de ejército franceses y éstos se iban diseminando por los pueblos del llano, alojándose en Sans, Hospitalet, Cornellá, etc.

El día 29, lunes de Carnaval, apoderáronse por sorpresa, después de la parada, de la fortaleza de la Ciudadela. Pensaban apoderarse con igual facilidad del castillo de Montjuich; pero su gobernador, el inmortal don Mariano Alvarez, no quiso abrirles las puertas y los franceses tuvieron que acampar a la vista del fuerte. Todos los terrados de Barcelona estaban atestados de gente que contemplaba aquel cuadro iluminado por las fogatas de los sitiadores, los cuales entraron en Montjuich a las once de la noche del día 10 del mes de marzo.

Todo esto producía tan profunda indignación en los ánimos, que fué verdaderamente milagroso que ésta no reventase produciendo la explosión males sin cuento. El capitán general conde de Ezpeleta no cesaba de enviar despachos a la corte pidiendo instrucciones, pero sin obtener nunca contestación.

Los que habíamos nacido ya entonces no olvidaremos jamás aquel Carnaval tan tétrico y silencioso, ni los funestos vaticinios que todos hacíamos al ver cómo se ponían las cosas.

Cada día iban cerrándose mayor número de tiendas y se veían más precauciones militares por parte de los franceses, que, considerando su deslealtad y la indignación pública, no las tenían todas consigo.

A fines del siguiente mes de marzo tuvimos una grande e inesperada alegría al recibir la noticia de la abdicación de Carlos IV, de la proclamación del príncipe de Asturias con el

nombre de Fernando VII y de la caída y la confiscación de los bienes del tan justamente detestado favorito don Manuel Godoy.

Pero ésta era una gota de bálsamo que no bastaba a curar la profunda herida que los sucesos de aquellos días habían hecho en los corazones de los buenos patricios.

\* \* \*

Desde esta fecha todo son zozobras y calamidades para Barcelona, como para las demás regiones y pueblos de la desventurada España. Fuera prolijo referir los trabajos que sufrimos en los años que duró aquella enconada y gloriosa lucha. No creo exagerar diciendo que jamás pagó ninguna nación del mundo a tan caro precio el lauro de la victoria y la reputación de constante y animosa, porque fué aquélla una tragedia capaz de poner espanto en el corazón más valeroso.

Propalaban los franceses que no abrigaban ningún propósito hostil contra otro español que el presuntuoso valido; pero su felonía se puso tan pronto de manifiesto, que a nadie podían engañar con tales protestas.

No necesito ponderar el efecto que le hacía a nuestro ejército el tener que dar las guardias juntamente con los franceses, después que éstos se habían apoderado tan inicuamente de Montjuich y la Ciudadela. Los frailes y las monjas vislumbraban con azoramiento la perspectiva de la dominación francesa, desde que Murat había entrado en Madrid con 18.000 hombres, recordando que ésta iba seguida en todas partes de la expulsión de las órdenes religiosas, porque Napoleón, que sabía jugar con dos barajas, era un déspota que seguía en ciertas cosas las tradiciones republicanas, dándose de este modo cierto aire y apariencia de revolucionario que seducía a los incautos. El comercio y la industria no hay que decir cómo estarían. La miseria aumentaba a ojos vistas.

— El momento de la explosión se acerca — decía mi padre cuando hablábamos de estas cosas —. Déjalos, que ellos se estrellarán.

— ¿Cómo, si ellos tienen la fuerza? — repliqué yo un día.

— No la moral — repuso mi padre —. Esa la tiene la Iglesia. Sobre todo en España.

Confieso que desde aquel día me fueron muy simpáticos los hábitos monacales.

Entretanto, de todas partes llegaban noticias que confirmaban con harta elocuencia los recelos de los que veían a los franceses no como tropas de tránsito, sino como un verdadero ejército de ocupación definitiva.

En efecto, los sucesos se precipitaban. El lunes 23 de mayo, de dicho año 1808, publicóse oficialmente la noticia de haber renunciado Carlos IV y Fernando VII a la corona de España en favor de Napoleón Bonaparte. El pueblo arrancó ciego de ira los carteles que tan grande noticia anunciaban, viendo el término afrentoso que habían tenido las condescendencias de la corte con sus infames aliados.

El martes, 31 de aquel mes, fué herido un paisano por haber pisado inadvertidamente a un gastador de velites. Amotinóse el pueblo y mató al francés, armándose una de palos y cuchilladas que no había más que ver. De la reyerta resultaron descalabrados muchos contendientes de ambas partes. Los gabachos tocaron generala e hicieron demostraciones ofensivas desde Atarazanas; mas no osaron alejarse de la fortaleza más allá del llano de la Boquería.

Eran tan frecuentes estos alborotos que, para suprimirlos, se organizaron varias rondas de paisanos mandadas por jueces y magistrados y auxiliadas en caso de necesidad por los alguaciles y los mozos de la escuadra.

Desde la heroica sublevación del pueblo madrileño, el día 2 de aquel mes, los franceses no las tenían todas consigo; así es que, al ver como crecía la irritación en esta ciudad, resolvieron apelar a medios extremos para prevenir el peligro. Tal fué la sanguinaria orden del día por la cual el general Duhesme disponía que todo grupo fuese dispersado a tiros y que fuese inmediatamente arrasada la casa desde la cual se hiciese fuego o se arrojase cualquier objeto contra sus subordinados.

A estos insensatos alardes respondió la juventud emigrando en masa de nuestros talleres. No huía del peligro, sino que iba en su busca, porque la gente moza se enardecía leyendo las proclamas de los Capitanes generales de Aragón y Valencia, que circulaban clandestinamente de mano en mano. Los militares de la guarnición española dieron en imitarles con tal

entusiasmo, que los cuerpos que la componían iban disolviéndose como el hielo a los rayos del sol.

Huían también las familias acaudaladas, temerosas de un recio alboroto, y como todo ello acababa de alarmar a los franceses, redoblaban sus precauciones, resultando en suma que esta ciudad tenía un aspecto tan tétrico y pavoroso que no hay palabras para describirlo.

Hasta los curas emigraban, y también muchos hombres casados. Mi madre y mi mujer se echaban a llorar a lágrima viva cada vez que oían contar un caso de éstos, porque mi padre y yo nos mirábamos entonces de modo que harto decían nuestros ojos lo que teníamos en el fondo de nuestros corazones. La verdad es que si no hubiese sido a la sazón padre de un niño y una niña que eran nuestro embeleso, no sé si a pesar del grandísimo amor que profesaba a mi esposa habría tenido fuerza de voluntad bastante para quedarme en casa. Para explicarse lo que entonces sentíamos es preciso ser de mi tiempo.

Mi padre, que a la sazón frisaba con los cincuenta y ocho años, era robustísimo todavía, aunque molestado por el reumatismo, que es el achaque general de los viejos en Barcelona. Nunca se quejaba él de sus males, pero aquellos días estaba dado a perros y maldecía su dolencia de modo tal que no parecía sino que sólo ella le privaba de juntarse con los sublevados.

Algunos de sus amigos — más jóvenes que él — lo habían hecho ya, y admirábame de verles en frecuentes conciliábulos con monjes y otras personas cuyas ideas suponía yo muy distintas de las suyas.

Uno de los ardides patrióticos que más perjudicaron a nuestros invasores fué el de organizar sociedades secretas para promover la desertión en sus filas. En esto hubo hombres muy atrevidos, porque era cosa de jugarse la cabeza. A los desertores se les daba una recompensa en dinero y un traje de paisano. Por haberse descubierto que se dedicaban a tan comprometida tarea, fueron fusilados en 4 de junio, en la explanada de la Ciudadela, tres desgraciados, lo cual acrecentó el terror del vecindario de un modo tan extraordinario, que se calculó que en el breve espacio de cuatro días huyeron más de 30.000 personas.

En la noche del día 6, no cesaron de oírse detonaciones por





*La invasion napoleónica*

11017



el lado de Poniente. Aquellos estampidos lejanos, en medio de la quietud que a tales horas reinaba en las tristes calles de la ciudad, acrecentaban lo terrorífico de su aspecto. Nadie pudo pegar los ojos. A la mañana siguiente todos nos echamos a la calle, ansiosos por saber lo que pasaba, y dijéronnos los forasteros de la parte del Llobregat que el toque de rebato era general en el interior del Principado.

Poco antes de anoecer, empezaron a llegar los franceses que habían salido en columna para castigar a los manresanos por la audacia de haber quemado el papel sellado que les envió Murat y de haber muerto algunos afrancesados. Venían dispersos, rotos y maltrechos, blasfemando como energúmenos y diciendo que en el Bruch les habían tendido una emboscada tan terrible que se vieron precisados a retroceder mal de su grado.

El efecto que causó la nueva de tan inesperada victoria, al medirse por vez primera nuestro paisanaje con aquel famoso ejército, no es para contado. A todos nos dolía no haber estado con los valientes del Bruch y a todos nos parecía que era muy exagerada la fama de invencibles que los franceses tenían. Muchos no se acostaron aquella noche por el gozo de contemplar en la puerta de San Antonio o en la calle del Hospital el lúgubre desfile de los muchos carros que llevaban los heridos a este benéfico asilo.

No he de recordar aquí los pormenores de aquella gloriosa acción de guerra. Ya se comprenderá cuánto debió irritar a los franceses aquella derrota por lo grande, por lo inesperada y por que no podía menos de envallentonar a los españoles. Bien lo tocaron los pueblos del llano. Desde aquel día quitóse el acción de guerra. Ya se comprenderá cuánto debió irritar a los naturales del país, que fué labrar su propia ruina, pues dadas las condiciones del carácter catalán, esta conducta no podía producir otro resultado que exasperar a los pueblos y acrecer sus bríos.

Desde entonces empezaron a escasear los correos, lo cual probaba que el aumento de los *sometents* y partidas sueltas habían cortado las comunicaciones. La guerra había empezado.

Fuéra cuento de no acabar la enumeración de las salidas de divisiones francesas, de sus entradas en la ciudad con los convoyes que les proporcionaron los horribles saqueos del Ar-

bós, de San Boy, de Mataró y de otros puntos; las atrocidades que hicieron y los escarmientos que llevaron en algunos parajes, como en el Bruch, donde, queriendo vengar su afrenta, sufrieron una derrota mucho más vergonzosa que la primera.

En medio de estos estragos, recibióse el día 25 de junio la noticia de haber nombrado el emperador Napoleón a su hermano José rey de España y sus Indias.

Toda España ardía en guerra, y Cataluña entera estaba sublevada, llegando hasta la vista de Barcelona los *sometents* del Vallés, del Urgel y de la Segarra, dirigidos por la Junta Suprema que habían constituido en Lérida los delegados de las corregimentales, acudiendo lo mejor que se podía a las necesidades del Principado. Los preparativos y el plan de campaña que entonces se hicieron eran tan heroicos como ingeniosos.

Barcelona no podía hacer más que conspirar, y conspiraba. Los que habíamos quedado en la ciudad fomentábamos la desertión de los soldados enemigos, lo que se lograba más fácilmente de los italianos que de los franceses; entrábamos pólvora y balas, y aun armas si era posible; nos alistábamos por barrios para cuando llegase el momento de obrar; alentábamos a los pusilánimes haciendo incesante propaganda. El Ayuntamiento, por su parte, negociaba con el Capitán General de Mahón el envío de tropas de aquella isla, que eran muchas y ya no hacían falta por haber cesado en ella la guerra con la Gran Bretaña.

Bien conocían los franceses la parte principal y activísima que tomaban los frailes en la resistencia que tan molestos y azorados les traía, y lo demostraron con la frecuencia con que prendían a los más influyentes personajes de las órdenes religiosas y en la predilección con que registraban los conventos. Verdad es que estas pesquisas eran un excelente pretexto para el pillaje. En esta parte llevaban su procacidad hasta el punto de disfrazarse públicamente con las casullas robadas en los saqueos de los pueblos y de emborracharse bebiendo en los cálices que sacaron de las sacristías.

No hay duda que estos sacrilegios contribuyeron más que todos los excesos y crueldades de los invasores a concitarles el odio de este pueblo, porque entonces los sentimientos religiosos

eran aquí muy vivos y más generales que ahora. Todo alarde de impiedad se consideraba como una ofensa inferida a los que lo presenciaban.

\* \* \*

— ¿Qué hacen esos generales? — exclamaba yo —. ¿Por qué no se unen todos a los de Aragón y Valencia?

— Deja, que todo se andará — replicaba mi padre.

Entonces recordaba yo varias noticias cogidas al vuelo y, entre otras, la que me había dado él de que todas las tardes, pasando por el claustro del convento de Santa Catalina, encontraba al exgobernador de Montjuich, don Mariano Alvarez de Castro, paseándose con ademán abstraído y melancólico. Todos los que conocíamos su entereza de carácter esperábamos de él grandes cosas.

Esto me conduce a hablar de Girona. Los franceses habían despreciado aquella plaza, diciendo que era una bicoca, y el mismo Duhesme la tenía en tan poca estima que, al preparar la expedición destinada a reducir la heroica ciudad a la obediencia del gobierno intruso, dijo con toda sinceridad que no necesitaba sino un día para atacarla, otro para tomarla y otro para arrasarla.

En esto arreciaban cada día más los rigores de la tiranía. El mismo general publicó en 14 de julio un bando, disponiendo que todas las personas que se habían ausentado de la ciudad regresasen en el término de tres días en cuanto fuesen llamadas por la autoridad militar o por la policía, so pena de ser tenidas por sublevadas y de ser secuestrados todos sus bienes. A pesar de tan terrorífica ordenación, la gente seguía emigrando a más y mejor. Y por cierto que no tenían que alejarse mucho para conseguir su propósito, pues los *sometents* y los miguelotes hormigueaban en los pueblos del llano, dando caza a las partidas de tropas francesas que lo cruzaban, con lo cual promovían frecuentes alarmas obligando muy a menudo a la guarnición a cerrar las puertas del recinto en mitad del día. Distínguiase entre los caudillos de estas fuerzas patrióticas el valeroso guerrillero Francisco Milans.

Esta osadía de los sublevados, y el desembarco en Tarra-

gona de un cuerpo de tropas españolas con dieciocho obuses y veintiséis cañones de grueso calibre, que se dirigieron hacia el Llobregat, puso al gobernador Lechi tan fuera de sí que mandó prender y encerrar en la Ciudadela, como en rehenes, a las personas más calificadas en Barcelona por su categoría, por su opulencia o por su popularidad y acrisolado patriotismo. Su propósito era inspirar terror para disimular el que a él le sobrecogía y que bien claramente manifestaba en varias cartas que dirigía al príncipe Murat, a Duhesme y a Reille, y que fueron interceptadas por los nuestros. El expresado ejército, procedente de Mahón y al mando del general marqués del Palacio, efectuó su desembarco en 23 de julio de dicho año de 1808, cuatro días después de haber alcanzado Castaños y Wellington la famosa victoria de Bailén, que a todos nos llenó de entusiasmo y esperanza.

Con las fuerzas recién llegadas improvisáronse en el estratégico punto de la Cruz de Ordal unas formidables baterías y se reforzó la línea del Llobregat de modo tal que, embistiéndola los franceses, fueron rudamente escarmentados, como lo demostró su brusca retirada a la ciudad con muchos carros de heridos.

Como mi propósito se reduce a apuntar sucintamente los hechos de más bullo que he presenciado en Barcelona, omito las heroicidades que en aquel tiempo se hacían fuera de ella para sacudir el yugo extranjero. Era en verdad maravilloso lo que hacía el pueblo español, falto de rey y como constituido en república.

— Es una federación como Suiza — decía a esto mi padre.

Pero lo terrible era lo que iba propagándose y aumentando la miseria con la paralización del comercio y de la industria. Daba grima el ver cómo pululaban por las calles los pordioseros, todos por punto general ancianos o mujeres, pues los jóvenes huían alistándose en los cuerpos de ejército que se iban improvisando. En todo el mes de julio no habían entrado en nuestro puerto sino siete pequeñas embarcaciones. Los talleres iban quedando desiertos. Las Juntas de Beneficencia estaban, como suele decirse, a la cuarta pregunta, por manera que se vieron precisadas a dirigir una patética excitación a los caritativos sentimientos del público. En el Hospital

de la Santa Cruz los apuros llegaron hasta el punto de faltar casi por completo las sustancias más nutritivas. Pasaban de 1.600 los franceses enfermos que allí se albergaban, y de los cuales morían muchísimos, así en aquella santa casa como en otros improvisados hospitales.

Barcelona estaba sufriendo un bloqueo en toda regla, pues por mar lo sostenían los ingleses — que por cierto ayudaban muy eficazmente a los nuestros hasta desembarcando fuerzas y artillería si era menester —, y por la parte de tierra los *sometents* y los migueletes. De todo ello se vengaban nuestros opresores incendiando las alquerías y quintas del llano y talando las heredades de los alrededores.

En medio de tanta necesidad y abatimiento erigióse nuevamente en Barcelona una Casa Moneda, en el mes de agosto de aquel año. Todo esto mientras las cumbres vecinas se veían a cada momento coronadas por penachos de humo, y en las gargantas de las montañas retumbaba el estampido de los cañones y la fusilería. Los pocos vecinos que íbamos quedando en la ciudad no nos cansábamos de contemplar desde los terrados aquel espectáculo tan consolador para nosotros. Pero los franceses se complacían en amargar nuestro gozo abrumándonos con insoportables vejaciones y sacándonos a fuerza de variadas exacciones los pocos cuartos que nos quedaban. Por cierto que si a esto se añaden los sacrificios que hacíamos los barceloneses para contribuir al sostenimiento de la insurrección, se tendrá una idea de lo mermados que debían quedar los caudales de todos. Porque a esta patriótica empresa cooperábamos todos, cada cual en la medida de sus fuerzas, y aun pudiera decirse de algunos que hacían más que podían, realizando verdaderos prodigios de desprendimiento.

Y ¡qué diremos de los que fabricaban en esta ciudad armas y pertrechos para los sublevados, siendo tan lince la policía y tan rigurosa la vigilancia en las puertas del recinto fortificado! Puede decirse que éste era el único oficio que prosperaba, pues los demás se hallaban cada día más decaídos. En agosto sólo entró una nave en el puerto. En septiembre, ninguna. El puerto más animado y concurrido de Cataluña era entonces el de Tarragona. Por él entraban los recursos que nos proporcionaban los ingleses.

— Todos somos rentistas — decía mi padre —; quien no vende, no trabaja. Vamos a distraernos.

Y mi madre y mi mujer se iban a la iglesia, nunca tan concurrida como en aquellos aciagos días, y mi padre y yo nos íbamos a conspirar. No me atribuyo por ello ningún mérito. Entonces cada hogar era un nido de conspiradores. Ni material ni moralmente podían los franceses enseñorearse de España. Con razón decía un diplomático inglés en Tarragona — según nos escribió el corresponsal de aquella ciudad — que España, por su heroica resistencia, podía ufanarse con el título que legítimamente había adquirido de restauradora de la libertad e independencia de Europa.

Redoblaba con esto el furor de los franceses, los cuales no cesaban de inventar nuevos tributos y exigían que se delatasen los bienes, muebles y alhajas de los emigrados, cargando los inmuebles de éstos con enormes contribuciones y amenazando con deportar a Francia a las personas que se mostrasen contrarias a la dominación extranjera, aquí tan justamente odiada.

Pero ni sus atropellos ni sus amenazas fueron parte a acobardar el ánimo de los barceloneses, que ansiábamos librarnos a todo trance de tan pesada y ominosa servidumbre. El núcleo de la conjuración lo formaron — para gloria de la clase menestrala — los representantes de los antiguos colegios gremiales, los cuales se pusieron de inteligencia con los más influyentes personajes de la Junta Suprema y con los caudillos de los tercios catalanes, a fin de asegurar el buen éxito de la empresa obrando de común acuerdo.

Algo harruntaban los franceses de estas patrióticas maquinaciones, por más que no pudiesen estar en los pormenores de ellas, viendo la inquebrantable resistencia pasiva que se oponía a sus desafueros y el aumento de la emigración, que no podían atajar por ningún medio, y considerando cuánto habían de alentar su patriotismo las nuevas que sin cesar llegaban de otras regiones. Y estas sospechas les tenían excesivamente recelosos e irritados.

En efecto, por los periódicos oficiales que publicaba la Junta Suprema del Principado, y que entraban en la ciudad de mil maneras, nos habíamos enterado de la excelente organiza-



ción que había dado ésta al ejército libertador, aprovechando los preciosos elementos que le proporcionaba la llegada de las tropas salidas de Mahón, en donde ya no hacían falta desde que los ingleses se habían convertido de enemigos en aliados de los españoles. Además, esperábanse de un momento a otro 8.000 hombres procedentes de Andalucía, y que debían traer gran parte de las armas y pertrechos que perdieron los franceses en la batalla de Bailén, cuya división había entrado ya en Murcia, en donde fué triunfalmente recibida. De Portugal debía salir otra división más fuerte todavía, dirigiéndose a marchas forzadas hacia nuestro Principado.

Y esto acontecía precisamente cuando los franceses acababan de salir de Madrid literalmente escapados.

Al compás que aumentaban nuestras esperanzas crecían también la zozobra y el furor de nuestros verdugos, los cuales se apoderaron de todos los campanarios, quitando los badajos a las campanas y colocando en aquéllos centinelas con la consigna de disparar contra los que se asomasen a los terrados de las casas los días de alarma, cosa muy incómoda por cierto, porque éstos eran cada vez más frecuentes. Comprendíanse muy bien estas precauciones, por lo que aumentaba el ardimiento de los nuestros, pues los combates que a principios de este año había de cuando en cuando en los montes cercanos, librábanse ya en el llano y casi al pie de las murallas, ocasionando muchísimas bajas a la guarnición, ya excesivamente mermada por las enfermedades. En efecto, en los hospitales morían los franceses a centenares, lo cual debía en gran parte a los excesos que cometían sin tener en cuenta las especiales circunstancias de nuestro clima.

En la madrugada del 5 de diciembre nos despertaron las detonaciones de las descargas y el cañoneo de las baterías colocadas en las faldas de Montjuich, las cuales, después de un recio combate, fueron tomadas e inutilizadas por los nuestros. Eran tantos y habíanse acercado a tan corta distancia de las murallas, que los vecinos más próximos a éstas oían distintamente, desde los terrados y en medio del fuego y el continuo redoblar de los tambores, los gritos de: *Aquí, minyons! Alma, alma! Endavant! Ja son nostres!*

A cuyo estruendo siguió un profundo y sepulcral silencio.

A las ocho de la mañana oyóse un nuevo cañoneo. Era una batería española de las Corts de Sarriá, que ametrallaba a los franceses apostados en la Cruz Cubierta.

En esos días era tan grande la carestía del pan, que se debía tomar vez en las tahonas, aguardando horas enteras para adquirirlo de pésima calidad y en cantidad escasa. El estado de sitio legal lo había decretado la autoridad francesa; el material lo habían establecido los angloespañoles. La guarnición se incautó de casi todas las tahonas, mientras que nuestros tercios cortaban las aguas de la Acequia Condal, y cuando los franceses probaron de elaborar sal con el agua del mar, encontráronse con que carecían de leña. La carne faltaba por completo. Era un bloqueo en toda regla.

El día 14 expulsaron los franceses a los mendigos y a los frailes de la ciudad, cuyas puertas cerraron, no dejando abiertas sino la Nueva y la de Santa Madrona, por las cuales no se entraba sin un pase especial.

La llegada del general Gouvion-Saint-Cyr con un numeroso ejército obligó a los españoles a levantar el bloqueo, desvaneciéndose así por el momento nuestras esperanzas.

Muchas familias emigradas regresaban espontáneamente, diciendo que aun habían padecido más alarmas y privaciones en los pueblos que en Barcelona.

Así terminó el año 1808.

## 1809-1824

Principió el año de 1809 con muy funestos auspicios, porque una derrota que sufrieron los nuestros en Llinás, y la necesidad en que se vieron de abandonar la línea del Llobregat, hicieron que desmayásemos los atribulados barceloneses, viendo alejarse a indefinida distancia la perspectiva de nuestra redención que tan próxima habíamos contemplado.

Napoleón quería poner a prueba el heroísmo español, y para ello penetró él mismo en la península, por Vitoria, con 72.000 hombres, lo cual hacía ascender el total del ejército francés a un guarismo capaz de aterrar a otro pueblo menos

valeroso que el nuestro, pues los invasores eran veteranos acostumbrados a la victoria.

Por todas las razones que llevo apuntadas pasábase con suma estrechez hasta en las casas regularmente acomodadas, de modo que se habría padecido un hambre horrorosa si en esta tierra no fuesen los hombres tan sobrios y las mujeres tan hacendosas. Todos nos veíamos reducidos a ir comiéndonos poquito a poco nuestras economías, lo que no hubiéramos podido hacer sin ser este pueblo, por lo laborioso y económico, un nido de hormigas. Los frailes emigraron casi todos, no quedando en los conventos sino los más ancianos y achacosos. Las monjas quedaron casi todas en su clausura, a pesar de la autorización que tenían para abandonarla. Eran por junto 402, distribuidas en diecinueve conventos.

En medio de tanta necesidad y miseria, la Real casa de Caridad tenía que proveer al sustento de 1.276 personas, y la de Misericordia había de alimentar a cerca de 500 mujeres. Los trabajos que se sufrían para lograrlo no son para contados. El Hospital general lo llenaban casi por completo los heridos, así franceses como españoles, acudiendo la caridad pública al suministro de las prendas y artículos de más imperiosa necesidad que en él hacían falta. Recuerdo con orgullo que quien organizó la subscripción permanente para asegurar una buena alimentación a los prisioneros heridos fué una junta de menestrales. Entonces comprendí con cuánta razón decía mi padre:

— Nuestra clase es el nervio de Barcelona. Si la ciudad peligra, ella la salvará; si la arrasan, la reedificará.

Una Junta de Señoras cuidaba de proporcionar hilas y vendas, tarea a la cual se consagraban todas las barcelonesas, y de hacer lavar la ropa de aquellos desgraciados.

Mi padre y yo estábamos hechos unos andadores de cofradía, buscando subscripciones con incesante constancia, por aquello que dice el refrán, que pobre porfiado saca mendrugo. Mi madre y mi mujer habían organizado una tertulia de vecinas caritativas que se dedicaban a hacer hilas y vendas.

Era la única distracción que había quedado, aun a las señoras más opulentas. Verdad es que el gozo de hacer tan cristiana y patriótica obra compensaba muchas amarguras.

Los hombres teníamos más graves y peligrosas distraccio-

nes. Dos veces por semana llegaban los papeles públicos, en los cuales leíamos las órdenes y las noticias que nos comunicaban las autoridades españolas, lo cual servía para depurar la verdad de los hechos, por punto general harto desfigurada y maltrecha en los partes franceses. Luego cuidábamos de acopiar municiones, que entraban en la ciudad por mil ingeniosos procedimientos; de fabricar y acicalar las armas que debían servir para nuestra redención; de mantener nuestra inteligencia con la Junta y los jefes españoles por medio de cartas cifradas, etc.; todo lo cual se hacía con la intervención de muchas comisiones de los gremios y los barrios. Milagro fué del patriotismo que, siendo tantísimas las personas que entraban en la conjuración, los franceses no lograsen jamás descubrirlas, a pesar de la diligencia y fino olfato de sus polizontes.

En 9 de abril desplegó la autoridad francesa un imponente aparato militar. Salimos todos a la calle para ver qué era ello, y vimos que en todas las encrucijadas se habían puesto pasquines patrióticos. Las autoridades francesas se dirigían a la Audiencia y la tropa les abría paso, apartando a culatazos al gentío que se arremolinaba en las bocacalles de la plaza y en el pórtico de la antigua iglesia de San Jaime, donde se hallan hoy situadas las Casas Consistoriales.

Por fin, a la una y media, vimos salir de la Audiencia, y rodeados de fuerzas de infantería y caballería que los llevaban presos a Montjuich, a veintitrés magistrados, escribanos, procuradores y notarios que a la intimación de prestar juramento al rey intruso habían contestado con una intrépida y rotunda negativa. Del Ayuntamiento no juró sino un concejal; del Tribunal de Comercio, sólo dos individuos. En todas las corporaciones encontraron los franceses la misma resistencia, lo que produjo en la ciudad un indecible entusiasmo.

Con la partida del general Saint-Cyr y su ejército hacia las partes de Vich y de Gerona, reanimáronse los bríos del patriotismo barcelonés, y diéronse los conjurados tanta maña que a principios de mayo ya habían negociado con el capitán monsieur Joseph Dottori, ayudante en Montjuich, que les entregaría el castillo por un millón de duros, y con el capitán italiano Provana, que haría otro tanto con Atarazanas, también mediante una enorme cantidad de dinero. Al mismo tiempo aper-

cibíanse a las armas en todos los barrios y fabricábanse a toda prisa balas y cartuchos. Ascendían a cerca de 7.000 los comprometidos a echarse a la calle al sonar la hora del alzamiento.

Excusado es decir que todo el plan se había trazado de acuerdo y en combinación con las fuerzas españolas de la línea del Llobregat, a las cuales debíamos franquear la entrada al trabarse la lucha.

Mentira parece que hubiera artistas e industriales bastante intrépidos para dibujar y grabar tantos centenares de láminas y escarapelas como se repartieron a las barbas de tan sanguinarias autoridades. El peligro que amedrenta a los flacos de espíritu es un acicate para los ánimos viriles, y en circunstancias como aquéllas se templan y vigorizan las almas.

Eran ingeniosísimas las trazas de que debíamos valernos para distribuir a última hora las armas y municiones, y asombroso el valor de muchas mujeres, en gran parte damas de brillante alcurnia, que llevaban de un lado a otro saquitos de pólvora y balas, pistolas, etc., y distribuían las cédulas en las cuales se señalaba el punto que debía ocupar cada uno de los combatientes.

La señal del alzamiento debía darla el castillo de Montjuich a las doce de la noche del jueves 11 de mayo.

Aquel día me llamó mi padre poco después de amanecer. Vestíme a toda prisa, y como al estar en la calle no me atreviese a preguntarle a dónde me llevaba, díjome:

—Vamos a la parroquia a cumplir con Dios, para que El nos ayude luego a cumplir con la patria.

Después que ambos hubimos confesado y comulgado, regresamos silenciosamente a casa. Al llegar a la puerta de mi aposento estrechóme la diestra, diciéndome con solemne acento:

—Ahora, a la mano de Dios.

En el fondo de la habitación, mi madre y mi mujer sollozaban estrechamente abrazadas. Mi padre me dió un tirón y díjome, muy quedo:

—No nos han oído. Bajemos a la tienda.

Y púsose a despachar a los parroquianos, tan risueño como si tal cosa.

Poco podían figurarse los franceses, que tanto se mofaban de lo que llamaban ellos nuestra superstición, la obra reaccio-

na que estaban haciendo. Yo de mí sé decir que nunca me he sentido tan devoto como entonces, de modo que tengo para mí que los hombres hacemos con Dios lo que los jóvenes tronearas con sus padres, que no se acuerdan de ellos sino cuando necesitan su auxilio.

El plan era vasto y muy bien fraguado. Hasta los soldados españoles que se hallaban en el hospital, convalecientes de sus heridas, habían de empuñar las armas aquella noche. Al hacer Montjuich la señal, las campanas de la Catedral debían tocar a rebato y las fragatas inglesas que bloqueaban el puerto habían de romper el fuego contra la Ciudadela, el fuerte de San Carlos y la batería de la linterna. Todos los campanarios debían responder al toque de la Catedral, y cada barrio tenía que enviar inmediatamente sus hombres a ocupar las encrucijadas y bocacalles que se les había designado.

A las doce de la noche acabábamos de rezar el Rosario. Mi madre y mi mujer temblaban como unas azogadas. Mi padre y yo teníamos cogido el fusil con la mano convulsa de emoción, escuchando sin resollar... Dieron las doce y cuarto, y luego las doce y media, y... nada. Reinaba un silencio sepulcral, sólo interrumpido a ratos por el paso de las patrullas francesas. A la una ya no pude contenerme. Subí al terrado, volví los ojos en torno y no vi, a la espléndida luz de la luna, ningún objeto digno de llamar la atención. Los relojes públicos iban dando las horas en medio de una calma completa. Un perro ladraba en lontananza... De pronto sentí una mano que me apretaba el brazo. Volvíme, y vi a mi padre.

— El plan se ha frustrado — me dijo.

— ¿Qué será? — pregunté yo, maravillado—. ¿Qué hacer?

— Por ahora, esconder las armas. Luego, veremos. A nuevos hechos, nuevos consejos.

Los barceloneses estábamos desesperados y no lo estaban menos los vecinos de los pueblos comarcanos, que habían pasado la noche en vela esperando la señal de ataque.

A la mañana siguiente, desplegaron los franceses grande aparato de fuerzas e hicieron un minucioso registro en la Catedral, en donde fué maravilla que no diesen con los cajones de armas que allí se custodiaban. De allí fueron a las demás iglesias, y como encontrasen que habían vuelto a ponerse a las

campanas los badajos, contra lo dispuesto por la autoridad militar, adquirieron la certidumbre de que se había proyectado un toque general de rebato, lo que fué causa de muchas prisiones. Como éstas se hacían al acaso y los registros también, comprendimos que no estaba bien enterada la policía de los pormenores de la conjuración, de lo cual se aprovecharon para fugarse de la ciudad los más medrosos y algunos de los más comprometidos. Muchos de éstos se habían refugiado en casa de algún conocido no tildado de sospechoso, pasando una larga temporada sin acercarse a sus domicilios.

Dottori había cumplido su palabra, haciendo la señal convenida a la fuerza española que debía subir al castillo, cuya poterna había abierto y cuyos centinelas había ganado, teniendo a la guarnición encerrada en sus cuarteles. Ni antes ni después de aquella noche dijo éste una palabra de la conspiración, lo cual prueba que no había perdido del todo la esperanza de verla retoñar con todas sus consecuencias, que eran para él la adquisición de un tesoro. Quien nos traicionó fué el capitán Provana, lo cual demostró la insigne ligereza con que se había procedido entablando tan graves y trascendentales negociaciones con un sujeto a quien no se tenía bien conocido a fondo.

La prisión efectuada el lunes 15, del P. don Juan Gallifa, de Clérigos Regulares de San Cayetano, a la cual siguieron las de otros de los principales conspiradores, y la prohibición que se hizo a los hombres de salir de la ciudad, causaron extraordinaria consternación, porque parecían demostrar que los franceses habían logrado descubrirlo todo.

No obstante, vióse que al cabo iban a tientas, extremando su rigor para vengar las derrotas que sufrían en la línea del Llobregat y la afrenta que sufrieron varias veces en la costa de Levante, donde les hicieron retroceder mal de su grado las fuerzas combinadas de los *sometents* y de las naves inglesas.

A las siete de la mañana del viernes 2 de junio, se reunió la comisión militar, y a las once y media de la noche pronunció la terrible sentencia por la cual fueron condenados a muerte el doctor Joaquín Pou, cura párroco de la Ciudadela; el P. Juan Gallifa, clérigo regular teatino; don José Navarro, sargento del regimiento de infantería de Soria; don Salvador Aulet, comer-

ciente, y don Juan Massana, oficial de la consolidación de Vales Reales.

Notificóseles en el acto la sentencia, y a la mañana siguiente recibieron los sacramentos, después de cuyo acto entonaron con admirable serenidad el *Te Deum*. El afrancesado regente de la Audiencia, Medinabeytia, a la postre de una acalorada discusión que tuvo con el P. Gallifa, le había preguntado:

— ¿Os jactáis de ser capaz de ostentar la fortaleza y serenidad de un Sócrates?

A lo que había replicado el teatino:

— Me creo capaz de la resignación de un mártir.

Y, en efecto, la tuvo, pues su igualdad de ánimo y su cristiana jovialidad no se desmintieron un instante mientras estuvo en capilla. Muchas veces se ha relatado y ensalzado la serenidad que mostraron aquellos grandes patriotas en tan terribles momentos, y que en verdad fué por todo extremo admirable. Como no había sino cuatro sacerdotes para auxiliar a los cinco condenados, el P. Gallifa exclamó con heroica naturalidad:

— No se apuren por eso; yo puedo asistir a uno.

Hízose la ejecución en medio de un imponente aparato militar, llegando las tropas hasta la Plaza de Palacio, donde estaba la artillería con las mechas encendidas; mas no decayó ni un instante el valor de los condenados, sufriendo heroicamente el suplicio del garrote los dos eclesiásticos, y el de la horca los seglares.

Al ir a empezar la ejecución, oyóse tocar a rebato las campanas de la Catedral, con que hubo carreras, cierre de puertas y grande fermentación en los arrabales, cuyos vecinos querían a todo trance sublevarse. Hubiera sido grande temeridad, no estando preparada la insurrección para que las fuerzas españolas e inglesas pudiesen eficazmente auxiliarla.

Al oír el toque de rebato, corrieron los franceses a la Catedral, saqueándola cuanto pudieron con achaque de registrarla. Viendo que de ninguna manera podían dar con los delincuentes, un comisario de policía se puso a gritar diciendo que el general les perdonaba la vida, y los cuitados, que habían pasado ya setenta y dos horas escondidos debajo del tablado de los fuelles del órgano, salieron casi exánimes de su escondrijo, que fué como meterse en la boca del lobo.



Eran los tales, Ramón Más, carpintero de ribera; Julián Portet, espartero, y Pedro Lastorias, cerrajero, a los cuales llevaron al punto a la Ciudadela con fuerte escolta.

Fué un lenitivo para nuestro pesar la salva que el jueves 8 de aquel mes hicieron las fragatas inglesas en las aguas de Levante, y más aún la explicación que de ella nos dió *La Gaceta Extraordinaria* de Tarragona, notificándonos la derrota que acababa de sufrir en Italia un ejército francés de cincuenta mil hombres y la declaración de guerra de Rusia a Francia.

A decir verdad, la situación de los franceses era insoponible. Los nuestros eran tan osados que hasta llegaron a coparles una avanzada en la Cruz Cubierta, y tenían los hospitales atestados de enfermos y heridos. Bien se advertía su cansancio y descorazonamiento en la progresiva frecuencia de las deserciones. En la noche del 9, se fugó casi toda la guardia del Fuerte Pío.

A las diez de la noche del día 26, se notificó la sentencia de muerte a los tres infelices aprisionados en la Catedral, y a las seis de la mañana siguiente, ya salían de la torre de la Ciudadela para el suplicio. Las precauciones militares fueron las mismas que las de la ejecución anterior.

Esta vez presenciábamos un raro y conmovedor espectáculo. Una extraordinaria muchedumbre para la cual aquella horca era, más que un ominoso instrumento, un objeto digno de verdadera veneración, invadió el glácis de la Ciudadela, y, arrollando a los centinelas, púsose a besar con fanático entusiasmo los pies de los ajusticiados. La lucha de los que porfiaban por llegar hasta los suspendidos cadáveres, los gemidos de las mujeres y las preces de los que oraban fervorosamente por las almas de aquellos mártires, formaban un cuadro desgarrador que me hizo saltar las lágrimas. Cuando se lo hice notar a mi padre, me respondió:

— Contra esos sentimientos, nada pueden los ejércitos de Napoleón.

— Pero, entretanto, nos tienen cautivos — dije yo, furioso.

Y él replicó, entre risueño y amostazado:

— ¡Imbécil! ¿Por ventura, España no los tiene a todos prisioneros? El daño que hacen es el de la fiera enjaulada, que destroza lo que está al alcance de sus garras.

La observación era atinada, como suya. Y aquí debo hacer de paso una que es de estricta justicia y que se ve completamente confirmada por las deserciones que he mentado. En el ejército francés había, sin duda, mucha gente allegadiza, una turba de aventureros en la cual estaba representada la hez de todas las naciones; pero en cambio había también muchos jóvenes decentes y pundonorosos, violentamente arrancados de sus hogares, y por tanto más dignos de lástima todavía que nosotros, pues al cabo teníamos el consuelo de vivir en nuestra patria y batirnos por ella, en tanto que ellos la veían esclava y debían batirse por su tirano. Cuando íbamos a socorrer a los españoles heridos en los hospitales, partía el corazón el oír los lamentos de muchos de aquellos infelices, a los cuales auxiliábamos a veces considerándoles como hermanos de infortunio.

¡Qué terrible cuenta la que ha debido dar a Dios el emperador Napoleón, y cómo horroriza el cúmulo de iniquidades con que se ha formado su tan ponderada grandeza! ¡Cuánto no la aventaja la del humilde cura de aldea, que ejerce evangélicamente su ministerio! Pero la humanidad no glorifica sino a sus verdugos.

Las hazañas del valeroso guerrillero don José Manso, que acabó por ser el terror del enemigo en el llano de Barcelona y en la cuenca del Llobregat, y el levantamiento de la prohibición que habían hecho las autoridades españolas de permitir el paso a los géneros elaborados en esta ciudad, nos servían de consuelo en medio de tantas desventuras.

Los incesantes combates que debían sostener los franceses, los cuales — según confesión propia — apenas dominaban el terreno donde ponían sus plantas, les deserciones y las enfermedades, minaban su ejército de un modo extraordinario. En el primer semestre de dicho año 1809, murieron de ellos, en los hospitales de Barcelona, 1.531 hombres.

En esa fecha, Barcelona, Cataluña y España entera, tenían los ojos fijos en la inmortal Gerona, cuya heroica defensa era la admiración de todos y el tema obligado de las conversaciones.

Entretanto, aquí pasábamos cada día mayores angustias por el rigor del bloqueo que el Gobierno de Tarragona había extremado hasta el punto de alzar horcas en San Cugat del Vallés,



*Los mártires barceloneses de la Independencia*



en la Cruz de Ordal y entre Sitges y Villanueva y en las cercanías de Mataró, para colgar a cuantos probasen de entrar vivos en Barcelona, lo cual, unido a la circunstancia de habernos cortado las aguas de la Acequia Condal, iba haciendo nuestra situación verdaderamente insoportable.

El sábado 16 de diciembre, de aquel año, y por gentes llegadas de Mataró y de otros pueblos de Levante, supimos que el día 10 había capitulado la ciudad de Gerona, saliendo el día 11 para Francia su guarnición, prisionera de guerra.

Renuncio a describir el efecto que produjo en todos los ánimos esta fatal noticia. El heroísmo de aquella defensa inverosímil, si se consideran las pésimas condiciones que tiene para ella la valerosa ciudad, bastante lo han encarecido muchos autores nacionales y extranjeros, sobresaliendo entre éstos los mismos franceses, que no saben cómo expresar la admiración que les causa tanto heroísmo.

\* \* \*

Cuando vuelvo a leer, después de tantos años, los apuntes en los cuales iba tomando nota de los sucesos más trascendentales que he presenciado en épocas agitadas y anteriores al gran desenvolvimiento de la prensa periódica, experimento una emoción que no me es dable explicar fielmente.

Desde luego confieso que el odio que a mí, como a todos los buenos patriotas, nos inspiraba la tiranía de los franceses, ha ido amortiguándose hasta desaparecer por completo de mi ánimo al juzgar con criterio más imparcial e ilustrado aquellos sucesos, haciéndome cargo de las causas que los engendraron.

Hoy sé que no debo confundir con las legiones del déspota, que fué por espacio de tantos años el azote de Europa, al pueblo francés, que fué el primero en sufrir las calamidades y los desastres ocasionados por su ambición y soberbia. Comprendo que a todos nos conviene dar al olvido aquellos horrores, cicatrizar las heridas causadas por aquella lucha descomunal y trabajar unidos por el progreso y bienestar de los pueblos. Porque el desenvolvimiento de las artes y las ciencias, el progreso de todas las industrias y el grande aumento que han experimentado las vías de comunicación, han transformado la socie-

dad de modo tal, que las naciones ya no vivén, como antes, aisladas, sino que las une un principio de solidaridad, por cuya virtud los intereses de cada una de ellas se hallan íntimamente relacionados con los de toda la gran familia europea.

De ahí el principio de la *intervención* de que tanto han abusado las grandes potencias en detrimento de las débiles; de ahí también las terribles luchas intestinas que han agitado a todos los pueblos en la primera mitad de este siglo. Porque, cuando se ha tratado de reparar los males producidos por tan largo cúmulo de desventuras, cada partido pretendió poseer e imponer la panacea que, a su decir, debía curarlos como por arte maravilloso.

Esto sucedió en España, y de un modo espantosamente trágico, por cierto. Mi padre ya lo había previsto, merced a su buen sentido, pues recuerdo que me dijo un día:

—Mucho hemos sufrido y debemos sufrir todavía con esa guerra tan desigual en que nos hallamos metidos; pero todo eso son tortas y pan pintado; en comparación de las luchas que nos aguardan para cuando hayamos expulsado al extranjero de nuestro territorio.

En efecto, estas luchas fueron tremendas, como nadie lo ignora.

Los tradicionalistas intransigentes, invocando los imprescriptibles fueros de la religión y el principio del derecho divino, pretendían que no se tocase con sacrilega irreverencia el arca santa de nuestras seculares instituciones. Decían ellos — y ciertamente no sin visos de razón — que el milagro de heroísmo realizado por España con asombro del mundo civilizado lo habían obrado los religiosos y monárquicos sentimientos de un pueblo realista y católico por excelencia. La admisión de principios e instituciones de exótico carácter no podía menos de enervar y desnaturalizar el nuestro, dividiéndonos, corrompiéndonos y acabando con la grandeza, si no con la existencia de la patria.

En cambio, decían los innovadores que para levantar a ésta de la postración y miseria en que se hallaba sumida era preciso remozarla, vigorizándola con el espíritu moderno.

A los que así pensaban tratábanlos sus adversarios de *afrancesados*, que era a la sazón un mote por todo extremo injurio-

so, en tanto que éstos tildaban a sus contradictores de reaccionarios y oscurantistas.

Y las divisiones iban enconándose y los ánimos empezaban a enardecerse de un modo que nada bueno presagiaba.

En la sociedad de religiosos y magistrados muy sabidos, cuyo trato frecuentaba en aquellos tiempos en que la comunidad del peligro estrechaba las distancias sociales, había aprendido mi padre muy buenas cosas y, recordándolas, no cesaba de clamar contra las novedades intentadas por los legisladores de Cádiz.

— Nos hemos batido como leones por no ser franceses — decía —, y nos entregamos atados de pies y manos a los jacobinos. Nuestra ligereza hará lo que sus armas no consiguieron. No tiene España ninguna necesidad de mendigar en el extranjero el patrón de sus libertades, pues mejores y más antiguas las tuvo que los franceses.

Y al decir esto, comentaba con fervoroso entusiasmo los discursos del insigne Jovellanos, que con tanta elocuencia reclamaba el constitucionalismo y el parlamentarismo *a la española*. Los más no le entendieron, porque, sin echarlo de ver, eran discípulos y hechuras del jacobinismo francés, de modo que para ellos ser español castizo y rancio era no una gloria, sino un sambenito. El patriotismo se hacía sospechoso como una tendencia reaccionaria.

Pasábale entonces a mi padre lo que a muchos de su edad: a pesar de sus aspiraciones reformistas, no podía ver con buenos ojos el rumbo que emprendían los reformadores. Yo tengo para mí que las exageraciones de éstos provocaron una verdadera reacción en el ánimo de la generación aquella.

Tanto él como sus amigos se tenían por liberales; pero fueron de los más moderados y circunspectos. Antes de la guerra de la Independencia eran más radicales y atrevidos que durante el período constituyente.

\* \* \*

Este dualismo fué el que, extremándose y llevando a los hombres al terreno de los hechos, produjo la funestísima guerra civil, que completó la desventura de España, harto arruinada ya por la guerra de la Independencia.

Mientras ésta duraba todavía, la solidaridad del peligro y la unidad de miras que el patriotismo nos imponía a todos hacía imposibles las divisiones, por más que existiesen de un modo latente en el fondo de las conciencias. Pero cuando pudo manifestarse esta discrepancia de ideas y de tendencias, como sucedió al inaugurarse el período constitucional, nos asustamos al considerar las terribles consecuencias que indefectiblemente habían de resultar del choque de tan opuestas aspiraciones.

Los graves desastres que las armas francesas sufrieron en varias regiones de Europa, y a los cuales contribuyó indirectamente España con su maravillosa resistencia, obligaron a Napoleón a restituir la libertad a Fernando VII, el cual entró el 22 de marzo de 1814 en el territorio español por La Junquera, siendo recibido con una verdadera explosión de entusiasmo.

No era extraño. El regreso del rey significaba para todos los españoles la emancipación de la patria, redimida de la tiranía del extranjero.

Por virtud de los convenios que en 18 y 19 de abril se habían ajustado en Tolosa, entre lord Wellington y el mariscal Soult, las tropas francesas evacuaron la ciudad de Barcelona en la noche del 27 al 28 de mayo.

No puede darse nada más instructivo que las disposiciones dictadas en aquel tiempo por el Gobierno.

El capitán general de la provincia marítima de Cádiz prohibía severamente que de palabra ni por escrito se usasen los denigrantes apodos de *serviles* y *liberales*; las autoridades de todas las regiones publicaban las listas de las personas encausadas por haber servido al gobierno intruso, a las cuales llamaban *afrancesados*, y en una circular expedida en 30 de aquel mes por la Gobernación de Ultramar, leíase un párrafo tan sustancioso y expresivo como el siguiente:

«Y entretanto en el Real decreto que acompaño a V., y que S. M. ha dado al tomar las riendas del Gobierno, hace conocer que la pretendida constitución política de la monarquía promulgada en Cádiz por las llamadas Cortes generales y extraordinarias, en 19 de marzo de 1812, fué obra de personas que de ninguna provincia de la monarquía tenían poderes para hacerla... Con este vicio de ilegitimidad concurrió el de la falta absoluta de libertad en las deliberaciones, tomadas entre los



gritos y las amenazas de hombres perdidos, de que una fracción turbulenta llenaba las galerías de las Cortes, siguiendo el mismo sistema empleado en las asambleas revolucionarias de Francia, y con igual éxito que fué el de publicar una constitución, en que bajo de falsas apariencias de libertad se minaban los cimientos de la monarquía, se abría la puerta a la irreligión y se suscitaban ideas cuya consecuencia necesaria era la guerra de los que por sus vicios o por su pereza nada tienen, contra los que gozan del fruto de su trabajo, del patrimonio de sus mayores, o de los empleos debidos a sus servicios.»

Todo esto, en puridad, venía a reducirse a calificar a los constitucionales de *sans-culottes* o, como decimos aquí, *descamisados*, confundiendo con la hez de la sociedad a los sinceros partidarios de las reformas políticas aconsejadas por el espíritu de la época, y que la Restauración no intentó jamás negar en Francia a los liberales.

Así se abondaba el abismo que por desgracia separaba a los dos campos en que estábamos divididos los españoles. Como se ve, de nada les sirvió a los legisladores de Cádiz la sabia previsión con que arrostraron las burlas de la posteridad, insertando en la constitución aquel artículo que parece canon conciliar y en el cual declararon en tono dogmático ser «la Religión Católica, Apostólica y Romana, única verdadera», la que profesaban los españoles. Ni esta declaración solemnísimamente hecha para equietar las conciencias de los creyentes fué bastante a librarles de la nota de francmasones y ateos.

Todos los actos realizados por las Cortes, la Junta Central y las regencias del reino, fueron sucesivamente anulados por aquel monarca que adulaba servilmente al tirano de Europa, mientras con tanto denuedo resistían a sus ejércitos las improvisadas corporaciones tratadas después con tan sañudo rigor por el más ingrato de los reyes.

De modo que, apenas hubo terminado el terror que infundía la cólera de nuestros prepotentes opresores y nos vimos libres de las mil vejaciones y atropellos con que nos martirizaban, nos encontramos sumidos en las ansias del terror que a todos inspiraba un absolutismo suspicaz y vengativo, que parecía considerar como un crimen imperdonable la patriótica iniciativa con que se habían organizado los pueblos al verse aban-

donados a sus propias fuerzas para combatir al extranjero.

Yo oía decir a mi alrededor a personas muy ilustradas, que este heroico despertar se debía a las tradiciones políticas de España, profundamente arraigadas entre nosotros por razones de carácter histórico, y al quejarme de que por ello se nos castigase, replicaba mi padre, muy enojado:

— Sois unos bobos. Ese milagro lo realizó el espíritu independiente de las regiones españolas, y fué una insigne torpeza coronar la obra renegando del espíritu que la había obrado. La gloria de la guerra de la Independencia fué debida a la descentralización, y al constituir políticamente al país se parodiaron las instituciones de la escuela centralizadora. Hemos luchado como héroes para conservar la independencia de España, y luego borramos de una plumada su castiza fisonomía.

Lo que a mí se me alcanzaba por las conversaciones que oía era que entrábamos en una época de grandes disturbios y desazones, cuya duración no era capaz de prever ninguno de nosotros. ¿Podía España conservar esa fisonomía y esas tradiciones en medio de las corrientes de ideas que propendían a innovarlo todo? Esta era la cuestión magna que cada partido resolvía a medida de su gusto, y cuya solución definitiva tocaba a la fuerza material desde el momento que la intransigencia de los bandos no permitía encontrar una fórmula conciliadora.

A mediados de julio de aquel año, hubo en Barcelona una tumultuosa manifestación contra varios sujetos tachados de afrancesados. Fué deplorable, por los atropellos y sustos que de ella se originaron; mas la disculpaba hasta cierto punto el natural deseo de venganza que ardía en el corazón de los que se habían visto largo tiempo oprimidos por aquellos hijos espúreos de España. El capitán general, barón de Eroles, publicó un bando muy severo para poner coto a tales desmanes, prohibiendo los insultos de palabra y obra, la lectura de pasquines y el pararse por las calles sin justificado motivo, y ordenando que desde las nueve de la noche en adelante no transitase nadie sin luz por las calles y plazas de la ciudad, lo que basta para dar una idea de cómo estaría entonces el alumbrado público en Barcelona.

En 21 del mismo mes dictóse un Real decreto restableciendo

el Tribunal del Santo Oficio, que habían suprimido los franceses y, tras ellos, las Cortes de Cádiz.

En la misma época, y como credo o declaración de principios de un partido conservador tan enemigo de las exageraciones de los ultramonárquicos como de las tendencias revolucionarias de los reformistas exaltados, recuerdo que metió mucho ruido un folleto que se vendía en la librería de Brusi, y que mi padre y sus contertulios leían con afición extremada. Era un manifiesto que varios diputados habían presentado al Rey, combatiendo algunos artículos de la Constitución y pidiéndole que ordenase la celebración de las Cortes con la solemnidad y en la forma que se celebraban las antiguas, suspendiéndose los efectos de la constitución y decretos dictados en Cádiz y arreglándose entretanto el gobierno de la monarquía a nuestras antiguas leyes, fueros, usos y costumbres.

Verdad es que mi padre y sus amigos no aceptaban el manifiesto sino por su espíritu y mediante ciertas salvedades; mas no llevaban su desconfianza hasta el punto de considerarlo como una celada tendida por un grupo de absolutistas vergonzantes, cual lo pretendían los reformistas exaltados.

Entretanto, la industria y el comercio iban rehaciéndose paulatinamente de los horribles quebrantos que en los últimos años habían sufrido. Dos cosas dificultaban la restauración de la riqueza y prosperidad públicas: la guerra que ardía más enconada que nunca en las posesiones de América y la reunión del Congreso de Viena, sobre cuyos propósitos y probables consecuencias se hacían muchos y muy temerosos comentarios en detrimento del crédito público y de la confianza y tranquilidad, sin las cuales no se aventuran los capitales.

\* \* \*

En el mes de marzo de 1815 hubo en España, como en toda Europa, una gran alarma causada por la evasión de Bonaparte de la isla de Elba y por su imprevisto desembarco en Francia, lo que fué una atrevida aventura cuando las potencias que le habían vencido estaban tratando del nuevo arreglo del mapa de Europa, tan ajenas de sospechar que pudiese surgir de nuevo el temeroso espectro de la guerra.

Excuso decir si cobrarían ánimos los afrancesados con este no pensado suceso. No obstante, decíase por aquí que el mariscal Massena había batido al exemperador entre Lyon y París, y que se habían prometido cuatro millones de recompensa al regimiento que lo cogiese.

Entretanto, y en medio de la desolación y penuria ocasionadas por la guerra, publicábase el convenio celebrado por Carlos IV, a la sazón residente en Francia, y su hijo Fernando VII, por cuya virtud debía éste satisfacer a su padre una pensión de cincuenta mil duros mensuales, amén de los derechos reservados a la Reina madre en el caso de enviudar y de los que se reconocían al infante don Francisco de Paula.

En esto pensaba aquel decrepito derrochador, mientras todo el continente hervía agitado por el temor de ver renovarse las escenas de devastación que por espacio de tantos años lo habían llenado de horror y de ruinas. Bonaparte fué declarado rebelde y fuera de la ley, y las naciones representadas en el Congreso de Viena resolvieron juntar ochocientos mil hombres para combatir al usurpador, nombrando generalísimo de las fuerzas aliadas al duque de Wellington. La fulminante rapidez con que recobró Napoleón el poder, hizo que las naciones considerasen a Francia como fementida y cómplice de sus designios y que resolviesen invadir su territorio para atajarlos con la rapidez que requería el caso.

El Gobierno español resolvió poner un ejército de observación en la frontera del Pirineo. A fines de junio, su general en jefe oficiaba que «Bonaparte había caído en el lazo que le habían preparado lord Wellington y Blucher; que su ejército había sido destrozado y que él en persona había llegado a París, pidiendo al Cuerpo legislativo hombres y dinero; pero que éste, lejos de acceder a sus deseos, lo había declarado depuesto del trono, enviando diputados para tratar con las potencias aliadas.»

No necesito decir el efecto que causarían estas noticias en Barcelona, donde tanto se había sufrido durante la dominación francesa y tanto horror causaba la idea de que pudiesen reproducirse aquellas terribles escenas.

En los partes oficiales llamábase batalla del monte Saint Jean a esta que, después, se apellidó batalla de Waterloo.

Llámesese como se quiera, no hay duda que es la más trascen-

dental que se ha librado en nuestro tiempo y que de resultas de ella quedó para siempre anonadado el poder de ese funesto grande hombre en mal hora nacido para desgracia de Europa.

Tras esta memorable jornada hubo algunos combates que eran como postreros esfuerzos de resistencia; vino la capitulación, retiróse el ejército francés aquende el Loire, y entraron en París los aliados.

Esta breve campaña y efímera restauración del Imperio son el período que se ha llamado después *los Cien Días*. En tan corta temporada había consumido Napoleón seiscientos millones y perdido ciento cincuenta mil hombres. Luis XVIII volvió a entrar en París el 8 de julio.

La Cámara de los Comunes votó una recompensa nacional de un millón de duros, en favor del duque de Wellington.

Bonaparte se había rendido entregándose a la lealtad británica; pero los ingleses, que no se pagan de frases retóricas y consideraban a Napoleón *como perturbador del Universo y enemigo del género humano*, le enviaron desterrado a la isla de Santa Elena, del modo que todos sabemos. Fué esto en los primeros días de agosto.

A fines de aquel mes penetró en Francia por La Junquera una división española al mando del general don Francisco Javier Castaños — el héroe de Bailén —, para secundar la acción de los ejércitos aliados, que en aquella sazón ocupaban todo el territorio de Francia. Los periódicos de aquella nación se hacían lenguas de la generosa hidalguía con que se portaron en aquella ocasión los españoles, olvidando crueles y recientes agravios.

Cuando releo estas notas, que iba tomando a vuela pluma, de cuanto pasaba a mi alrededor en aquellos remotos tiempos, me cuesta mucho trabajo resistir la tentación de ampliarlas con las reflexiones que me sugieren. No lo hago, porque esta prolijidad quitaría a mis apuntes la naturalidad con que trasladaba al papel mis impresiones.

Si se considera que éstas son las que sintieron entonces todos los barceloneses y con ellos todos los habitantes de Europa, conmovidos por tan graves acontecimientos, se comprenderá que les haya dado tanta importancia en mi relato. En aquella sazón no se hablaba de otra cosa en Barcelona.

Intimamente enlazado con ellos estaba otro, que debo apuntar con dolor profundo. En octubre de 1815, se celebraron unas pomposas exequias para sufragio de las almas de los mártires sacrificados en junio de 1809 por la tiranía de los franceses. Realizada esta piadosa ceremonia, la Junta que para ello se había nombrado acordó la erección de un monumento que perpetuase el heroísmo de nuestros ilustres paisanos, y el Rey accedió, no sólo a que se colocasen los restos de tan insignes patricios *en lugar distinguido de la Santa Iglesia Catedral o en su claustro, mientras se les erigiese un mausoleo digno de ellos*, sino también a conceder *una Rifa de alhajas de plata para ocurrir a los gastos de tan piadoso motivo*. La rifa se celebró; pero el mausoleo no se ha erigido, y esto que van transcurridos desde entonces muchos años. Esta antipatriótica ingratitud, este incalificable olvido, hacen muy poco favor a nuestra generación. Espero que nuestros hijos pagarán esta deuda que nosotros no hemos querido recordar (8).

A fines de enero de 1816, y siguiendo las instrucciones del Gobierno, que deseaba desterrar la perniciosa costumbre de enterrar los cadáveres dentro de las poblaciones, se inauguró un cementerio entre Jesús y el barrio de Gracia.

Ya anteriormente se había ocupado en este importante asunto el marqués de Campo Sagrado, que fué sin duda uno de los mejores y más populares capitanes generales que ha tenido Cataluña. En el mes de febrero del mismo año tomó posesión de este cargo el célebre Castaños, cuyo paternal e ilustrado gobierno ha dejado en Barcelona indelebles recuerdos.

Con fecha de 2 de abril de dicho año 1816, publicó este general una alocución manifestando que al mes de cobrarse algunos arbitrios destinados a mejorar el puerto de Barcelona se había acordado ya hacer el ajuste de la piedra que se necesitaba para construir la escollera. La cantidad determinada para esto era de tres millones de quintales en carretelas de varias dimensiones, los cuales debían sacarse de las canteras de San Beltrán y sus inmediaciones. Dispúsose al mismo tiempo que se dragase el puerto, pues con la paralización del comercio, causada por la guerra de la Independencia, se había descuidado, llenándose de fango y arena hasta el punto de prolongarse muchos pasos la playa y de formarse otra al pie de la linterna.

Calculóse que habían de sacarse un millón de quintales de fango y de arena del cenagoso fondo del puerto, que sin duda habría acabado por cegarse a poco que hubiese continuado tal desidia. Era urgentísimo, como decía el duque de Bailén, «cubrir la cabeza de la barra que tantos daños ha causado y que serían mayores cada día, si no se atendiese a su pronto remedio.»

Entretanto, no llevaba trazas de mejorar la precaria situación de nuestro comercio marítimo, y esto por causas mucho más graves que las condiciones materiales de nuestros puertos y bahías. La guerra con los territorios sublevados del continente americano seguía muy brava y enconada, de modo que en España y en el extranjero se comentaban con pasión los incidentes de esta gran lucha para la cual nuestro país carecía entonces de elementos eficaces. El teniente general don Pablo Morillo era, por su actividad y celo, como una personificación de la metrópoli en aquellas apartadas regiones, en las cuales representó Bolívar el papel de libertador, siendo la más cabal encarnación del partido separatista. Operaban entrambos en Venezuela; pero también había muy sangrientos combates en el Perú, en Buenos Aires y en otros territorios de aquel inmenso continente. Era una lucha titánica en la cual no podíamos abrigar otra esperanza que la de sacar incólume nuestra honra de tan apretado lance.

Sin embargo, Barcelona iba poco a poco recobrándose de su abatimiento con la paz y la actividad proverbial de sus hijos, y hasta el teatro volvía a abrirse dando con el acostumbrado lucimiento funciones dramáticas españolas y de ópera italiana.

Para que se vea la importancia que para aquellos tiempos tenía nuestro antiguo coliseo, basta decir que su orquesta se componía de un maestro director, que cobraba 40 reales vellón diarios; un primer violín de óperas, comedias y tonadillas, 20; otro primero de bailes y orquesta, con 20; tres primeros más, con 14 cada uno; un primero de segundos, cuatro segundos, dos violas, dos violoncellos, tres contrabajos, dos flautas, dos fagotes, dos oboes, dos clarinetes, dos trompas, dos clarines y un timbalero. Total, treinta músicos y el maestro. Aquéllos cobraban, por lo regular, de 14 a 16 reales diarios, lo cual formaba un total de 480 reales por cada noche.

No había entonces en Europa muchos teatros que pudiesen alabarse de tener una orquesta tan numerosa y tan bien organizada como la del teatro de Barcelona.

Aquel mismo año, al empezar el mes de julio, se formó una sociedad por acciones de cincuenta duros para la empresa de dicho teatro, figurando entre los accionistas las personas más conocidas por su posición en el comercio, en la banca, en el foro, etc.

\* \* \*

No puedo menos de apuntar, como otro de los adelantos que honran a Barcelona, que el día 6 de julio de dicho año 1816 se examinaron públicamente en el salón de la Casa Lonja los alumnos de la clase de Taquigrafía, escribiendo con la rapidez del lenguaje hablado los discursos y poesías que les fueron dictados por varios de los concurrentes. Fué tanto más notable el suceso en esa época relativamente remota, cuanto que en Inglaterra se obligaba a los alumnos de esta asignatura a seis años de práctica y en Francia a cuatro, mientras que aquí sólo habían tenido un curso académico de diez meses.

Debióse este adelanto a la Real Junta de Comercio, que ha sido siempre la que más eficazmente ha contribuido a la ilustración y progreso de la ciudad y del Principado.

También sostenía entonces esta corporación una cátedra de Economía Política que desempeñaba fray Eudaldo Jaumcandreu, religioso agustino muy versado en esta materia, que después ha hecho tantos progresos y que, al decir de sesudos varones, no es ciencia, sino amasijo de perogrulladas y cavilosidades con enfática pompa enunciadas. Sea como fuere, son estudios que aguzan el entendimiento y lo aplican al estudio de interesantes y trascendentales problemas, y en aquella fecha no había en España, fuera de Barcelona, quien se ocupase en estas cosas que tanto llamaban la atención de los estadistas en el extranjero.

Eran también muy frecuentados y con notable aprovechamiento el curso de Física que hacía en los mismos estudios don Pedro Vieta, y el de Botánica, confiado al doctor don Juan Francisco Bahí.

Pero la enseñanza más completa y de más fecundos resul-



tados era, sin duda, la Escuela Náutica, a la cual se debió el plantel de marinos científicos que tanta honra dieron a Cataluña en las cuatro partes del mundo.

En suma: con el restablecimiento de las escuelas gratuitas que antes había y con las cátedras recientemente creadas, podía entonces aprenderse en Barcelona, sin gasto alguno: primeras letras, dibujo, escritura doble, matemáticas, náutica, cosmografía, física, química, botánica, farmacia, cirugía, estética, economía política, taquigrafía, sin perjuicio de las enseñanzas que también gratuitamente se daban en la Escuela de sordo-mudos y en el Colegio episcopal.

Todo esto lo noto para que se vea de cuán remota época data aquí el espíritu de propaganda científica, que en otras partes no se ha desarrollado hasta muy avanzado el siglo y con la ayuda del Estado.

Por otra parte, en el breve espacio de dos años que habían transcurrido desde que los franceses evacuaron la plaza, habíanse hecho en la ciudad notables mejoras y proyectábanse otras.

Las murallas de tierra y del mar se habían recompuesto, habilitándolas para el paso de toda clase de carruajes. Arregláronse igualmente las carreteras de Montjuich y de la Cruz Cubierta; plantáronse los árboles del Paseo de la Barceloneta; rectificáronse en la Rambla las líneas de edificación, que eran en demasía caprichosas y desiguales; suprimiéronse los cementerios del Pino, San Justo, San Miguel y San Cucufatè, suprimiéndose con ello otros tantos focos de infección que fueron reemplazados por anchurosas plazas, que bien se necesitaban; consolidóse la situación de la Casa de Caridad, que a principios de 1817 albergaba a 1.800 asilados; principiáronse las obras del puerto; renovóse y se aumentó el alumbrado público; ensancháronse muchas calles, prohibiéndose los aleros de los tejados, etc.

La actividad y el amor al progreso han sido siempre cualidades distintivas de los barceloneses.

En este año de 1817 hubo una sequía tan horrorosa, que perecían los sembrados y se extinguían las fuentes, por lo cual se hicieron públicas rogativas para alcanzar del cielo el tan anhelado beneficio de la lluvia.

También hubo muchísima alarma y se tomaron extraordinarias precauciones en todos los puertos con motivo de la peste que asolaba la Regencia de Argel y todo el litoral africano del Mediterráneo.

Y todo esto sucedía cuando, a consecuencia de los profundos trastornos que había sufrido Europa, cundía por todas partes la miseria y se estaban arbitrando recursos y organizando subscripciones para promover obras públicas que proporcionasen trabajo a los braceros, y se expulsaba de Barcelona a una multitud de mendigos forasteros, haciéndoles volver a sus respectivos pueblos.

Continuando la relación de las mejoras realizadas por aquel tiempo en esta ciudad, debo hacer presente que a mediados de 1818 se habían añadido, a las que acabo de apuntar, varias otras de verdadera importancia, y de las cuales recordaré las que más contribuyeron a embellecer el aspecto de Barcelona.

Prosiguiéndose la rectificación de la Rambla, derribáronse un antiguo muro y unos torreones que existían entre el convento de capuchinos y la Boquería; arreglóse el piso de la Rambla de San José, que justificaba en demasía su nombre por hallarse convertida en torrente; construyóse un magnífico lazareto extramuros y al este de la Ciudadela, principiándose por iniciativa del general Castaños un nuevo paseo y carretera que debía conducir a dicho edificio; principiósse otro paseo a la orilla del mar, desde la puerta de Santa Madrona hasta la cantera de San Beltrán; propagóse la costumbre de construir aceras en las calles y también la de enterrar los cadáveres en el cementerio rural, práctica que al principio inspiraba a las gentes mucha repugnancia; en 11 de septiembre de 1817, inauguró el general Castaños las obras de la Acequia del Llobregat, tan útil para el riego del llano de Barcelona, al cual ha producido incalculables beneficios; cinco días después, la Junta de Comercio inauguraba una nueva escuela gratuita, que fué la de Arquitectura teórica y práctica.

El martes 30 de junio de dicho año 1818, publicóse en esta ciudad el anuncio de otra mejora, cuya extremada trascendencia no pueden comprender los que no hayan alcanzado aquellos tiempos. Fué el establecimiento de la diligencia-correo que, empezando aquel día, salió todos los martes y sábados, a las

mismas horas, de Barcelona y de Valencia. La había fundado una sociedad barcelonesa, y fué la primera diligencia que hubo en España. Los asientos se despachaban en la fonda del Escudo de Francia, en la calle Nueva de San Francisco.

Hacíanse a la sazón los viajes con suma incomodidad y calma, anunciándose en el *Diario* las partidas de las tartanas y calesas que admitían pasajeros para Perpifián, Zaragoza, Madrid u otros muy contados puntos, y el que quería dirigirse a otra parte debía hacerlo a costa de grandes dispendios. Esto, unido al mal estado e inseguridad de los caminos, hacía que se viajase muy poco y sólo en caso de absoluta necesidad, viviendo metidos los hombres en sus pueblos como la tortuga en su concha. De esto dimanaba el poco trato social y mercantil entre los habitantes de las varias regiones y localidades de la Península, de modo que el barcelonés de entonces conocía mucho menos Gerona o Manresa que el de hoy París o Marsella.

En los pueblos por donde pasaba el nuevo vehículo con su fogoso tiro, causó al principio el efecto de una fantástica aparición, sobre todo cuando en la silenciosa noche le oían acercarse con estrépito por la carretera y veían brillar en lontananza su linterna, en medio de las tinieblas. Oí contar que en algunos villorrios huían las comadres al oír que se acercaba, gritando a voz en cuello:

— ¡Cerrad las puertas, que viene el diablo!

Los coches salían de Barcelona y de Valencia los martes, a las ocho de la noche, y los sábados, a la una de la tarde, debiendo llegar a ambas ciudades, los primeros, los viernes, a las nueve de la mañana, y los segundos, los martes, a las cuatro de la madrugada. Tenían ocho asientos, seis interiores y dos exteriores, pagándose por los primeros diecinueve duros, y por los segundos quince, para todo el viaje, y para los pueblos de la carrera al respecto de siete reales vellón por legua en los asientos interiores, y de cinco y medio los exteriores.

Era carillo, porque en aquel tiempo tenían estas cantidades mucha mayor representación que ahora, y luego hay que añadir a este primer gasto el que se hacía en las posadas. A pesar de esto, del insoportable traqueteo que se sufría en las pésimas carreteras de entonces, del polvo que nos asfixiaba envolvién-

donos como una nube que no nos permitía ver a dos pasos del carruaje, del frío que nos entumecía en invierno y del calor que nos derretía en verano, fué aquél un progreso tan grande para nosotros, que nos parecía el colmo de la dicha.

Por otra parte, si la expedición no era larga en demasía y la suerte le deparaba a uno buenos compañeros de viaje, todavía se pasaban en él sabrosos ratos. A este propósito he oído contar mil galantes aventuras, y aunque yo bien sé que es ésta una materia en la cual se hace un grandísimo despilfarro de jarabe de pico, no dejo de comprender cuánto se presta semejante situación a toda suerte de contingencias. Por supuesto que a más de uno le sucedió salir de casa prometiéndose una serie de gratas emociones y encontrarse, al ocupar su asiento, entre un obeso prójimo que le hundía el codo en el costado y un chiquillo travieso que le molía a puntapiés en su incesante cambiar de postura.

Yo me solazaba observando la variedad de tipos que el azar juntaba en la diligencia, receta contra el tedio que muy a menudo he empleado con buen éxito por consejo de mi padre.

A veces la comedia tomaba de repente un sesgo trágico, y era cuando la diligencia tenía la mala suerte de tropezar con alguna de las gavillas de foragidos que con harta frecuencia la esperaban, emboscados en un recodo del camino. Los romances y los dramas de aquellos tiempos andaban llenos de estos desafueros, y por cierto que el temor de una aventura de esta clase bastaba para aguar el contento del más acérrimo aficionado a los viajes.

\* \* \*

Por real orden de 22 de noviembre de 1818, se autorizaron otros carruajes que salían de Barcelona para Valencia los lunes y los jueves, y de Valencia para Barcelona los sábados y los martes, empleando en el viaje cinco días y medio, en vez de tres que tardaba la diligencia-correo en recorrer su trayecto.

Esta nueva compañía se titulaba *las Mensajerías*, y cobraba sólo ciento sesenta reales por asiento, de Barcelona a Valencia y viceversa; parando en Villafranca, Vendrell, Torredonbarra, Tarragona, Vilaseca, Cambrils, Perelló, Amposta,



*Salida de la diligencia*



San Carlos, Vinaroz, Benicarló, Alcalá, Torreblanca, Castellón, Nules y Murviedro.

El primer viaje lo hicieron estos coches en 1.º de marzo de 1819. Los asientos para Villafranca costaban veinte reales, y para Tarragona, cuarenta.

Antes de establecerse estas empresas, ya las había de diligencias para la conducción de viajeros y encargos a Reus y Gerona.

Para esta última salían los coches los lunes, miércoles y viernes, a las tres de la tarde, llegando a Gerona los días inmediatos, a poco más del medio día. El precio de los asientos era de trece pesetas.

A propósito de viajes, he de recordar aquí el ruido que metió en dicho año 1819 un invento del barón de Drais, intendente del gran Duque de Baden, y que consistía en un curioso aparato que llamaba *velocípedo*, compuesto de dos ruedas en una línea, unidas por un madero sobre el cual descansaba una pequeña silla de montar. Con él pretendía el inventor ser capaz de andar de seis a siete millas por hora en camino llano, aun después de haber llovido. Yo vi funcionar esa máquina, y me pareció muy divertida y útil, pues se manejaba con mucha facilidad, andando y volviendo por entre las caballerías y carruajes que era un gusto.

En París adquirió gran boga este aparato, de modo que había allí carreras de velocípedo a lo menos tres veces a la semana, cruzándose con este motivo importantes apuestas. El dueño del privilegio lo explotaba con harta codicia, pues el costo de este aparato no bajaba de 800 a 1.000 reales.

Sin duda fué éste el primer disgusto serio que tuvo mi hijo, pues el velocípedo es la primera pasión que le hemos conocido. Mi mujer, que siempre ha sido muy económica, se sulfuraba al oírle hablar de esto. Mi padre procuraba consolarle, diciéndole:

— Mira, Arnaldo, te prometo comprártelo en cuanto me toque la lotería.

Lo bueno era que mi padre no quiso comprar un billete de la lotería en toda su vida. Preguntándole el motivo de tan sistemática abstención, díjome un día:

— Si en el glacis de la Ciudadela hubiese diez mil gallinas

negras y una blanca, y te vendasen los ojos y te diesen una caña prometiéndote un gran regalo si con ella tocabas la gallina blanca, ¿te tomarías la molestia de hacer la prueba?

— Cierto que no — le respondí.

— Sin embargo, compras billetes de la lotería — replicó él, encogiéndose de hombros.

En aquel tiempo ya empezaba a notarse un gran adelanto en la industria manufacturera, especialmente en las fábricas de paños, de sombreros, de pintados y de tejidos de algodón. Las de hilados nos surtían de hilo hasta el número sesenta con toda igualdad, y con notable mejora los números bajos, que precisamente eran los que más se necesitaban para las manufacturas del país.

En esto habíase introducido ya el estampado de indianas por cilindro, llegándose a estampar perfectamente una pieza en menos de un minuto.

Al mismo tiempo dedicábanse con ahinco el Ayuntamiento y los particulares a embellecer la ciudad y a tener más cómodo el tránsito por sus vías, restaurando las fachadas de las casas y los empedrados de las calles, muchas de las cuales aun no tenían aceras. Esto probará cuánto han aumentado desde entonces los carruajes, particularmente los destinados al transporte de mercancías, pues hoy este descuido sería causa de innumerables desgracias.

En lo que se notaban también grandes progresos era en la música, merced al notable impulso que estaba dando Rossini a la ópera italiana. Aun me parece que estoy viendo cómo se sonrien todos los labios, entreabriéndose de gozo; cómo chispeaban los ojos de los entusiasmados espectadores, cuando la Adelaida Sala cantaba aquella famosa cavatina de la *Italiana in Alghieri*, que empezaba: *Lo trobero, mel dice il cor*. En aquella época se estrenaron la *Gazza ladra*, el *Otello* y otras partituras de aquel fecundo ingenio, no menos ardientemente esperadas aquí por los *dilettanti* que el maná por los israelitas.

Meyerbeer aun no había abandonado la escuela italiana para formarse un estilo propio con la ayuda del gran conocimiento que tenía de los clásicos alemanes.

Todas estas cosas y muchas otras que yo no sabría explicar, las oía a un amigo de mi padre a quien trataban todos con



afectuosa veneración, considerándole en esta materia como una lumbrera y una gloria nacional. Los lectores de mi edad ya habrán comprendido que me refiero al ilustre Carnicer, joven compositor de mucho genio y saber, a quien el atrevimiento de haber escrito una nueva sinfonía para *El barbero de Sevilla* le granjeó los plácemes y la amistad del inmortal Rossini. Don Ramón Carnicer dirigía el teatro de la ópera de Barcelona, y por cierto que era admirable el partido que sacaba de su reducida orquesta.

Grandes eran, y como grandes dignos de mejor suerte, los esfuerzos de la iniciativa individual; pero no había que esperar de ellos gran resultado en orden a la prosperidad pública, pues la intransigencia de la corte, a pesar de los consejos que sin cesar le daban las potencias europeas, era presagio de grandes tempestades.

En efecto, el horizonte político iba nublándose por momentos. En abril y en julio de 1817, habían sido fusilados Lacy y Porlier, por haber conspirado contra el gobierno absoluto. En 1818, la paralización del trabajo había causado una espantosa miseria, que vino a aumentar la irritación general; males que se agravaron en 1819, con el azote de la fiebre amarilla que hizo estragos en Andalucía. Por último, en el mes de enero de 1820, Riego y Quiroga se sublevaron en la isla de León con las tropas que iban a embarcarse para América, propagándose la revolución con la rapidez del rayo. En 3 de marzo cedió el Rey a las exigencias de los sublevados, el 6 convocó las Cortes, el 9 prestó juramento a la Constitución y abolió el tribunal del Santo Oficio, y el 10 desterró a los jesuitas y restableció la libertad de imprenta.

En 11 de marzo, el general Castaños convocaba una Junta compuesta de todas las autoridades de Barcelona, jefes de los cuerpos del ejército, corporaciones y varias personas por él calificadas como de opinión y de consejo, a fin de adoptar con el auxilio de sus luces y patriotismo el sistema más conveniente para consultar la opinión pública y dirigirla, evitando trastornos y violencias, «hacia la reforma política — decía — a que propenden ya los sucesos de dentro y fuera del Principado».

Al día siguiente, una proclama del capitán general interino, don José Castellar, felicitaba a los barceloneses por el entu-

siasmo y la moderación con que se habían adherido al pronunciamiento y participándoles que a las tres y media de la tarde del siguiente día se publicaría solemnemente la Constitución política de 1812, en el gran balcón de la Casa Lonja.

Al leer las noticias, los discursos, las poesías y proclamas que profusamente circulaban, y al ver la alegría que se retrataba en los semblantes de todos, parecíanos que recobrábamos la libertad, la luz y hasta en aire. Habíanse acabado las zozobras y los tormentos de la existencia oprimida, que una política inquisitorial nos había impuesto hasta entonces..., o al menos así lo creíamos. Mi padre, sin embargo, que por razón de sus años era más desconfiado, díjome en cierta ocasión que me vió muy entusiasmado:

— Mira, hijo, si el hombre no tuviera grandes deberes que cumplir y grandes peligros que arrostrar cuando lo exige el bien de la patria, te aconsejaría que fueses más precavido en tus acciones y más parco en tus discursos, porque has de pensar que cuanto digas y hagas ahora se apuntará y se tendrá presente en su día.

— ¡Cómo! — exclamé yo, maravillado de su escepticismo —. ¿Creéis que es pasajero nuestro triunfo?

— ¡Inocente! — replicó él —. Ese regocijo es el prólogo de una guerra civil cuya duración y desenlace no es capaz de prever ninguno de los nacidos.

Luego vi que no era él, por desgracia, el único que hacía tan siniestros vaticinios. Harto ha demostrado el tiempo cuán acertados eran.

Con todo, nuestra confianza no carecía tampoco de fundamento. La Constitución dictada por las Cortes de Cádiz había sido reconocida por las principales potencias de Europa, y no podíamos figurarnos que lo hubiesen hecho con el interesado designio de no enfriar el entusiasmo con que se luchaba aquí contra el común enemigo. Es cierto que Fernando VII, apoyado en la protesta de los sesenta y nueve diputados llamados *persas* y en los treinta mil hombres que le ofreció el general Elío, había restablecido el absolutismo por decreto de 14 de mayo de 1814; pero entonces ya se estilaba el eufemismo de llamar *mal aconsejados* a los monarcas ingratos y perjuros, y los jóvenes teníamos el candor de tomarnos por lo serio la frase.

Y nos inducía a afirmarnos en esta creencia la consideración de que cuando el Rey dió la mano al partido liberal, Riego acababa de ser derrotado, Acevedo había muerto, Mina andaba fugitivo y guareciéndose en la fragosidad de los montes, y sólo una cuarta parte del ejército la había tomado en el alzamiento.

Por otra parte, Inglaterra había felicitado cordialmente al Rey por su resolución, que todos juzgaban leal y espontánea; el de Nápoles se apresuraba a imitar su conducta, y Luis XVIII de Francia la aprobaba categóricamente, calificándola de magnánima, en una carta dirigida a Fernando VII. Verdad es que las grandes potencias del Norte no habían tenido ninguna participación en este concierto de elogios, y de ahí podía colegirse cuánta razón tenían para estar esperanzados los absolutistas, a pesar de su inesperada y momentánea derrota.

En Barcelona se estableció una Junta cuyo primer cuidado fué velar por la conservación del orden, evitando a todo trance riñas y venganzas que hubieran producido pésimos resultados, al par que se ponía en relaciones con las otras Juntas superiores gubernativas de España a fin de proceder de común acuerdo en tan graves circunstancias.

De todos los pueblos de Cataluña, de todas las regiones de la Península iban llegando nuevas del general pronunciamiento y proclamas muy entusiastas. A este propósito he de recordar la magnífica pastoral que en 16 del expresado mes de marzo publicó el señor obispo de esta diócesis, don Pablo de Schar. En ella combatía enérgicamente Su Ilustrísima el concepto de que la Constitución había de ser perjudicial a la Religión y a las buenas costumbres, exclamando:

«Semejantes anuncios, amados hijos, son falsos, son calumniosos, son subversivos del buen orden, y no dudéis que sólo pueden ser parto de una malicia la más refinada, o de una ignorancia la más supina y la más imperdonable; os lo aseguramos delante de Dios y delante de los hombres, y os lo repetimos como padre y como responsables que somos al mismo Dios de la salud de vuestras almas, que nos ha confiado a nuestra solicitud y cargo pastoral.»

Tras esto analizaba el texto de la Constitución, recomendando con sumo ahinco su observancia, por la cual, decía,

«no puede dudarse que España llegará al colmo de felicidad que puede conseguirse en la tierra, y que verá desterrados los abusos, excesos y desórdenes que la han desacreditado entre las naciones y atraído más de una vez sobre sí el peso de los divinos castigos...»

Luego trataba de la extinción del Tribunal de la Inquisición, negando que de ella debiesen seguirse perjuicios a la Religión y recordando que doce hombres bastaron para propagarla por todo el orbe y que en los obispos, por una sucesión no interrumpida desde los Apóstoles, se había continuado la autoridad competente en estas materias de fe y de buenas costumbres, y afirmaba que ni aquella ni éstas sufrirían menoscabo, dado el criterio en que estaba inspirado el código fundamental que nuevamente se proclamaba.

Dios sabe cuántos odios y anatemas se concitó nuestro venerable prelado con esta valerosa manifestación de sus patrióticos sentimientos.

Al día siguiente, el jefe político don José de Castellar publicó dos edictos, el uno señalando el domingo 19 de aquel mes para la reunión de las juntas parroquiales, con el objeto de elegir los nuevos Ayuntamientos, y el otro ordenando la inmediata organización de la milicia nacional, todo a tenor de lo dispuesto en el Código fundamental del Estado.

Ya se comprenderá el efecto que debía producir todo esto en el ánimo de los liberales, que precisamente aquellos días leían en los periódicos el célebre Manifiesto del Rey a la Nación, en el cual Fernando VII confesaba que el progreso de la época y las necesidades por él creadas obligaban a «amoldar a tales elementos las instituciones políticas, a fin de obtener aquella conveniente armonía entre los hombres y las leyes, en que estriba la estabilidad y el reposo de las sociedades», y concluía diciendo: «Marchemos francamente, y Yo el primero, por la senda constitucional; y mostrando a Europa un modelo de sabiduría, orden y perfecta moderación en una crisis que en otras naciones ha sido acompañada de lágrimas y desgracias, hagamos admirar y reverenciar el nombre español, al mismo tiempo que labramos para siglos nuestra felicidad y nuestra gloria.»

No fué menos notable la alocución que dirigió a la guar-

nición de Madrid después de la jura de la Constitución el infante don Carlos, pues al enumerar las obligaciones que les ligaban con el Rey y con sus conciudadanos, decía entre otras cosas: «unirnos en afecto y sentimientos a los demás españoles y concurrir con ellos al establecimiento y consolidación del sistema constitucional».

Esto decía el hombre que pocos años después debía ser el caudillo y la personificación de la reacción absolutista que ha regado el suelo español con ríos de sangre.

Verdad es que en medio del regocijo causado por tan grandes novedades políticas había una sombra temerosa, un recelo vago, un temor instintivo a la traición que estaba en acecho. Prelados, generales, ayuntamientos, periodistas, cuantos ejercían cargos públicos y estaban identificados con las ideas que acababan de triunfar de un modo tan inopinado y sorprendente, no cesaban de recomendar la moderación y la prudencia a sus correligionarios y de hacer mil protestas y reflexiones para convencer a los timoratos de que el espíritu liberal no estaba reñido con el del catolicismo.

Era lo que se llama poner el dedo en la llaga, porque la nota de irreligiosos era la que más explotaban nuestros enemigos contra nosotros en las regiones donde la fe senuilla y fervorosa no iba acompañada de la suficiente ilustración para distinguir entre lo temporal y lo eterno.

Yo debo decir con toda la sinceridad de mi alma que nuestras declaraciones eran leales y honradas. En nuestro concepto, ser liberal y ser fiel observador del Evangelio era todo uno. Había algo de misticismo en nuestro entusiasmo. Aquél fué el período heroico y candoroso del liberalismo. La prueba de nuestra ingenuidad es la burla que de nosotros ha hecho después otra generación más lista, calificando de necedad nuestra abnegación y de despreocupación su egoísmo.

El día 3 de abril de dicho año 1820, se hizo la solemne inauguración del canal de la izquierda del río Llobregat en medio de un inmenso concurso de barceloneses y habitantes del llano, que consideraban aquel suceso como un augurio de su futura opulencia. El cambio político que acababa de efectuarse contribuyó no poco al entusiasmo y expansión de la alborozada muchedumbre allí reunida.

Aquel mismo mes publicó la Junta de la Casa de Caridad un resumen de lo que había hecho en el próximo pasado año de 1819 en beneficio de los albergados, que bien vale la pena de apuntarse. Estos llegaron en dicha fecha a 2.080, a todos los cuales proporcionó vestidos de verano y de invierno, una excelente cama, comida compuesta de sopa de arroz, guisado de carnero, otro de legumbres, el pan y vino correspondiente, todo de buena calidad. En sus escuelas se enseñó a 354 niños a leer, escribir, aritmética, gramática española, geografía y urbanidad, manteniendo además 54 cursantes de gramática latina, retórica, filosofía, náutica, cirugía y música, y teniendo colocados en diversos talleres a 59 aprendices, a los cuales vestía durante el aprendizaje.

Era un notable ejemplo de caridad y de ilustración, en aquella época relativamente tan atrasada.

En el mes de noviembre de aquel año hubo en Barcelona mucha agitación, y todas las autoridades y corporaciones oficiales elavaron al Gobierno enérgicas protestas con motivo de la tentativa reaccionaria que acababa de hacerse en la corte, induciendo al Rey a que por una orden no firmada por el Secretario del Despacho de la Guerra dispusiese que el teniente general don Gaspar de Vigodet entregase el mando de la Capitanía General de Castilla la Nueva al de igual grado don José de Carvajal. La Diputación permanente de Cortes demostró mucha virilidad en aquel lance que puso de manifiesto los peligros con que nos amargaban las maquinaciones de una camarilla mal avenida con las reformas.

Los liberales repetían con indignación el grito, que se hizo popular, de *Constitución o muerte*. Mi padre meneaba tristemente la cabeza, diciendo:

— ¿No te lo decía yo, que aun quedaba el rabo por desollar? No dudes que vas a presenciar grandes tragedias. Vuestra generación está destinada a sostener terribles combates, que yo no veré porque ya soy muy viejo. El mundo anda muy revuelto y ha de costarle mucho recobrar la calma.

En Barcelona hubo además en aquel tiempo un motivo especial de agitación y de malestar, y fué la paralización de la industria manufacturera, causada por el extraordinario contrabando que se hacía con la audacia y la impunidad más es-

candalosas. En prueba de ello baste decir que rara era la noche que no anduviesen a tiros los contrabandistas con el Resguardo, sobre todo en las inmediaciones de la Ciudadela y del fuerte de don Carlos. La junta de fabricantes publicó una enérgica manifestación expresando la causa de la crisis, acudió a las autoridades en demanda de apoyo, y el Gobierno, alarmado ante la perspectiva de un conflicto que hubiera agravado muchísimo una situación ya de suyo bastante peligrosa, prestó a los industriales el auxilio que reclamaban, influyendo al propio tiempo para que hiciesen otro tanto las Cortes. Formáronse rondas de vigilancia para la persecución del contrabando, y publicóse, en 7 de febrero de 1821, una orden de la plaza en la cual se decía que, con permiso de la autoridad, se situaría en cada puerta del recinto fortificado un individuo comisionado por la Asociación de fabricantes, llevando como credencial una tarjeta con el nombre impreso *Erasmus de Gómina* y rúbrica de mano. Mandábase a los comandantes de las guardias que prestasen a dichos comisionados los mismos auxilios que estaban prescritos con respecto a los empleados del Resguardo. De modo que la Asociación de fabricantes había conseguido una fiscalización permanente de la conducta observada por los agentes de la autoridad.

Yo, como tendero que he sido muchos años, debo decir que sobre esto del contrabando y los medios de reprimirlo hay mucho que hablar, que toda mi vida lo he visto hacer con más o menos osadía, y que el más importante ha entrado muchas veces por donde menos podía esperarse.

Lo grave del caso era entonces que, como suele suceder en épocas de agitación política en que todo se convierte en sustancia, los enemigos de las novedades políticas hacían una propaganda terrible propalando que la verdadera y única causa del malestar general debía achacarse al sistema recientemente entronizado.

Y no faltaba quien se lo creía, cual si antes de proclamarse la Constitución hubiésemos gozado los españoles de las dichas del paraíso.

Todo esto era muy lamentable, porque avivaba el fuego de la discordia. Los absolutistas conspiraban a más y mejor, los liberales se amotinaban en muchos pueblos exigiendo tumulto.

tuosamente la proscripción de determinados individuos tachados de *serviles*, y como muchas veces las autoridades locales no tenían el suficiente valor cívico para oponerse a tales atropellos, la Constitución resultaba con harta frecuencia letra muerta. Y estas persecuciones daban fuerza moral a los contrarios y preparaban sus ánimos para tomar sangrientas represalias.

El año 1821 ha dejado un tristísimo recuerdo en los fastos de Barcelona. Al empezar el mes de agosto enteróse la Junta Municipal de Sanidad, por los facultativos, de los síntomas graves que se habían notado en seis enfermos procedentes de los buques del puerto, esto es, *vómitos atrabiliarios* en urros y fuerte *cardialgia* en otros, mandando en consecuencia poner en inmediata y absoluta incomunicación las embarcaciones y habilitando el lazareto para que fuesen allí conducidos todos los que se hallasen acometidos de tales dolencias.

Estas precauciones, unidas al recuerdo de los estragos que había causado la fiebre amarilla en Argel y en Andalucía, causaron en la ciudad un pánico indecible, al cual vino a dar creces la noticia de que en el Hospital general de Santa Cruz había un enfermo de dolencia sospechosa y de que en Salou, en Vilaseca y en Sitges, había también algunos procedentes de la Barceloneta.

Tomáronse enérgicas medidas, aislándose las casas en las cuales ocurría algún caso sospechoso y mandándose sumergir o darse a la vela, para el lazareto de Mahón, los buques apesados, y establecióse en el convento de Jesús un lazareto limpio. En vano se declaraba que todas estas providencias se tomaban para preservar la ciudad del contagio, pues el público veía en ellas la corroboración de que la epidemia ya se había desarrollado, y esta alarma produjo una espantosa emigración que vino a exacerbar los males de la crisis que por otras causas estábamos sufriendo.

Hacía un contraste consolador con el miedo y egoísmo de los fugitivos el caritativo heroísmo con que se brindaron varios médicos a prestar sus servicios en los lazaretos. Según el dictamen científico emitido por la Junta superior de Sanidad, los miasmas productores de la fiebre habían sido transportados por buques procedentes de la Habana, favoreciendo su desarrollo



el estado cenagoso del puerto, la mucha inmundicia que a él llevaban las cloacas y la acequia Condal, el poco asco de algunos buques en él anclados y el excesivo calor que había hecho aquellos días, en que llegó a marcar el termómetro Reaumur 23 y 24 grados a la sombra.

Como sólo llovió un poco en la noche del 6 al 7 y reinaba un poniente seco y ardoroso que aumentaba la evaporación de las aguas corrompidas, y la fiebre amarilla suele tomar incremento en el mes de septiembre, eran muy justificados los lúgubres pronósticos que algunos calificaban de rumores alarmistas.

Con motivo de la incomunicación del puerto, quedaron muchos obreros privados de trabajo y sus familias del diario sustento, por lo cual se abrió en las casas consistoriales una subscripción, que desde los primeros días produjo excelentes resultados. Con todo, había fundados temores de que se trastornase el orden, lo cual indujo al gobernador de la plaza a encerrarse en la Ciudadela con la escasa guardación que había quedado. Peor fué el remedio que el mal, pues este acto acrecentó la alarma de tal manera que el gobernador tuvo que volver a la ciudad al día siguiente, a ruegos del Ayuntamiento.

El día 5 de aquel mes, se estableció el cordón sanitario, que se extendía desde el desagüe de la riera de Horta en el mar, por la misma riera, camino de San Genís, monasterio de San Jerónimo de la Murtra, altura del Tibidabo, San Pedro Mártir, camino de Finestrellas, carretera real de Madrid, quedando a la derecha la torre marina y a la izquierda la última casa de Sans, Nuestra Señora del Port, hasta el mar. Fuerzas del ejército y de paisanos armados de los pueblos cerraban el espacio incomunicado, conminándose con el rigor de las leyes sanitarias, que se extendían hasta la imposición de la pena de muerte, la infracción del bando al efecto publicado.

Si a esta nueva dificultad se añade la que ya encontraban los emigrados de proporcionarse albergue, la escandalosa explotación de que eran víctimas en los pueblos donde no les recibían a pedradas y el peligro de tropezar con alguna cuadrilla de bandoleros como a algunos les sucedió, se comprenderá que también tenía sus inconvenientes la fuga y que fuesen muchos los barceloneses convertidos en héroes por fuerza.

Verdad es que, en punto a seguridad personal, no estábamos mucho mejor nosotros que los fugitivos, pues en Barcelona se habían formado algunas cuadrillas de malhechores que con increíble audacia atacaban a los transeúntes a favor de las sombras de la noche.

En 1.º de septiembre sólo falleció un atacado en el lazareto; el día 7 murieron 6 en la casa de la Virreina, en el barrio de Gracia, y 15 en la Barceloneta, o sean, en junto, 21; el día 8 el total fué de 14; el 9, fué igual; el 10 no pasó de 11; pero el día 11 volvió a aumentar hasta 14; el 12 y el 13 llegó a 22, sosteniéndose a corta diferencia este guarismo hasta el 18, en que llegó a 26; el 19 ya ascendió a 36; el 20, a 49; el 23, a 66; el 25, a 76; en 2 de octubre, a 84; el día 6, a 89. Para apreciar toda la elocuencia de estos datos, hay que tener presente que en aquel tiempo la población de Barcelona, descontada la guarnición, sólo ascendía a 84.000 habitantes.

Con esto crecía el terror y aumentaba la intolerancia de las poblaciones vecinas, que se negaban a toda suerte de comunicaciones con la ciudad apestada, y hacíase cada día más difícil el aprovisionamiento de sus mercados.

Como el casco de la ciudad antigua tenía muy malas condiciones higiénicas, por la angostura de sus calles y la altura desmesurada de sus edificios, dispúsose la formación de campamentos en las afueras, ya con tiendas de campaña, ya con otras formadas de velas, ya con barracas de madera, de ramaje o de ladrillo. Destináronse para casas de observación la torre de Santa Catalina, el monasterio de Pedralbes, los de San Jerónimo de Ebrón y de la Murtra, Montealegre, Conrería y el Masranch; ordenóse el empleo de las fumigaciones para la desinfección del aire, y tomáronse otras disposiciones encaminadas a atajar los espantosos progresos de la epidemia.

Esta seguía un curso muy caprichoso. Desde la fecha últimamente citada habíase iniciado un notable movimiento de descenso en el número de defunciones, que en 17 de octubre no pasó de 49; pero dos días después recrudeció el mal, llegando éstas a 91. Con todo, y bien que con mucha más lentitud de lo apetecible, continuó con más o menos intermitencias el descenso, de modo que el día de Todos los Santos no fallecie-

ron sino 29 atacados; el día 9 no hubo sino 20 muertos; el 14 no pasaron ya de 12; el 19 fueron solamente 8.

Por fin, el domingo 2 de diciembre, a las diez de la mañana, se cantó en la catedral el *Te Deum*. El total de defunciones fué de 8.846, y en toda Cataluña llegó a 20.000.

En la costa de poniente, y sobre todo en Tortosa y también en el Campo de Tarragona, había causado muchas víctimas la epidemia.

Todos juzgamos que habían contribuido mucho a agravar sus efectos la perpetua agitación de los ánimos y la cruel zozobra en que vivíamos a causa de las pasiones políticas que todo lo traían conturbado y revuelto. Ellas lo contaminaban todo, sin que nosotros mismos lo advirtiéramos, ofuscando los entendimientos más claros y las conciencias más rectas.

Sobre si era o no era la fiebre amarilla la terrible calamidad que nos azotaba, suscitóse entre los médicos una apasionada polémica en la cual se pusieron recíprocamente como chupa de dómine. El público tomó partido por uno u otro de los dos bandos, según las aficiones de cada prójimo, y la ciudad quedó dividida en dos campos.

Don Juan Francisco Bahí era una lumbrera científica, un médico eminente, digno de toda veneración y aprecio. Pero presidía la Junta de Sanidad, y en circunstancias calamitosas todo cargo oficial es una credencial de impopularidad. En uno de los varios tumultos acaecidos en aquellas aciagas circunstancias, el sabio doctor fué quemado en effigie por las turbas.

A pesar de haber desaparecido el contagio, no se descuidaron las precauciones necesarias para impedir que retoñase, a cuyo efecto se procedió a la escrupulosa desinfección de todas las casas en las cuales habían muerto o enfermado algunos de los apestados.

Acibaró el gozo no pequeño que sentimos al vernos libres de tan terrible azote, el recuerdo de las víctimas que había hecho y entre las cuales algunas cuyos nombres no se borrarán jamás de la memoria de sus contemporáneos. Entre ellos tengo presentes el del canónigo don Juan Gerardo Fochs, gran matemático, muy conocido dentro y fuera de esta ciudad por los excelentes tratados de esta ciencia que había dado a la estampa, y el del P. Raimundo Ferrer, presbítero del Oratorio, autor

de la interesante obra *Barcelona cautiva*, diario de los sucesos acaecidos en esta ciudad, mientras la ocuparon los franceses. Estos dos caritativos sacerdotes, así como cinco de los concejales del Ayuntamiento y otros beneméritos ciudadanos, perecieron víctimas de su humanidad, auxiliando a los infelices apestados.

En mi casa tuvimos la dicha de no ser atacado ninguno de nosotros, a pesar de que no huíamos del peligro ni escatimamos nuestra asistencia a los vecinos que la necesitaron, en lo cual no hicimos sino imitar la conducta de nuestros conciudadanos, que fué ejemplarísima en tan calamitosas circunstancias.

La entereza y serenidad de carácter de mi padre fueron la pauta y el estímulo de nuestra constancia. Todos nos habríamos avergonzado de aparecer pusilánimes en su presencia. El no conoció jamás el miedo, y solía decir:

— Es tan corta la vida, que no vale la pena de empeñarse en prolongarla algunos instantes. Lo que importa es que sea pura y exenta de miserables flaquezas, porque sólo vive feliz el que está contento de sí mismo.

Mi madre no nos hubiera abandonado por todo el oro del mundo, y mi mujer tampoco, porque era el ídolo de todos y nos pagaba con usura el cariño que le profesábamos. Mi hijo y mi hija eran los que nos daban más cuidados; mas, por fortuna, con la ayuda de Dios pudimos correr sin contratiempo aquella espantosa tormenta.

Esta nos distrajo por completo de los notables acontecimientos que acaecían en otros lugares, como, por ejemplo, la heroica guerra de la Independencia que tan brillantemente habían empezado, para emanciparse del yugo otomano, los griegos, acaudillados por el príncipe Ipsilanti; la muerte de Napoleón Bonaparte, acaecida a las seis de la tarde del 5 de mayo de aquel año, a consecuencia de un cáncer en el estómago; la lucha entablada entre Luis XVIII de Francia y su Parlamento por el predominio que iban adquiriendo en su ánimo los ultrarrealistas, con harto dolor de los monárquicos templados y constitucionales. Como esto coincidía con la reacción que se había hecho en Italia, ocupándola un ejército austriaco que derribó el sistema constitucional que Nápoles había adoptado, el par-

tido liberal estaba en España muy receloso y prevenido, considerando cuán poderosos eran los elementos con que contaba en nuestro suelo el absolutismo para hacer aquí otro tanto.

La creciente agitación y las asonadas que inesperadamente se advertían en varios puntos de la península, justificaban estos temores, revelando como chispas precursoras de un grande incendio la existencia de un fuego escondido que nos amenazaba con nuevos desastres. ¡ Como si no hubieran sido bastantes los que ocasionaron la guerra de la Independencia, la sublevación de las colonias americanas y la fiebre amarilla!

\* \* \*

Uno de los más notables documentos que se publicaron en aquella época fué una circular que, en 11 de mayo de 1822, dirigió a los párrocos y eclesiásticos de la diócesis su gobernador don Pedro José Avellá. Decía este ilustrado sacerdote que una porción de hombres con las armas en la mano se habían declarado enemigos de la Constitución, achacando a ésta, como castigos del cielo, las calamidades de la patria. «Castigos son de Dios, es cierto — decía —, porque El mismo nos tiene dicho por sus profetas que se valdrá de la peste, del hambre, de la esterilidad y de la miseria, y que con la vara y el azote castigará las iniquidades de su pueblo; pero son castigos que provocamos con nuestros pecados y no con nuestra Constitución. No la había en España en otras épocas en que ha sido víctima de iguales y de mayores infortunios. Empecemos por ser justos y benéficos como la Constitución nos manda; observemos fielmente la Religión católica que la Constitución nos prescribe, y veremos como su Divina Majestad no quebranta el pacto que tiene formado con su pueblo, que sus promesas no son vanas, y la abundancia, la salud, la felicidad y la paz prosperarán a proporción que progresen nuestras virtudes. Mas si, por desgracia, el fuego devorador de la discordia cundiera entre nosotros, ¿quién es capaz de calcular la inmensa multitud de males que desplomaría sobre nuestra patria y que tendría que llorar la Religión? Enemistades, odios, rencores, venganzas, saqueos, sangre, muertes, devastaciones, profanaciones de la casa del Señor, persecuciones de sus ungidos y todo gé-

nero de horrores serían el amargo fruto de la guerra civil a que precipitadamente nos conducen los que se levantan contra su patria....»

Estas palabras son memorables porque los hechos las sancionaron muy pronto, dándoles el carácter y prestigio de una verdadera profecía.

A mí me parecía mentira que no aceptasen este criterio todos los clérigos y frailes de la Cristiandad, a lo cual replicó un día mi padre, maravillándose de mi asombro:

— ¿Por ventura aceptan todos los liberales nuestro criterio? ¿No ves cómo todos los días se publican alocuciones y artículos contra los exaltados que predicán doctrinas disolventes, pretendiendo remediar las terroríficas escenas con que los jacobinos escandalizaron al mundo? ¿No oyes cómo se prodiga esa palabra jacobino? Desengáñate, ahí lo que hay son dos intransigencias frente a frente.

— Pero los hombres discretos deberían moderarlas — respondí yo.

— Eso dicen los hombres de buena fe; pero sólo esperan conseguirlo los que no ven más allá de sus narices. Antes que se consiga este resultado, ha de correr mucha sangre.

— Entonces, nosotros...

— Nosotros — respondió mi padre, con acento resignado — pereceremos aplastados entre el yunque y el martillo. — Y después de una breve pausa, añadió: — Nuestros nietos se encargarán de rehabilitar nuestra memoria.

Confieso que no me dejó muy satisfecho esta reparación a tan largo plazo. Recordaba los suplicios y los destierros que habían sufrido muchos de los más valerosos campeones de la guerra de la Independencia; la saña con que se perseguía y martirizaba a los liberales, muchas veces sin forma de juicio que diese un aspecto de legalidad a tan sanguinarias medidas; recordaba la doblez, la ingratitud y la fría crueldad del Rey; contemplaba la miseria, la esclavitud y la abyección en que estaba sumido el pueblo español en pago de su lealtad y heroísmo, y todo esto me encendía la sangre en términos que a veces, ¡Dios me perdone!, comprendía a los jacobinos y los disculpaba y hasta me daban tentaciones de aplaudirles.

Tenía razón mi padre. Las cosas se habían puesto de tal

*La fiebre amarilla de 1821*







manera que ya sólo quedaba campo para los intransigentes. No había que hacerse ilusiones: la lucha que se iniciaba era una guerra sin cuartel.

A esto hay que añadir todavía que nuestra educación política era por todo extremo deficiente, pues los graves y apremiantes cuidados de la guerra no nos dejaron lugar para adquirir los conocimientos, la discreción y el tino práctico que sólo se logran a fuerza de tiempo. Ya se comprenderá cuánto partido debían sacar de esta inexperiencia nuestros ladinos adversarios, fomentando las disensiones que muy pronto empezaron a enflaquecernos, y los celos que dentro y fuera de España inspiraba aquel cambio político tan radical e inesperado.

Con todo, la abolición de los señoríos jurisdiccionales y los privilegios exclusivos, la creación de la milicia nacional, los agasajos de que colmaba el Rey a los caudillos del partido constitucional y la casi afectada predilección con que se encomendaban los cargos más honrosos e importantes a los que más crueles persecuciones habían sufrido por sus ideas liberales, predisponían al optimismo el ánimo de la crédula muchedumbre. Tengo notado que muchísimas veces nos hacemos la ilusión de creer, no porque en realidad tengamos una verdadera convicción, sino por lo que nos amedrenta la duda, cuando lo que debería espantarnos es el error.

Y el error consistía no sólo en dar crédito a las protestas del Rey, sino en abrigar el convencimiento de que la sesuda circunspección de los viejos liberales no había de chocar un día u otro con la impaciencia de los exaltados.

— Lo que vais a lograr vosotros con vuestras exageraciones — decía mi padre, perdiendo los estribos — es que vuelvan a tomar el camino de la proscripción los que tantos sacrificios han hecho para librar a vuestra generación del absolutismo.

El no podía llevar con paciencia que se tildase de tibios y aun de reaccionarios a hombres que, como Argüelles, García Herreros, Canga Argüelles, Martínez de la Rosa, Calatrava, el conde de Toreno y otros insignes varones, habían acrisolado su patriotismo en las cárceles, en el destierro y en los presidios.

Yo le hacía observar que ellos, en cambio, pecaban de excesivamente confiados, y recordábale la tentativa absolutista fraguada en El Escorial y seguida de una imponente manifesta-

ción popular, que reprodujo en Madrid algo del drama acaecido en París en 10 de agosto de 1792, todo para probarle que no me faltaba moderación, pero tampoco una justificada desconfianza. Como los sucesos vinieron, por desgracia, a legitimarla, los liberales, haciendo de necesidad virtud, tuvimos que unirnos contra el común enemigo. Verdad es que esto no se efectuó hasta que se tuvieron pruebas repetidas y evidentes de la complicidad de la corte en las maquinaciones del bando absolutista.

En Barcelona no se oía hablar de otra cosa, sobre todo desde que las sangrientas asonadas de Madrid y el levantamiento de partidas en Galicia, en Castilla la Vieja y en Cataluña, probaron que ya se había realizado el temido rompimiento.

Y mientras de este modo se lanzaban al campo los *Apostólicos*, ayudados por la corte, por la mayoría del clero regular y secular, por la nobleza y por las simpatías de las potencias del Norte, que acababan de derribar con su intervención armada el gobierno constitucional de Nápoles, los liberales perdían el tiempo en Madrid denostándose, calumniándose y persiguiéndose mutuamente con fraticida encono. Los moderados habían formado un grupo aparte, engalanándose con el dictado de *Amigos de la Constitución*, como queriendo significar que no lo eran los del otro bando. Este, a su vez, atizaba las pasiones demagógicas en las sociedades secretas de la Masonería y de los *Comuneros hijos de Padilla* y en las columnas de los periódicos avanzados, de modo que por un lado predicaban los conservadores la fidelidad y el respeto a un Rey en cuya sinceridad no creían, y por otra parte, los exaltados se agitaban sin brújula ni timón en un mar de tempestades, que a todos indistintamente debía tragarnos.

Porque la verdad es que vivíamos en un estado de anarquía permanente, y que mientras la desaforada exaltación de muchos intransigentes se empeñaba en remedar las terroríficas escenas de la Revolución francesa, los absolutistas sacaban partido de estos excesos para desacreditarnos dentro y fuera de España, y el *cordón sanitario* de tropas que el Gobierno francés había situado en nuestra frontera, con achaque de impedir el contagio de la fiebre amarilla, lejos de disolverse, iba cada día reforzándose, y el club secreto de los absolutistas, estable-

cido en París, completaba la organización de los suyos, proveyéndoles de armas, pertrechos y dinero, y, sobornando a jefes de graduación del ejército, daba el formidable carácter de fuerzas regulares a sus desordenadas huestes.

La atmósfera política estaba cargada de espíritu de rebelión. Lo respirábamos con el aire. Estallaban los motines a cada triquitraque y con los más fútiles e impensados pretextos. Las poblaciones de la costa eran por punto general liberales; mas en las regiones del interior la insurrección fué tomando el carácter de una cruzada en la cual tomaron parte muchos guerrilleros que se habían hecho célebres luchando por la Religión y el Trono en la guerra de la Independencia.

Esto a nosotros nos indignaba, y sin embargo era lógico, porque el liberalismo nuestro era afrancesado. Nosotros nos contentábamos con repeler la agresión material de los franceses, al paso que los apostólicos rechazaban su dominación y sus doctrinas revolucionarias.

Entonces vi que era un rudo aprendizaje el de la libertad. No creo que haya ninguno al cual pueda aplicarse con más razón aquel antiguo y cruel axioma de que la letra con sangre entra.

En Cataluña se derramó mucha y con ferocidad inaudita. Montaner de Berga en la Segarra; Antón Costa (a) *Misas* en el Ampurdán; Antonio Marañón (a) *el trapense* en Barbará, Espluga y Montblanch; Romagosa en Brafim, Vilavella y el Panadés; Miralles en Cornudella, Poboleda y el Priorato; Montagut en Mora de Ebro y su comarca, y otros cabecillas, cuyos nombres no recuerdo, asolaron el país como exterminadores, meteoros señalando su funesto paso con el incendio, la devastación y la muerte.

Batíanse unos con el frenético impulso del fanatismo y luchaban otros con la bárbara fiereza del aventurero que abraza un partido sólo a fin de tener una bandera que cubra sus fechorías y dé un socorrido pretexto a sus rapaces y sanguinarios instintos.

Llenos están los papeles públicos de aquel tiempo de los tristes episodios de aquella guerra. Su relato sería tan monótono como repulsivo. Las fuerzas regulares se veían en una posición muy parecida a la de los franceses en la anterior cam-

paña: tenían que batirse con un enemigo que se desbandaba y desaparecía como el humo, reapareciendo más tarde donde menos podía esperarse y con mayores bríos que nunca.

Por fin, comprendieron las Cortes la gravedad del mal y la necesidad de atajarlo prontamente, si aun era tiempo, y enviaron a Cataluña al general Mina, quien entró en el Principado en 9 de septiembre de 1822. Traía 800 infantes y 275 caballos para combatir a 36.000 facciosos posesionados de muchos puntos fortificados y amparados por las asperezas y por los habitantes de las regiones más estratégicas del Principado.

\* \* \*

Mil y mil veces he dado gracias a Dios por haberme deparado la suerte de tener un padre tan discreto y previsor como el mío.

— La nobleza de sentimientos y la ilustración del espíritu son los pergaminos de la única aristocracia posible en nuestra época — decía él.

Y partiendo de este principio, consagrábase noche y día a mi educación moral y mercantil. Quiso que aprendiese la teneeduría de libros y la lengua francesa y que me familiarizase con la Historia.

Como los idiomas no se aprenden sino a fuerza de ejercitarse en hablarlos y escribirlos, aprovechaba cuantas ocasiones se me ofrecían para ello, cultivando el trato de los industriales franceses residentes en Barcelona.

Esto me proporcionó la honra de conocer y tratar al famoso publicista Armand Carrel. Recuerdo que su aspecto me hizo una impresión extraordinaria. Su fisonomía era grave y dotada de un aire de resolución y de una penetrante mirada que avasallaban a cuantos se le ponían delante, a pesar de la exquisita cortesía de su trato.

Decían sus compatriotas que tenía grandes dotes militares, además de las que le adornaban como escritor y como polemista.

A fines del año anterior, Francia y las potencias del Norte habían acordado en el Congreso de Verona la intervención armada en España para derrocar la Constitución, como ya se había hecho en Nápoles y en el Piamonte. Luis XVIII, rey constitu-

cional de Francia, que se picaba de ilustrado y de filósofo, se ofreció a ejecutar el acuerdo. A 9 de enero de 1823, las potencias aliadas llamaron a sus embajadores; en 28 del mismo se anunció la guerra en las Cámaras francesas, y en 7 de abril los *cien mil hijos de San Luis* pasaban el Bidasoa.

Pocos años antes nos habían hecho los franceses una guerra de exterminio, motejándonos de bárbaros y supersticiosos, porque rechazábamos sus ideas, y entonces volvieron a hostilizarnos porque las habíamos adoptado.

Con el ejército del duque de Angulema vino a España el regimiento al cual pertenecía Armand Carrel; pero a él le hizo quedar su Gobierno en Francia entre los sospechosos. Entonces Carrel pidió el retiro y, fletando en el mes de marzo una barca de pescar, vino a Barcelona a ofrecer su espada al partido constitucional.

Habíase formado a la sazón una legión extranjera, compuesta en su mayor parte de piamonteses y polacos que habían combatido en los ejércitos de Napoleón. Tenían la bandera tricolor y los mandaba el coronel Pachiarotti, militar piamontés, cuyas dotes de mando se enconchaban mucho. Operaba a sus órdenes una columna de 200 hombres, incorporada en la división de Milans. El coronel Olini mandaba una fuerza de ochenta italianos. Muchos franceses habían venido también a ayudarnos. España era el palenque donde iban a batirse en desigual pelea los postreros defensores del constitucionalismo con los colosos que se habían propuesto ahogarlo a todo trance. Inglaterra nos honraba con su platónica y estéril simpatía.

Armand Carrel tuvo entre nosotros amigos muy devotos y admiradores fanáticos, porque sus caballerescos sentimientos y su valerosa e inalterable sinceridad le conciliaban el afecto de cuantos podían verle de cerca. Oí a algunos criticar su aristocrática gravedad, obstáculo insuperable para las familiaridades de mal tono que no pocos confunden con la popularidad. Yo de mí sé decir que siempre le encontré muy llano y afable, bien que enemigo declarado de toda jactanciosa vulgaridad y de toda insulsez y chocarrería.

Mi padre tenía por él una especie de idolatría y no se cansaba de repetir y comentar las máximas del grande hombre que sacrificaba su medro personal y el aura de la popularidad

a la austera satisfacción de luchar por la justicia contra todas las intransigencias.

Constaba el ejército de Cataluña de unos 19.000 infantes y 1.200 caballos. Sólo la mitad de los primeros era tropa de línea, pues la tercera parte de la infantería era milicia activa y lo restante soldados ligeros y voluntarios. Los cuerpos de zapadores y artillería eran excelentes.

En cambio, los soldados y los caballos estaban derrengados por la penosísima campaña que habían hecho en un país fragosísimo, en el cual tenían que librar diarios combates; el armamento era pésimo y escaso; el vestuario estaba hecho jirones, y la Administración militar estaba exhausta de recursos y no había de dónde sacarlos, porque aquella vandálica insurrección acapaba de arrebatarse a los pueblos los últimos restos de riqueza que les quedaban a la postre de tantas calamidades.

Mina era a la vez capitán general y general en jefe del ejército. Milans, Manso, Mier y Gurrea fueron nombrados comandantes de división. Todos ellos mostraron una actividad e inteligencia dignas de encomio.

Barcelona tenía aquellos días un aspecto muy belicoso. Parecía un campamento; pero un campamento en el cual el paisanaje andaba confundido y revuelto con los soldados, porque todos sentíamos el mismo ardor guerrero. Y por cierto que buena falta hacía, porque la ciudad tenía malas condiciones para la defensa. Las murallas no amparaban sino la mitad de la población, y sus fosos carecían de empalizadas; la Barceloneta quedaba enteramente descubierta; el Fuerte Pío amenazaba ruina, y si bien teníamos buena artillería y abundantes municiones, nos hallábamos sumamente escasos de víveres. La ciudad contaba con muchos defensores; mas era porque los voluntarios alternaban con la guarnición en el servicio de la plaza.

A principios de julio nuestras tropas, abrumadas por la ventaja que en número y en armamento les llevaba el ejército francés, al cual además prestaban muchas veces eficacísimo auxilio nuestros mismos paisanos, tenían que batirse en retirada, no quedando en disposición de efectuarlo con algún lucimiento sino la división de Milans. Era éste un guerrillero au-

daz, inteligente y de imaginación fertilísima para idear toda suerte de travesuras, de modo que con la poca gente que llevaba dió tanto que hacer al enemigo como si hubiese capitaneado un copioso ejército. ¡Rasgos de genio que sólo aprovechaban para sucumbir con honra!

Esto procuraban los más bravos y pundonorosos. Don Evaristo San Miguel, que no era más que coronel en aquella época, hizo una salida atrevidísima de la plaza de Lérida, con solos 350 caballos. Quiso su mala estrella que diese con esta exigua columna el mariscal Lauriston, trabándose un sangriento combate en el cual los constitucionales fueron literalmente destrozados. San Miguel fué recogido en el campo de batalla cubierto de heridas, desmayado en medio de un charco de sangre. Lleváronle los franceses a una casa de campo, y en cuanto volvió en sí fué a visitarle el mariscal, preguntándole si tenía que quejarse de sus vencedores. El herido clavó en su rostro una profunda mirada, y respondió:

— Sí, de que no hayan acabado conmigo.

Pocos meses después, Cardona y Tortosa ya habían caído en poder del enemigo por obra de la traición: Figueras y la Seo de Urgel se habían rendido por falta de víveres, y Tarragona y Hostalrich hacían esfuerzos sobrehumanos para prolongar su desesperada resistencia.

Entonces empezaron a oírse en Barcelona las fatídicas voces de *capitulación* y *convenio*. De nada nos había servido la paciencia con que habíamos soportado los rigores del bloqueo, ni el valor con que nos habíamos batido en el llano y aun en más apartados puntos con un enemigo tan superior en fuerza y en disciplina; de nada las trágicas escenas que habían ocurrido en muchas familias a las cuales devolvían gravemente herido, cuando no frío cadáver, el que fué su sostén y amparo y que cayó víctima de su arrojo en el campo del honor, a causa de haber trocado los útiles de su oficio por las armas del soldado.

Como suele acontecer en casos tales, irritáronse los ánimos, alborotóse el pueblo profiriendo sediciosos gritos, y en pos del pueblo vino el populacho, aquella muchedumbre indefinida, abigarrada y siniestra que sólo aparece en los momentos de las grandes catástrofes como las aves de mal agüero, ansiando por entregarse a toda clase de excesos y violencias.

Así, confundidos patriotas y patrioterros en inmenso y clamoroso grupo, dirigieron hacia la morada del capitán general a manera de torrente desbordado, en tanto que a su paso iban cerrándose todas las tiendas y asomando a los balcones y ventanas los azorados semblantes de los vecinos pacíficos, que no auguraban nada bueno de todo aquel bullicio.

Mina estaba enfermo. Saltó de su lecho, vistió a toda prisa el uniforme y salió al balcón, enderezando breves y enérgicas palabras a los revoltosos, que vociferaban como energúmenos blandiendo furiosamente los sables y los fusiles por encima de aquella inmensa multitud de cabezas que ondulaba como las olas de un mar encrespado. El prestigio del general era extraordinario. La muchedumbre se retiró.

En pos de ella fueron apareciendo varias patrullas de infantería y caballería. Restablecido el orden, prendióse a varios de los promovedores del alboroto, a fin de evitar que se produjesen nuevos trastornos en tan críticas circunstancias. Al día siguiente el general Mina se trasladó a la Ciudadela.

En mi barrio estábamos resueltos los vecinos a no tolerar ningún disturbio, y en muchos otros se había tomado igual resolución en vista del mal cariz que presentaban las cosas. Ya que estábamos armados, no podíamos permitir que las vidas y los intereses que habían respetado la peste y la guerra con poderosos y encarnizados enemigos pudiesen a manos de una turba de perdidos.

El pueblo, el verdadero pueblo barcelonés, estaba consternado y devoraba a despecho suyo la indignación que hervía en todos los corazones al considerar las deslealtades y torpezas que a tal punto nos habían traído, y al leer las atroces calumnias con que se nos estaba injuriando.

Uníase a estos sentimientos el temor que inspiraba la perspectiva de una reacción sedienta de venganza.

Por fortuna, la enérgica actitud de las autoridades y del vecindario impidieron que una asonada de mal género viniese a aumentar las tristezas y los peligros de una situación ya de suyo harto angustiosa.

Este motín, que tanta alarma produjo, estalló el viernes 24 de octubre.

El sábado 1.º de noviembre, ajustóse en Sarriá un tratado



para la ocupación de las plazas de Barcelona, Tarragona y Hostalrich, a tenor de las bases establecidas en una carta que el mariscal Moncey, duque de Conegliano, había escrito al general Espoz y Mina en 22 del mes próximo pasado.

Según el artículo 1.º de este tratado, las tropas de línea, la milicia activa y todas las tropas de tierra y mar sujetas a la ordenanza militar, que se hallaban a las órdenes del general Mina, debían salir de dichas plazas, dirigiéndose a los acantonamientos que les fuesen señalados de común acuerdo por los generales en jefe de ambos ejércitos, en cuyos acantonamientos no podía haber otras tropas que las francesas. Los regimientos habían de estar reunidos en los mismos cantones en cuanto fuese posible.

Estipulábase en el artículo 2.º que las mencionadas tropas conservarían su organización, sus armas, sus equipajes y caballos, y recibirían la paga y víveres que les señalaba la ordenanza. Los oficiales, sargentos y cabos debían conservar sus empleos, no pudiendo ser molestados por su conducta política ni por sus opiniones anteriores.

En el artículo 12 se declaraba que los empleados civiles, las personas que hubiesen ejercido funciones públicas en el sistema constitucional, y todo otro individuo, no serían perseguidos ni en sus personas ni en sus bienes por su conducta pública, ni por las opiniones que hubiesen manifestado, tanto verbalmente como por escrito.

Decía el artículo 15 que el ejército francés no exigiría ninguna contribución de guerra en las mencionadas plazas; el 16, que se concederían pasaportes a los individuos de cualquier clase que fuesen, que por motivos políticos quisiesen salir de España; el 17, que dichas plazas debían ser ocupadas por las tropas francesas, cuarenta y ocho horas después de haberles sido comunicada la ratificación del convenio; el 18, que las armas de toda clase, los arsenales, parques, la artillería, todos los almacenes militares y todos los buques de guerra españoles que se hallasen en los puertos de Barcelona y Tarragona, serían entregados bajo inventario a los funcionarios franceses nombrados para recibirlos.

Tales eran las cláusulas más importantes de este convenio, en el cual resplandece un espíritu de humanitaria moderación

que no fué del agrado de los ultrarreaccionarios, como bien patente lo hicieron con su conducta.

En la mañana del martes 4 de aquel mes, se posesionó el ejército francés de esta plaza y sus fuertes, marchando las tropas españolas a sus respectivos acantonamientos.

Las distintas y siempre profundas impresiones que produjo esta escena en el ánimo de los espectadores, no acertara yo a describirlas. Unos saludaban al extranjero como a un ejército libertador que venía a restituirles la paz y el triunfo de sus ideas; otros — y eran los más — sentían abrasados los ojos por el llanto de la desesperación y seguían con triste mirada las banderas que se alejaban llevándose las postreras esperanzas de los que habíamos creído posible fundar la libertad en los eternos principios de la justicia, y el orden en la fraternal armonía de todos los buenos ciudadanos.

Hay que cumplir un deber de estricta equidad recordando que el nuevo Capitán general de este principado, barón de Eroles, el gobernador de la diócesis don Pedro José Avellá, el nuevo Ayuntamiento, y en general todas las autoridades nombradas o reconocidas en los primeros momentos de la reacción, se aplicaron con ahinco a precaver los insultos y venganzas que con harta razón podían temerse en tales circunstancias.

Triste es decirlo: pero el mismo ejército francés que vino a derrocar la Constitución y a substituir el régimen liberal por el absoluto, fué la égida de los liberales. A la sombra de la bandera flordelisada encontraron éstos la magnánima generosidad que sus compatriotas debían negarles, no bien cesó de cobijarnos el pabellón extranjero al cual debían la victoria nuestros enemigos.

Algunos síntomas se iban notando que presagiaban el desencadenamiento de las pasiones políticas en cuanto abandonasen los franceses nuestro suelo. Me limitaré a citar uno que transporta la imaginación a remotos siglos por el refinamiento de vengativa saña que arguye. En 27 de octubre, se había visto en la sala segunda de alcaldes de la real casa y corte la causa del célebre general don Rafael de Riego. Acusábale el fiscal «del horroroso atentado cometido *por este criminal* como diputado de las llamadas Cortes, votando la traslación del Rey

nuestro señor y su real familia a la plaza de Cádiz, violentando la real persona y llegando la traición hasta el extremo de despojarle de la precaria autoridad que la rebelión le permitía», por lo cual, y a tenor del Real Decreto de 23 de junio, y hallándose el reo convicto y confeso del delito de alta traición y lesa Majestad, pedía el fiscal contra él la pena del último suplicio, confiscación de bienes y demás que señalaban las leyes, ejecutándose en el de horca, con la cualidad de que el cadáver se desmembrase, colocándose su cabeza en el pueblo de las Cabezas de San Juan, donde dió el primer grito de rebelión; un cuarto en la ciudad de Sevilla, otro en la Isla de León, otro en la ciudad de Málaga, y el resto en esta Corte: principales puntos en que el reo había excitado la rebelión y manifestado su traidora conducta, con condenación de costas.

Fué ese acto como preludio de los muchos que debían dejar en nuestra Historia un rastro de sangre y en los corazones una levadura de odio por la cual se han engendrado crímenes y desastres sin cuento.

Pero aquellos días no pude yo fijarme en las calamidades que azotaban al país, porque el Ángel de la tribulación llamó a la puerta de mi casa y mis oídos ensordecieron para el dolor ajeno y mi alma se replegó, sumergiéndose en la contemplación de su propia amargura.

Gozábase en mi familia de un don proverbial de longevidad. Mi padre tenía sus setenta años perfectos y cabales, y, con todo, la vejez no había enflaquecido el vigor de su inteligencia, ni la fortaleza de su espíritu, ni la agudeza de sus sentidos. No había adquirido la obesidad que suele caracterizar a los ancianos como un símbolo plástico del peso de los años. No tenía el genio melancólico y regañón que al ocaso de la existencia nos hace insoportables. Su recto criterio, su buen humor y su impertérrita sangre fría no le habían abandonado un momento a través de las mil vicisitudes de su dilatada existencia. Por esto le queríamos todos con un amor entrañable al cual iba unida una veneración profunda.

Recuerdo a este propósito que Armand Carrel, gran admirador de las virtudes domésticas de los catalanes, le dijo un día:

— La familia catalana es una sociedad modelo: aquí el padre tiene algo de patriarca, y cada linaje es una tribu.

Sin embargo, los años no transcurren en vano, y la obra demoledora del tiempo, que corroe los cedros y pulveriza los imperios, no respeta la frágil máquina del cuerpo humano.

Una predisposición hereditaria que yo harto recordaba, y las vivísimas emociones morales que aquellos últimos años habíamos todos experimentado, produjeron en su organización un desorden mortífero y que, apenas descubierto, fué aumentando con celeridad espantosa. Quejóse al principio de un fuerte dolor de cabeza, que muy presto fué complicándose con frecuentes vahidos y desvenecimientos. Díjome que le zumbaban los oídos y que se sentía amodorrado, como si fuese invadiéndole un súbito letargo.

Estos síntomas nos alarmaron sobremanera. Lo hicimos acostar, enviamos por el médico, y después que merced al ingenio de mi padre, que con diversos pretextos hizo salir a todos del cuarto, quedamos él y yo solos, me tomó la mano y díjome con voz entera:

— Hijo mío, esto es el epílogo que empieza. No llores. El filósofo mira la muerte sin temor, y el cristiano la contempla con gozo. Te dejo una buena educación, un caudal regular, una madre modelo y una esposa inmejorable. ¿Qué más quieres? Hoy nos separamos, pero mañana volveremos a unirnos para siempre. La vida es corta... Escucha. Mi entendimiento va a perturbarse y yo no puedo emprender un viaje tan largo sin despachar antes todos mis documentos. Ve a explicar al señor cura párroco lo que nos pasa, y dile que venga como de visita, para no alarmar a las mujeres. Anda, y Dios te bendiga.

Yo me ahogaba, porque los sollozos me henchían la garganta cual si fueran a reventarla. Mi padre lo notó, vió que me retorcía las manos de dolor, miróme meneando la cabeza con gesto compasivo, abrió los brazos y arrojéme a ellos soltando por fin el llanto que me ahogaba. El me besó en ambos ojos y sentí que de los suyos caían en los míos dos ardientes lágrimas. De pronto apartóse bruscamente, me rechazó y mostróme la puerta con la mirada.

Hízose como él lo había ordenado. Los médicos cumplieron con su ministerio, y fué en vano. El sacerdote ejerció el suyo, sin duda alguna con más provecho, porque la misericordia del Señor es infinita.

Mi padre tuvo la muerte del justo. Despidióse de todos nosotros y nos bendijo y nos dió sus postreras instrucciones con una entereza admirable.

Veinticuatro horas más tarde me encontré huérfano de padre. Mi pobre madre cayó enferma de pesadumbre. Mi esposa la soportó heroicamente, ayudándome a llevar la pesada cruz que el cielo me enviaba. Parecíame que se había hundido la tierra bajo mis pies. No veía lo que pasaba a mi alrededor. Figurábame siempre oír la voz de mi padre, que de noche me hacía despertar sobresaltado, y a cada momento creía verle venir hacia mí. Estas alucinaciones iban seguidas



de un abatimiento que me quitaba el apetito, el sueño y hasta las ganas de vivir. Mi mujer me decía:

— Ánimate y piensa en tu madre y en tus hijos.

Y yo la abrazaba, avergonzado de la ingratitud en que me hacía incurrir el egoísmo de mi pena.

Mi madre encontró un medio excelente para sacarme de aquella postración moral que me transformaba, a pesar de mis cuarenta y tres años, en un chiquillo sin serenidad, sin reflexión ni albedrío, y fué el decirme cada vez que me veía lloroso y abatido:

— El mejor modo de honrar la memoria de tu padre es imitarle si puedes.

Lo malo era que mi padre era mi mejor, por no decir mi único amigo, y yo no sabía hacer nada sin él. Entonces mi mujer me hizo observar que, si tanto le había querido por esta razón, debía seguir sus huellas a fin de que mis hijos me profesasen el mismo amor que yo le había tenido.

Este argumento me convenció. Desde aquel día cifré todo mi orgullo en poseer el corazón y cultivar la inteligencia de mis hijos. Pero ¡cuán inepto y desmañado me reconocía al compararme con él en el ejercicio de esta dulce tarea! ¿Por qué no ha de ser dable a los padres legar a sus hijos la discreción adquirida a costa de una dura experiencia, como pueden transmitirles su hacienda, que vale infinitamente menos a los ojos del sabio?

Mi hijo Arnaldo había nacido en 1808, y su hermana Dolores en 1812, de modo que al fallecer su abuelo tenían él quince años y ella once. Si me es lícito expresarme de este modo sin afectación, diré que Arnaldo era muy hombre y Dolores muy mujer. Porque él era estudioso, preguntón, ávido de atesorar conocimientos y precozmente grave. En su niñez tenía una formalidad jocosa. Cuando supo gramática castellana, quiso cursar la latina y después la francesa, la inglesa, y cuando estuvo versado en la aritmética dedicóse a las matemáticas. Tuvimos que retirarle la luz de su cuarto, porque se pasaba las noches de claro en claro, como Don Quijote. A bien que no le dió por leer libros de caballería, sino de historia.

— Es el achaque de la nueva generación — decía mi padre —. Padece hambre y sed de saber. A ése no le atarás al mostrador, como hice yo contigo.

Y al buen abuelo, que tan inexorable había sido conmigo en este punto, le hacía una gracia extraordinaria la instintiva repugnancia que sentía su nieto por el mostrador, al cual debíamos la fortuna.

Porque, a fuerza de inteligencia, de actividad y de economía, mi padre dejó al morir un capital bastante regular para aquellos tiempos. La casa que habitábamos, grande, sólida y antigua, era suya: tenía bastante dinero empleado en el negocio, y su firma gozaba en la plaza de un crédito envidiable.

La dote de mi mujer quiso que se emplease en la compra

de unos huertos lindantes con el camino de Gracia. Ibamos allí a pasar muchos días festivos, comiendo a la sombra de los frutales, no regresando a casa hasta haber oído el canto de los ruiseñores saludando a la luna.

— ¿En dónde has visto un sitio más delicioso que éste? — me decía allí una tarde.

Luego quedó un rato meditabundo, y añadió:

— Escucha una profecía, y no digas aquello de que siempre te hablo de cosas *que yo no veré*. Algún día te acordarás de mis palabras. Barcelona trabaja y produce mucho, y como dedica todos sus ahorros a aumentar la producción, progresa de tal manera que ya es angosto el recinto murado en donde se agitan sus habitantes como las abejas en la colmena. Yo no sé cuándo será; pero tengo la completa seguridad de que algún día ha de romper esa cintura que la oprime. Aquel día, estos verjeles cubiertos de naranjos, almendros, manzanos, perales y melocotones, se convertirán como por ensalmo en calles y plazas, más anchas y lujosas que esas vías de la ciudad antigua, que parecen las galerías de un nido de hormigas.

— Me parece muy grande todo eso — respondí yo, deslumbrado por tan brillante perspectiva y temeroso de que fuese una ilusión de su fantasía —. ¿Cómo es posible que tal suceda?

— Venciendo cualquier día una revolución los escrúpulos rutinarios del ramo de guerra — replicó él —. A la voz del progreso, hablando en nombre de la utilidad pública, se desplomarán esos muros como se desplomaron las murallas de Jericó al son de las trompetas de los hebreos. Por si acaso, no vendas jamás estos huertos. Yo creo legarte con ellos una mina que ha de labrar la opulencia de mis nietos.

Estas palabras no se han borrado nunca de mi memoria.

Dolores era, en lo físico y en lo moral, la viva imagen de su madre: jovial, compasiva, infatigable y sencilla, con la docilidad de la cera para someterse a los preceptos y los consejos de sus superiores. No había en su colegio ninguna discípula que la aventajase en destreza y primor en las labores de su sexo, tenía una excoelente letra y aprendió con afición los elementos de gramática castellana, aritmética y geografía.

Cuando fué más crecidita, su madre tuvo en ella una in-

apreciable ayudanta para el gobierno de la casa, porque era muy entrometida y rayaba en pasión su amor a la limpieza y a la elegancia.

Siguiendo las tradiciones familiares que mi padre me había enseñado, no permití jamás que se enterasen mis hijos de nuestra verdadera posición, queriendo que la juzgasen más modesta de lo que era, porque la necesidad es el mejor acicate de la inteligencia y el hombre es de suyo demasiado propenso a la vanidad y la pereza.

Dolores salía a la calle con el pañolito en la cabeza, que no bastaba a cubrir la negra y opulenta masa de sus cabellos, ni a interceptar los rayos de sus magníficos ojos. Ya he dicho que era el vivo retrato de su madre. ¡Qué padrazo soy! ¡Pues no estoy haciendo la apología de mi hija! Y con todo, sí, señor. Era guapa. ¡Vaya si lo era! Y lo es todavía. O, si no, díganlo mis vecinos, que al verla pasar le echaban hendiciones desde el umbral de sus puertas.

La mantilla no se la ponía sino los días festivos; pero entonces desde por la mañana, cuando íbamos todos juntos a misa, porque esto lo hacían las familias en corporación, lo propio que el rezo del Rosario por la noche.

Mi mujer se consagraba con el celo religioso del amor maternal a la educación de Dolores y yo a la de Arnaldo. A entrambos les dedicaba una hora cada noche, hasta que un día cesé de tomarles las lecciones porque mi hijo estudiaba cosas que yo no había aprendido y su hermana se aplicó a ejercer quehaceres domésticos a las órdenes de su madre.

En tan gratas ocupaciones empleaba el tiempo mientras rugía desbordada la reacción, dando caza a los liberales con un ensañamiento que no fué parte a moderar el humanitario ministro Zea Bermúdez. No se hablaba más que de prisiones y destierros y de venganzas personales consumadas bajo el velo de un fingido realismo o de un mentido celo religioso. Habíanse armado sesenta mil voluntarios realistas en 1826, no quedando a mediados de este año sino quince mil franceses en España, en su mayor parte acantonados en los puntos extremos en la Península, especialmente en Cádiz y en Pamplona.

En medio de tan tristes circunstancias, y a las doce del día del martes 4 de diciembre de 1827, vinieron a Barcelona el



rey don Fernando VII y su esposa doña Amalia, a los cuales salió a recibir hasta la Cruz Cubierta la Junta de Reales Obsequios. Acudió a aquel punto un extraordinario gentío que siguió en pos del carro triunfal en que entraron los reyes por la puerta de San Antonio, en donde el General Gobernador y el Ayuntamiento les presentaron las llaves de la ciudad en una magnífica bandeja de plata. Continuó después la regia comitiva, encaminándose hacia el Palacio Real, por la calle del Carmen, Rambla, Dormitorio de San Francisco, calle Ancha, Fustería y Encantes.

Todos los absolutistas se habían esmerado en adornar sus balcones y ventanas con preciosas colgaduras y los liberales no les íbamos en zaga, porque había estimulado nuestro *entusiasmo* una terminante orden del General Gobernador. Otro tanto sucedió con las iluminaciones con que por espacio de tres noches resplandeció el alborozo de los barceloneses.

Pasó aquí la corte una larga temporada, durante la cual visitó los establecimientos de beneficencia y de educación, los conventos, fábricas, archivos y demás edificios e institutos notables, prodigando en todas partes los plácemes y elogios de rúbrica y escuchando las lisonjas de reglamento: que en casos tales allá se van monarcas y súbditos en punto a credulidad candorosa.

En la noche del 6 de enero del siguiente año de 1828, hizose una *Máscara Real*, como se decía entonces, cuyas alegorías, de gusto mitológico, simbolizaban la paz, la prosperidad y la dicha que auguraban al pueblo español, y en particular al de Barcelona, el triunfo de la Realeza sobre la Revolución, encadenada en Cataluña por Fernando VII. En honor a la verdad, esta cabalgata tenía un notable mérito artístico. Figuraban entre sus representaciones: la Aurora vertiendo perlas y flores; las Ninfas; las Gracias; Jano, con sus dos caras, seguido de varias parejas de romanos y sabinos entonando cánticos; la Paz con la Discordia rendida a sus plantas; Ceres y Flora seguidas de una turba de pastorcillos de uno y otro sexo; Pallas, rodeada de artesanos; Neptuno, con un grupo de marineros; la Pintura, la Escultura y la Arquitectura; un carro en el cual iban Mercurio, Minerva, rodeada de instrumentos de agricultura y artes, y Almaltea, derramando el cuerno de la

abundancia. La segunda parte de la cabalgata la componían Temis, Astrea, Apolo y otras deidades gentílicas, expresamente descendidas del Olimpo para pagar un tributo de vasallaje y admiración... a Fernando VII.

También se dedicaron a los reyes algunos bailes muy lucidos, sobre todo el que dió la Junta de Comercio en el gran salón de la Lonja, el lunes 18 de febrero.

En una palabra: la corte se divertía. Pero sin echar de ver que la tierra se estremecía bajo sus plantas.

Y no ciertamente por obra de los liberales.

No puedo pasar por alto una mejora de grande importancia que se solemnizó en 24 de mayo de 1827, que fué la inauguración del anchuroso y ameno Paseo de Gracia, a cuyo barrio debíamos trasladarnos antaño siguiendo el caprichoso alveo de los torrentes, que se ponían intransitables al caer un aguacero, y lo eran siempre de noche por lo que se prestaban a las emboscadas de los malhechores. A principios del año 1821 habíase constituido una Junta presidida por el capitán general, a fin de realizar este útilísimo pensamiento; mas la fiebre amarilla no permitió que se llevase a cabo. En 1822 se prosiguieron los interrumpidos trabajos y, en 1824, el capitán general, que lo era el marqués de Campo Sagrado, les dió un gran impulso a fin de socorrer a los muchos obreros que carecían de trabajo, pagándose los jornales y la expropiación de los terrenos con el producto de una subscripción popular y el de algunos arbitrios transitorios que a este objeto autorizó el Gobierno.

Vamos a otro asunto menos alegre.

El duque de Angulema había regresado a Francia en 1823, sin despedirse siquiera del Rey: tan disgustado estaba del sesgo que habían tomado las cosas en España y de haber contribuido al triunfo de una sañuda reacción absolutista, cuando había venido sólo con el propósito de poner término a la anarquía. Era tanto el furor de perseguir a los liberales en todos los terrenos, que los franceses se apiadaron de ellos, debiéndoles la salvación los más de los diputados. Aboliéronse todas las leyes hechas en Cortes, establecióse una ordenación dracónica por cuya virtud podía condenarse a muerte a cuantos se hubiesen señalado como adictos al nuevo sistema, y creóse una

policía que sembró el terror en todas las poblaciones. Sólo dejó de restablecerse la Inquisición, porque no lo consintieron las cortes extranjeras.

Sin embargo, los ultras del absolutismo no se daban por satisfechos y, mostrándose más realistas que el Rey, se sublevaron varias veces alzando pendones en favor del infante don Carlos.

No quiero recordar los nombres de los muchos cabecillas *apostólicos* que aparecieron, ni de los ilusos liberales que en mal hora volvieron de la emigración para probar fortuna, pagando su temeridad con la vida. Fué aquél un período de arrojadas aventuras e implacables venganzas, de portentoso heroísmo y de increíbles felonías. Mil veces recordé los vaticinios de mi padre. La gran lucha había principiado, inexorable y brava, como que era de principios y no cabía en ella transacción ni avenencia.

No quiero pensar tampoco en los horrores que he presenciado durante los cinco años que fué Capitán general de Cataluña el conde de España, monstruo sediento de sangre que con igual delcote se cebaba en derramar la de los liberales que la de los realistas. Su placer consistía en torturar a sus semejantes, y cuando no le proporcionaban un pretexto legal para conseguirlo, tenía trazas infernales para inventarlo. Había organizado una policía secreta que formaba un cuerpo como de proveedores del cadalso y cuyas declaraciones hacían fe en juicio, no permitiéndose a los procesados valerse de otro defensor que del que se les nombraba de oficio. ¡Ay del que tenía un enemigo oculto o un envidioso mal intencionado! Porque bastaba una delación anónima para que dictasen auto de prisión los magistrados que entendían especialmente en estos asuntos. Así estaban las cárceles atestadas de presos. Allí se les tenía encerrados en infectos calabozos, sin más lecho que ima mala estera, obligándoles a pagar a peso de oro una comida nauseabunda y a vivir confundidos con los criminales de más baja ralea. Estos eran los que mejor lo pasaban, porque sólo ellos consentían en ejercer el vil oficio de espías e instigadores, lo cual les valía en recompensa un alivio en su pena y la rebaja de ella. Las delaciones interesadas de estos miserables llevaron a los presidios y a la horca a muchos infelices.

Cuando las cárceles rebosaban de presos, el conde las desocupaba haciendo lo que él llamaba *una remesa al patíbulo*, lo cual consistía en colgar en la explanada a los más comprometidos, dejando expuestos sus cadáveres para espanto de los vivos. De los demás acusados, escogía a su talante a los que debían ir a poblar los presidios de Africa. Allí fueron muchos hijos por haberse negado a declarar contra sus padres y muchas esposas por no querer hacerlo contra sus maridos.

Era tan horrorosa la situación de aquellos desgraciados, que muchos de ellos pusieron término a su martirio y a su existencia en el paroxismo de la desesperación. Tal hubo que se desangró abriéndose las venas con un hueso aguzado. Otros se atravesaban la garganta con un fragmento de vidrio, que por acaso vino a dar en sus manos. Otros se partían el cráneo, estrellándose contra las paredes del calabozo...

Calcúlese cómo se vivía en Cataluña, y especialmente en Barcelona, en semejantes circunstancias. Respirábamos una atmósfera asfixiante y llena de pavorosas visiones, siempre en continuo sobresalto y sin contar en medio de tan horribles angustias con el amparo de ninguna garantía legal, ni con el recurso de apelación a un tribunal de alzada. Nadie osaba aventurar una crítica, ni proferir una queja, ni soltar una expresión que de cerca o de lejos pudiese tomarse como una alusión política.

Aunque eran escasísimos a la sazón los medios de transporte, hubo un gran aumento en la emigración voluntaria. Yo de mí sé decir que, si hubiese sido soltero, hubiera huído al fin del mundo, considerándome dichoso con verme libre de tales zozobras, más que para ello hubiese tenido que dedicarme al oficio más modesto y penoso de la tierra. Aun así habría ganado no poco en dignidad y sosiego.

No hay mal que cien años dure, dice el refrán; aunque esto, si bien se mira, no debe de rezar con los pueblos, si es verdad lo que de ellos nos cuenta la Historia. Sea como fuere, a nosotros nos vino el remedio de donde menos podíamos esperar: del tálamo real. En abril de 1829 había fallecido la reina María Amalia de Sajonia, tercera esposa de Fernando VII, y aunque éste ya tenía a la sazón cuarenta y cinco años, casó en cuartas nupcias, en 11 de diciembre de aquel año, con María

Cristina, hija del rey de Nápoles y hermana de doña Luisa Carlota, esposa del infante don Francisco. La nueva reina no tenía arriba de veintitrés años y estaba dotada de sutil entendimiento y peregrina hermosura.

Diéronle estas cualidades un incontrastable ascendiente en el ánimo de su regio esposo, y como para sostener la lucha de intrigas palaciegas que se urdían para minar el prestigio de las princesas napolitanas, debieron éstas reforzarlo con el aura popular, sobre todo cuando el nacimiento de una princesa hizo necesaria la derogación de la ley sálica, en la cual fundaba sus derechos el infante don Carlos, doña María fué iris de paz y ángel de las misericordias para los atribulados liberales.

La destitución de Calomarde; la reapertura de las universidades que éste había substituído por cátedras de tauromaquia; el decreto de amnistía, tan amplia y generosa cual nunca nos hubiéramos atrevido a soñarla, y el destierro de don Carlos a Portugal, llenaron de júbilo a los liberales y de mortal despecho a los absolutistas, señalando el advenimiento de una nueva era en la política española.

En el año de 1832 se realizó en Barcelona una mejora muy notable. La *Rambla*, paseo que, como lo indica su nombre, fué en lo antiguo el lecho de un torrente, estuvo sumamente descuidada y sólo tenía algunos árboles, no muy lozanos ni bellos, hasta que en vísperas de la venida de la corte a esta ciudad, en 1802, se regularizó en todo el espacio comprendido entre la fortaleza de Atarazanas y el llano de la Boquería. El trozo que se llama *Rambla del Centro*, formaba un terraplén con pavimento enladrillado y tenía un banco corrido a derecha e izquierda, lo cual basta para dar una idea del grandísimo aumento de circulación que ha tenido desde entonces. En las Ramblas de Santa Mónica, del Centro y de San José, se plantaron acacias, y en la de los Estudios fresnos y adelfas, al nivelarse el piso de este paseo en 1832, preparándose con ello la transformación que más tarde ha tenido.

En 29 de septiembre de 1833 murió de un súbito ataque de apoplejía don Fernando VII, cuyo solo nombre ya lleva consigo todas las infamias y vituperios que pudiera contener un abultado volumen. En nombre de su hija doña Isabel II entró a gobernar su madre doña María Cristina, como regente del

reino, asesorada por un gabinete compuesto en su mayoría de ministros liberales y cuyo dictamen no estaba obligada a acatar, porque de ello la relevaba expresamente la postrera voluntad del difunto monarca. Francia e Inglaterra reconocieron a la nueva reina — que sólo tenía la edad de cuatro años — en cuanto les fué notificada su elevación al trono.

Yo no recuerdo haber visto jamás en Barcelona un júbilo más general y expansivo que el que engendraron estas mudanzas. Para describirlo se necesitaría una pluma mejor cortada que la mía. Para comprenderlo sería preciso haber sufrido los martirios que nosotros habíamos pasado. Aquello era pasar de una lóbrega mazmorra al aire puro, refrigerante y perfumado de la libertad. La regente era nuestro ídolo y la defensa de su tierna hija era para nosotros una empresa caballeresca, que íbamos a acometer con el corazón henchido de orgullo y entusiasmo.

Digo esto porque en octubre de aquel año ya se sublevaron los carlistas por Carlos V, señaladamente en Navarra y en las Provincias Vascongadas, desde donde se propagó muy pronto la insurrección por Asturias, Galicia, Castilla la Vieja, Aragón, Cataluña y Valencia.

Era el comienzo de la terrible guerra civil de los siete años.

\* \* \*

Entre col y col, lechuga, dice el refrán, advirtiéndome cuán necesaria es la variedad para que la monotonía no engendre el fastidio. Por mi fe que yo bien quisiera seguir al pie de la letra este precepto y hasta me esfuero en lograrlo, aun a riesgo de apuntar sucesos de poca monta y triviales comentarios, mas no lo consiente mi mala estrella. ¡Qué otra cosa puede relatar que guerras, disturbios, llantos, y desdichas quien, como yo, ha nacido en una época tan conturbada y batalladora!

Dicenme que esto es propio de los períodos de transición y que nuestros hijos ya gozarán de mayor tranquilidad y sosiego, merced a los trabajos que nosotros hemos pasado. ¡Quiéralo Dios!

Al principiar el mes de agosto de 1834, el cólera morbo estaba haciendo estragos en la capital y en varias provincias,

entre las cuales contábanse las del antiguo reino de Valencia, lo cual obligó a la Junta Superior de Sanidad de Barcelona a tomar severas y extraordinarias medidas para precaver o, cuando menos, demorar en lo posible el temido contagio. Decíase que lo habían traído los rusos de los Balcanes, desde donde fué dejando su pestífero rastro en Polonia, Prusia, Sajonia, Holanda, Flandes, Francia, Inglaterra, Portugal y España.

El rápido y mortífero desarrollo que tomó el azote, unido a los quebrantos y peligros ocasionados por la guerra civil, vino a exacerbar los males de la triste situación económica en que nos encontrábamos y que ya había hecho necesaria una subscripción popular destinada al socorro de los indigentes y la apertura de varias carreteras para facilitarles trabajo.

Hasta el 17 de dicho mes de agosto, publicábase en los periódicos una nota diaria que decía: «Tanto en esta capital como en los demás pueblos del Principado, se disfruta la más completa salud.» Por desgracia no pudo repetirse este boletín sanitario tan tranquilizador al día siguiente, pues hubo de hacerse público que habían aparecido en la ciudad de Tarragona algunos casos de cólera perfectamente caracterizados.

Nuestra ciudad se vió atacada por este mal epidémico el día 25 de septiembre, concluyendo en 10 de noviembre, después de haber causado 3.344 víctimas. El día que hubo más defunciones fué el número de éstas 248, y el día que hubo menos fué el 8 de noviembre, que no pasaron de 9. El número de habitantes de la ciudad era entonces de 122.141; pero hay que tener en cuenta que, siendo aquélla la vez primera que el mal asiático invadía nuestro territorio, produjo su aparición un pánico espantoso, el cual dió lugar a la emigración de todas o la mayor parte de las familias acomodadas.

A las diez de la mañana del jueves 13 de noviembre, se cantó en la catedral el *Te Deum* con asistencia de todas las autoridades. Por razones particulares y tristísimas, ni yo ni mi familia pudimos asociarnos por completo al júbilo que causó la desaparición de la terrible epidemia.

Ya he dicho que en 1821 pasamos en Barcelona toda la temporada que duró la fiebre amarilla. Mi madre consideraba como la cosa más natural del mundo hacer ahora otro tanto,

y era porque la pobre anciana tenía un apego tan grande a su casa, y sobre todo al aposento que habitaba, a sus muebles y sus hábitos diarios, que no concebía la existencia en otra parte y lejos de los objetos y las personas que estaba acostumbrada a ver y tratar todos los días. No le parecía valedera la misa que no oía en San Francisco — en donde pasaba la mayor parte de la mañana —, ni había para ella en la tierra otro sacerdote a quien confiar sus culpas que un viejísimo confesor que tenía desde muchos años. Su casa, su iglesia y su barrio eran su universo. Las visitas a parientas y amigas las hacía siempre en los mismos días de la semana y a la misma hora de la tarde, por manera que ya le tenían preparada de antemano la merienda para agasajarla; y ella recibía también en días determinados. Nuestras visitas al huerto del Paseo de Gracia las hacíamos solamente los domingos y eran para nosotros una cosa tan extraordinaria, que la preparábamos la víspera por la noche con tanta algazara y tanto movimiento de cestas y provisiones como si se tratase de un viaje alrededor del mundo.

Conociendo yo sus costumbres metódicas y sedentarias, ya me temí que no había de serme fácil sacarla de Barcelona. En efecto, cuando empecé a soltar indirectas respecto a la necesidad de apartarse con tiempo de una ciudad que iba a verse invadida de un momento a otro, dióme la callada por respuesta. Viendo esto, manifestéle mi opinión sin rebozo, y ella me replicó sin rodeos que jamás, por guerra, peste, ni revolución, había salido de su casa y que tampoco entonces pensaba hacerlo. No insistí, porque harto sabía que era inútil.

Lo propuse a mi mujer, y respondiíme que no quería dejarnos; pero Arnaldo y Carmen estaban muertos de miedo y yo no las tenía todas conmigo, pensando en todos ellos. Por fin, tras de muchos ruegos y reflexiones, y gracias al temor que nos inspiraba el peligro que iban a correr nuestros hijos, logré que partiese con ellos a Cervera, en donde teníamos unos primos muy acomodados y que no cesaban de escribirnos instándonos a que fuésemos a su casa.

La despedida fué tristísima. Mi mujer y mi hija partían deshechas en llanto, mi hijo no podía ocultar la fuerte emoción que le embargaba, y mi pobre madre acabó por exclamar:

— ¿Por qué ha de vivir una vieja que, como yo, sólo sirve



de estorbo? Ni me permiten mis años ni mis achaquesirme con vosotros, ni es justo que tú te quedes por mí exponiendo una existencia que aun puede ser larga.

— Mire usted, abuela — dijo Arnaldo —, como continúe usted de ese modo, me quedo yo también.

— Qudémonos todos — repuso mi mujer, volviendo atrás con alegre sonrisa.

— Basta — repliqué yo —. Idos ya. Nos escribiremos todos los días. ¡A la mano de Dios!

Necesitaba hacer un acto de autoridad, como suele decirse, porque sentía desfallecer mi fortaleza. Al reflexionar en los riesgos a que se exponían los que viajaban en aquel tiempo de guerra, no podía acordarme de los que nos amenazaban a los que nos quedábamos en Barcelona.

Fué aquella una temporada terrible y capaz de poner a prueba la serenidad del hombre más animoso. Malos ratos he pasado en este mundo; pero como aquéllos, nunca. Alentóme mucho el saber que mi mujer y mis hijos habían llegado sanos y salvos al término de su viaje; mas pronto empezó la gran batalla. Juro a Dios que no temía por mí. El valor y el miedo son cosas tan naturales que jamás me he engreído de la serenidad que Dios me ha dado y que sólo debo a su magnificencia. No tenía, pues, ningún mérito mi sangre fría. Pero sólo la tuve a medias. Temía por mi madre, que tenía muchos años, y hube de hacer esfuerzos sobrehumanos para mostrarme día y noche risueño y tranquilo, sabiendo como sabía los horrores que estaban pasando, porque mis convecinos me habían nombrado presidente de la Junta de beneficencia del barrio. Los cuadros de miseria y de desolación que presenciaba todos los días, no son para contados. Si no hubiese sido por el consuelo que me daban los prodigios de la caridad cristiana, yo no sé si habría podido resistir aquel espectáculo. Por fortuna, eran éstos tan grandes, que hubieran bastado a reconciliar con el linaje humano a todos los misántropos de la tierra.

En estos lances sí que se ve la alteza del hombre y resplandecen la virtud y el valor, porque ni aquélla se practica a son de trompeta, ni éste es hijo de una excitación nerviosa y pasajera. ¡A cuántos héroes y heroínas no he abrazado, cuyos nombres no conocerá jamás la humanidad! Y, sin embargo,

por su amor murieron muchos de ellos. Esos son créditos de gloria que sólo en la eterna se cobran.

Una noche fui a la Junta, después de cenar. Al cabo de un rato vinieron a llamarme; corrí a mi casa, y encontré a mi madre atacada del cólera. Al amanecer había muerto, a pesar de haberle prodigado todos los auxilios de la ciencia. Poco antes de expirar, y después de recibidos los sacramentos, cogíome la mano y díjome:

— Has sido buen hijo y buen padre. Dios te protegerá. Yo le rogaré por todos vosotros. Transmite mi bendición a tu esposa y a mis nietos, y huye cuando me hayáis enterrado. Si murieses les harías mucha falta.

Quedéme solo. Digo mal, quedé acompañado de mis recuerdos, que son en estos casos una cruel compañía. Estaba como atontado. Fumigaron la casa, la cerramos y fuíme a la de al lado, aceptando maquinalmente la hospitalidad que me ofrecían. No tuve valor para escribir a mi mujer la fatal noticia, de lo que luego me alegré muchísimo, porque sólo habría servido para apesadumbrar a mi familia y hacerle más penosa nuestra separación.

No se lo participé hasta el 12 de noviembre, la víspera de cantarse el *Te Deum*, encargándoles que demorasen ocho o diez días su venida, porque aun ocurrían algunos casos y los fugitivos que regresaban eran los que corrían mayor peligro. La contestación fué venirse todos inmediatamente.

— Ya soy el más viejo — les dije cuando hubimos pagado en común el tributo de lágrimas que debíamos a mi buenísima madre.

Y los tres se echaron en mis brazos, estrechándome con los suyos, como temerosos de que la muerte viniese a arrebatarme de ellos.

En este año de 1834, una empresa particular construyó la plaza de toros, vasto edificio en el cual caben, como es sabido, trece mil espectadores y cuyo coste ascendió a cuarenta y ocho mil duros, a pesar de que, por hallarse situado dentro de la zona militar, por su proximidad a la Ciudadela y al fuerte de don Carlos, sólo pudo hacerse de mampostería hasta la altura de la grada cubierta.

Aquí se declama mucho contra los toros, espectáculo en el cual, a la verdad, no se aprende nada bueno; pero debemos tener la franqueza de confesar que los barceloneses son singularmente aficionados a él. Yo lo encuentro repugnante y monótono, lo cual, sin duda, dependerá en gran parte de mi ninguna inteligencia en la materia.

En esta plaza ocurrió al año siguiente un suceso del cual aun hoy no puedo hablar sin espanto.

\* \* \*

El sábado, día de San Jaime del año 1835, fué un día de luto para Barcelona, que conservará un recuerdo perenne de las escenas de sangre y devastación que presenció con horror profundo.

Habíase publicado aquella mañana una orden de la plaza en la cual se establecían, entre otras, las siguientes disposiciones: todos los cuerpos de la guarnición debían mantener día y noche la mitad de su fuerza en los cuarteles; desde el toque de oración no debía permitirse salir de los cuarteles a la tropa; si estallaba un alboroto popular, todos los oficiales debían reunirse en sus cuarteles y los generales y brigadieres en Palacio; los demás jefes y oficiales retirados debían acudir a Atarazanas, y en el cuartel de caballería habían de tenerse al menos veinte caballos prontos y ensillados a todo evento. En caso de alarma, los batallones de la milicia tenían que formar en los puntos que previamente se les habían designado.

A pesar de la gravedad de la situación, claramente revelada por esta orden, la autoridad no juzgó conveniente suspender la corrida de toros anunciada para las cuatro y media de la tarde. Hacíase la función en celebridad de los días de S. M. la Reina madre gobernadora, y debían lidiarse seis toros de la ganadería de D. Fausto Joaquín Zalduendo de Caparroso, de Navarra, y de los cuales decía el anuncio que eran hermanos de los que se habían lidiado en la corrida anterior. Los espadas eran Manuel Romero Carreta, de Sevilla, y Rafael Guzmán, de Córdoba.

Como los toros de la corrida anterior habían sido muy braves, llenóse la plaza de gente; mas, por desgracia, los bichos

resultaron mansos como cabestros, no dieron juego y el espectáculo se hizo monótono y pesado. El pueblo, que estaba por otros motivos más serios malhumorado y ardía en deseos de mostrar y desahogar su cólera, la manifestó con las vociferaciones que en tal espectáculo se consienten y parecen ser de rúbrica. El tumulto fué aumentando por grados, arrojáronse al redondel los abanicos; luego los bancos, que en un santiamén fueron arrancados de la gradería; después las sillas y hasta algunas de las columnas de madera de los palcos. Por fin, cuando ya apenas quedaba nada por romper, quitóse la maroma de la contrabarrera y, cortando de ella un pedazo, ataron el último toro y una turba de chiquillos lo llevó de este modo arrastrándolo con intensa algazara por las calles de Barcelona.

Tras ellos siguió la muchedumbre que salía de la plaza, excitada por sus propios gritos y a la cual se iban uniendo muchos alborotadores, formando un grupo a cada momento más copioso e imponente y del cual partían voces descompasadas y subversivas.

Eran como las siete y media cuando llegó a la Rambla, llena a la sazón de gente que paseaba muy tranquila y bien ajena de sospechar la inminencia de un alboroto. Alarmóse el público, dispersándose a la carrera los más pusilánimes, y como se viese a la muchedumbre apedrear las ventanas del convento de Agustinos descalzos, insultando a los frailes con airadas imprecaciones, temeroso el público de que la cosa pasara a mayores, retiróse prudentemente, encerrándose cada cual en su casa y quedando los amotinados dueños del campo. La guardia de Atarazanas cerró el rastrillo y púsose sobre las armas, porque el inmediato convento de Franciscanos estaba cercado por una tumultuosa multitud, cuyos intentos harto se adivinaban.

Yo acababa de llegar del camino de Gracia, en donde habíamos estado, como de costumbre en los días festivos, comiendo en el huerto que allí poseíamos, y en cuanto me enteré de lo que pasaba ya temí una gran tragedia. Recordé al punto las sublevaciones del bando apostólico que habían fraguado los frailes, los odios que se habían concitado con su implacable intolerancia, las crueles persecuciones que se achacaban a su influencia, los actos de barbarie ejecutados por algunos de ellos y que en Reus fueron causa de que, exasperado, el pueblo pe-

gase fuego a dos de los tres conventos que en la población existían, y me horroricé al considerar las escenas que iba a presenciar Barcelona dominada por una turba feroz a cuyos aviesos instintos servían de pretexto estos agravios y crueldades.

Entre ocho y nueve se habían formado unos grupos muy grandes y compactos en la Plaza del Teatro y en la de la Boquería, perorando en ellos algunos oradores populares con aquella elocuencia callejera, tanto más eficaz cuanto más brutal y absurda, que en tales momentos suele provocar el golpe decisivo de la asonada. La guardia del Teatro y una patrulla de caballería que salió de Atarazanas, probaron de dispersarlos; pero fué en vano, pues apenas se disolvían en un punto cuando nuevamente se formaban en otro.

Lo peor del caso era que, con motivo de la guerra, había en la plaza una guarnición muy escasa y no se encontraban en ella el capitán general ni el gobernador de la plaza. El teniente de Rey Ayerve se multiplicaba con infatigable actividad, acudiendo a todos los sitios donde se notaba agitación; pero ésta iba propagándose de uno a otro barrio como el incendio de un reguero de pólvora, y fué estéril su celosa diligencia.

De pronto apareció iluminada la Rambla por siniestros resplandores. Era que brotaban llamas de la fachada del convento de Carmelitas descalzos. La tea incendiaria había empezado su destructora tarea. Y ésta continuó con saña inexorable en diversos barrios de la ciudad, a un tiempo y con circunstancias muy especiales que yo no he acertado jamás a explicarme ni se ha sabido explicar ninguno de mis contemporáneos.

He leído, muchos años después de ocurridas estas tremendas escenas, algunos relatos en los cuales se describen los alaridos de la muchedumbre, los lamentos de las víctimas y el horrisono estrépito que llenaba de pavor a los pacíficos barceloneses. Todo esto es muy hermoso como obra retórica; pero adolece del defecto de ser completamente falso. Cabalmente lo más notable y característico de aquel motín, lo que más se presta a graves reflexiones por lo raro, es la regularidad con que se ejecutaba aquella obra destructora, cual si los perpetradores de ella realizasen un plan trazado de antemano.

En efecto: una turba de incendiarios arrojaba el líquido inflamable a las puertas y ventanas de los conventos y, en

cuan to habían abierto paso las llamas, precipitábase dentro del edificio una brigada de demoleedores, provistos de las herramientas necesarias para coadyuvar a la obra del incendio.

La muchedumbre contemplaba impasible este tremendo espectáculo, y muchísimos vecinos se asomaban a los balcones y ventanas para enterarse de lo que pasaba.

Así fueron sucesivamente invadidos los conventos de San José de Carmelitas descalzos, de Dominicos de Santa Catalina, de Agustinos calzados de San Agustín, de hermanos menores de San Francisco, de Trinitarios descalzos de la Buena Nueva y de Carmelitas calzados de Nuestra Señora del Carmen. Los sacerdotes seminaristas de San Severo rechazaron a tiros a los revoltosos; los capuchinos de Santa Madrona resolvieron también vender caras sus vidas, para lo cual se refugiaron en el piso superior del edificio, derribando las escaleras; pero, mejor aconsejados más tarde, escaparon sigilosamente, aceptando la protección de la autoridad militar en el cercano fuerte de Atarazanas. Allí encontraron también asilo, aunque a costa de grandes trabajos, los frailes Franciscanos. Al ver éstos que ardía la puerta principal del convento, pusieron pies en polvorosa a favor de las sombras nocturnas, saliendo por la cloaca a la orilla del mar, y de allí, saltando entre las peñas batidas por las olas, pasaron a la fortaleza, en donde pudieron recobrar del susto y hallarse en seguridad completa.

Salvóronse el convento de Capuchinos y el de Trinitarios calzados por el clamoreo del vecindario, temeroso de que se propagase el fuego a los edificios contiguos, lo que por cierto hubiera sido inevitable. El de Servitas fué también preservado de las llamas por haber cundido la voz de que el cuerpo de artillería tenía al lado su almacén de pertrechos.

Ningún edificio particular sufrió menoscabo, y en medio del derrumbamiento de techos y paredes y del confuso ir y venir de tantos grupos que atropelladamente corrian de un lado para otro blandiendo armas y herramientas y llevando materias inflamables, no hubo un herido ni un contuso entre los amotinados, ni entre los curiosos.

Porque, como ya he dicho, con verdadero horror de mi conciencia, hubo muchos seres humanos capaces de solazarse con aquel espectáculo, cual si fuera una representación teatral o

un pacífico pasatiempo. No he podido acostumbrarme jamás al bárbaro sistema de las represalias, por cuya virtud suele el justo pagar por el delincuente, ni he visto nunca sin indignarme la proscripción en masa de todo un partido, o de una clase entera. Si habíamos de apelar a los expedientes más crueles de la tiranía, no teníamos para qué echarla de liberales, de ilustrados y de amigos de la humanidad.

No fué asaltado ni atacado ningún convento de monjas, ni fué ningún clérigo injuriado, ni sonó en parte alguna ningún grito incitando a la destrucción y al saqueo de las viviendas particulares. Muchos habíamos apercibido el fusil por si acaso, y, por lo que concierne a mi barrio, seguro estoy de que el que hubiese venido por lana se hubiera vuelto trasquilado.

En cambio, algunos frailes, que no fueron bastante avisados y diligentes para huir a tiempo, fueron sacrificados por el ciego furor de los incendiarios.

Fué aquella una noche lúgubre y espantosa como no quisiera ver otra en mis días. Los moradores de los pueblos del llano estuvieron creídos de que ardía la ciudad entera al ver los siniestros fulgores del incendio que enrojecían la neblina perpetuamente suspendida sobre las grandes poblaciones. No eran ellos los únicos a quienes había ocurrido este pensamiento, pues muchos barceloneses temblaban pensando que la ciudad iba a reducirse a cenizas.

\* \* \*

Al despuntar el día elevábase aún de los incendiados conventos una densa humareda entre la cual serpentaban a ratos algunas llamas que brotaban del rescoldo alimentado por los restos de las vigas, puertas y muebles aun no consumidos por el fuego.

A las primeras horas de la mañana las calles estaban atestadas de gente ansiosa por contemplar los estragos del incendio. De cuando en cuando abríase paso entre la multitud un fuerte piquete de tropa y de milicia, escoltando a los frailes a quienes había recogido y llevándolos de las casas donde se habían refugiado la noche pasada a las fortalezas que les brindaban seguro asilo. Este tránsito por las calles fué para ellos

un vía-crucis, porque a su paso oían estallar un coro de maldiciones e improprios. En algunos puntos no pasaron los agresores a vías de hecho porque la escolta era numerosa y llevaba caladas las bayonetas.

Aquel día permanecieron cerradas las puertas de la ciudad, sin permitirse a nadie la entrada en ella, y viéronse discurrir a todas horas por su recinto numerosas patrullas del ejército y de la milicia.

A *buena hora mangas verdes*, debieron de decir los pobres frailes. ¿Qué se habían hecho la víspera estos estimables guerreros?

La autoridad civil, por su parte, publicó un bando mandando a los dueños de fábricas y talleres que se abstuviesen, bajo su más estrecha responsabilidad, de cerrar sus establecimientos. Se quería evitar a toda costa la aglomeración de gente en las vías públicas, a fin de evitar nuevos trastornos, siempre posibles en ocasión que los ánimos se hallan muy excitados.

Ningún ataque ni amenaza se habían dirigido a los conventos de monjas; con todo, la autoridad civil, de acuerdo con la eclesiástica, las autorizó para abandonar temporalmente el claustro, retirándose a sus casas, y pusieron guardias en todos los conventos.

De este modo pasó sin disturbios el día 26. Al día siguiente, 27, el Comandante general y el Gobernador civil publicaron una proclama muy severa y conminatoria, diciendo que aquellos excesos *eran hijos de cobardes ejemplos producidos por el brazo asesino de un puñado de enemigos del orden que en Zaragoza y en Reus acababan de subvertir la sociedad* y que, *sin miramiento a clases ni personas, la terrible espada de la justicia caería rápidamente sobre las cabezas de los conspiradores y sus satélites*. Los acusados debían comparecer ante una comisión militar. Después de hecha esta advertencia, terminaba la proclama diciendo: «El arresto seguirá a la infracción, el fallo a la culpa, y las lágrimas del arrepentimiento serán una tardía expiación del crimen.»

Esta proclama hizo que se atribuyesen intentos de vigorosa represión al general Llauder, que se acercaba a la ciudad con su ejército. Cundió nuevamente la alarma, temiéndose las violencias de una reacción que no hiciese diferencia entre justos



y pecadores, y acudió a la Plaza de Palacio una inmensa muchedumbre gritando desaforadamente: ¡Muera Llauder! ¡Muera el tirano!

El tirano se contentó con encerrarse la noche del 27 en la Ciudadela, volviendo a salir al amanecer del 28 para Mataró con sus tropas, bien que dejando considerablemente reforzada la guarnición de la plaza. Su proclama de despedida fué severa, también, y amenazadora.

Pero, entretanto, cundía el mal ejemplo. Aquellos días arrieron el monasterio de Recoletos de Riudoms, el de Benedictinos de San Cugat del Vallés, el de Jerónimos de la Murtra, los de Capuchinos de Mataró y Arenys, y los de Cartujos de *Scala Dei* y *Montealegre*.

Si se tiene en cuenta que las órdenes religiosas habían tenido poco menos que monopolizadas la ilustración y la riqueza por espacio de siglos, se comprenderá cuántos tesoros se perdieron en aquel mar de llamas. Estos monasterios eran casi todos magníficos monumentos arquitectónicos, llenos de preciosas esculturas y de muebles antiguos; en sus archivos se custodiaban muchísimos documentos de gran valor histórico; sus bibliotecas eran riquísimas y contenían muchas obras raras, gran cantidad de libros de los primeros años de la imprenta y códices admirables por las miniaturas con que los adornaron los monjes dedicados especialmente a esta labor artística, y en sus iglesias y salas capitulares abundaban los retablos góticos y los cuadros modernos.

Es incalculable el valor de las preciosidades históricas y artísticas que han desaparecido por efecto de la guerra de la Independencia y de nuestras discordias civiles. Las riquezas acumuladas por espacio de mill años, merced a la piedad y magnificencia de nuestros mayores y al esplendor de una época en la cual España fué árbitra de las naciones, perecieron a mano airada en obra de pocos años. Sus restos han ido a enriquecer los museos extranjeros, en donde se admirarán nuestros nietos de ver que tales joyas había poseído la desventurada patria nuestra.

Y aun no es esto lo peor, porque al cabo allí sirven para los estudios arqueológicos y artísticos. Lo deplorable y sacrilego es que, por una incuria que no acierto a calificar, se haya

permitido en períodos pacíficos y normales el escandaloso vandalismo de los visitantes que mutilaban los capiteles, bajorrelieves y demás esculturas que aun quedaban intactas, para llevarse algunos fragmentos de esos admirables trabajos, y se haya tolerado que los pueblos considerasen esos venerables monumentos como canteras y almacenes de materiales para la construcción de las viviendas donde se albergaba la cínica codicia mal disfrazada con la máscara del liberalismo.

Habíase en tanto restablecido la calma en las calles; mas no en los ánimos. A la zozobra producida por el temor del castigo se agregó el sobresalto causado por la voz que corrió de que los obreros estaban irritados y resueltos a hacer con las fábricas lo que se había hecho con los conventos, porque se habían introducido unas máquinas que elaboraban los géneros con una extremada economía de brazos. Oíanse a este propósito algunas teorías económicas por todo extremo peregrinas. Hubo tribunos que pusieron al Gobierno de oro y azul porque consentía tales novedades.

En el día 29 dimitió el mando de la plaza don Cayetano Saquetti, harto anciano para gobernar en unas circunstancias que tanta entereza exigían, reemplazándole el mariscal de campo don Pedro María de Pastors, el cual publicó una proclama diciendo que, para impedir el omjinoso triunfo de la anarquía, contaba con la ayuda del ejército y de la milicia, y que confiaba que todos los buenos ciudadanos se unirían para defender la causa del orden. Para ello enviáronse armas a los alcaldes de barrio, los cuales las distribuyeron a domicilio entre las personas que les parecían dignas de confianza.

En el domingo 2 de agosto publicaron los exaltados una proclama en la cual, dando suelta al descontento que les causaban el criterio conservador del *Estatuto Real* y la inercia y pusilanimidad del ministerio de Martínez de la Rosa, protestaban de paso de las criminales intenciones que les atribuían y acababan lisonjeando al ejército, diciéndole: «Acordaos de que sois españoles y de que esta Nación no ha presentado jamás la degradante escena de pelear el ejército contra el pueblo, de que sois dignos defensores de la libertad y no viles instrumentos de un tirano (el tirano era Llauder). Confíad en el pueblo, como el pueblo confía en vosotros y ambos en los patriotas que

os dirigen la voz, aguardando preparados la señal del combate. La experiencia os ha acreditado que no es dudosa la lucha del hombre libre y del débil esclavo.»

El guante estaba echado por ambas partes.

Este folleto se repartió profusamente por doquier y se tiraron de él muchos ejemplares desde la cazuela del teatro. A los exaltados les convenia irritar y comprometer al pueblo, porque se acercaba la hora de la lucha. Sabíase positivamente que el general Basa estaba con una fuerte y aguerrida columna en el Bruch, esperando la orden de entrar en Barcelona.

Al recibirla púsose en marcha. Pero al llegar a Sans dejó allí la columna y entró en la ciudad seguido solamente del general Pastors, del teniente de Rey Ayerve y de un ayudante. Algunos vieron en este acto una muestra de prudencia, diciendo que la entrada de la fuerza habría sido una provocación; otros censuraron su conducta calificándola de peligrosa bravata. La verdad es que lo mismo existía la provocación quedándose la columna en Sans que entrando en Barcelona, en cuyo caso hubiera sido más eficaz su venida para realizar los planes de represión que se le atribuían.

Sea como fuere, en la noche del 4 de agosto se publicó una virulenta proclama dirigida al pueblo, al ejército y a la milicia de Cataluña, culpando a Llauder y a Basa de los medros que iba a alcanzar la facción en detrimento de los pueblos liberales con la concentración de fuerzas que se hacía en el llano de Barcelona, en donde no peligraba el orden en manera alguna y sí la libertad, amenazada por las bayonetas. Los autores de este documento decían que el oro de los frailes era el principal elemento con que contaban los carlistas, y que, gracias a la conducta de aquellos generales, quedaban muchas y muy ricas poblaciones abandonadas al saqueo, los milicianos agobiados por fuerzas superiores, los liberales obligados a emigrar de sus hogares y Cataluña convertida en otra Navarra. La proclama terminaba con un llamamiento a las armas.

Sólo una cosa habían olvidado los redactores de este escrito, y era la fuerza moral que habían dado los últimos sucesos a los defensores del absolutismo.

Eran las diez de la mañana del día 5 cuando se difundió la voz de que Basa estaba en Palacio. Como por ensalmo queda-

ron desiertos los talleres, corrió la muchedumbre hacia la Plaza de Palacio, cerráronse las tiendas y huyeron despavoridas las mujeres a guarecerse en sus casas. Al dar las doce oyóse el estampido del cañón, que era la señal de despejar las calles. Pero a esta detonación siguió el grito formidable de *¡A las armas!*, seguido de un estrépito parecido al de una ráfaga de viento huracanado. Era el paso de la multitud que volaba a cubrir los puntos estratégicos.

Mientras los milicianos se reunían en sus cuarteles, entraban las tropas por la puerta de Santa Madrona y ocupaban la Lonja, al paso que una parte de la guarnición se extendía desde la Plaza de Palacio hasta la puerta de la Ciudadela. Al mismo tiempo acudía también la milicia, tambor batiente y banderas desplegadas, escoltando al Ayuntamiento.

Este conferenció con Basa, conjurándole con sentidas razones que se prestase a evitar un conflicto que podría tener fatalísimas consecuencias; pero el general estaba muy lejos de participar de tan conciliadores propósitos y exclamó finalmente, montando en cólera: *¡O yo o el Pueblo!*

Estas palabras circularon con la rapidez del rayo, llegando con ellas al colmo la irritación de los ánimos. Un numeroso grupo invadió la escalera de Palacio; otro se abrió paso por la tribuna que une este edificio con la iglesia de Santa María. Oyóse de súbito en los salones una descompasada gritaría, y vióse aparecer una furiosa muchedumbre que arrolló al general Pastors, incapaz de contenerla. El general Basa, que, vencido al fin por las razones del municipio, iba a firmar una transacción, tiró de la espada; pero fué muerto de un pistoletazo, y su cadáver, arrojado por el balcón, lo arrastraron las turbas, quemándolo en la Rambla en una pira improvisada con los papeles y muebles de la Delegación principal de policía, que estaba en el local donde se halla actualmente el cuartel de la guardia civil.

\* \* \*

Desbandóse luego la multitud por calles y plazas, encendiéndose en diversos puntos grandes hogueras alimentadas por los muebles y legajos que encontró en las oficinas de los

comisarios de policía, en la del Tribunal de Rentas y en la casa *Procura* del Monasterio de Montserrat. No se ha borrado jamás de mi memoria el efecto espeluznante que me hizo el ver a un corro de mujeres que, cogidas de la mano, danzaban en torno a la hoguera donde se carbonizaba el cadáver del infortunado Basa, mientras sonaban en lontananza los gritos de *¡Viva la libertad! ¡Viva la patria!*

Muchas veces se me ha representado después aquella horrible escena, y recordando el furor fratricida de uno y otro bando y la tragedia lamentable que aquel día presencié, no podía menos de exclamar con el poeta: *¡Todos en él pusisteis vuestras manos!*

Otro grupo, muy numeroso, fué a la Plaza de Palacio, y atando con fuertes maromas la estatua de bronce de Fernando VII que allí había erigido el conde de España, dió con ella en tierra, poniendo en su lugar el retrato de Isabel II. Después recorrió con grande algazara las calles y plazas de la ciudad, uniéndose a él los demás grupos que dispersos vagaban por ella.

Mientras se contentaron los revoltosos con estos paseos y con las canciones y vítores propios del caso, aun pudo esperarse que no se propusasen a otros desmanes; mas al anoecer circuló una noticia aterradora. Acababan de incendiar la magnífica fábrica de vapor de Bonaplata. ¿Qué mano criminal y suicida había llevado la tea a aquel edificio? Este crimen injustificable llenó de pavor a todos los vecinos, como preludio de grandes excesos.

En efecto, los revolucionarios habían dicho en su primera proclama que nunca se había soñado en incendiar las fábricas de vapor, añadiendo, con el estilo enfático de la época: «jamás el fiero bruto ha despedazado la teta que le da la vida, ni el errante salvaje el bosque que le mantiene». Los que creíamos en la buena fe de estas declaraciones hubimos de confesar, mal que nos pesase, que los caudillos del movimiento habían perdido el ascendiente entre los suyos y que se habían hecho dueños de la situación los demagogos.

Como para justificar tan desagradable opinión, al día siguiente una turba de alborotadores fué a saquear el depósito de mercancías de la Aduana, bien que no pudo lograr su intento porque acudieron con presteza la tropa y la milicia,

poniéndolos en desordenada fuga. Al mismo tiempo, en el otro extremo de la ciudad, una cuadrilla de descamisados tiraba por los balcones todos los muebles y efectos de un piso y hacia con ellos una hoguera, por ser tildado su dueño de afecto al conde de España.

Estos desmanes probaban un desbordamiento de pasiones que podían acabar con un cataclismo. Lo que había hecho mi barrio lo fueron haciendo todos, que fué armarse el vecindario para salvar el orden público, y con él la vida y los intereses de los ciudadanos. Una orden de la plaza dispuso que los grupos fuesen dispersados a tiros.

En el 7, a las seis de la tarde, fueron fusilados en la Explanada el cabecilla Mariano Garri y un tal Pardiñas, que había sido de los principales instigadores y perpetradores del incendio de la fábrica de Bonaplata. Luego, para acallar las quejas, los temores y las impaciencias que hacían insoportable la situación, publicó la Junta de Autoridades un edicto, disponiendo la creación de otra Junta auxiliar consultiva para ayudarla a sostener «así la libertad y la causa de Isabel II, como el orden y la tranquilidad pública». El domingo 9 de aquel mes, se reunió el vecindario por grupos de clases sociales, a fin de elegir los individuos que debían representarlas en dicha corporación, a saber, uno por los gremios, otro por los fabricantes, otro por los comerciantes, otro por los nobles y hacendados, otro por cada uno de los seis cuerpos de la Milicia.

Esta Junta de Electores nombró para componer la Junta auxiliar a los señores D. José Casagomas, D. Juan Antonio de Llinás, D. Juan de Abascal, D. Mariano Borrell, D. Antonio Gironella, D. José Parladé, D. Pedro Figuerola, D. José Manuel Planas, D. Guillermo Oliver, D. Andrés Subirá, D. Ignacio Vieta, tendero, y D. José Antonio Llobet. Fué elegido por su presidente D. Antonio Gironella, por vicepresidente D. Juan Abascal, y Secretario D. Francisco Soler, que ya lo había sido de la Diputación Provincial; quedando disuelta de hecho la Junta de Autoridades.

Siguió esta Junta las tradiciones regionalistas con tan feliz éxito restauradas durante la guerra de la Independencia, pues su primer acto fué llamar a su seno a las diputaciones de los corregimientos para el día 20, a fin de que todas las comarcas de

Cataluña obrasen de común acuerdo, y resolvió luego que los que tomase esta Junta magna del Principado se participasen a los aragoneses y valencianos, procurándose conseguir la unidad de acción tan útil y aun necesaria en circunstancias azarosas como las que se atravesaban.

A las cinco de la tarde del martes 11 de agosto, fueron pasados por las armas Pedro Blas Cornet, reo convicto de ser uno de los principales alborotadores que asaltaron el edificio de la Aduana, intentando asesinar al oficial de guardia, y Alejo Brell, José Prats y Juan Guardo, reos igualmente convictos del crimen de incendiarios.

Esto no obstante, continuaban los trabajos subversivos y repartíanse clandestinamente proclamas demagógicas atizando las malas pasiones, lo cual motivaba frecuentes y enérgicas proclamas de las Autoridades y de la Junta. Entonces se dió organización a la milicia de los barrios, que tomó el nombre de *Compañías sedentarias*, especialmente encargadas de la conservación del orden en sus respectivas demarcaciones, sin perjuicio de prestar los servicios de plaza siempre que la autoridad lo estimase oportuno.

En 2 de septiembre, la Reina gobernadora protestó en un enérgico manifiesto de los atropellos y desacatos que en varias partes se habían cometido en mengua del buen nombre español y de la causa de la libertad, quejándose al propio tiempo de las anárquicas tendencias que en algunas regiones se advertían. Al día siguiente, un Real decreto declaró ilegales las Juntas constituidas sin la aprobación del trono. La de Barcelona respondió erigiendo en Junta superior gubernativa del Principado a la de las Autoridades, sin revocar lo acordado respecto a la consultiva y a los delegados de los corregimientos que a ella debían agregarse.

Había finido el mes de agosto dejándonos muy tristes recuerdos. Cataluña se había visto embestida por los navarros acaudillados por el famoso Zumalacárregui y por la facción valenciana de Serrador; los carlistas aumentaban en fuerza y en bríos dentro de las fragosidades de la alta montaña, y la demagogia, que era su más poderoso aliado, amenazaba convertir esta capital en un montón de cenizas. Necesitaronse prodigios de valor para dominar tantas y tan terribles difi-

cultades, y de todas triunfó la entereza de los verdaderos liberales.

En 25 de octubre se disolvió la Junta, declarando en su proclama de despedida que ya no hacía falta alguna en atención a la entera confianza que inspiraba al país el nuevo Capitán general del Principado, don Francisco Espoz y Mina, recién llegado a Barcelona. Aquel mismo día, que fué un domingo, el general revistó en parada los cuerpos de la guarnición y de la Milicia, siendo aclamado por todas las clases sociales con grande entusiasmo. Mina era muy popular. Unos veían en él al consecuente e infatigable paladín de las públicas libertades; otros le consideraban como firme sostén del orden, y todos apreciaban su valor e hidalguía.

Era aquella una época de profundas emociones, con harta frecuencia repetidas, y de grandes e incesantes fatigas y sacrificios. El servicio a que nos obligaba la Milicia era bastante pesado y en ocasiones algo expuesto por añadidura, y la necesidad de movilizar, armar y equipar batallones y escuadrones de voluntarios hacía que continuamente se abriesen subscripciones de carácter permanente, a las cuales contribuían hasta las personas que menos simpatizaban con su objeto, porque en estas cosas no es bueno singularizarse. Los liberales lo hacíamos de muy buena gana, porque teníamos una confianza ilimitada en la inteligencia y patriotismo del Presidente interino del Consejo de ministros, don Juan Alvarez Mendizábal.

Lo que nos tenía muy descontentos y desazonados era la conducta del gobierno francés, pues aunque Luis Felipe había subido al trono cinco años atrás por obra y gracia de una revolución, no cuidaba sino de cubrir las apariencias con su comportamiento oficial, permitiendo en cambio que se hiciese un inmoralesimo contrabando de guerra en la frontera, haciendo muchos franceses su agosto a beneficio de nuestras sangrientas discordias.

\* \* \*

A fines de este año de 1835 había tomado la guerra un carácter salvaje, porque se hacía con un ensañamiento impropio de hombres cristianos y civilizados, a lo cual contribuyó sin duda





*Muerte del general Bassa*



la irritación que produjo en el ánimo de los absolutistas la quema de los conventos.

Mientras en lo más crudo del invierno se batían los liberales en las fragosas asperozas de la alta montaña, mal equipados, mal vestidos y peor alimentados, recibióse en Barcelona — a 29 de diciembre — una comunicación del general Mina fechada tres días antes en San Lorenzo de Morunys, en la cual participaba haber sabido por un prisionero, escapado la noche antes del santuario del Hort, en donde se habían atrincherado los carlistas, que éstos acababan de fusilar a treinta y tres prisioneros, entre ellos a todos los oficiales. Como por otros conductos habían llegado varias nuevas de las cuales se deducía que los carlistas estaban haciendo una guerra de exterminio, sin contenerles ningún respeto, alborotóse la ciudad de modo que pronto se temió una sangrienta venganza.

En efecto, al caer la tarde del 4 de enero de 1836, llenáronse las calles de grupos que coméntaban con irritación las últimas nuevas; un apiñado gentío invadió la Plaza de Palacio, y algunos de esos fogosos tribunos, que nunca dejan de presentarse en casos tales para atizar el fuego de la cólera popular, arregaron a la muchedumbre, vituperando la calma con que se substanciaban los procesos incoados contra los carlistas y la lenidad con que se castigaban sus excesos. Sonaron gritos de indignación y de venganza, corrieron algunos a esparcir por la ciudad el acuerdo tomado por el tumultuoso *meeting*, de pedir represalias, y, al caer sobre la ciudad las primeras sombras de la noche, alarmóse el vecindario oyendo el redoble de los tambores y el estrépito de la muchedumbre que se dirigía a la explanada de la Ciudadela.

El general Pastors, gobernador de la fortaleza, había mandado cerrar el rastrillo y alzar el puente levadizo, lo cual dió lugar a una escena a la vez fantástica e imponente. Un clamoroso gentío embestía los muros de la Ciudadela, estrellándose en ellos como las olas de un mar turbulento, y su confuso vaivén se observaba a los vacilantes reflejos de algunas hachas de viento que iban y venían de un lado para otro por la explanada y por los fosos.

Subió el gobernador al parapeto contiguo a la puerta que pretendían incendiar los amotinados, y preguntóles cuál era la

causa de tan estruendosa manifestación. *¡Queremos los presos!*, gritó la multitud. *¡Viva la libertad! ¡Viva Isabel III!*

Desde aquel momento ya no pudo hacerse oír la voz del general. Trató de ganar tiempo, enviando un parlamentario al pueblo; mas como éste viese que se hacían preparativos militares en la fortaleza, pegó fuego a una de sus puertas, arrimó escalas a las murallas y dió el asalto, alentado por las mismas tropas destinadas a rechazarlo. Es un hecho inconcebible a primera vista, pero que se explica si se tiene en cuenta que entre éstas había ciento ochenta hombres del regimiento de Saboya, del cual Tristany y Caballería habían asesinado pocos días antes una compañía en las inmediaciones de Esparraguera.

En vano procura Pastors aplacar el furor de la desbordada muchedumbre, que con desaforadas voces le reconviene, le increpa y le vitorea a un tiempo, pues cansada al fin de sus efugios y comprendiendo la intención de sus trazas, derrámase por todos lados exigiendo y tomándose lo que buenamente no quieren otorgarle; arrenata al alcaide las llaves de los calabozos, fuerza a balazos las puertas que no puede abrir con ellas, saca a los presos y los inmola sin misericordia, quemando sus cadáveres en una pira improvisada con la paja de sus míseros jergones. Entre los detenidos los había solamente a causa de sus opiniones políticas. Muchos se postraban de hinojos impetrando la misericordia del pueblo. Uno que era sacado a empujones de su encierro y vió aquella horrible carnicería y oyó los lamentos de las víctimas, alzó en sus brazos a un niño, clamando: *¡Tened piedad de mi hijo! — Dámelo*, gritó un hombre del pueblo, temeroso de que el tierno infante fuese también sacrificado, y no bien lo hubo arrancado de su seno cuando el infortunado padre cayó con el corazón atravesado de una puñalada.

O'Donell, que vió acercarse a su estancia a los amotinados, precedidos de las siniestras hachas de viento, miró en torno con desesperación, gritando: *¡Una espada! ¡Una espada! ¡No me dejen morir vilmente asesinado!* En esto abrióse la puerta, sonaron dos tiros y cayó muerto. Su cuerpo, caliente aún, fué arrojado al foso, atáronle una soga a los pies y lo llevaron arrastrando a la Rambla, en donde lo quemaron en una hoguera.

A las diez y media de la noche evacuaron los sublevados la

Ciudadela, después de cometidos estos horrores que recuerdan los que perpetraron en 1793 los septembristas parisienses.

No es encarecimiento, porque no paró aquí la tragedia. No satisfecha con esto la multitud, dirigióse en tropel a Atarazanas, en donde la tropa y la milicia se negaron a hacer fuego contra el pueblo, y penetró en la fortaleza una comisión que, provista de linternas, registró el calabozo, sacando a los presos de los escondrijos en donde se habían refugiado, con la notable particularidad de que cinco de ellos se habían ocultado en el cañón de la chimenea. No bien habían pasado el rastrillo, eran inmediatamente sacrificados por aquel grupo feroz que parecía embriagarse con la efusión de la sangre y los ayes de los asesinados.

En las torres de Canaletas se repitió esta espantosa escena, y en el Hospital Militar ocurrió otra mucho más ominosa y espeluznante aún, pues tres infelices heridos que allí se encontraban en clase de prisioneros fueron arrancados de sus lechos y bárbaramente asesinados.

Yo no tengo palabras para calificar estos hechos, ni siquiera para expresar el horror que me causaron, y como a mí a todas las personas honradas a las cuales no cegaba la exaltación de las pasiones políticas, que tanta sangre y tanto descrédito nos han costado.

.....

Parece mentira, y, sin embargo, ello es que en esa época tan angustiada por cruelísimas guerras y sangrientos motines llegó nuestro teatro lírico italiano a un esplendor que hasta entonces no había nunca alcanzado. Todos mis contemporáneos recuerdan todavía con fruición los magníficos ratos que nos hicieron pasar el tenor Verger, su esposa la *prima donna* Amalia Brambilla y el bajo César Badiali.

\* \* \*

En aquella sazón hacían furor las óperas de Rossini, al cual acababa de salir un competidor en Bellini, cuya música melódica y sentimental tuvo desde luego fanáticos admiradores. La *Gazza ladra*, la *Cenerentola*, la *Semirámis* y el *Gui-*

*Uermó Tell* entusiasmaban todavía al público, pero la noche que se estrenó aquí la *Norma* creí que se volvía loco. Aquello fué un verdadero delirio. No era extraño. El nuevo compositor cuidaba más de pintar los efectos dramáticos que de proporcionar a los cantantes ocasiones para hacer prodigios de vocalización, el *libreto* de la ópera era precioso, y los artistas que la desempeñaban, actores consumados.

Vino de perlas esta distracción cuando tan entristecidos y alarmados estaban los ánimos por los sucesos políticos. La verdad es que en aquel tiempo compartíamos nuestra atención entre los graves cuidados de la guerra, las asonadas populares y las alegres expansiones del teatro. En los cafés y tertulias se trataba con seriedad y se discutía con tanto calor la ejecución de un aria o el mérito de una sinfonía, como las peripecias de una acción de guerra o las consecuencias de una proclama incendiaria.

¡Cómo han cambiado desde entonces las costumbres! El miércoles 26 de agosto de 1835, publicó la prensa un suelto referente al teatro, en el cual se decía que la superioridad había tenido a bien permitir que en las lunetas, cazuela y patio, exceptuando los bancos que estaban debajo de los palcos, no se hiciese diferencia de sexos, pudiendo colocarse mezclados hombres y mujeres, y previniéndose que en dichos parajes no se usasen sombreros ni peinados que pudiesen perjudicar a los demás concurrentes. Antiguamente no se permitía a los hombres entrar en la cazuela, y yo tengo para mí que de aquí le vendría a ésta el nombre de *gallinero*.

Otra particularidad tengo apuntada sobre este asunto, que no deja de ser interesante. Allá por los años de 1820 ó 1821, púsose en planta y alcanzó mucha boga el sistema de enseñanza mutua que llamaban lancasteriano, del nombre del célebre cuáquero inglés José Lancaster, que lo había introducido en Europa importándolo de la India. La Sociedad Económica de Amigos del País organizó en el teatro una función extraordinaria a beneficio de esta escuela. El programa fué: la sinfonía de la *Semiramis*; la comedia en un acto *A la zorra, candilazo*; la antigua y popularísima tonadilla *El Presidario*, cantada por la Brambilla y Badiali; el diálogo catalán *El cristino y el carlista*, por los señores Ibáñez y Robreño, tan célebres en los fas-

tos del teatro Barcelonés, sobre todo el último, por sus jocosas y cáusticas composiciones poéticas y sus aventuras políticas; y la sinfonía y el tercer acto de *Guillermo Tell*, que a causa de su carácter patriótico provocaban a cada audición tempestades de aplausos.

A los pocos días publicó la Económica la cuenta de gastos e ingresos de esta función, figurando entre los primeros los que ocasionó el vestido que llevaba la Brambilla al cantar la tonadilla, y eran éstos: por cinco canas de cinta carmesí, 38 reales; por catorce palmos de raso carmesí, 84; por dieciséis palmos de tafetán blanco, 16; por seis papeles de lentejuelas, 66; por un papel de clavos, 18; por siete palmos de lienzo, 8; soda, corchetes y cordón, 8; fleco del moño, 16; por el galón de la cintura, 3; por la flor de la cabeza, 6; por los jornales, 81. Total, 344 reales.

Entonces esto era tirar la casa por la ventana.

Ya que hablé de Instrucción pública, no será inoportuno recordar que en 5 de diciembre de dicho año 1835 se anunció la apertura de las cátedras de Jurisprudencia, autorizadas por Real Decreto de 12 de octubre anterior. Las desempeñaban: las de los cursos 1.º y 2.º de Derecho Romano y su historia, D. Ramón Roig y Rey, catedrático de Filosofía de la Universidad de Cervera; la de Derecho Español, D. Ramón Martí de Eixalá; la de Instituciones Canónicas, D. Félix Illa, canónigo penitenciario de la colegiata de Santa Ana; la de Digesto, D. Vicente Rius y Roca; la de Novísima Recopilación, D. Jaime Quintana, catedrático de Leyes de la Universidad de Cervera, y la de Práctica Forense D. Pedro Nolasco Vives. Todos eran hombres de gran reputación científica. Esta enseñanza estaba dividida en ocho años y dábase en el exconvento de San Cayetano, excepto la de Instituciones Canónicas, cuya aula estaba en el Seminario Conciliar.

\* \* \*

Ocurrió en el año de 1836 un suceso de suma trascendencia para mi familia. Cuando regresó ésta a Barcelona después del cólera, todos estuvimos una temporada mustios y taciturnos por efecto de la gran desgracia que acababa de sucedernos; mas en ninguno de nosotros se advirtió una melancolía tan in-

tensa y pertinaz como la que se había apoderado de mi hija. No queriendo que su madre participase de mi alarma, no hablé nunca de esto en su presencia. Un día que me encontraba con mis hijos, y Carmencita — como la llamábamos nosotros — había estado mucho rato abstraída sin notarlo y levantándose de pronto salió de la estancia sin decir palabra, no pude menos de exclamar:

— ¿Qué le pasa a esa chica?

Arnaldo se sonrió. El corazón me dió un salto.

— ¿Lo sabes tú? — le pregunté, creyendo adivinarlo.

— Perdóne usted, papá — respondió él —, yo podría equivocarme. Si estoy en lo cierto, es un secreto que no me pertenece.

— Alabo tu discreción — repuse yo —; pero contesta sinceramente a lo que te voy a preguntar. ¿Te pesaría haberlo acertado?

— ¡Al contrario! — exclamó él, con un verdadero arranque de entusiasmo.

— Basta — dije yo —. Cállate como un muerto, que todo se andará.

Yo tenía mucha confianza en el claro entendimiento y el firme sentido moral de mi hijo. Su jovialidad y su imaginación eran lo que debía esperarse tratándose de un joven de veintiséis años; pero tenía un buen sentido que le hacía hablar y obrar muchas veces por intuición, cual pudiera yo hacerlo ayudado de mi larga experiencia.

Cuando volvió mi mujer, la interrogué, y confesóme que no había querido hablarme de este asunto porque deseaba dejar que pasase algún tiempo, a fin de asegurarse del fundamento de sus sospechas. Por otra parte, no le había parecido bien tratar de ello al cabo de unos días de haber fallecido mi madre.

Celebré mucho su delicadeza y prudencia; mas le rogué que me lo contase todo.

— Es muy sencillo — respondió mi mujer —. A los pocos días de nuestra llegada al pueblo, encontramos, yendo a una heredad de los primos, a una familia de Barcelona. Nos saludamos fríamente, como se hace entre desconocidos; mas de pronto se oyeron dos exclamaciones. Un joven, muy guapo,



por más señas, que iba con esa familia, corrió hacia nosotros y Arnaldo corrió hacia él, dándose un fuerte abrazo. «¡ Arnaldo! ¡Tú aquí?» «¡Tú aquí, Salvador?» «¡Qué suertel!» «¡Qué gusto!» Tras esto vinieron las presentaciones. Salvador era condiscípulo de Arnaldo, hijo de padres muy acomodados, y dedicábase a la carrera de arquitecto. Ya puedes figurarte cómo me alegraría de este encuentro, que venía a aumentar nuestro pequeño círculo de relaciones, sobre todo cuando los primos nos hicieron grandísimos elogios de aquella familia, cuya hacienda lindaba con una de las suyas. Desde entonces, cada tarde salíamos juntos para la viña, el bosque o el huerto. Yo ya noté que Salvador miraba a Carmen con mucha afición; pero él tiene la edad de Arnaldo y ella cuatro años menos, y no di gran importancia a una cosa tan natural como gustarle a un joven una chica guapa.

— Mejorando lo presente. ¡Qué madraza! ¡Pues no estás poco hueca!

— Un día — añadió mi mujer —, Arnaldo me dijo: «Mamá, ande usted con cuidado, porque veo que Salvador la nima a usted mucho y se me figura que la quiere conquistar.» Aquello ya me puso en guardia, porque comprendí que me lo decía por encargo. Púseme en observación, y noté que, en efecto, Carmen y Salvador mostraban mucha alegría al verse; que él le daba siempre el brazo, excepto en los pasos difíciles, porque entonces venía a ofrecirme la mano, como lo hacía Arnaldo con la madre de su amigo; que ella se ponía encendida como una grana al verle y que se mostraba muy gozosa al dar la hora de salir a paseo. Por otra parte, Salvador nos enviaba todos los días una cestita de frutos, y cada tarde volvía Carmen a casa con un ramo de flores silvestres cogidas en el paseo. «¡ Están haciendo un idilio! », me decía Arnaldo. Pero yo no le respondía, porque empezaba a preocuparme el asunto. Sabía cuán peligroso es para la felicidad de una muchacha el amor primero, porque, sin el amparo de la experiencia, juega a un albur el reposo y el bienestar de su vida entera. Por fortuna, aquella temporada no fué larga. Lo demás ya lo sabes.

— Bueno — repuse yo —; es necesario que eso acabe. O casarse, u olvidarse.

No se olvidaron. Salvador y sus padres vinieron a hacernos

la visita de pésame, asistieron a los funerales, y al regresar de ellos nos pidieron formalmente la mano de Carmen. Acordamos que dejaríamos pasar el año de luto riguroso, antes de celebrar el enlace, y que Carmen o los hijos que del matrimo-



nio naciesen heredarían la mitad de nuestros bienes, substituyendo además a su hermano si éste nos premoriaría soltero.

Efectuóse el matrimonio el día de Reyes de 1836, con lo cual ganamos un hijo, porque Salvador es tan cariñoso como ilustrado. Arnaldo y él se quieren con un amor verdaderamente fraternal, y como mi hijo ha tenido siempre tanta afición al dibujo y a

las matemáticas, como escaso apego al negocio, le ayuda en sus trabajos con gran entusiasmo.

Mi mujer y yo no cesábamos de instarle a que se casase también, preguntándole si no le tentaba la dicha de su hermana.

— Mucho que sí — respondía el taimado —. Sólo espero encontrar una chica como ella.

Más lo deseábamos nosotros. Desde que se casó Carmen, la casa parecía un desierto, porque ella la animaba con sus risas y sus cantos.

El año de 1836 fué notable, entre otras cosas, por un impor-

tante progreso realizado en pro del embellecimiento de Barcelona. La Plaza de Palacio no tenía entonces mucho más de la mitad de su área actual cuando expiró el año 1835. Bajando la rampa de la Muralla del Mar, que terminaba a la esquina del convento de San Sebastián, no se encontraba a mano derecha ningún edificio, de modo que desde las ventanas de dicho convento y de las de la Lonja se veía el mar por encima de una playa desierta, separada de la ciudad por una sencilla tapia. Por Real Orden de 15 diciembre, la Reina Gobernadora se dignó conceder que para el ensanche y ornato de dicha plaza pudiesen enajenarse, como libres a pública subasta por la Junta establecida *ad hoc*, los terrenos necesarios, sin que en ningún tiempo quedasen obligados los compradores a reconocer otro señor directo, ni a pagar ninguna clase de imposición en este concepto.

Entonces fué cuando empezó a edificarse el grandioso edificio erigido frente a la Lonja por el opulento capitalista catalán don José Xifré, a la sazón recién llegado de la isla de Cuba. Esta edificación fué un verdadero acontecimiento. Como el suelo era arenisco y a poca profundidad se encontraba ya el agua del mar que se filtraba a través de la arena, fué preciso sentar los cimientos de un modo por todo extremo pesado y dispendioso, que fué abriendo unas grandes zanjas que se revestían interiormente con fuertes tabiques de madera, a fin de impedir el desmoronamiento de las arenas. Como el agua inundaba continuamente estas excavaciones, había que sacarla por medio de bombas aspirantes. Luego arrojábanse al fondo de la zanja grandes haces de sarmientos, guijarros y pedruscos a carretadas, para asentar el terreno y alzar sobre una base firme los cimientos. ¡Tan primitivo y tan costoso procedimiento tenía que emplearse en casos tales antes de inventarse los bloques artificiales! Fué un capricho y un alarde verdadero de millonario, que metió mucho ruido, sobre todo cuando sobre aquellos cimientos empezó a levantarse el gallardo edificio con su grandioso frontispicio porticado.

Desde aquel día, la opulencia de su dueño se hizo proverbial. Decíase en Barcelona: *más rico que Xifré*, como se dice en París: *más rico que Rothschild*. Así flovián en su casa las demandas de los menesterosos, que por cierto raras veces se

retiraban sin ser consolados. El magnífico hospital que erigió y dotó en Arenys de Mar, su patria, es una fundación que inmortalizará el nombre de este benéfico ciudadano.

Conspirábase no poco en aquella sazón para promover desórdenes, repitiendo las horribles escenas del año anterior, lo cual dió lugar a una serie de manifestaciones de todos los cuerpos de la Milicia nacional, que fueron uno tras otro ofreciendo a la autoridad su incondicional apoyo. Todas pueden resumirse en el párrafo postrero de la que en 17 de julio publicó el escuadrón de lanceros, muy renombrado por la firmeza con que sostenían la causa del orden sus individuos, todos pertenecientes a familias acomodadas. Decía de este modo: «Decididamente, Excmo. señor, los Lanceros, que tienen toda su confianza puesta en el patriotismo de V. E., que están prontos a las órdenes de tan digno caudillo para sostener su legal pronunciamiento, a una voz de V. E. enristrarán sus lanzas contra el aleve pecho del que bajo cualquier divisa se atreva a atacar la libertad e independencia española, al mismo tiempo que a los pies de sus caballos harán morder el polvo al que con el nombre de Libertad u otro cualquiera intentare el robo, el pillaje, el tumulto; la venganza personal, o género alguno de desorden o exceso.»

Sin embargo, es indudable que existían causas muy graves y fundadas de descontento. Así lo manifestaba a la Reina Gobernadora nuestra Diputación Provincial, diciéndole en 9 de agosto: «Pero, señora, han llegado a su colmo los males, la nación se halla al borde del precipicio, las facciones penetran impunemente por el Reino, y ni aun V. M. se halla segura en el Real sitio: el ejército, aunque decidido y numeroso, se halla en la inacción y en la miseria, o viviendo a expensas del país como el de Cataluña; el desaliento y la desconfianza van cundiendo rápidamente entre los pueblos; gritos de desesperación se oyen ya en provincias enteras, y en tan terrible posición sería culpable el silencio, sería crimen de lesa patria imperdonable.»

El cuadro no puede ser más completo. La opinión pública achacaba la culpa de todo a la lenidad, impericia y abandono del Gobierno, y pedía un cambio de ministerio y la revisión del *Estatuto Real*.

A esta manifestación se unieron, tres días después, el capitán general Espoz y Mina, el Gobernador, la Audiencia, el Ayuntamiento, la Junta de Comercio, la comisión de fábricas y los colegios y gremios. El día 15 se adhirió el capitán general, de acuerdo con las demás autoridades, al pronunciamiento que en Valencia y en otras provincias había proclamado la Constitución de 1812, que se publicó al día siguiente con gran solemnidad y aparato.

Hubo parada, luminarias, función de gala y mucho regocijo popular por las calles. La Reina Gobernadora ya había cedido, el mismo día 15, a la presión de las circunstancias, encargando a Calatrava la formación del nuevo gabinete y mandando publicar la Constitución de 1812, interin se esperaba la reunión de las nuevas Cortes.

Había triunfado el partido progresista.

El aprendizaje de la libertad es largo y costoso. A nosotros nos ha acarreado muchos trabajos, muchas impaciencias y desengaños; pero no había más remedio que pasar por estos inconvenientes o volver al antiguo régimen, y fuerza nos fué continuar nuestro camino arrostrando los vientos y tempestades que nos combatían.

A las nueve y cuarto de la noche del sábado 24 de diciembre del expresado año 1836, falleció en esta ciudad su capitán general, el valiente y popular Espoz y Mina, de resultas de un vicio escirroso que había causado graves desórdenes en el estómago y en los intestinos. Su muerte fué muy sentida. Hízose el entierro con gran pompa y aparato militar, celebrándose unas solemnes exequias en Santa María, con asistencia de las autoridades y corporaciones, cuerpo consular, marinos nacionales y extranjeros, etc.

\* \* \*

Pocos generales había en el ejército que pudiesen gloriarse de poseer una hoja de servicios como la suya. Había tomado parte en ciento cuarenta y tres batallas y acciones de guerra, batiéndose con caudillos franceses de gran renombre, y, aunque una vez le fueron dieciocho de ellos a los alcances en Navarra, no pudieron jamás cercarle por completo. Su división

había tomado al enemigo trece plazas fuertes, haciéndole más de 14.000 prisioneros y cogiéndole mucha artillería y armas de todas clases. Llamábanle, no sin razón, el *Viriato Navarro*.

No he de apuntar en estas MEMORIAS los sucesos políticos que mil veces se han relatado en libros, folletos y periódicos. La índole de estos apuntes me obliga a concretar mi narración a los hechos que íntima y directamente se relacionan con los que en esta ciudad han acaecido y yo he presenciado. Por otra parte, fué aquél un periodo muy agitado. La simple enumeración de los incidentes políticos en ella ocurridos necesitaría todo un volumen.

Para hacerse cargo de las causas y del carácter que tuvieron los que pasaron entonces en esta ciudad, basta recordar los cambios más trascendentales que experimentó en aquella época la política española.

En 1835 se había sublevado el partido liberal, porque el ministerio Martínez de la Rosa le había tratado siempre con receloso desvío, lo mismo con la proclamación del *Estatuto*, cuyo espíritu archiconservador distaba mucho de satisfacer el ansia reformadora de la fracción avanzada, que con todos los actos de gobierno y administración, en los cuales aparecía el gabinete más inclinado hacia los reaccionarios que hacia los liberales.

Este divorcio fué causa de la sublevación militar de Madrid y de los alborotos populares de Málaga, Zaragoza y Murcia, que probaron cuán ineficaz era el sistema adoptado por el Gobierno para afianzar el orden, ya que la popularidad no le ayudaba. Martínez de la Rosa no era hombre para ahogar la rebelión carlista explotando el entusiasmo de los liberales. No podía tener fuerza moral para lo primero, porque no tenía fe bastante en el programa de éstos.

Substituyóle el conde de Toreno, que había tenido en su ministerio la cartera de Guerra, lo cual le hacía sospechoso a los ojos de la fracción avanzada. En efecto, propúsose vivir de expedientes y paliativos, no enemistándose con nadie, que era el mejor medio de descontentar a todos. Sin embargo, tuvo más resolución que su antecesor para cortar los vuelos a la teocracia, pues restableció la pragmática de Carlos III, que expulsaba a los jesuitas y suprimía los monasterios y conventos de

todas las órdenes que no tuviesen doce individuos profesos, exceptuando tan sólo de esta medida a los clérigos regulares de las Escuelas Pías y las misiones de África.

Por desgracia, estas disposiciones fueron tardías y no bastaron a contener la explosión del odio amasado por el partido liberal en aquella porfiada lucha. Murcia, Valencia, Zaragoza y Andalucía se adhirieron al movimiento iniciado en Cataluña, pidiendo unánimes la convocación de Cortes Constituyentes. A fines de agosto ya estaba sublevada toda España, habiendo tomado la insurrección un carácter regionalista que no dejó al Gobierno sino el dominio del territorio que alcanzaba a ver desde los balcones de palacio. Entonces fué cuando la Milicia de Madrid envió a la Reina Gobernadora, que se hallaba en la Granja, el célebre mensaje que motivó su desarme a la vez que fué causa inmediata de la caída del ministerio.

No quería ceder Toreno, y viendo que la tropa fraternizaba con el pueblo, pidió la intervención de Francia, como antes la había pedido Martínez de la Rosa; pero la Monarquía de julto no podía obrar como la rama mayor de los Borbones, y a entrambos les negó su ayuda. Entretanto hallábase convertida de hecho España en una especie de república federal, gobernándose cada región con entera independencia del centro, lo que no dejaba de ser muy peligroso, en atención a que la guerra civil hacía necesaria una vigorosa unidad de acción y un plan uniforme de gobierno.

Mendizábal, con el prestigio de su patriotismo, de su entereza de carácter y de su extraordinaria capacidad, puso término a esta anarquía, conciliándose desde los primeros momentos la confianza y el apoyo del partido liberal, merced a la decisión con que acometió las reformas que la opinión pública más imperiosamente reclamaba. Convocó las Cortes para el 16 de noviembre; ordenó a los gobernadores civiles que interpretasen con toda la latitud posible la ley de imprenta; constituyó las Diputaciones provinciales; estableció un colegio preparatorio para todos los ramos de la carrera de ingenieros; estimuló el desarrollo de la instrucción primaria; suprimió las pruebas de nobleza que aun se exigían para el ingreso en varias carreras, y el traje talar que a semejanza del clero usaban los alumnos de las universidades; declaró soldados a todos los

españoles desde la edad de dieciocho a la de cuarenta años, llamando desde luego a las armas a cien mil de ellos; creó un cuartel de inválidos y un colegio para la educación de las huérfanas de los que muriesen en defensa de la libertad; nombró para los cargos más importantes a hombres idóneos y populares, como los generales Mina y Palafox para las capitanías generales de Cataluña y Aragón, etc.

Era Mendizábal hombre práctico y de grande iniciativa, que habiendo vivido emigrado hasta entonces en Inglaterra, en donde estaba al frente de una importantísima casa de comercio, adquirió en su trato con la raza británica el espíritu ampliamente liberal y progresivo y el pulso y discreción que la caracterizan en toda suerte de negocios. Gracias a estas cualidades, le fué dable dominar una revolución que había empezado con tan pavorosa furia y amenazaba acabar con la nación española.

Disueltas las Cortes, en las cuales el partido derrocado por la revolución se oponía sistemáticamente a las reformas, convocó otras para el 22 de marzo de 1836; suprimió con pocas y justificadas excepciones las órdenes monásticas y llevó a cabo la desamortización religiosa. Coligáronse los perjudicados y los descontentos, intrigaron los palaciegos, tomó parte en la cruzada la vil calumnia, y, ayudados todos estos elementos por la traición, lograron la caída del ministerio en 15 de mayo de 1836.

Sucedíole el ministerio Isturiz, en el cual éste, Alcalá Galiano y el duque de Rivas recibieron las carteras de Estado, Marina y Gobernación, en recompensa de haber traicionado a su partido. Como el gabinete no tenía confianza en las Cortes, ni éstas tampoco podían dispensarle la suya, la Reina las disolvió, tratando de justificar su conducta por medio de un manifiesto que no convenció a nadie de su imparcialidad y constitucionalismo.

Insistió el nuevo gabinete en pedir la intervención francesa, con lo cual por tercera vez se humilló la dignidad española; pero no fué en esto más afortunado que sus antecesores, y este malhadado paso diplomático, los amañios y coacciones electorales y el mal sesgo que iba tomando la guerra civil, llenaron la medida del sufrimiento popular, provocando la sangrienta



insurrección de Málaga. Adhirióse inmediatamente a ella toda Andalucía; después Aragón, en donde se pronunció su capitán general San Miguel; Valencia, Alicante y Murcia; luego Cataluña, en donde tenía el mando militar el general Mina.

En Madrid habría logrado el Gobierno ahogar la insurrección; pero el motín militar de la Granja obligó a la Reina Gobernadora a jurar la Constitución de 1812 como ley fundamental del Estado, «en el interín que, reunida la nación en Cortes, manifestaba expresamente su voluntad o daba otra constitución conforme a las necesidades del país.»

Así subió al poder el ministerio Calatrava. Sucedió esto en la noche del 12 de agosto.

Mendizábal entró en el gabinete como ministro de Hacienda. El general Córdoba, que no quiso adherirse a un cambio político cuyo origen conceptuaba inmoral y cuyo objeto reputaba funesto, retiróse a Francia, designando para sucederle en el mando del ejército del Norte al general Espartero.

Allí se había el cobre de lo lindo; pero hacíase la guerra que podríamos llamar regular, mucho más correctamente que en Cataluña. En el Principado la lucha era brava hasta la ferocidad. Era una guerra de exterminio. Apostados en las enhuertas cumbres o en los ásperos desfiladeros de los montes, los carlistas esperaban el paso de las columnas, que no advertían su presencia hasta que veían el relámpago de las descargas y cómo sallaban las ramas destrozadas de los árboles por un diluvio de proyectiles. Cada convoy necesitaba una escolta numerosa como una división, y para hacer su entrada en la plaza fuerte que iba a aprovisionar, se necesitaban muchos días de incesante lucha, porque había que ir tomándose todas las posiciones estratégicas una tras otra. Estos combates hicieron célebre a la antigua ciudad de Solsona, que era la llave y la posición más disputada de la alta montaña.

Cuando regresaba la columna de su expedición, proponíase registrar el país y castigar a los indómitos montañeses que la habían hostigado; pero no encontraban sino a alguna anciana hilando a la puerta de la alquería, a algún viejo que empuñando la esteva del arado cantaba con voz gangosa una antigua balada, o tal vez a un pastor que con perezosa lentitud cruzaba el bosque en pos de su rebaño. Era inútil dirigirles preguntas,

porque a todo respondían arqueando las cejas, abriendo desmesuradamente la boca y encogiéndose de hombros. No entendían el castellano, y no había forma de aclarar su entendimiento con ruegos, dádivas ni amenazas.

En cuanto se había perdido de vista la columna, animábanse los matorrales abriendo paso a gallardos mozos poco aficionados a tratar con el ejército, y a las ventanas de los desvanes asomaban los rostros de la gente rústica, animados por la expresión de una bellaca curiosidad.

El paso del ejército por las fragosidades de la alta montaña era como el paso de la nave por el mar. No dejaba rastro, como no fuese el de la sangre que acá y acullá teñía la hierba y los peñascos, dando testimonio de una reñida función de guerra.

Cabrera tenía amedentrada a Cataluña; Gómez penetró en Andalucía y, burlando la persecución combinada de varias columnas, llegó hasta las inmediaciones de Córdoba y ocupó Almadén, llave de la Mancha, de Extremadura y de los montes de Toledo.

Tal era la situación en 24 de octubre, en cuya fecha inauguraron sus tareas las Cortes constituyentes. La famosa victoria alcanzada por Espartero en Bilbao, en 24 de diciembre, vino a tiempo para reanimar el espíritu de los liberales. Yo mecí en mis rodillas a mi primer nieto, cantándole el himno de Luchana.

— ¡Cuidado si será liberal! — exclamaba Salvador.

Y Arnaldo preguntaba:

— ¿Por qué no le canta usted la marsellesa?

\* \* \*

Confieso que esta broma no me hacía maldita la gracia.

Merced a la memorable victoria alcanzada en Bilbao sobre los carlistas, la víspera de Navidad de 1836, cobró el partido liberal muchos bríos para llevar adelante el plan de reformas que había acometido el ministerio Calatrava.

Pero habíase iniciado un movimiento de reacción contra las tendencias democráticas de la constitución de 1812, y era de temer que si llegaba a triunfar, en la que iba a establecerse,

el criterio retrógrado, se turbase deplorablemente la armonía entre los que juntos combatían al común enemigo.

Así resultó, en efecto. La creación de dos cámaras legislativas, la reserva del veto absoluto a la corona y la restricción del sufragio electoral, eran novedades de gran monta con las cuales las Cortes constituyentes, reunidas en 24 de octubre, dieron a conocer que preponderaba en ellas el elemento moderado. Los *exaltados* llamáronse a engaño, clamando que esta política entibiaba el entusiasmo de los liberales que con tanta abnegación se sacrificaban en los campos de batalla, y al cerrarse las Cortes, convocándose otras para el 19 de noviembre, nadie creía que el orden público estuviese para mucho tiempo asegurado.

A todo esto, los moderados ponían el grito en el cielo diciendo que, de algún tiempo a aquella parte, se hacían grandes esfuerzos para perturbar el orden y desconceptuar ante la pública opinión los más esclarecidos patricios, propalando en la prensa y en folletos clandestinos mil calumnias y máximas subversivas a fin de soliviantar los ánimos más propensos a la exaltación por efecto de la ignorancia o de aviesos instintos.

Convengo en que algo hubo de ello, y en que la intransigencia y el furor de los partidos habían llegado en aquella sazón a tal extremo que esta lucha vedada a todo honrado espíritu era la comidilla de muchos hombres en cualquier nro concepto muy dignos y estimables. O de nada me ha servido la experiencia, o la política es, de todos los instrumentos de corrupción, el más pestífero y espantoso.

Sea como fuere, el resultado es que, respecto a Barcelona, no se equivocaron los agoreros pesimistas, pues habiéndose recibido aquí, en 13 de enero de 1837, la noticia de haberse promulgado una ley otorgando al Gobierno facultades extraordinarias para proceder contra los trastornadores del orden, se armó un alboroto de mil demonios. Empezó por un rumor que fué engrosando como el de la tormenta que se aproxima, producido por los muchos grupos que se iban formando en la Rambla y en las calles adyacentes. Salieron de Atarazanas las patrullas que podríamos llamar tradicionales, porque a cada triquitraque habían de hacer esta operación engorrosa, y con cuatro gritos y otros tantos culatazos dispersaron a los que

propiamente no podemos calificar de sediciosos, por cuanto se contentaban con narrar y comentar la nueva sin proferir voces subversivas ni pasar a vías de hecho.

Pero vino luego la noche y con ella el tumulto, porque, cerradas las fábricas y suspendido el trabajo en los talleres, el famoso batallón de nacionales ligeros titulado *de la blusa*, y el de zapadores, se reunieron en el exconvento de San Agustín, y si bien es verdad que no publicaron su intento, no era de creer que fuese el objeto de este paso dirigir al gobierno un voto de adhesión y confianza.

Lejos de unirseles el resto de la milicia nacional, juntóse apresuradamente en la Rambla, poniéndose a las órdenes del comandante general Parreño, el cual, a las nueve de aquella misma noche, mandó publicar la ley marcial, y a las diez dispuso la partida de una columna de milicianos, reforzada con cuatro cañones, a fin de obligar a los amotinados a deponer las armas. Estos, al ver que no sólo les desamparaban sus camaradas, sino que se aprestaban a combatirles, pusieron pies en polvorosa.

El único resultado positivo de esta malhadada intentona fué la prisión de muchos ciudadanos tildados de exaltados; el desarme, al día siguiente, del batallón de la blusa y el de zapadores de la milicia; el expurgo de los de voluntarios y el cambio del Ayuntamiento.

Como quiera que sea, no hay duda de que si el Gobierno apetecía una ocasión, un pretexto plausible, para deshacerse de los hombres que más le estorbaban en esta importante capital, los exaltados le sirvieron a pedir de boca. Es un hecho que he presenciado yo con harta frecuencia.

Por supuesto que ellos nos motejaban a nosotros de traidores y cobardes, porque no les habíamos prestado ayuda, lo cual fué por tres razones: la primera, porque no había motivo para tal asonada; la segunda, porque no existían elementos para intentarla con probabilidades de triunfo, y la tercera, por otra razón más grave todavía. Decíase que los descontentos pretendían nada menos que entronizar el sufragio universal y la república. Yo y los que como yo pensaban, que eran los más, no sabíamos ver otro resultado inmediato de su triunfo que una victoria para el carlismo. Todo desorden, toda discordia

promovidos entre nosotros, los reputé siempre como actos liberticidas.

Mi hijo no era tan intransigente y temeroso como yo, y cuando le reprendía por ello, haciame notar que yo no había sido ni con mucho tan moderado como mi padre y que muy a menudo me abstenía de contradecirle, no por convicción, sino por respeto.

Profesábamos nosotros un liberalismo abstracto, no muy claro, ni siempre lógico —según después lo he echado de ver—, y que adolecía de un cierto misticismo por cuya virtud aceptábamos un sinfín de fórmulas convencionales como axiomas sagrados, tanto más respetables a nuestros ojos cuanto más abstractos eran y misteriosos.

Pero el fanatismo tiene siempre un lado sublime. Los moderados y los carlistas se mofaban de nuestra simplicidad... Y, entretanto, nosotros nos hacíamos matar al son del himno de Riego.

Los liberales salíamos al campo entonando aquel cantar que decía: *Trágala, trágala — tú, servilón, — tú que no quieres constitución*, y replicaban los absolutistas a voz en cuello: *Trágala, trágala — tú, liberal, — tú que no quieres corona real*. Y sobre quién la había de tragar se armaba una de tiros que temblaba el mundo.

No fué éste el único motín que estalló aquel año en Barcelona, y bien hacían presentir su repetición la inquietud de los ánimos y la mal disfrazada ojeriza con que mutuamente se miraban los partidos.

Y por cierto que la nueva asonada tuvo un carácter especialísimo y que a duras penas acertarían a explicarse los que tienen la fortuna de ser harto jóvenes para haber presenciado las luchas de mi tiempo. Nuestra generación estaba tan familiarizada con el manejo de las armas y tan acostumbrada a arrostrar toda suerte de peligros, que por un quitame allí esas pajas se echaba a la calle, sin darse cuenta de que su fogosidad podía provocar un cataclismo en el cual corría inminente riesgo de zozobrar la nave del Estado con toda su tripulación y aparejos. En política fuimos una generación de calaveras, y porque fuimos tan impetuosos y no reparamos en jugarnos a un formidable albur vidas y haciendas, lo presente

y lo venidero, se salvaron quizá muchas cosas que, con más prudencia y menor ardimiento, podían haberse perdido. Se me figura que nuestros hijos no se han fijado bastante en esto. Quizá será porque ellos se pasan de circunspectos. Dicho sea sin que yo abone los alzamientos sistemáticos.

Fué en 4 de mayo. Unos grupos de embozados que discurrían con ademán pacífico por la Plaza de San Jaime, arrojáronse de súbito sobre la guardia de las Casas Consistoriales y la desarmaron, disparando luego algunos tiros al aire. A esta señal convenida acudieron de distintos puntos algunos centenares de amotinados pertenecientes a los batallones de milicia recién extinguidos, que en un santiamén se apoderaron de la plaza y de todos sus edificios, cerrando las bocacalles con parapetos de tablones y maderos.

Luego dirigieron, en número de más de quinientos, hacia la Rambla, gritando: *¡Viva la blusa! ¡Viva el primer batallón!* El gobernador les arengó paternalmente, instándoles a que desistiesen de sus propósitos, que no serían por nadie secundados; mas viendo la inutilidad de sus reflexiones, mandó a los mozos de la escuadra y al décimo batallón de milicia hacer fuego, resultando de esta descarga varios muertos y heridos.

Replegarónse entonces los revoltosos a la Plaza de San Jaime, y aunque fueron circunvalados y literalmente abrasados por un fuego horroroso de fusilería y metralla, resistieron todo el día con inverosímil intrepidez, tirando desesperadamente desde la calle, desde los balcones, ventanas y terrados. Por fin, al cerrar la noche, viendo cumplida la predicción del gobernador, pues ningún barrio de la ciudad siguió su ejemplo, pidieron capitulación. Mas cuando al amanecer penetraron las autoridades en la plaza, la encontraron desierta. Todos se habían fugado, a excepción de unos pocos que entregaron las armas, comprometiéndose a salir a campaña contra los carlistas.

Si no son éstas verdaderas calaveradas políticas, venga Dios y véalo.

\* \* \*

El domingo 8 de octubre de aquel mismo año de 1837, ocurrió otro alboroto de cuyas resultas quedaron interrumpidas, en los distritos 2.º y 4.º de esta capital, las elecciones de diputados

que se estaban efectuando. Como éste era el objeto que se proponían los sediciosos, no pasó de aquí la cosa. Para impedir que tomase mayores proporciones, prohibióse la formación de grupos, ordenóse que en caso de alarma nocturna todos los vecinos sacasen luces a los balcones y organizáronse rondas en todos los barrios, para impedir toda alteración del orden.

Si no fuese porque necesariamente habíamos tenido que acostumbrarnos a estas escenas, podría decir que en aquel tiempo no ganábamos para sustos. Sin embargo, no todos lo veían con tanta calma y resignación como yo, pues emigraron en aquella sazón muchas familias acaudaladas, con notable detrimento de la clase proletaria. El capitán general, Barón de Meer, «comprendiendo que urgía adoptar prontas y enérgicas medidas para acabar de una vez con tales excesos», ordenó el día 15 de aquel mes la inmediata disolución de la milicia nacional de esta ciudad; tan inmediata, que ya se había realizado a las seis de la tarde del mismo día, reservando reorganizarla de modo que fuese una verdadera garantía de paz y sosiego. Asimismo dispuso bajo severísimas penas la entrega en el fuerte de Atarazanas de todas las armas que se hallasen en poder del paisanaje.

En verdad puede decirse que, en el año de 1837, la suerte de las armas fué en último resultado más bien favorable que adversa a los constitucionales; pero nó es menos cierto que, al fin y al cabo, España salió en todos conceptos perjudicada. Aun prescindiendo de los miles de muertos y heridos que hubo por ambas partes, de los pueblos y alquerías arrasados o reducidos a cenizas por el furor de los combatientes y de las pérdidas incalculables que al comercio y a la industria ocasionaba aquella pertinaz y enconada lucha, nuestra patria sufrió en esa época un mal horrendo. Los asesinatos, las violaciones, los incendios y otros mil desafueros que uno de los bandos cometía en nombre de la Religión y el otro perpetraba invocando la Libertad, no podían menos de pervertir las conciencias, familiarizándolas con el crimen, en menoscabo del sentido moral, de la humanidad y del patriotismo.

Tan cierto es esto, como que hasta en las filas de ambos ejércitos se advirtió esta desmoralizadora influencia, manifestándose en actos de indisciplina que hicieron necesaria muchas

veces una represión sangrienta. Batíanse ambos partidos con todo el ímpetu de la sangre mora; mas en la ociosidad de los campamentos y guarniciones se urdían conjuraciones militares que recordaban los peores tiempos de la monarquía visigoda. Estas comparaciones las hacía mi hijo, que era mucho más leído que yo, y téngolas por exactas.

En Cataluña se hacía la guerra de una manera feroz y desordenada, campando cada cabecilla por su respeto y diciendo con toda llaneza y propiedad: «Mi gente», esto y lo otro, porque la de cada partida no reconocía más jefe y señor que el que la acaudillaba. Esto hacía más penosa aún y difícil la campaña, porque todo eran aquí sorpresas, emboscadas y engaños, como en guerra de indios.

Y lo que en la montaña eran combates encarnizados, en las ciudades eran revoluciones y tumultos.

¡ Si lo que hemos padecido nosotros, sólo Dios lo sabe!

Por esto, cuando oigo hablar de volver a las andadas a los mozaibetes de ahora, que a tan poca costa disfrutan de la paz y bienestar que tienen, ¡ Dios me perdone!, me dan tentaciones de pedirle al cielo que les dé por el gusto para ver si es verdad, como dice el refrán, que el loco con la pena es cuerdo.

De resultas de la sedición del 4 de mayo fué fusilado su jefe, el infeliz Xaudaró, a quien acusó el Tribunal de obrar en connivencia con el conde de España, acusación que en 15 de diciembre reprodujo en el Congreso el señor Cambronero, ex-gobernador civil de esta provincia, contestando a una interpelación del señor Viadera.

En el año de 1838 hubo en toda España combates muy empeñados. En Cataluña se reanimó mucho el espíritu de los liberales, merced a las importantes victorias alcanzadas por su capitán general el Barón de Meer, quien tomó a Ripoll y a Suria, socorrió a Cardona, derrotó a los carlistas cerca de Castelladral, en Biosca y en el valle de Arán, y reconquistó la importantísima ciudad de Solsona, llave de la alta montaña. Estas victorias, unidas a la que alcanzó en San Quirze el general Carbó, jefe de la primera división, contra las huestes reunidas del enemigo, dieron bríos a los constitucionales y exasperaron a los carlistas, induciéndoles a perpetrar horribles venganzas.

Entretanto, Narváez, con su terrorífico sistema, pacificaba



por completo la Mancha. Mal año fué aquél para los carlistas, a pesar de las crueldades de Cabrera, Tristany y otros cabecillas tristemente famosos, en las cuales bien se advertía la desesperación de un bando que presentía su próxima ruina.

No se equivocaba, por cierto, en sus pronósticos. A mediados de febrero del siguiente año de 1839, cundió de pronto la voz de que Maroto, general en jefe del ejército carlista, había fusilado a varios generales de su partido en Estella y que se dirigía nada menos que al mismo Cuartel Real, con ánimo sin duda de continuar la ejecución de un plan que había de acabar con el carlismo armado. Era obvio que, a resultar cierta esta estupenda noticia, la causa de don Carlos estaba irremediablemente perdida. Las interesadas lisonjas y las envidiosas intrigas de sus cortesanos, que tan cruelmente habían acibarado la existencia del heroico Zumalacárregui, habían desvanecido y trastornado la débil inteligencia del Pretendiente; el fastuoso aparato de la corte, en medio de las duras privaciones del ejército y de los más duros sacrificios de los pueblos, y la insufrible altanería de la nube de advenedizos aventureros que usurpaban los puestos debidos al mérito de los más leales y esforzados, necesariamente habían de acabar con las ilusiones y la paciencia de los que con tanto denuesto se batían por la causa del absolutismo.

Era indudable que el descontento minaba su existencia en las filas de los más valerosos y reputados pañadines de la causa.

Pero, antes de reseñar estos sucesos, he de recordar otro muy triste para los barceloneses.

En 17 de julio de 1838 sucedió en Barcelona un verdadero acontecimiento artístico: el estreno de la ópera *La Fatuchiera*, de nuestro paisano el joven compositor don Vicente Cuyás, genio asombrosamente precoz que parecía destinado a ser el Bellini español, a juzgar por la admirable espontaneidad y la profunda ternura de sus melodías. Por una fatalidad que parece pesar sobre nuestro país, donde rara vez llegan a perfecta sazón los entendimientos privilegiados, alcanzando la edad madura, nuestro infortunado compositor falleció el jueves 7 de marzo de 1839, a las diez de la noche y a la edad de veintidós años y once meses. En el preciso momento en que Ismailia, la heroína de su ópera, cantaba el verso: *¡Llévame contigo al*

*cielo!*, el alma del sublime artista dejaba la tierra, volando a las alturas donde se escuchan las armonías eternas. Su entierro fué una grandiosa y conmovedora manifestación del público duelo, en la cual tomaron parte todas las clases sociales y las bandas de la milicia nacional, leyéndose poesías muy sentidas ante sus restos mortales en el momento de depositarlos en el sepulcro. Pocas veces he sentido un pesar y una conmisericordia tan grandes ante el cadáver de un extraño. Y es que, bien mirado, el artista no es un extraño para nadie, porque hace vibrar unas fibras tan delicadas del corazón humano, que basta ser hombres para declararle hermano de adopción. Hablo del artista verdadero, no de los mercaderes del arte, que profanan su templo porque no hay otro Jesús que de él los arroje a latigazos. Y el malogrado Cuyás era un artista de veras. Por esto, cuando al terminar la ópera, en aquella triste noche, estalló como de costumbre una tempestad de aplausos y salió a las tablas el empresario a dar con acento conmovido la fatal noticia al público, éste se retiró profundamente impresionado. Los hombres no sabíamos hablar de otra cosa; muchas señoras llevaban el pañuelo a los ojos.

\* \* \*

El domingo 10 de noviembre, a las once y media de la mañana, se sacó la vista de la Lonja y de la casa de Xifré por el método inventado por Mr. Daguerre y del cual tan útiles y sorprendentes aplicaciones se han hecho posteriormente, ampliándolo y mejorándolo hasta convertirlo en el moderno procedimiento fotográfico. Aunque el tiempo estaba nublado y ventoso, no fué parte a impedir la operación, interesantísima en aquellos momentos en que tanto se hablaba del gran invento, sin haber tenido ocasión de estudiarlo.

Hízose el experimento en el terradito de una casa de la plaza que entonces se titulaba de la Constitución y hoy llaman de Palacio, en presencia de muchas personas de uno y otro sexo al efecto invitadas. Los señores Mer, Montlau y Roure explicaron el uso del aparato que manejaba el señor Alabern, su introductor en España.

Después de realizadas las operaciones previamente descri-

# EL DAGUERROTIPO.

## Programa

*de la sesion pública que tendrá lugar el 10 de noviembre de 1839.*

EN LA PLAZA DE LA CONSTITUCION, EN EL TERRAZO DE FRENTE CASA NÚM. 7.

El *Daguerrotipo* es un aparato inventado por M. Daguerre, pintor, de Paris, para fijar ó hacer permanentes en una lámina metálica las imágenes representadas en la cámara oscura.—Obtener que estas imágenes quedasen fijas ó impresos era un secreto en el cual por mucho tiempo nadie había pensado, y que se ha descubierto recientemente.—El gobierno francés ha premiado á los inventores con una pension vitalicia, de 6.000 francos á M. Daguerre y de 4.000 á su asociado M. Niepce.

Para obtener la fijacion de las imágenes en la plancha de cobre plateado, hay que practicar cinco series de operaciones:

1.ª Limpiar la plancha, para que pueda recibir la capa sensible.—Se limpia con piedra pómez finamente pulverizada y aceite.

2.ª Aplicar la capa sensible.—Esto se obtiene esponiendo la plancha al vapor del yodo.

3.ª Exponer, en la cámara oscura, la plancha preparada á la accion de la luz, para que reciba la imagen de la naturaleza.

4.ª Hacer que parezca esta imagen, pues cuando se saca la plancha de la cámara oscura, no es visible.—Consiguese esponiendo la plancha al vapor del mercurio.

5.ª Quitar la capa sensible, á fin de que la luz no siga modificándola, lo cual destruiria necesariamente la imagen obtenida.—Y esto se hace por medio de repetidas lociones con una débil solucion salina y agua destilada hirviendo.

El objeto de la sesion pública que se ha anunciado es:

### I.

Poner de manifiesto en todas sus partes el aparato de M. Daguerre, y explicar sus usos.

### II.

Practicar, en presencia de todos los concurrentes, las operaciones que se dejan apuntadas.

### III.

Adjudicar al concurrente favorecido por la suerte la plancha sobre la cual se operará, puesta en su marco correspondiente, y que será la primera vista obtenida en España por el maravilloso proceder del *Daguerrotipo*.

LOS INTEREDIOS DE LAS OPERACIONES SERÁN ANUNCIADOS POR LAS ARMONIOSAS  
TOCATA DE UNA BANDA DE MÚSICA MILITAR.

*La primera vista que se va á obtener abrazará el edificio de la Lonja y la hermosa mansura de casa Xifré.*

La sesion empezará á las 11 del día, y durará sobre sesenta á setenta minutos, segun el estado de la atmósfera y la fuerza del sol.

*Se entra por la casa número 7 de la calle Castaños.*

tas, a la una menos cuarto se colocó en la cámara oscura y a la acción de la luz la plancha preparada. Sacáronla de la cámara a los veinte minutos, expusieronla al vapor del mercurio, y quitada de ella la capa sensible por medio de las lociones con una solución salina y agua destilada en el estado de hervor, apareció limpia, brillante y grabada en ella la hermosa vista que presentaba la cámara oscura.

Excuso describir la sorpresa y entusiasmo de los circuns-  
tantes, que no se cansaban de encomiar el celo del señor Alabern, importador del aparato, y el de los socios de la Academia de Ciencias Naturales y Artes, que lo habían adquirido.

La plancha que tan extraordinario efecto había producido en el ánimo de los concurrentes, se rifó entre ellos por medio de billetes, que fueron en un santiamén despachados al precio de seis reales.

Don Ramón Alabern, discípulo de Daguerre, abrió desde el 20 de aquel mes, en el local de dicha academia, un curso práctico de las operaciones necesarias para sacar vistas y usar de los aparatos con soltura y acierto.

Desde entonces se desarrolló como una epidemia la afición al daguerreotipo, no habiendo prójimo ni prójima que no se pirrase por ver reproducida en el cristal su vulgar efigie. Y aquí empezó esa moda, que luego tanto se ha propagado, de reproducir con pretensiones a la inmortalidad toda suerte de tipos insignificantes, cuando no repulsivos y estafalarios.

Yo no niego que en ciertos casos nace este prurito de un impulso piadoso, como el que me hizo calificar de lamentable la tardanza con que aquí tuvimos noticia del invento, pues habría sido para mí un gran consuelo tener dos buenos retratos de mis buenísimos padres. Pero, las más de las veces, el tal daguerreotipo fué cómplice inconsciente de ridiculísimas vanidades y de muy risibles jactancias. Por su medio han perpetuado muchas mujeres la noticia de su pésimo gusto, retratándose muy tiesas y envaradas, cubiertas de joyas como aparador de platería, y no pocos hombres han puesto en evidencia la vaciedad de su infeliz cacumen. Mi hijo Arnaldo, que es gran observador y extremadamente cáustico y burlón por añadidura, me ha dicho con frecuencia:

— Mira, papá, un cobarde.

— Y ¿tú qué sabes? — preguntábale yo.

— Toma — respondía él —, ¿no ves con qué aire de mata-siete nos contempla desde su retrato?

En efecto, es muy común tomar en él el gesto y apariencias que más lejos están del carácter propio. Los más pacíficos semoleros tomaban a veces ante el objetivo una ferocidad de expresión que parecía revelar el intento de que los confundiesen con el misuñísimo Cabrera.

A propósito de este cabecilla, debo decir que en aquella época estaba llamando la atención de todas las naciones por su genio militar y su sanguinaria conducta, que habían hecho de él un tipo legendario. Parecía que, terminada la guerra en el Norte, ha-



bían de decaer sus bríos viendo vencida la insurrección en sus más formidables trincheras y camino de Cataluña el numeroso y aguerrido ejército que en aquellas regiones se había batido por espacio de tantos años, pero no fué así; Cabrera no desmayó ni cejó por esto. Ni la activa persecución de las columnas, ni las excelentes proposiciones que le hizo el Gobierno, ni la elocuencia y prestigio de los embajadores que le envió la Santa Sede, fueron parte a hacerle desviar un ápice de

la línea que se había trazado, inspirado por el afán de una desesperada resistencia.

Don Carlos le enviaba de cuando en cuando algunos fondos de los que todavía le proporcionaban las potencias del Norte, y, con esto y con los recursos que la guerra le facilitaba, el feroz caudillo continuaba siendo el terror de Cataluña y de los riscosos laberintos del Maestrazgo, que fué por mucho tiempo su madriguera favorita.

Ayudábale en esta tarea el no menos feroz y tristemente célebre Conde de España. Era la alianza del tigre y la hiena (10).

Precisamente en aquel mismo mes y año se recibió aquí la noticia del trágico fin que tuvo este monstruo, cuyas crueldades traen a la memoria las de aquellos bárbaros emperadores romanos de quienes se ha dicho que estuvieron atacados de una verdadera locura sanguinaria.

El martes 12 de noviembre, escribieron de Bourg-Madame noticiando algunos pormenores de esta calástrofe inesperada. Parece ser que de algún tiempo a aquella parte los jefes carlistas, que sufrían mal de su grado el férreo yugo del Conde, se habían conjurado para sacudirlo; que él barruntaba algo de estos propósitos, siendo, por tanto, inminente un conflicto formidable dado su carácter fiero y desapacado, y que la Junta de Berga, comprendiendo la necesidad de ganarle por la mano, se reunió espontáneamente en 28 de octubre, y, decretando la deposición del Conde, mandó que fuese reducido a prisión y conducido a la frontera de Andorra.

En cumplimiento de esta resolución, Orteu, Ferrer y otro vocal de la Junta, seguidos de una escolta de caballería y mozos de la escuadra, salieron de noche de Berga con el Conde, a quien acompañaron vestido de paisano hasta Orgañá. El 30 se hallaba ya de regreso el acompañamiento en Berga, en donde el cabecilla Segarra, que por su humanidad era la antítesis y el rival de tan funesto personaje, fué proclamado general en jefe por unánime aclamación de los facciosos y al grito de *muera el tirano!*

En efecto, el tirano murió, o hablando con más propiedad, fué muerto por los suyos. El cónsul de Perpiñán participó a las autoridades españolas, en 14 de aquel mes, que unos vecinos de Coll de Nargó habían encontrado en el río Segre el ca-

dáver del Conde de España, desnudo y atado de pies, manos y cuello, y que los fuciosos de Orgañá lo habían mandado enterrar en la noche del 5 al 6, imponiendo pena de la vida al que hablase de este suceso.

Dijose que el día de todos los Santos, vagando errante España por las montañas, divisó algunas compañías del cabecilla Bep del Oli, de las cuales procuró alejarse; pero descubierto y reconocido por ellos, le persiguieron, le alcanzaron, le ataron estrechamente, diéronle de puñaladas y le precipitaron de las escarpadas alturas de Coll de Nargó, entre los pueblos de Oliana y Orgañá.

Así se explicó entonces este trágico suceso, que ni a liberales ni a carlistas inspiró más conmiseración que la que siente toda alma cristiana por la que acaba de comparecer ante el tribunal de Dios para darle cuenta de innumerables fechorías. Yo debo decir con toda sinceridad que siempre lo reputé loco y de los más rematados. Si se recuerdan sus crueldades, no hay duda que aparece a nuestros ojos como un Marat absolutista, y con faja, pues su corazón, completamente exhausto de todo afecto humano, se mostró siempre sediento de sangre y de lágrimas, con un refinamiento de crueldad que espanta, como el que ostentaba ordenando que fuesen ahorcadas sus víctimas al amanecer de los días más crudos del invierno y con preferencia cuando nevaba. Pero, en cambio, tenía rasgos de verdadera demencia. Así, por ejemplo, contábase en Barcelona que, siendo el hijo del Conde muy dormilón y no pudiendo él lograr que se levantase al toque de diana, mandó un día rodear su lecho por todos los tambores de la guarnición, haciéndole despertar sobresaltado con un redoble general que no cesó hasta que el joven hubo vestido el uniforme y salido de la estancia con los tímpanos desgarrados por tan infernal estruendo.

Los días de parada, presenciaba el desfile al pie de la rampa de la muralla del mar, que es, como es sabido, una pendiente muy rápida y resbaladiza, y tenía ordenado que la bajase la caballería a escape, solazándose en contemplar cómo caían muchos jinetes, a riesgo de ser atropellados por sus mismos compañeros. Antojósele un día que los paisanos no debían llevar bigote, y dió orden de prender a cuantos usaban este adorno masculino, haciéndolos llevar a la Ciudadela, en donde los ra-

paban dejándolos lucios como clérigos recién afeitados y no soltándolos hasta que le parecía que habían purgado bastante su culpa. Dióle otro día el capricho de que las mujeres no debían dejarse crecer las trenzas, y sus esbirros se armaron de tijeras, haciendo en poco rato una *razzia* de trenzas, que había para cubrir la calvicie de todas las viejas de España.

En suma, vivir en Barcelona durante la época de su mando, era peor que vivir en Varsovia en los tiempos más duros de la opresión moscovita. Pero esto son casos de verdadera locura. En fin, permítale Dios el mal que ha hecho, que toda su misericordia se necesita para tanto.

\* \* \*

A medida que iba empeorando la situación para los carlistas, iban ganando terreno en el ánimo de don Carlos los sectarios del bando extremado, que todo lo achacaban a traiciones y contemporizaciones del elemento militar, el único que tenía fuerza real y prestigio eficaz y abnegación y entusiasmo. Pero éste iba apagándose por momentos a impulsos de la indignación producida por tan inicuas persecuciones y de los desengaños engendrados por el desgraciado éxito de las grandes expediciones al interior, de las cuales habían augurado los fanáticos del cuartel real un levantamiento en masa en favor de su Rey *in partibus*. Por otra parte, las Provincias adictas a su causa estaban esquiladas, arruinadas, y no podían ver con buenos ojos cómo iban aumentando el fausto de la corte y el número de parásitos que en ella se sustentaban, al compás que iba creciendo la miseria general y amenguaban diariamente las esperanzas que en pasados tiempos daban vigor y cohesión a sus huestes.

Entonces se inauguró el reinado del Terror. Don Carlos ofició de guerrero, declarando que *él mismo* se pondría al frente del ejército para exterminio de los liberales y para confusión y castigo de los traidores que le habían vendido a los masones; tristes alardes con los cuales señalaba el desdichado pretendiente — fiel reproducción de Carlos II el Hechizado — el postrer período de la decadencia de su partido. Y, una vez entronizado el terrorismo, fué sañudo y cruel de tal manera con



los más bravos y más reputados caudillos del ejército realista, que éstos por necesidad hubieron de apercibirse a la defensa. En el territorio dominado por los carlistas se vivía bajo la opresión de un régimen inquisitorial; las fortalezas estaban llenas de *sospechosos* cuya lealtad atestiguaban sus cuerpos acribillados de heridas, y era inútil acudir a don Carlos, porque espantaba la insensibilidad de aquel corazón que jamás se conmovió ni ante la sublimidad del heroísmo, ni ante la grandeza del infortunio. Como los ídolos de la antigüedad de que nos habla la Escritura, aceptaba sin pestañear los más horrendos sacrificios. Era la viva encarnación del fanatismo realista. Para él los que tal hacían no eran acreedores a gratitud alguna: no habían hecho más que cumplir con su deber. Si a esta falta de caridad y de hidalguía se añaden su mezquina superstición y su alejamiento sistemático de las tareas militares y diplomáticas, su predilección por los entendimientos incultos y los caracteres rastreros y su aversión por los hombres dignos e ilustrados, habrá de convenirse en que si hasta entonces pudo sostenerse la causa carlista *a pesar de don Carlos*, había de sucumbir por necesidad el día que una política intolerante pudiese de manifiesto al carácter de su jefe y las tendencias de sus secuaces predilectos.

Sabido es cómo Maroto, jefe de estado mayor del ejército carlista, desconcertó los planes de exterminio que contra él y los suyos tramaban los intransigentes, ganándoles por la mano con el fusilamiento de sus principales caudillos; cómo don Carlos, al saber que se dirigía a su real, siendo en todas partes vitoreado, le devolvió el mando y los honores que le había quitado y accedió a los destiérros y nombramientos que el atrevido general le proponía, y cómo estaban los pueblos tan disgustados de la conducta del Pretendiente, que ninguno quiso secundar la sublevación de un batallón navarro que trató de oponerse a la negociación de los preliminares para la paz que Maroto y Espartero estaban discutiendo por mediación de Francia e Inglaterra.

Aquí se comentaron mucho estas cosas y la presentación de don Carlos al ejército, que le recibió pidiendo la paz a grito herido, y el establecimiento de ésta por virtud del famoso convenio de Vergara, en 31 de agosto de dicho año 1839.

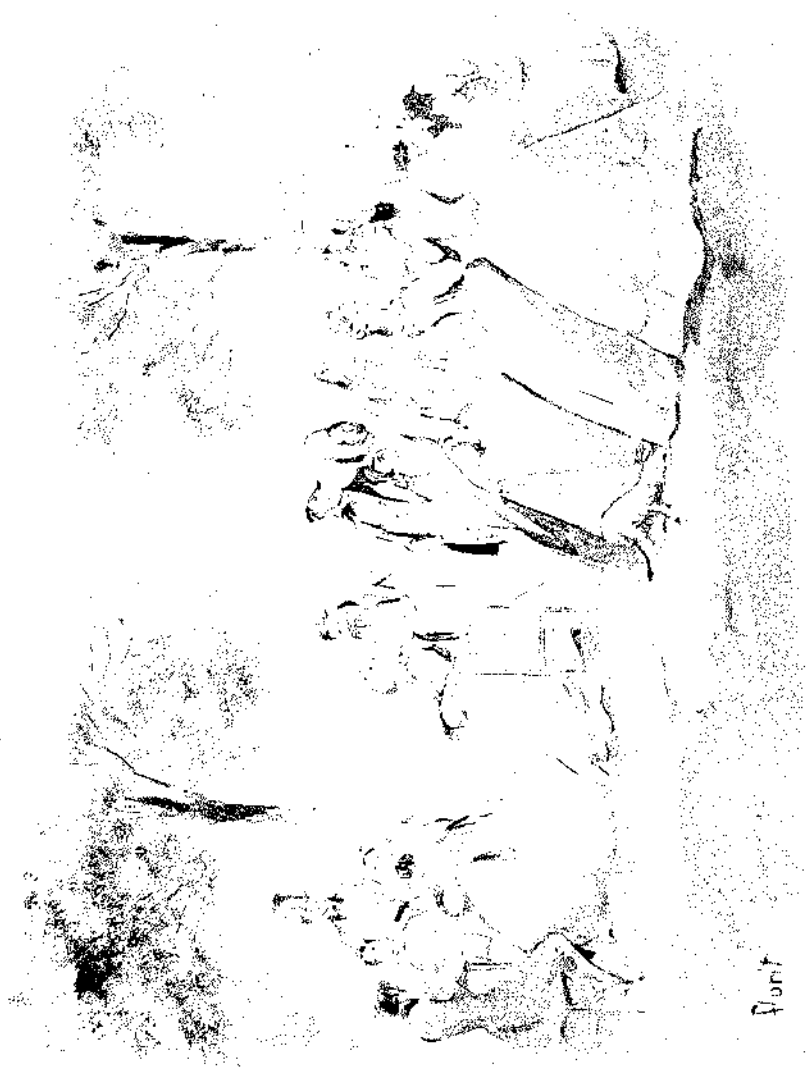
Aunque le quedaban a don Carlos elementos más que suficientes para continuar la guerra, mas que fuese corriéndose con los suyos hacia Aragón y Cataluña, no tuvo bríos para intentarlo, y en 14 del mes siguiente traspasó la frontera, quedando reducido a la triste condición de príncipe proscrito.

Constaba el ejército carlista de más de 28.000 hombres, de los cuales sólo entraron en Francia unos 7.600. Los demás se sometieron al Gobierno.

La dispersión fué completa en el campo carlista. En la mañana del 31 de agosto pasaron la frontera más de doscientas personas. Los jesuitas del convento de Loyola huyeron también, trasladándose a Bayona. A la verdad, no había para menos. Los valerosos defensores del Pretendiente, en las provincias del Norte, estaban tan cansados y desengañados, que hasta en sus mismas barbas aclamaban a Maroto, pidiendo la paz a grito herido y manifestando en alta voz la firme resolución de restituirse a sus hogares. Era una causa irremediablemente perdida.

Aquí se publicó el célebre convenio en los periódicos, el domingo 8 de septiembre. Hubo con este motivo repique general de campanas, iluminación en la ciudad y en el teatro, solemne *Te Deum* en la Catedral, con asistencia de las autoridades, y colocáronse, por espacio de dos días consecutivos, bandas militares, que tocaron por la mañana y por la noche en la Plaza de la Constitución y en el Llano de la Boquería. Además, a las dos de la tarde de dicho día hubo baile público en el almacén de don Antonio Nadal, llamado vulgarmente *La Patacada* (11), en la calle de las Tapias, destinándose su producto al socorro de las familias arruinadas en los últimos episodios de la Guerra Civil en Ripoll, Pons y Manlleu.

Pero lo que no podía expresarse con palabras ni demostraciones de regocijo, era el intenso júbilo que inundaba nuestros corazones. El era tan grande, que los liberales no recordábamos, sino en segundo término, los generosos ideales por los cuales combatíamos y cuyo triunfo veíamos cercano después de tantos sacrificios. Porque un sentimiento más generoso todavía nos dominaba: el amor a la humanidad y a la patria. Al pensar que se aproximaba el momento en que iba a cesar para siempre aquella lucha de exterminio, propia de caniba-



Pont

*Tertulia en la Rambla*



les, y que dentro poco tiempo ya no oiríamos más aquellos siniestros relatos, que nos horrorizaban todos los días, de asaltos y saqueos, iluminados por el fulgor del incendio y acompañados de los ayes de los heridos y del clamor despavorido de las infelices mujeres violadas, parecíanos como que nos quitaban de encima una espantosa pesadilla. Era volver a la paz, al reposo, a la condición moral y social de hombres civilizados; era recobrar la dicha y la dignidad a un tiempo.

Respecto a los carlistas convencidos, basta, para comprender sus sentimientos, leer estos párrafos de la proclama de Maroto: «Los hombres no son de bronce, ni como los camaleones, para que puedan subsistir con el viento. La miseria toca su extremo en todo el ejército, después de tantos meses sin socorro; los jefes y oficiales, tratados como de peor condición que el soldado, pues a éste se le da vestuario; mas a aquél tan sólo una corta ración, mirádoles de consiguiente marchar descalzos, sin camisa, y en todos conceptos sufriendo las privaciones y fatigas de una guerra tan penosa. Si algunos fondos han entrado del extranjero, los habéis visto disipar entre los que los recibían o manejaban. El país abrumado en fuerza de los excesivos gravámenes, ya nadie tiene con qué atender a sus necesidades; y el militar, que antes contaba con el auxilio de su casa, en el día siente las angustias de sus padres, que lloran la generosidad de un pronunciamiento que sólo la muerte y la desolación los promete.»

Relatáronse entonces una infinidad de anécdotas, todas a cual más interesante y digna de recordarse. Contábase que los representantes de Francia e Inglaterra estaban algo amoscados porque no se pidió su intervención, ni la fianza de sus respectivos gobiernos, y que Maroto y Espartero se tendieron recíprocamente la mano, diciendo: *Donde media la palabra de un general español, huelgan todas las garantías.*

Referíase también que por el mismo correo que dió cuenta el general Espartero de estar verificado lo convenido, pedía con urgencia cuatro millones de reales más para socorrer a las tropas que nuevamente estaban a sus órdenes, y que al dar cuenta a S. M. la Reina Gobernadora, muy conmovida ésta y llorando, dijo: *Sí, enviarlos inmediatamente, aunque yo tenga que vender cuanto me pertenece.* En efecto, a las tres horas

salió otro correo, llevando aquella cantidad en letras a la vista. En pocos días se remitieron entonces al ejército hasta veinte millones de reales.

Todas estas cosas me traen a la memoria el brindis aquel, tan donoso y oportuno, que dijo don Pascual Madoz en un banquete que celebraron los diputados en Madrid, en el salón de las Delicias, para solemnizar la noticia del convenio de Vergara: *Por la salud del príncipe de Metternich, que parece se halla enfermo, para que pueda ver que los españoles sabemos arreglar nuestras diferencias intestinas sin protocolos.*

El sábado 21 y el domingo 22 de dicho mes de septiembre, hubo en Barcelona públicos festejos, precedidos de repique de campanas, iluminación y músicas patrióticas, con motivo de haberse recibido la noticia oficial de haber entrado en Francia el Pretendiente con sus postreros defensores de la corte carlista y del ejército del Norte.

Hoy parecería muy lugareño y cursi lo que entonces solía hacerse en tales circunstancias con general aplauso de los barceloneses y profunda admiración de la gente forastera, a la cual se le hacía una agua la boca contemplando los públicos regocijos.

El sábado hubo repique general de campanas y salvas de artillería al mediodía y a la puesta del sol, y por la noche iluminación en la ciudad y en el teatro. Además, situáronse bandas militares en las plazas de la Boquería, de la Constitución y de San Jaime.

El domingo empezaron los regocijos con una salva de artillería al amanecer. A las nueve y media reuniéronse en la Plaza de San Jaime los gigantes, enanos, león y caballos llamados *cotoners*; las compañías de preferencia de cada uno de los cinco batallones y el escuadrón de lanceros de la Milicia Nacional, con sus respectivas músicas, para acompañar al Ayuntamiento y personas convidadas. La comitiva salió de las Casas Consistoriales a las diez, pasando por las calles del Call, Fernando VII, Rambla, Escudillers, Ancha, Cambios Nuevos y Viejos, hasta la Plaza de la Constitución (hoy de Palacio). Colocada entonces la comitiva debajo de la lápida de la Constitución, dierónse varios vivas, tocaron las bandas militares y entregáronse doce vestidos completos, seis para hombres y

seis para mujeres, a los expatriados más pobres de Ripoll, Manlleu y Pons.

Terminado este acto, dirigióse la comitiva a la Catedral, en donde se cantó el *Te Deum*, regresando después a las Casas Consistoriales. Por la tarde recorrieron las calles y plazas de la ciudad varias comparsas de bailes, haciéndose uno en *La Patacada*, que duró hasta el anochecer, a beneficio de los referidos expatriados.

Por lo demás, repitieronse el repique de campanas y la iluminación, adornándose las fachadas de muchos edificios públicos y particulares.

Vióse en todas partes un gran gentío, muy animado y alegre, y bailóse y cantóse hasta reventar, sonando por doquier el estrépito de gaitas y tamboriles, panderos y guitarras. Oficialmente considerados los festejos, se resintieron de la penuria de las arcas municipales; pero popularmente nada dejó que desear, pues fué una grande y espontánea manifestación del público entusiasmo.

\* \* \*

Realizáronse en el año 1840 algunos progresos muy notables, que no puedo pasar por alto. En 2 de abril abrióse la Biblioteca pública, formada por esta Universidad con los libros procedentes de los conventos suprimidos y establecida en el exconvento de San Juan, quedando a disposición de los lectores los lunes, miércoles y viernes de cada semana, desde las nueve de la mañana a la una de la tarde, debiéndose ocupar los restantes días en la continuación del arreglo de dichos libros.

Constaba esta Biblioteca de unos cien mil volúmenes y componíase de obras referentes a teología, filosofía, historia, literatura, legislación y jurisprudencia, ciencias físicas y naturales, etc., habiendo entre ellas ejemplares rarísimos y muy estimados y una infinidad de *incunables* o ediciones publicadas en los primeros años que siguieron a la invención de la imprenta.

Esta Biblioteca ha sido utilísima a los estudiantes, que a costa de grandes sacrificios, y sufriendo mil escaseces, tienen

el heroísmo de cursar en nuestras aulas en demanda de un título académico, que con harta frecuencia no sirve sino para hacer más triste y ridícula la miseria. Porque, en los tiempos que corremos, la audacia y la poca aprensión son títulos mucho más eficaces para hacer fortuna y granjearse honores, que la muceta de doctor y las vigiliat consagradas a la meditación y al estudio.

Esto nos enseña la experiencia. Mas, por desgracia, de nada le sirve al hombre la experiencia ajena, sobre todo cuando le alucina el amor propio, que es el peor de los venenos. ¡A cuántos menestrales no he visto yo correr a la ruina por el afán de transformarse en burgueses, y a cuántos hombres de carrera no he visto comerse los codos de hambre por haber abandonado el honroso y lucrativo oficio de sus padres! La vanidad nos lleva muy a menudo a imitar al perro de la fábula, dejando lo cierto por lo dudoso y el bienestar real por una fantástica apariencia.

Yo tengo para mí que de ahí proceden en gran parte los males de nuestro siglo. El joven que ha aprendido o creyó aprender en las aulas la ciencia del derecho y el arte de gobernar a los pueblos, y luego se encuentra sin colocación, con mucha sed de gozar y de exhibirse, ¡qué mucho que reniegue de la sociedad y achaque a su injusticia los yerros de su petulancia! Bien así como el medicastro que, no pudiendo alcanzar clientela por el camino recto, se mete a curandero, ese tal inventa fórmulas y prodiga recetas para labrar la dicha de los pueblos, y como les promete lo que jamás se verá en el caso de darles, hace prosélitos, fanatiza a los hobos y acaba por tomarse su papel por lo serio, pasando plaza de sabio y ganando la aureola de mártir.

El jueves 14 de junio de dicho año de 1840, fué un día de gozo para Barcelona, por haberse recibido la noticia de que el valeroso y popularísimo Espartero había conquistado, el 30 del mes anterior, la formidable plaza fuerte de Morella, que era el baluarte más fuerte que poseían los carlistas en la región del centro. Su guarnición había perdido 3,000 hombres entre muertos y prisioneros, así como toda la artillería, compuesta de once piezas de varios calibres y dieciocho mortaritos de granadas de mano, municiones, víveres y otros efectos. La tras-



cendencia material y moral de este suceso era extraordinaria. Tras de esta rendición entró Cabrera en la provincia de Tarragona con cinco batallones, y en pos de él el bravo general don Leopoldo O'Donnell con diez mil hombres.

Repicaron las campanas, las bandas militares recorrieron las calles, hicieron salvas las fortalezas, cantóse el *Te Deum* en la Catedral con asistencia del Ayuntamiento, las autoridades, los jefes del ejército y de la milicia y una gran muchedumbre de ciudadanos, y por la noche hubo luminarias en las calles y en el teatro. Todos comprendíamos que la rendición de Morella era un paso muy importante en el camino de la completa pacificación del país.

Algún tiempo después oímos referir a un militar que tomó parte en esta famosa función de guerra, que habían llegado al cuartel general del Duque de la Victoria muchos franceses e ingleses, con el objeto de presenciar el sitio y toma de la plaza; que el campamento presentaba un aspecto por todo extremo animado y pintoresco, habiendo en él hasta tres cafés, tienda de ropas, zapatería, etc., y que el general habitaba una magnífica tienda de campaña dividida en tres habitaciones, que le había regalado la ciudad de Zaragoza.

El día 13 de aquel mes publicóse en Vich una alocución del mariscal de campo carlista don José Segarra a sus correligionarios armados, instándoles a que pusiesen término a la guerra acogiéndose como él a indulto.

Entretanto, Cabrera se dirigió a Berga ejerciendo allí atroces venganzas. Luego acercóse a Puigcerdá con 700 u 800 hombres, de cuyas resultas emigraron a Francia muchísimos habitantes de la Cerdeña española, llevándose lo mejor que poseían para ponerlo en salvo.

Aquellos días se habló mucho en Madrid y en Barcelona de la próxima venida a esta ciudad de la Reina Regente y de doña Isabel II, a la cual habían prescrito los médicos los baños de mar y las aguas sulfurosas. Algunos periódicos franceses supusieron entonces que este viaje tenía también por objeto poner a la joven soberana en relación con un príncipe de la familia de Cobourg, que se le destinaba por esposo, en tanto que otros pretendían que un príncipe francés y Mr. Thiers debían venir a traer una visita a las reinas durante su perma-

nencia en Cataluña. Ya es sabido que el casamiento de la reina dió mucho juego en los consejos de la diplomacia.

Recuerdo que con motivo de la proximidad del viaje regio y de la anhelada terminación de la guerra civil, publicó el obispo de Barcelona, don Pedro Martínez de San Martín, en 27 de junio, una pastoral que fué muy justamente celebrada por su espíritu evangélico y patriótico.

A las siete de la tarde del martes 30 de aquel mes, entraron en Barcelona por la carretera real SS. MM. la Reina doña Isabel II, su madre la Reina gobernadora y S. A. la infanta María Luisa Fernanda. Apeáronse unos momentos, dignándose aceptar un refresco que allí se había preparado y sufriendo con magnanimidad verdaderamente regia los discursos que con premolición y alevosía muy culpables les tenían también apercebidos.

Su entrada en la ciudad la hicieron en un carro triunfal aparejado por el Ayuntamiento.

En el llano de la Boquería habíase erigido un arco de triunfo, al pie del cual salieron a recibir a la regia comitiva varias señoritas de las más calificadas familias de Barcelona, vestidas de ninfas, que, después de cantar un coro alusivo a las circunstancias, ofrecieron poesías y coronas de flores a las augustas viajeras.

No estaban los tiempos para gastos, pues la guerra había ocasionado una gran paralización en los negocios, y los escasos ahorros que a fuerza de verdaderos sacrificios podían hacerse se los llevaban las subcripciones que con suma frecuencia debían abrirse, ya para el armamento y equipo de las milicias movilizadas, ya para el auxilio de los liberales del interior que muy a menudo tenían que emigrar de sus pueblos, reducidos a conizas a la postre de una heroica resistencia. Mas, en cambio, complacióse Barcelona en prodigar a la real familia las muestras más inequívocas de su cariñoso entusiasmo.

En la noche del 3 al 4 de julio, fué obsequiada con una serenata monstruo, en la cual tomaron parte la orquesta y la compañía de ópera italiana del teatro Principal. Aun recuerdo lo muy celebrada que fué la tal serenata por el buen gusto y esmerada ejecución de que hicieron gala los artistas, deseosos de lucirse ante la corte.

Coincidieron con las fiestas reales las que se improvisaron para celebrar la toma de Berga, cuya plaza y fuertes se tenían por punto menos que inexpugnables. Recibióse tan fausta noticia en 5 de julio, por un parte del duque de la Victoria en el cual participaba que Cabrera, con nueve batallones y algunos escuadrones, defendía la plaza y los veintidós fuertes que cubrían todas las avenidas, y fueron sucesivamente conquistados con gran arrojo, salvándose los carlistas que quedaron con vida en completa dispersión, merced a la escabrosidad del terreno.

A las diez y media de la noche del día 7 llegó Cabrera a Perpiñán en silla de posta, escoltado por la gendarmería, recibiendo el pueblo con una espantosa silba.

Llegó aquí el día 12 un parte del gobernador de Figueras, manifestando que, según comunicación del general francés conde de Castellane y del cónsul español en Perpiñán, el número de facciosos refugiados en aquellos días en Francia ascendían a catorce mil hombres. Los oficiales fueron internados; los soldados acampaban en los alrededores de Perpiñán, alistándose los más de ellos en la legión extranjera para pasar al ejército de Argelia.

Si se quisiese hacer una comparación entre España y Francia, bastaría fijarse en el hecho triste de que nuestras discordias civiles han proporcionado a los franceses los más idóneos y aguerridos combatientes para la conquista de la Regencia de Argel, y nuestros malos gobiernos y pésima administración les han facilitado los mejores colonos para la explotación de aquella magnífica colonia africana. Mientras la emigración va despoblando cada día más nuestro suelo, millones de activos españoles multiplican con su inteligencia y sus sudores la producción de aquellos magníficos terrenos, cuyos frutos hacen una competencia ruinosa a los nuestros en los mercados europeos.

Por desgracia, en medio de los triunfos parciales que completaban la victoria alcanzada sobre las huestes carlistas, los odios que traían dividido al campo liberal no sólo no llevaban trazas de amortiguarse, sino que, por el contrario, mostrábanse cada día más vivos y enconados. Ello debió de consistir en la intrusión de varios elementos malsanos y peligrosos en los

bandos que tan porfiadamente se disputaban en nuestra patria la supremacía. Entre los *moderados* había muchos absolutistas vergonzantes, y entre los *progresistas* encontrábanse no pocos demagogos disfrazados. No se había hecho todavía un deslinde y separación de grupos, banderías y tendencias que permitiese ver a cada colectividad política tal y como era y debía aparecer, y esto daba lugar a mil confusiones y sorpresas por todo extremo deplorables.

No hay duda de que el conflicto de estas contrarias tendencias, cuyo espíritu era más latente que manifiesto, fué origen de las gravísimas perturbaciones ocurridas a mediados de aquel año y a los pocos días de haberse celebrado con tanto entusiasmo las faustas noticias que nos permitían presagiar la próxima terminación de nuestros males.

\* \* \*

Elevado Espartero al pináculo de la gloria por su brillante campaña en el Norte, coronada por el celeberrimo convenio de Vergara, no menos que por la toma de Morella y de Berga, que fueron dos golpes mortales para el carlismo en el centro y en el Principado de Cataluña, vióse convertido en blanco al cual asestaba la envidia todos sus tiros y la pasión de los partidos sus ambiciosas miradas.

Porque la popularidad del insigne caudillo era inmensa en el ejército y en el pueblo, y no era posible intentar nada serio en política, sin contar con su ayuda, o cuando menos con su aquiescencia. El, bien probó y aun llegó a conseguir por algún tiempo mantenerse en actitud neutral en medio del hervor de las pasiones; pero ni es fácil conservar por mucho tiempo semejante equilibrio, ni era el disimulo su fuerte. El bueno del Duque era soldado y castellano viejo por los cuatro costados, que es decir dos veces leal y sincero.

Habíase batido con el alma y la vida por la libertad, y no hubieran bastado todos los sofistas del universo a convencerle de la conveniencia de escamotear o sofisticar las instituciones establecidas para consolidarla.

Precisamente en aquella sazón el partido moderado acababa de ganar las elecciones, merced a una escandalosa serie

de amaños y atropellos, con que nacieron las nuevas Cortes aquejadas de una impopularidad que las privaba de todo prestigio. La benevolencia del Duque hubiera podido atenuar hasta cierto punto la gravedad de este pecado original; pero él se negó redondamente a hacerse cómplice de los prevaricadores, aceptando la solidaridad en unos actos que había severamente condenado.

Contábase que, camino de Barcelona y en el trecho que media entre Lérida y Esparraguera, se había permitido hacer algunas reflexiones a la Reina Gobernadora acerca de la conveniencia de cambiar el Ministerio, disolver las Cortes y suspender la proyectada reforma de Ayuntamientos, novedad inconstitucional que traía alborotados a los pueblos.

Parece ser que doña María Cristina vino en ello, o lo fingió por lo menos, ofreciendo al Duque la Presidencia sin cartera del nuevo gabinete. Pero al llegar de Madrid la malhadada ley municipal, causa de tantos disgustos, la Reina Madre la sancionó sin consultar al Duque ni paliar con ninguna explicación su extraña conducta. Indignése Espartero y presentó la dimisión de todos los cargos, rasgo de entereza que asustó a doña María Cristina, la cual se guardó muy bien de admitir una renuncia tan estrepitosa en semejantes momentos.

Porque la recepción, más respetuosa que entusiasta, que Barcelona había hecho a la Real familia, el atrevimiento con que se habían inscrito en letras gordas en algunos puntos de la carrera los artículos de la Constitución referentes a los Ayuntamientos, y la audacia mayor todavía con que se habían inscrito en un gran cartelón en la fachada del teatro Principal los deberes constitucionales de la Reina Gobernadora, revelaban claramente los recelos y la hostil disposición de los ánimos. Y la retirada de Espartero habría sido arrojar la tea incendiaria a una mina cargada de elementos explosivos.

Aun me parece estar viendo la entrada triunfal que éste hizo en Barcelona a las doce y media del día del lunes 13 de julio. Como el respeto debido a la Real familia no permitía tributar al Duque la ovación a que le hacían acreedor sus méritos, más de ochenta mil personas salieron a recibirle, escalonándose desde Sans hasta Molins de Rey en imponentes grupos que llenaban la carretera y todos los puntos elevados próximos a ella.

Era un magnífico cuadro el de aquella muchedumbre, agitando ramos de laurel y de olivo, vitoreando con frenético entusiasmo al campeón de las libertades públicas y pacificador de España.

Espartero, vestido de gran uniforme de capitán general, ostentando todas sus condecoraciones y seguido de una brillante escolta, apenas podía abrirse paso entre aquella fanatizada multitud que le besaba las manos, le abrazaba las rodillas y le contemplaba llorando de entusiasmo, rodeándole de este modo en las calles de San Antonio, del Carmen y de la Puerta-ferrisa, hasta su alojamiento, que era en casa del marqués de Castellvell, en la Plaza de Santa Ana.

Júzguese a este hombre como se quiera; ello es que en lo que va de siglo no ha habido en España otra popularidad como la suya.

Pocos años después decíame mi hijo, hablando de estas escenas:

— Llamábanle redentor, y por esto tuvo su entrada triunfal en Jerusalén y más adelante su Calvario.

Pero en aquellos días ningún celaje empañaba el brillo de su gloria, lo cual no quiere decir que no explotasen sus enemigos estas manifestaciones, haciendo sospechosa a los ojos de la Reina Gobernadora aquella popularidad que hacía al Duque de la Victoria árbitro de nuestros destinos.

El tuvo buen cuidado en recordar a cuantos se le acercaban su inquebrantable fidelidad al trono, en el cual estaban vinculadas las libertades del país.

Pero, en la mañana del sábado 18 de julio, llegó a noticia del pueblo todo lo sucedido, cundió la alarma y oyéronse tumultuosos gritos de *¡Abajo el Ministerio!* Fué Espartero a Palacio, rogando nuevamente a doña María Cristina que no se empeñase en un propósito que podía producir graves trastornos; pero ella le replicó preguntándole si respondía del orden. El Duque repuso que estaba dispuesto a todo para mantenerlo; pero que dudaba que el ejército quisiese hacer fuego contra el pueblo. La misma contestación dió el general Van-Halen, conde de Peracamps.

A las primeras horas de la noche introdujéronse sigilosamente en las Casas Consistoriales, por la puerta antigua de la

calle de la Ciudad, los artilleros y zapadores de la milicia nacional, quedando ocultos, hasta que a las nueve y media salieron súbitamente de su escondrijo, desarmaron la guardia y, apoyados por la milicia y el paisanaje que acudieron de varios puntos, posesionáronse de la plaza y cerraron con barricadas sus principales avenidas al grito de: *¡Abajo el Ministerio! ¡Abajo la ley de Ayuntamientos!* Luego, dirigieronse al cuartel de los mozos de la escuadra, que lo tenían en la inmediata calle de San Honorato, a la subinspección de la milicia, que estaba en Santa Clara, y al Hospital Militar de Junqueras, llevándose las armas que en estos tres puntos se custodiaban.

Entretanto, un gentío inmenso invadía la Plaza de Palacio, pidiendo a desaforadas voces la caída del Ministerio y que se retirase la ley de Ayuntamientos, y otro grupo numerosísimo llenaba la Plaza de Santa Ana aclamando la libertad y al Duque y gritando mueras al Ministerio y a los *pastejeros*. Asomóse Espartero al balcón, y con su persuasiva elocuencia logró aquietar al pueblo, encaminándose en seguida hacia palacio, seguido de la multitud que no cesaba de vitorearle.

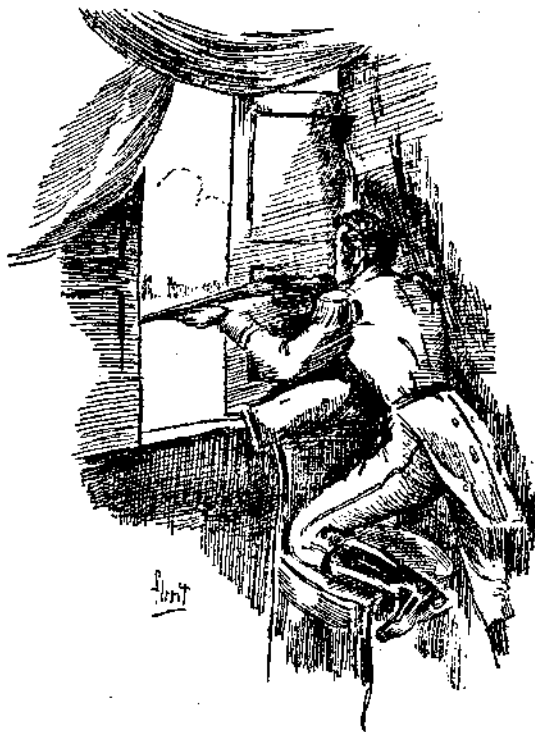
Allí convenció a doña María Cristina de que para restaurar el orden no quedaba otro recurso que acceder a los deseos de la opinión pública, y como saliese al poco rato anunciando a la muchedumbre que éstos quedaban cumplidos, siguióle el pueblo gritando: *¡Viva Espartero! ¡Viva nuestro salvador! ¡Viva nuestro padre!*

Bastó la presencia de éste para que se retirasen los sublevados y se restituyesen a sus respectivos depósitos las armas de que se habían apoderado.

Aquella misma noche fué nombrado el nuevo Ministerio, del cual fué Presidente, con la cartera de Gracia y Justicia, don Antonio González, diputado a Cortes y ministro del Tribunal Supremo de Justicia.

El orden hubiera quedado completamente restablecido sin la malhadada función de desagracias que imaginó el partido moderado en la tarde del martes 21, al salir a paseo la Real familia, cuyo coche rodeó una multitud de *pisaverdes* aclamando a las reinas y a la infanta y profiriendo algunos mueras contra el nuevo Ministerio y el Duque de la Victoria. Indignados al oír esto los progresistas, contestaron con una vigorosa

contramanifestación; cruzáronse de palabras el uno y el otro bando, sacudiéronse algunos palos, llovieron bofetones y convirtiósela plaza en un Campo de Agramante, al poco rato desierto y sembrado de faldones de frac, bastones rotos y sombreros abollados. Tan cómico fin tuvo el que, con mucha gracia, fué llamado *el Motín de las levitas*.



Por desgracia, esta comedia tan risible trocóse al día siguiente en tragedia, y tan atroz, que no podemos recordarla sin horror cuantos tuvimos el pesar de presenciaria. Aun no eran las ocho de la mañana, cuando don Francisco Balmas, cazador de la milicia nacional, pasando por la calle de Guardia fué villanamente insultado por algunos hombres de mala catadura que le echaron en cara la

parte que había tomado en la manifestación de la noche pasada. Viendo él que se formaba un grupo cada vez más numeroso siguiéndole con hostil ademán, apretó el paso y metióse en su casa de la calle de San Pablo, lo que hubo de hacer saltando la tapia y derribando de un pistoletazo a un hombre que le acosaba de cerca. Una vez dentro de su habitación, cogió el fusil, y como era gran cazador y estaba dotado de prodigiosa serenidad, defendióse a tiros de los que a tiros tam-



bién le atacaban, matando a tres e hiriendo a ocho de ellos.

Alarmóse el vecindario al estruendo de los disparos y al vocerío de la chusma; pero hízose correr la voz de que la milicia y la policía luchaban con un desalmado que no quería darse a partido.

Habían acudido al lugar de la ocurrencia don Miguel Manso de Zúñiga, oficial graduado de comandante de la Guardia Real de infantería, con siete granaderos; don Narciso Baqué, sargento de veteranos, con ocho individuos, y el Gobernador de la Plaza, que lo era el brigadier don Antonio Mauri, con doscientos infantes y veinticinco caballos, y, sin embargo, el malogrado Balmas, después de una resistencia heroica hasta lo increíble, atacado por todas partes, derribados los tabiques y horadado el techo de su habitación, cayó exánime con el cuerpo acribillado de heridas.

Sus bárbaros perseguidores arrojaron por el balcón el cadáver, que fué arrastrado por muchas calles con salvajes alaridos, como años antes el del general Basa. Era tanta la furia con que aquellos caribes tiraban de la cuerda, que se rompió al pasar ante una casa en construcción. Pidieron una maroma a los albañiles para reemplazarla, pero éstos huyeron horrorizados. Intentaron entonces atar el cadáver a la zaga de un carro de basura que acertó a pasar en aquel momento, mas el basurero puso pies en polvorosa haciendo partir a escape a su escuálido rocín. Por último, a eso de las once de la mañana, lograron arrastrar el cadáver hasta la puerta de Atarazanas, en donde, indignados los oficiales de tan bárbaro exceso, la emprendieron a sablazos con aquella infame pandilla, dispersándola en un abrir y cerrar de ojos y rescatando de sus manos el cuerpo medio destrozado del valiente e infortunado Balmas.

No fué ésta la única víctima sacrificada en aquel aciago día al furor de una turba salvaje que usurpaba el nombre del pueblo, manchando el buen nombre de Barcelona con un baldón eterno del cual son realmente responsables las autoridades que, pudiendo impedir tamaños horrores, no quisieron tomarse la molestia de hacerlo.

Irritado Espartero, proclamó el estado de sitio para Barcelona, publicando un severísimo bando a fin de impedir la repetición de tan abominables desórdenes. Los alcaldes publicaron

por su parte otro bando, en el cual se anunciaba la próxima y rigurosa aplicación de la Ley marcial de 17 de abril de 1821, manifestando haber dicho y repetido el Duque de la Victoria que la paz no se turbaría *por nada ni por nadie*.

\* \* \*

Efímera por demás fué la existencia del nuevo Ministerio, pues hubo de presentar la dimisión por no haber aceptado la Reina Gobernadora su programa. Mientras se pasaba el tiempo con paliativos, cuyo resultado no acertaron a prever sino los más suspicaces y avisados, anunció doña María Cristina su resolución de partir de Barcelona, como lo efectuó el sábado 22 de agosto, dirigiéndose con sus hijas, y por mar, a Valencia.

Aunque allí le hicieron un recibimiento sumamente frío, sin duda hubo de creerse más segura que entre nosotros para hacer lo que le viniese en voluntad, pues nombró un Ministerio moderado. Vióse en este acto una provocación a la que contestó Madrid con un pronunciamiento al cual se adhirió la mayor parte de la guarnición y de cuyas resultas se nombró una Junta provisional de gobierno.

Aterróse la corte y llamó a Espartero para que ahogase la revuelta; mas él se negó a ello, exponiendo en un largo mensaje dirigido a la Reina Gobernadora, que no le era dable obdecirle sin quebrantar sus juramentos, renegar de su pasado y poner en grave peligro el trono de Isabel II. A consecuencia de esta negativa, nombró doña María Cristina, en 12 de septiembre, un Ministerio progresista homogéneo, que no pudo constituirse por no alreverse los nombrados a aceptar tamaña responsabilidad en tales momentos. Entonces confió a Espartero el cometido de formar el Ministerio. Pasó el Duque a Madrid, haciendo un viaje triunfal cuyo término fué un verdadero apoteosis, conferenció con la Junta, formó su candidatura y trasladóse con los que en ella figuraban a Valencia.

Aceptó doña María Cristina su programa, recibióles el acostumbrado juramento; mas, luego de cumplidas todas las formalidades, declaró que abdicaba la regencia y se retiraba al extranjero, sin que fueran parte a hacerle desistir de su pro-

pósito las reflexiones ni las reiteradas súplicas de los más respetables personajes.

A las doce de la noche del día 12 de octubre leyó su solemne renuncia en presencia de todas las autoridades civiles, eclesiásticas y militares, presidentes de corporaciones, etc. En la mañana del 17 embarcóse en el vapor español «Mercurio», con el título de condesa de Vista-Alegre, y quedó gobernando a España el Ministerio-Regencia.

El dualismo político se había encarnado en dos altos personajes: doña María Cristina, lábaro del partido moderado, y Espartero, caudillo del progresista. En el primero había más espíritu monárquico; en el segundo, más tendencias democráticas. Aquél pretendía conservar la tradición hasta los límites que no podía rebasar sin confundirse con los carlistas; éste contemporizaba con la democracia hasta el linde del campo republicano. El moderantismo aceptaba toda la libertad compatible con el orden; el progresismo quería solamente el orden compatible con la libertad. Estos dos términos fueron dos banderas bajo cuyos pliegues se vertieron torrentes de sangre, porque el principio del orden se extremó a veces hasta engendrar la tiranía y el de la libertad se adulteró en otras ocasiones produciendo la licencia. Y así, dando tumbos y huyendo de un bajo para dar en otro, hemos ido adquiriendo poquito a poco nuestra educación política, sin que echasen de ver muchos fanáticos de uno y otro bando que, hasta que la hayamos completado, no lograremos entendernos y ser felices, porque en el orden político, más que en otro alguno, la experiencia hace bueno aquel refrán que dice que *la letra con sangre entra*.

Y por mi fe que, partiendo de este principio, los españoles deberíamos ser ya muy letrados, pues dudo que haya en el mundo una nación en donde se haya hecho tan bárbaro despilfarro de sangre humana como en la nación española.

En 13 de octubre suspendió el Gobierno la Ley orgánica y de atribuciones de los Ayuntamientos, prometiendo someterla de nuevo a las Cortes con las reformas indispensables para adaptarla a la Constitución y a los principios políticos de ella, y al día siguiente convocó las nuevas Cortes para el 19 de marzo del próximo año. El día 20 del mismo mes par-

tieron de Valencia el Ministerio, la Reina y la infanta, entrando el 28 en la Corte.

Con motivo de estos acontecimientos pasaron al extranjero los generales Narváez, Moseda, Villalobos, Meer, Aldama, Bretón, Cleonar, Pavía, Belascoain y O'Donnell, y los diplomáticos Pérez de Castro, Martínez de la Rosa, Armendariz, Arrazola, Castillo y Calderón Collantes, que es decir la plana mayor del partido moderado.

El jueves 19 de noviembre, celebróse una gran fiesta cívica en Barcelona, que fué la entrega a la milicia nacional de las banderas que se habían depositado en la Ciudadela, concurriendo a tan solemne acto el Ayuntamiento, las autoridades, corporaciones civiles, militares y eclesiásticas y muchas personas distinguidas que al efecto se invitaron. Después de realizada esta ceremonia, dirigióse la comitiva a la Casa Lonja, en cuyo patio había preparado y adornado un coche en el cual debía llevarse la lápida de la Constitución, que se sacó de la baranda de la azotea, yendo luego la comitiva a las Casas Consistoriales. Allí, el presidente del municipio, colocado en el balcón del centro, tiró del cordón de la cortina que cubría la nueva lápida en el momento de entrar la antigua en el edificio, pronunciando un discurso alusivo a las circunstancias. Tras esto desfiló la milicia nacional, dando los vivas de ordenanza. Las Casas Consistoriales quedaron adornadas todo el día, y por la noche se iluminaron y hubo baile público en la nueva Plaza de la Constitución.

La lápida de la Constitución era nueva; los hábitos de indisciplina y violencia, antiguos.

El día 7 de diciembre, publicó el Ayuntamiento una alocución manifestando habersele presentado aquellos días varios proyectos para alumbrar esta capital por medio del gas; pero todos ofrecían algunos inconvenientes, no en la práctica, sino en el concepto económico, pues las obligaciones municipales debían ser atendidas simultáneamente y todas estaban sujetas a presupuestos, no debiendo ninguna absorber mayores cantidades de las que respectivamente se les habían señalado. En su consecuencia, el Cuerpo municipal invitaba a los habitantes de Barcelona a presentar proposiciones bajo pliego cerrado dentro el término de un mes, para la instalación de este alum-

brado, especificando las condiciones económicas con que se ofreciese.

No fué éste el único concurso abierto en esa época por el Ayuntamiento a fin de promover el progreso de la ciudad. El día último del expresado año de 1840, publicó un programa diciendo que las fábricas de vapor, a las cuales eran indispensables vastas localidades, se hallaban aquí encerradas dentro de un círculo limitado y harto reducido ya por el considerable aumento de la población, la cual necesitaba un mayor ensanche, un nuevo campo en que circularan al par de aires saludables, activos gérmenes de vida social. Añadía que las recientes invenciones del arte de la guerra habían demostrado cuán poco valían al frente de la táctica y de instrumentos de destrucción las fortalezas mejor defendidas, de lo cual era buen testimonio la formidable Ciudadela de Amberes. En su consecuencia, anunciaba que premiaría con una medalla de oro de peso de tres onzas al sujeto que presentase la mejor Memoria sobre el tema: «¿Qué ventajas reportaría a Barcelona, y especialmente a su industria, la demolición de las murallas que circundan la ciudad?» Este premio debía adjudicarse en la próxima festividad de San Juan de junio del próximo año 1841.

Esto prueba de cuán remota fecha data el acuerdo de realizar el ensanche de Barcelona. En esa época contaba la ciudad unos 190.000 habitantes, siendo de advertir que iban incluidos en ese número los de Gracia, que era a la sazón un barrio suburbano de Barcelona y no municipio independiente, como más tarde lo ha sido.

¡Cuántas veces me he acordado de la predicción de mi padre respecto al ensanche de Barcelona, admirándome de su extraordinaria perspicacia! El no era hombre de conocimientos; pero, en punto a penetración y buen sentido, jamás conocí a nadie que le llevase ventaja.

Entretanto, yo había cumplido ya mis sesenta años, a pesar de lo cual me conservaba, gracias a Dios, muy sano, ágil y robusto, sin achaques de cuerpo ni chocheos de espíritu. Pero nunca me he vanagloriado de estos dones, porque no he olvidado jamás a este propósito una chistosa y muy celebrada ocurrencia de mi padre. Fué el caso que un fraile dominico, gran amigo suyo, exclamó un día:

— No me canso de dar gracias a Dios por sus mercedes para conmigo. Con mis sesenta años auestas, ando sin bastón, leo sin anteojos, digiero perfectamente, duermo de un tirón toda la noche... En fin, que hago lo mismo y soy el mismo hombre que a los veinticinco años.

— ¡Ay, cómo se equivoca usted, padre! — repuso el mío —. Hay una gran diferencia.

— ¿Cuál? — preguntó sorprendido el dominico.

— Que entonces hacía usted todas esas cosas sin darse cuenta de ello, y ahora las advierte usted y las hace notar como una hombrada.

Y es verdad. En la juventud se derrochan las fuerzas por pura jactancia, en tanto que al aproximarse la vejez se economizan y se cuidan para conservarlas. El joven, *vive*; el viejo, *se defiende*.

Yo ya empezaba a defenderme. Bábame en retirada. Pero de una manera digna — si me es lícito decirlo sin vanagloria —, exento de temor y pueril pesadumbre. Mi mujer iba envejeciendo a mi lado; mis hijos iban adquiriendo experiencia; mis nietos — dos chicos muy revoltosos y dos niñas encantadoras — iban creciendo en talla y donaire... ¡Qué más podía pedir! Un hombre inmortal sería un monumento de tedio, a menos de ser un monstruo de egoísmo. El mundo nos interesa por el cariño que profesamos a otros seres y por el que éstos, en cambio, nos consagran. Aquí todo pasa y todo muere. ¿Qué atractivo tendría la vida cuando ellos hubiesen desaparecido? No queramos enmendar la plana a Dios, y dejemos que ruede la bola. Para la conciencia limpia todos los tiempos son buenos.

Mis negocios prosperaban cuanto podía permitirlo la calamidad de los tiempos. Yo no abandoné jamás el mostrador, que era mi castillo y mi hacienda. Mi mujer me reemplazaba cuando tenía que dejarlo y me ayudaba cuando eran muchos los compradores. Arnaldo llevaba la contabilidad y la correspondencia, ayudándole un mancebo muy listo que era, en una pieza, escribiente, aprendiz y recadero.

Pero mi hijo hacía todo esto para darnos gusto y no más. Su vocación era el arte. Era tan arquitecto como su cuñado, y éste confesaba de buen grado que jamás dejó de consultarle con fruto en esta parte. Así es que en materias de buen gusto

era para muchos un oráculo. En la familia y en el círculo de nuestros amigos su fallo era inapelable en punto a mueblaje y ornamentación de habitaciones y otras cosas por el estilo.

— Mira tú si será cosa de gusto, cuando Arnaldo lo encuentra detestable—solía decir mi mujer para ponderar un adfesio.

La verdad es que Barcelona había adelantado mucho en obra de pocos años. Teníamos ya peluquerías al estilo de París, con muebles de lujo, periódicos nacionales y extranjeros y gran abundancia y variedad de jabones, pomadas y cosméticos, reuniéndose en estos salones la flor y nata de nuestros *lechuguinos*, que, sin hacerlo, no se hubieran considerado dignos de este ambicionado título.

Teníamos, desde el 21 de agosto de 1837, una *Sociedad dramática de aficionados* que, a imitación de los del Conservatorio madrileño de María Cristina, daba representaciones en el local del exconvento de Montesión, y desde el 3 de febrero de 1838 empezó a representar óperas, merced a la fundación del *Liceo filarmónico dramático barcelonés*. Y cuenta que éste no era una Sociedad de puro esparcimiento, sino un centro instructivo cuya mira consistía en fomentar el progreso de la música y del arte dramático y el buen gusto del público, estableciendo academias de declamación, de canto y de idioma italiano. Era director de la primera don Pedro González Mate, y de la segunda don Mariano Obiols, discípulo del célebre Mercadante y el primer maestro a quien se ha visto aquí dirigir grandes orquestas como las de los bailes del Gran Teatro del Liceo. En 1839 y 1840, estrenáronse varias obras en el Teatro de Montesión, que fué un poderoso acicate para sacar de su marasmo al viejo coliseo de Santa Cruz, el cual a su vez puso entonces en escena dos óperas debidas a dos maestros catalanes: Rovira y Domínguez.

Naturalmente que esta competencia trascendió al adorno del local y a la comodidad de las localidades, lo que produjo a su vez un aumento de lujo en el vestir de las que las ocupaban.

¡ Cuánto no habíamos progresado desde aquel tiempo en que la oxidada bacía, columpiándose a merced del aire, y el torpe rasguear de la guitarra anunciaban la tienda del barbero que nos enjabonaba los carrillos con una manaza de problemática limpieza! ¡ Cuánto más alegre no era pasar de este modo

las veladas, que como lo hacíamos cuando aun no había perdido Barcelona su antiguo carácter levítico y triste!

Pero el progreso fué lento en ciertas cosas. Las óperas empezaban a las seis y media o las siete, porque abonados y público querían cenar al volver del teatro, pues no se estilaba entonces tener apetito a la madrugada, y el barcelonés, activo por punto general, no puede permitir que se le peguen las sábanas. La dirección del primitivo Liceo fué muy criticada, porque se acostumbró a empezar las funciones a las ocho.

Barcelona era entonces una ciudad esencialmente laboriosa. No tenía aún elementos para atraer a su seno a familias acaudaladas de otros puntos que pudiesen vivir aquí de sus rentas.

\* \* \*

El sábado 20 de marzo de 1841, publicó el Ayuntamiento de esta ciudad las tablas a que debían sujetarse los licitadores para acometer la empresa del alumbrado por gas, después de haber consultado a las personas más peritas y competentes en la materia y las contratas vigentes sobre este punto en las primeras capitales del extranjero.

A mediados de mayo de aquel año, mi hijo y mi yerno tomaron una parte muy activa en un experimento científico cuyos resultados aun no han sabido explicarse los más expertos matemáticos de Barcelona. El joven siracusano Vito Mangiamela se presentó al público, resolviendo exactamente y en pocos minutos los más intrincados problemas de la análisis terminada e indeterminada; sacando en pocos minutos también la raíz 13.<sup>a</sup>, la 29.<sup>a</sup> o la 34.<sup>a</sup> de un número de 20, de 30, de 54 ó más cifras; calculando en un santiamén los valores de las incógnitas de una cuestión indeterminada cualquiera, las raíces positivas y negativas de una ecuación completa de 8.<sup>o</sup>, 9<sup>o</sup> o 12<sup>o</sup> grado. Era asombroso verle resolver de memoria y en un abrir y cerrar de ojos los arduos problemas que los más peritos ingenieros y arquitectos no acertaban a resolver sino con la ayuda del lápiz o de la pluma y empleando en ello muchas horas.

Arnaldo y Salvador, que han tenido ocasión de practicar esta ciencia cuyos rudimentos he olvidado yo ha muchos años,



no volvían de su asombro. El eminente profesor y arquitecto don José Oriol y Bernadet, a quien manifestábamos los tres nuestra admiración, deseosos de que nos diese su ilustrado parecer acerca de este fenómeno, nos dijo: *¿Cómo quieren ustedes analizar un prodigio?* Y a este propósito recordaba que Pascal, a los doce años, inventó la Geometría.

Mangiamele era hijo de un pastor de las montañas de Sicilia. Protegido por la reina de Nápoles, recorrió las principales capitales de Europa, acogido por los monarcas, bendecido por el Papa, y en todas partes agasajado por los más renombrados personajes y los sabios más eminentes. El antiguo pastorcillo era entonces un joven elegante y finísimo; hablaba correctamente varios idiomas y estaba relacionado con los hombres más ilustres de Europa.

En este mismo año, la Sociedad Económica de Amigos del País redactó un proyecto para el establecimiento de una Caja de Ahorros en Barcelona, proyecto que después de aprobado por el Ayuntamiento, la Diputación Provincial y la Junta de Comercio, fué aprobado por el Regente del Reino. En el anuncio que sobre este particular se publicó en los periódicos locales el martes 31 de agosto, iba la lista de su Junta Directiva, en la cual figuraban los comerciantes, fabricantes y hacendados más opulentos y respetados de esta capital. Los tres primeros directores fueron don José Xifré, don Ramón de Bacardí y el señor barón de Maldá.

En esa época de agitación política, iban cada día dibujándose más claramente las tendencias de los partidos avanzados, cuya organización y propaganda se habían realizado de un modo sorprendente por lo rápidas y extensas. El viejo y sesudo *Diario de Barcelona* no monopolizaba ya la atención del público. Los hombres de ideas revolucionarias y los partidarios del progreso rápido y decidido, preferían y apoyaban al *Constitucional*, al *Popular* y al *Liberal Barcelonés*. Para formarse una idea de la propaganda que hacían contra doña María Cristina y del estado de los ánimos respecto a ella en el campo de los liberales avanzados, basta leer este párrafo del *Constitucional*, inserto en el número del sábado 30 de octubre de dicho año 1844: «En una palabra, confiese o niegue Cristina, los españoles estamos bien y debidamente convencidos de que

S. M. ha conspirado, de que es real y efectivamente facciosa. Pero nada habremos adelantado con esta convicción, si no se obra en consecuencia. Queremos decir, que Cristina ha perdido todo derecho a chupar del presupuesto; que no se le debe pagar asignación alguna bajo ningún concepto; y que nuestros sudores no han de servir para que desde un país extranjero se conspire contra nuestra libertad y sosiego.»

En esto había venido a parar la inmensa popularidad de la ex-Reina Gobernadora. *El Constitucional* tenía razón desde su punto de vista; mas ¿qué falta le hacía la ayuda del presupuesto a doña María Cristina, si su fortuna era una de las más enormes de Europa?

A fines de este año 1841, la situación política fué complicándose en Barcelona, viéndose aumentar las nubes que al año siguiente descargaron sobre nosotros todo un diluvio de males. Cuando la sublevación militar de los moderados amenazaba a España con una nueva guerra civil, formóse en esta ciudad una Junta de Vigilancia, especie de comité revolucionario cuyo objeto era celar la conducta de las autoridades y precaver las tentativas de la reacción. Esta Junta decretó, cediendo al clamor popular, el derribo de la Ciudadela, recordando la historia de su origen, tan ominosa para Cataluña, y diciendo que «estos baluartes sólo sirven para arrancarle al pueblo sus derechos».

Sin duda que no debió de entenderlo así el capitán general Van-Halen, cuando, para impedir que prosiguiese y terminase el derribo, concentró numerosas fuerzas en torno de la ciudad, reforzando considerablemente la guarnición del castillo.

Estas Juntas — pues en todas las provincias las hubo — dieron mucho que hacer al Gobierno. En puridad eran verdaderos focos de anarquía. Todas blasonaban de archiliberales; pero la verdad es que con sus exigencias hacían imposible el Gobierno liberal, dificultando su tarea y minando su prestigio.

Aquí las pasiones políticas estaban muy excitadas. *El Constitucional* publicó un virulento artículo contra el gabinete de las Tuillerías, diciendo que a la alianza de los reyes se opondría la liga de los pueblos, artículo que alarmó a la corte de Francia. *El Popular* decía: «Por centésima vez reclamamos del Gobierno energía y energía ejemplar, a fin de que la revo-

lución española no adolezca por más tiempo de ese raquitismo que la afea y degrada.» Y a renglón seguido confesaba ser posible que la crisis española motivase la celebración de un Congreso europeo y aun quizá una intervención armada.

El Gobierno se hallaba, como suele decirse, entre dos fuegos. Y los que más ardua y congojosa hacían su situación eran los que más interesados debían estar en apoyarle.

En una alocución fechada en Sarriá en 6 de noviembre, manifestaba el conde de Peracamps que los actos de la Junta eran ilegales, por cuanto las corporaciones populares que la formaron la habían declarado disuelta; que en la proclama revolucionaria publicada por dicha Junta se había suplantado la firma del Jefe superior político, y que un acto de tanta importancia como el derribo de la Ciudadela no podía efectuarse sin la anuencia del Gobierno, a quien se había consultado.

La actitud de la Junta, que invadía las funciones gubernativas, no obstante las protestas de las corporaciones populares, no hay duda que era incorrecta y facciosa. Tal fué la declaración oficial y solemne del Regente del Reino. Cesó con ella el derribo. Disolvióse la Junta y también el Ayuntamiento y los batallones más levantiscos de la milicia, por orden del Capitán general, en atención a haberse declarado la ciudad en estado de sitio. Todo esto enfrió el entusiasmo de muchos progresistas y dió alas a los moderados y a los republicanos, que en aquella sazón empezaban a asomar la cabeza en Cataluña.

En 15 de noviembre llegaron a Perpiñán los individuos de la disuelta Junta de Vigilancia, de paso para Londres, que era la dirección que llevaban sus pasaportes. Diz que se alojaron en la fonda de Europa, en donde el expresidente de la suprimida corporación ocupó el mismo cuarto que había habitado Cabrera. El registro de viajeros de aquella fonda es todo un resumen de la historia contemporánea de España. Por allí van los vencidos que huyen, por allí vuelven los vencedores que regresan. Y mientras los franceses hacen su agosto con unos y otros, el país va lentamente desangrándose y la cizaña del odio se extiende y arraiga cada vez más en los corazones.

Era espantosa la virulencia con que se hablaba y escribía entonces, sobre todo cuando Van-Halen tomó las providencias que he dicho. De *El Constitucional* del 19 de noviembre recorté

un violento artículo que concluye diciendo: «Si se suprime *El Constitucional*, acto continuo publicaremos *El Suprimido*; si esto se nos prohíbe también, nos iremos a Sans, San Martín, Badalona, etc., donde no haya estado de sitio, y clamaremos allí con doble brío contra las demasías del poder militar. Si nos prenden, hay ya otros patriotas dotados del mismo valor cívico que nos reemplazarán. Tenemos todas las providencias tomadas, y hemos de hacer triunfar la ley y la justicia a despecho de todos los esfuerzos humanos para sofocar su voz.»

En Dios y en mi ánima que no necesitaban las pasiones políticas de tales incentivos para envolvernos a todos en una conflagración que dejase para largo tiempo un rastro de sangre y ruinas.

\* \* \*

Como si no bastase todo el combustible hacinado para promover un espantoso conflicto, dióse en decir que el Gobierno estaba vendido al *oro inglés* para ajustar con la Gran Bretaña un tratado que había de ser la ruina de Cataluña, y que temiendo la influencia grande que tenía Barcelona en la península, había publicado el famoso Manifiesto en el cual presentaba a esta ciudad como un nido de egoístas y revolucionarios, a fin de malquistarnos con las demás provincias y cohonestar las violencias que aquí iban a perpetrarse.

Al mismo tiempo creábase atmósfera en las demás provincias contra el *egoísmo* catalán que pretendía sacrificarlas todas a la prosperidad de esta región *más contrabandista que industrial*. De aquella época procede en gran parte la enemiga contra Cataluña y el tildarla de rebelde y egoísta.

Los rumores del tratado angloespañol causaron muy mala impresión en Francia, por lo que la prensa inglesa se apresuró a desmentirlos diciendo que no se proyectaba sino una simple rebaja de aranceles.

En aquella fecha empezaba a figurar don Juan Prim, uno de los primeros talentos militares y políticos de la España contemporánea. Envióle el Gobierno a reprimir el escandaloso contrabando que se estaba haciendo en Andalucía, y al regresar de allí publicó un manifiesto dirigido a los catalanes, en el cual se leían los párrafos siguientes: «Las instrucciones, con

sus treinta y dos artículos, han sido una mentira; el apoyo del Gobierno, una fábula; los auxilios que se me ofrecieron de cooperación por todos los ramos y autoridades, una patraña. Sólo ha habido de verdad desengaños, disgustos, entorpecimientos y contrariedades de toda especie. Todo está viciado; todo, hombres e institutos. En balde mis avisos, inútiles mis denuncias, ni aun contestación merecieron mis quejas por el inaudito suceso de Estepona en 21 de noviembre; tardías y enigmáticas las providencias contra personas y abusos que denuncié. Me conocen bastante mis paisanos para dudar de mis palabras, y lleno de la mayor indignación y sentimiento debo deciros que han sido estériles mis desvelos porque así lo quiso el Gobierno y porque le importa poco que se arruinen nuestras fábricas, perezca nuestra industria y se vea Cataluña, por consiguiente, sumida en la miseria. Porque entonces son indispensables conmociones y tendrán ocasión de cebarse otra vez contra nosotros.»

Esta enérgica rudeza pinta el tipo del célebre Prim y el agudo período a que había llegado la crisis en Cataluña.

En una reunión de diputados y senadores catalanes, manifestó que en Andalucía se mimaba a los empleados y carabineros remisos en el cumplimiento de su deber, y se vejaba y molestaba de mil maneras a los celosos, porque había el deliberado propósito de sacrificar la industria catalana a Inglaterra. Su indignación y franqueza le hicieron trabar de palabras con un librecambista, con el cual se desafió, partiéndole la cabeza de un sablazo.

Empezábase a hablar del casamiento de la reina, discutiéndose en la prensa y en las cortes europeas las cualidades de los candidatos a la regia mano, que eran: un príncipe de la casa de Coburgo, la cual se dedicaba a esta lucida profesión, como lo había probado en Bélgica, Portugal e Inglaterra; el duque de Aumale, hijo de Luis Felipe de Francia, y un Borbón, hijo del infante don Francisco.

El jueves 21 de abril de dicho año 1842, abrióse al público la grandiosa fonda llamada de Oriente, en el punto más hermoso y céntrico de la ciudad, esto es, en la Rambla, entre las calles de la Unión y del Conde del Asalto. Hasta entonces no se había visto en Barcelona un establecimiento de esta clase do-

tado de tanto lujo y comodidades, de modo que su inauguración fué un verdadero acontecimiento. Servíase en ella en dos mesas redondas, a las dos y media y a las cinco y media de la tarde, comidas al estilo del país y del extranjero, y tenía cocheras y cuadras muy espaciosas para los carruajes y caballerías de los pasajeros que viajaban en coches particulares. Fué una gran novedad, muy celebrada en aquel tiempo.

He dicho que en aquella época empezaba a entrar en escena el partido republicano, y por cierto que lo hizo con grandes bríos. Empezó la propaganda de sus doctrinas y la organización de sus huestes el después famoso don Abdón Terradas, joven de holgada posición, sumamente ilustrado y enérgico, y de cuya popularidad dió una muestra evidente el hecho de que habiéndole elegido alcalde sus paisanos de Figueras, tres veces fué anulada su elección y otras tantas le reeligieron. Su infatigable predicación y su gran prestigio habían hecho tantos prosélitos, que no tardó en ser la pesadilla de las autoridades; por manera que la noticia de que iba a llegar a Barcelona, en donde se proponían sus correligionarios hacer una importante manifestación en el acto de su recibimiento, bastó para que se adoptasen ostentosas precauciones militares que en 29 de abril causaron una alarma extraordinaria.

La milicia nacional protestó con razón de la concentración excesiva de fuerzas que se hacía en la ciudad y de la permanencia en ella del general Van-Halen, mientras Cataluña se veía infestada por feroces gavillas de latrofaciosos que robaban, talaban y secuestraban a su sabor y antojo. La verdad es que los cabecillas Felip, mosen Benet, Boquica, Muchacho, Zorrilla y otros de su calaña campaban por su respeto, preparando una nueva guerra civil merced a la manifiesta complicidad del gobierno de Luis Felipe, que les facilitaba con gran complacencia el paso por la frontera. Mr. Guizot fué una verdadera calamidad para España mientras ocupó la presidencia del Consejo de Ministros. El Regente no podía encontrar una compensación a su mala voluntad sino en el apoyo de Inglaterra, y éste, por desgracia, era interesado y exigía el sacrificio de Cataluña.

Lo cierto es que la prensa de París había hablado aquellos días de la proximidad de graves trastornos que iban a estallar

en Cataluña en sentido republicano. Los carlistas estaban al acecho para aprovechar la coyuntura, por aquello de *a mar revuelto*, y hablóse mucho de cierto vapor misterioso que cruzó aquella noche varias veces a la vista del puerto, y del cual se barruntaba que venía de Génova cargado de armas y de municiones. Los periódicos liberales hacían notar muy oportunamente que todo podía temerse del rey del Piamonte, que había solicitado y alcanzado en 1823 el honor de titularse el primer granadero del Trocadero, cuando el ejército francés atacaba a Cádiz y todos los déspotas y absolutistas de Europa batían palmas vitoreando a los sicarios de la Santa Alianza.

En la noche del jueves día 16 de junio, acontecieron algunos sucesos que, unidos al alboroto republicano promovido tres días antes en Figueras, probaban la actividad revolucionaria de Abdón Terradas y sus compañeros y correligionarios. Lo que se pretendía en Barcelona era poner en libertad a algunos jóvenes presos en virtud de la causa que se les había formado por habérseles encontrado tres noches antes cantando por las calles la célebre canción republicana de Terradas: *La campana sona — y'l canó retrona: — republicans, anem*.

Eran los presos tres jóvenes muy conocidos en Barcelona: don Juan Rovira, don Ignacio Torrents y don Francisco de Paula Cuello, a los cuales, así como a otros varios, hizo prender el alcalde constitucional, don José María de Freixas, a instigación del Jefe político de la provincia. El juez de primera instancia don Luis de Collantes no estimó procedente la captura y mandó poner en libertad a los presos, lo que dió por resultado una monstruosa cencerrada al alcalde, el cual, cinco meses antes, habían elegido por unanimidad los liberales más avanzados y aun los mismos republicanos, y que todos los alcaldes hiciesen dimisión de sus cargos. Reunióse la Audiencia en tribunal pleno, estando en sesión permanente desde las seis de la tarde hasta las dos de la madrugada, sin faltar a la reunión ningún magistrado, ni siquiera los enfermos, y púsose la milicia sobre las armas.

— Los bárbaros están a las puertas de Roma — decía mi hijo —. Si tanto miedo dan los republicanos cantando, ¿qué será cuando se echen a la calle?

La verdad es que no causaban los republicanos tanto temor

como los moderados y los carlistas, a los cuales hacían el caldo gordo estas disensiones y turbulencias. Por esto se procedió con tanto rigor, suspendiendo de su cargo al señor Collantes, a quien se formó causa, desterrándole a la villa de Arenys de Mar y disponiéndose estuviesen sobre las armas dos compañías de cada regimiento de los que componían la guarnición de esta plaza. Por último, el día 21 dictó el Jefe político un bando prohibiendo bajo severas penas el canto de dicha canción o de cualesquiera otras de su índole, así como el vitorear otro sistema político que el vigente, ni a otra persona alguna para que fuese cabeza del Estado, excepto a la Reina y al Regente del reino mientras durase su magistratura.

En aquella sazón conspiraban a más y mejor los republicanos en Cataluña, Valencia y Andalucía, y como también lo estaban haciendo sin tregua en las principales ciudades de Francia, el gabinete de las Tullerías, acérrimo enemigo del partido entronizado por el pronunciamiento de septiembre, estaba dispuesto a combatir con todas sus fuerzas cualquiera tentativa republicana que en España se hiciese.

Al mismo tiempo, el Jefe político no cesaba de recibir avisos de nuestros agentes nacionales en el extranjero, instándole a que estuviese sobre aviso, porque los moderados y los carlistas tramaban una gran revolución, tomando por foco principal del movimiento a esta ciudad. En efecto, la venida a Cataluña de un general tan caracterizado en el moderantismo como don Manuel Pavía, y la de una escuadra francesa a este puerto en ocasión que se había hecho correr la voz de que en Barcelona habían sido asesinados dos franceses, cuando tan conocido era el lado hacia el cual se inclinaban las simpatías de Luis Felipe y su ministerio, inducían a temer que fuesen fundados estos temores.

En la extinguida Junta de vigilancia no hallaban cabida estos designios; mas el inexperto entusiasmo de los demócratas, atizado traidoramente por los reaccionarios, propendía a extremar las actitudes y a desnaturalizar los sentimientos de los liberales avanzados en provecho de los que maquinaban a la sombra su división y ruina.

En 28 de mayo había caído el ministerio González bajo un voto de censura fulminado por una coalición parlamentaria,



quedando sin discutir muchos proyectos de ley sumamente trascendentales que iba a presentar, y entre ellos uno relativo a la responsabilidad ministerial, que buena falta hace en España.

¡Y los enemigos del gabinete, que despilfarraban el tiempo en ociosas y enconadas discusiones, fundaban su oposición en la indolencia del Gobierno y la esterilidad de la legislatura! En 17 de junio nombró el Regente otro ministerio, presidido por el marqués de Rodil, al cual no fué dable tampoco restablecer la armonía en el partido liberal, ni desbaratar las intrigas de sus irreconciliables enemigos.

La procacidad con que la prensa reaccionaria atacaba al Regente, atribuyéndole inconstitucionales propósitos; el inmenso partido que se sacaba de la cuestión arancelaria, soliviantando los ánimos de los catalanes con la perspectiva de la miseria; la irritación que había producido en Barcelona la noticia de que iba a imponérsele una contribución extraordinaria para la reedificación de la parte derruida de la Ciudadela y la exasperación más terrible todavía que produjo la nueva de que iba a sujetarse a los catalanes a la quinta, cosa inusitada en este territorio, eran combustibles capaces de producir una conflagración verdaderamente espantosa.

Entonces publicó el jacobino Abdón Terradas, en *El Republicano*, la famosa paráfrasis de su popular canción, diciendo:

«Cuándo el pueblo quiera conquistar sus derechos, debe empuñar en masa las armas al grito de ¡Viva la República!... Debe dar muerte a todos los que hagan armas contra él. Debe aniquilar o inutilizar todo lo que conserve algún poder ajeno de su voluntad, o sea todo lo que depende del actual sistema, como son las cortes, el trono, los ministros, los tribunales; en una palabra, todos los funcionarios públicos. Debe atacar no más que a los hombres del poder y evitar los actos de venganza personal: es indigno de la majestad de un pueblo atacar a los indefensos de los partidos vencidos. Debe apoderarse de todas las plazas fuertes y amalgamar la fuerza popular con la del ejército fiel al pueblo. A los caudillos que les dirijan sólo debe obedecerles mientras dure la insurrección, y fusilarlos si quieren dejar en ejercicio alguna autoridad del régimen actual...

El pueblo permanece con las armas en la mano, pronto a servirse de ellas si sus mandatarios no respetan aquellos principios. De este modo el pueblo por sí mismo puede hacer la revolución, sin dejarla en manos de corifeos ambiciosos que le estafen, como los de septiembre, y sólo aseguren su dominación.»

No se necesitaba sino una coyuntura favorable para que reventase la mina. Y esta coyuntura no tardó en presentarse.

\* \* \*

En la tarde del lunes 14 de noviembre, trabóse una gran reyerta entre los individuos del resguardo de la puerta del Angel y unos sujetos que intentaban entrar en la ciudad algunos porrones de vino sin pagar derechos. Acudió la guardia a reprimir el alboroto, pero como ya en esto había engrosado el grupo, llovieron sobre los soldados los denuestos y luego las piedras, de modo que fué preciso dispersar al paisanaje por la fuerza de las bayonetas.

Al poco rato formábanse otros grupos en actitud hostil enfrente de las Casas Consistoriales, notándose que había entre ellos muchos hombres armados. Avisado el Jefe político don Juan Gutiérrez de lo que ocurría, acudió allí con una fuerte escolta, siendo recibido por la multitud con una espantosa explosión de voces y silbidos, amén de un tiro que le dispararon sin darle. Mandó entonces cargar a los revoltosos, y en un abrir y cerrar de ojos quedó despejada la plaza.

Ofreciósele el Ayuntamiento para cuanto pudiese convenir al restablecimiento del orden, prendióse en la redacción de *El Republicano* a algunos que se consideraban como promovedores y cabezas del motín, y como la milicia nacional protestaba de su firme adhesión al orden y a las autoridades, a las seis de la mañana retiráronse el Jefe político a su casa y la tropa a sus cuarteles.

Los que teníamos experiencia en esta clase de acontecimientos ya presumíamos que no podía parar aquí la cosa. En efecto, al día siguiente congregóse un extraordinario gentío ante las Casas Consistoriales, pidiendo tumultuosamente la excarcelación de los sujetos presos el día antes. Los amotinados nom-

braron una comisión compuesta de cinco jóvenes y un regidor, los cuales discutieron tan acaloradamente con el Jefe político, que éste, lejos de acceder a sus exigencias, decretó ~~su~~ arresto entregándolos a los tribunales.

Creció con esto la agitación, de manera que en la tarde del día siguiente la Rambla presentaba el aspecto de un campamento, llena como estaba de cañones y de caballería; reunióse la milicia al toque de generala; hiciéronse barricadas en los alrededores de la Plaza de San Jaime; díjose que iba a publicarse la ley marcial, y todo fué en la ciudad confusión y alarma.

Viendo el Jefe político el mal sesgo que tomaban los sucesos, resignó su autoridad en manos del Capitán general; mas éste no contaba sino con dos mil y pico de hombres para dominar una revuelta que tan imponente se presentaba. Probó de avanzar hacia la Plaza de San Jaime, posesionándose de las calles del Call taladrando paredes; pero este sistema era muy lento, y en cuanto se mostraba la tropa sufría un fuego infernal de cuyas resultas murieron algunos jefes y varios oficiales. En la calle del Conde del Asalto dió la caballería del ejército una carga, y en el acto la hostilizaron desde todas las casas con un diluvio de balazos y pedradas que la obligó a retirarse a escape y con bastante pérdida de hombres y caballos, por la muralla de tierra. Díjose que el general Zurbano mandaba entrar a saco la calle de la Platería, que fué donde se rompió el fuego; mas el vecindario, lejos de amilanarse, enfurecióse de modo tal que echó al ejército desde los balcones cuanto le vino a mano, y como la calle es angosta y la tropa iba apretada, no había piedra, bala ni mueble que no hiciese blanco. Al mismo Zurbano le mataron el caballo que montaba con una cómoda que le arrojaron desde un piso alto. En el Call, hasta las mujeres tomaron parte en la resistencia, arrojando agua hirviendo desde las ventanas.

A las cuatro de la tarde del expresado martes, día 15, salieron de Atarazanas, dirigiéndose a la Ciudadela por la Muralla de Mar, el Jefe político y los generales Van-Halen y Zurbano. Suerte tuvieron en activar de este modo la retirada, pues poco rato había transcurrido cuando los milicianos, situados en el convento de la Merced, hacían intransitable la muralla, abrazando a tiros a cuantos militares probaban de pasar por ella.

Entretanto llegaba el batallón de milicia nacional de Gracia y escalaba la muralla por la puerta del Angel, mientras que los milicianos del llano iban reuniéndose en los glaciés y los de la costa de Levante se presentaban también después de haberse apoderado por la noche del Fuerte Pío.

En resumen, la autoridad militar no era sino dueña del castillo de Montjuich; de la Ciudadela, bastante desmantelada y difícil de defender por efecto de los recientes derribos, y de los cuarteles de Atarazanas y de Artillería. Y no era esto sólo, sino que estos puntos no podían comunicarse entre sí, ni tenían medio para proveerse de víveres, pues casi toda la ciudad estaba sobre las armas y las calles cortadas por zanjas y obstruidas por formidables barricadas.

Decíase que los sublevados habían tenido pocas bajas y que, en cambio, las del ejército pasaban de seiscientos entre muertos y heridos, contándose entre ellos algunos jefes superiores.

Era pavoroso el estruendo que se oía a todas horas. El tiroteo no cesaba ni un momento, y las campanas no paraban tampoco de tocar a rebato en todos los campanarios.

Don Juan Manuel Carsy, presidente de la Junta popular que acaudillaba la insurrección, publicó una proclama recomendando la unión y la fraternidad para hacer respetar el buen nombre catalán. Al día siguiente, miércoles, un bando de la misma corporación participaba al pueblo la fuga del primer alcalde, llamaba a tomar órdenes a los comandantes de la milicia y conminaba con severísimas penas a los ladrones y a los delincuentes de todas clases.

Soltáronse los presos, que corrieron a empuñar las armas, y como el pueblo, enardecido por las ventajas obtenidas, se empeñase en asaltar la Ciudadela, a las cinco de la tarde oyóse un gran cañoneo por aquella parte, seguido de algunas bombas que mandó tirar desde Montjuich el general Zurbano para apoyar la resistencia de la fortaleza. Entretanto, los vecinos iban sacando luces a los balcones, de modo que la ciudad quedó cual por mágico ensalmo iluminada como en las noches de público regocijo.

A cada momento iba haciéndose más crítica y peligrosa la situación del ejército. Penetrado de ello el general Van-Halen, aprovechó la tregua que le concedía la noche para desocupar

la fortaleza con sus tropas y las familias de los militares que en ella se encontraban, mandando clavar los cañones para que los sublevados no pudiesen utilizarlos. Retiróse con mucho sigilo, dando un gran rodeo por el llano, y evitando la aproximación a los pueblos — pues todos estaban insurreccionados — encaminóse hacia Sans con el intento de establecer en San Feliu de Llobregat sus reales.

Advirtiéndose al amanecer esta operación, y el pueblo y la milicia se posesionaron inmediatamente de la Ciudadela.

Van-Halen y Zurbano hacían grandes esfuerzos para formar un convoy de viveres con que abastecer a Montjuich, hostilizándoles el paisanaje de los pueblos, desde Sans hasta Molins de Rey, para impedirles llevar a cabo su propósito, tarea bien peligrosa por cierto, pues Montjuich no cesaba de disparar granadas, barriendo la carretera y los campos y vergeles a ella inmediatos.

Varias quintas de extramuros fueron saqueadas por los rezagados de la columna de Van-Halen, de la cual se presentaron a la Junta como un centenar de soldados, desertando sus banderas.

En el casco de la ciudad cayeron varias bombas, taladrando todos los pisos de las casas; muchos árboles de la Rambla fueron destrozados por los proyectiles, y en muchas calles se veía el empedrado cubierto de fragmentos de vidrio y de ladrillo, así como de baldosas y adoquines, que daban testimonio de la refida pelea que en ellas acababa de librarse.

El domingo 20 de aquel mes se publicó el programa político de la Junta, resumido en el párrafo siguiente: «Unión entre todos los liberales; abajo Espartero y su gobierno; Cortes constituyentes; en caso de Regencia, más de uno; en caso de enlace de la reina Isabel II, con español; Justicia y protección a la industria nacional».

Este último lema era el más elocuente. Los que estábamos enterados del estado de los ánimos creímos siempre que la causa principal de la irritación pública consistía en la crisis industrial y en las tendencias librecambistas del Gobierno.

Al día siguiente públicáronse los nombres de los veinticinco individuos nombrados para constituir la Junta Consultiva, entre los cuales figuraban los más conocidos y respetados en la

industria, el comercio y la propiedad rural y urbana, así como varios barceloneses muy estimados por sus méritos científicos. Recuerdo de aquella lista a don José Xifré, propietario; don José Maluquer, abogado y propietario; don Agustín Yáñez, catedrático de farmacia; don Tomás Coma, fabricante y comerciante; don Juan Agell, propietario; don Pablo Torrents y Miralda, comerciante; don Valentín Esparó, fabricante y propietario; don Manuel Torrents y Serramalera, comerciante; don Macario Codoñet, mercader y propietario; el marqués de Lió; don Ignacio Sampons, abogado y propietario; don Bernardo Muntadas, fabricante y propietario; don Jaime Codina, farmacéutico, etc.

Para confusión de los espíritus mezquinos y rutinarios de otras regiones, que consideraban la industria fabril como un semillero de vicios y disturbios, sin tener en cuenta que nuestra región ha sido siempre una de las que menos contingente han proporcionado a la estadística de la criminalidad en España, notóse con admiración que en esta ciudad de ciento cincuenta mil habitantes, entregados a sí mismos, sin autoridad ninguna y con las armas en la mano por espacio de veinticuatro horas, no hubo que deplorar ningún robo ni atropello. Los hombres del pueblo que se batía en las barricadas no llevaban un céntimo en el bolsillo y manteníanse con lo que espontáneamente les daban los vecinos. Prendióse a un ladrón, y fué inmediatamente fusilado.

Entretanto, hallábase el Capitán general en una posición por todo extremo crítica y desairada. Los escasos refuerzos que había recibido de Gerona, de la frontera de Francia y de otros puntos, no le permitían intentar el ataque de una ciudad tan resuelta a defenderse y en la cual había diez mil hombres armados y abundantemente provistos de municiones. Los generales y la guarnición que habían quedado en Atarazanas capitularon al saber que las tropas de Van-Halen habían evacuado la Ciudadela saliendo de Barcelona, hecho que les fué participado por el cónsul de Francia, Mr. de Lesseps, quien pasó a aquella fortaleza con dos vocales de la Junta Popular y un oficial del regimiento de infantería de Guadalajara, que había capitulado también por falta de víveres en el cuartel de artillería que cerraba la Rambla en Canaletas. Excusado es decir

que estas capitulaciones se hicieron en términos honrosísimos.

Es digno de notarse el artículo primero de la que se firmó en Atarazanas, el cual decía textualmente de este modo:

«Atendida la situación política en que se encuentra la provincia de Barcelona, y atendidos también los sentimientos que animan a todos los individuos que componen la guarnición de este fuerte y son los de defender la libertad y fomento de los pueblos y jamás su destrucción, convienen: En reconocer el poder del pueblo y entregar las armas que siempre empuñaron en defensa de sus derechos.»

No es para descrita la irritación que sintió Van-Halen al tener conocimiento de esta capitulación, de la cual se duele en sus *Memorias* como de un acto criminal y afrentoso. Privado del eficaz apoyo que hubiera podido prestarle la fortaleza para embestir la ciudad cuando tuviese reunidas fuerzas bastantes para ello, envió una comunicación amenazando a los sublevados con el bombardeo, si no se entregaban a discreción en el improrrogable plazo de veinticuatro horas. Protestaron los cónsules extranjeros de la perentoriedad del término y cruzáronse con este motivo varios oficios entre ellos y el Capitán general, á quien desesperaba este nuevo tropiezo, viendo cómo se envalentonaban los pueblos y con qué decisión desafiaba la ciudad sus iras.

Por la noche discurrían todos los vecinos por las calles, en busca de noticias, y grandes grupos de obreros y estudiantes iban cantando una canción que se hizo popular y cuya letra es:

*«Sí, Mariquita, sí,  
no, Mariquita, no.  
Ja poden tirar bombas,  
monona mia,  
que no'ns fan pó.»*

\* \* \*

Merced a la escasez de comunicaciones en que vivíamos entonces y al antagonismo de intereses que por erróneas convicciones se pretendía existir entre Cataluña y las demás provincias de España, circularon por éstas las más raras y estupen-

das noticias acerca del levantamiento de Barcelona. Decía la prensa de Madrid, y lo repetían de buena fe muchos periódicos de otras localidades, que aquí se había proclamado la independencia de Cataluña; que se exigía la otorgación de un privilegio en favor del Principado respecto a las quintas, y que se quería resolver a viva fuerza la cuestión algodonera. El efecto que estas nuevas debieron de producir fuera de nuestro territorio, excuso encarecerlo.

En esto había mucha exageración y también un fondo de verdad por lo que respecta a la cuestión arancelaria. Tocante a las quintas, ya había dispuesto el Regente que se efectuase el reemplazo ateniéndose las diputaciones populares a las prácticas y costumbres del país. La prensa revolucionaria achacaba la culpa de todo a las autoridades que, sin formación de proceso ni jurisdicción competente, habían encarcelado a los redactores de *El Republicano*; pero saltaba a la vista que ésta había sido tan sólo la causa inmediata y determinante de una insurrección que por necesidad había de tener raíces más hondas y causas de disgusto más generales y antiguas: que no se lanza todo un pueblo a tamañas aventuras sin tener el ánimo exaltado por una cólera muy vehemente. Aquella revuelta fué causada por muchos motivos de descontento y atizada por el interés de partido de los moderados y por la pasión política de los republicanos que, extraviados por un juvenil entusiasmo, se hacían la ilusión de trabajar por su cuenta. Los hechos no tardaron en mostrarles con harta elocuencia cuán quiméricos eran sus ensueños. *O todo o nada*, decían ellos, y, en efecto, por haberlo querido todo, nos quedamos sin nada ellos y nosotros.

Grande efervescencia hubo en esta ciudad en la noche del domingo 27 de noviembre, con motivo de haber enterado la Junta a las comisiones de la milicia de las exigencias del general Van-Halen, formuladas en un conminatorio ultimátum. Cruzáronse acerbos recriminaciones, vituperaron enérgicamente los comisionados la apatía de la Junta, acusándola de no haber sabido aprovecharse de un triunfo a tanta costa adquirido, y viendo la Junta desvanecido su prestigio, hizo dimisión, acordándose que la substituyese bajo la misma presidencia la consultiva, quedando interinamente encargados del mando los comandantes de milicia y los alcaldes del barrio. Verificadas



las elecciones, entró a substituir a la disuelta Junta otra que se tituló de Gobierno, y de la cual formaban parte el obispo, don Juan de Safont, abad de San Pablo, y varios sujetos muy conocidos por sus antecedentes moderados.

Sea como fuere, notóse entonces un hecho que honró sobremanera a este vecindario, y fué que, habiendo pasado veinticuatro horas sin Junta ni autoridades, la fuerza moral de los comisionados bastante para gobernar la ciudad sin que en medio de tanta agitación se notase el más leve desmán ni el más insignificante conato de desorden.

Varios de los elegidos para formar la nueva Junta se hallaban fuera de Barcelona, quedando por último definitivamente constituida en esta forma: Presidente, el Barón de Maldá; vocales: don Salvador Arolas, don Juan de Safont, don José Soler y Matas, don José Puig, don José Armenter, don José Torres y Riera, don José Llacayo, don Antonio Giberga, don Laureano Figuerola, vocal secretario.

La situación era gravísima. Van-Haben había recibido considerables refuerzos; el Regente había salido de Madrid con muchas tropas de todas armas y apoyado por un voto de confianza de las Cortes, encaminándose a esta ciudad a marchas forzadas, y decían los periódicos de la Corte que al partir había exclamado: *Con los huesos de los promovedores de la insurrección levantaré la cortina de la Ciudadela*. Ninguna ciudad de España había secundado el movimiento de Barcelona. Y para colmo de perplejidad y zozobra, ignorábamos todos a dónde íbamos a parar, porque después de tan enconada lucha no sabíamos qué hacer de la victoria. Esta indecisión era muy peligrosa, porque carecíamos de un objetivo que a todos nos uniese y hermanase, y muchos que no nos querían bien explotaban esta falsa situación en provecho de sus particulares ambiciones.

Entonces se inició un movimiento de reacción que se reveló en un bando publicado en primero de diciembre, y por cuya virtud ordenaba la Junta de Gobierno que todas las personas que desde el 14 del mes anterior habían tomado las armas, las entregasen inmediatamente en el cuartel de Atarazanas, conminando con todo el rigor de la ley a los que dejasen de cumplir esta orden.

Habían empezado los tratos con Ven-Halen y urgía deshacerse a toda costa de los exaltados, que se hubieran opuesto a toda transacción y amenazaban dar un carácter demagógico a la revuelta.

Por cierto que dió mucho que hablar en aquellas circunstancias la conducta de Mr. de Lesseps, que muchos tildaron — no sin visos de razón — de incorrecta y sospechosa. Veíasele alternar constantemente con los vocales de la Junta, ir con ellos a los cuarteles, contribuyendo más que nadie a la rendición de las fuerzas que en ellos se encontraban, tomar la iniciativa en las enérgicas reclamaciones con que procuraba el cuerpo consular impedir el bombardeo, y abstenerse sistemáticamente de emplear su influencia en favor de la legalidad, ni para aquietar los ánimos de los sublevados, que en tan alto predicamento le tenían. Este proceder era muy grave para que no debiésemos creerlo ajustado a las instrucciones que el cónsul francés había recibido de su Gobierno. Por otra parte, yo recuerdo que en tiempos posteriores no faltó quien hizo alarde de que el gabinete de las Tullerías había apoyado este y otros parecidos movimientos revolucionarios.

Muchos vecinos tildados de moderados habían huido de Barcelona, contándose entre ellos algunos de la Junta Consultiva, que pusieron pies en polvorosa en cuanto supieron sus nombramientos. Sin duda que no debía tener ésta mucha confianza en la milicia cuando organizó para su guarda tres batallones de *Tiradores de la Patria*, que el pueblo denominó *Patuleas*, un escuadrón de sesenta plazas y dos compañías sueltas que mandaron un tal *Policay* y un Miguel Soler, apodado *Carcana*. Hízose famoso en aquella sazón un patuleo pescador llamado Juan Gibert y a quien apellidaban el *Peixater* por razón de su oficio, joven de temerario arrojo y fanático republicanismo. Recuerdo estos tipos por el estrépito que hizo su efímera popularidad, y apunto otros pormenores porque contribuyen a dar una idea de la confusión en que vivíamos en aquellos aciagos días.

Al principio huyeron los que tenían motivos especiales de temor a causa de sus opiniones políticas; pero muy pronto la emigración se hizo general, porque a cada momento se anunciaba que iba a empezar el bombardeo y, aunque muchas veces

se había aplazado, ya nadie dudaba de que no había medio de evitarlo. Valíanse los fugitivos de mil trazas; disfrazándose unos de hortelanos, haciendo que regresaban a sus moradas, sitas en los suburbios; ocultábanse otros entre la carga de los carros, no saliendo de su escondite hasta encontrarse muy lejos de la ciudad, y no faltó quien, ayudado de su juventud y despejo, renunció por un rato a las vestiduras de su sexo, vistiendo las sayas y el pañuelo de nuestras jardineras para pasar confundido entre ellas la línea de la muralla, que se alzaba como una barrera insuperable ante la generalidad de los individuos del sexo feo. A este propósito contáronse entonces anécdotas muy divertidas.

Bien claramente había manifestado el general con qué condición se comprometía a no romper el fuego contra la ciudad. Sus habitantes debían encargarse de restablecer el orden desarmando a los intransigentes que se oponían a la capitulación. Como esto no era fácil hacerlo, impacientábase Van-Halen con las repetidas demoras a que se veía obligado, y de aquí sus frecuentes e iracundas amenazas y el reclamar de los cónsules y el huir de los barceloneses a bandadas por mar y tierra.

Todo esto era muy triste; pero el mejor comentario a aquella complicada situación lo puso el Jefe político en su proclama dirigida en 19 de noviembre a los barceloneses, diciendo: *es el despotismo enmascarado el que se busca; los prohombres del sistema del absolutismo ilustrado son los que han fomentado y pagado esta revolución.*

Aunque el desarme de los intransigentes se había llevado a cabo con una facilidad que nadie se hubiera atrevido a esperar, no se hallaban los ánimos en tal estado que fuese posible aceptar las condiciones propuestas por el Capitán general a la Junta, ya que en puridad venían a reducirse a que los sublevados se rindiesen a discreción. El abad Safont, Giberga, Soler y Matas y Figuerola, pidieron que se dejasen las armas a la milicia, prometiendo que sus batallones saldrían a recibir al Regente, formarían batallones en los glaciés y en el Paseo de Gracia y entrarían en la ciudad interpolados con los batallones del ejército. Los comisionados y la Junta se entregaban en rehenes, consintiendo en ser fusilados al menor desmán que se cometiese. Van Halen los remitió a Rodil, presidente del Con-

sejo de ministros, y éste, después de tenerlos en la calle — en Sarriá — una gran parte de la noche, negóse a recibirlos, y aunque más adelante — en 1.º de diciembre — pudieron verle, exigió que Barcelona se entregase a discreción. Pidieron audiencia al Regente, pero les fué negada, y no fué más afortunado el obispo al suplicar que siquiera a él le recibiese. El Gobierno quería sangre y ruinas: no paz, sino venganza y exterminio. La pasión de partido se sobreponía al patriotismo en el ánimo de aquellos hombres que jamás debieron haber olvidado los altos deberes a que su posición les obligaba.

Entonces la Junta consideró que había terminado su cometido. En la mañana del siguiente día — 2 de diciembre — publicó un manifiesto refiriendo todo lo ocurrido y dejando al criterio de los comandantes de la milicia y los alcaldes de barrio el resolver lo que conviniese acordar en tan graves circunstancias.

En medio de la inmensa agitación causada por estas declaraciones, trajo un parlamentario el ultimátum del Capitán general, en el cual se decía, entre otras cosas, que desde el amanecer del día siguiente, cuantos no depositaran las armas en las Alaraznas sufrirían la pena de traidores; que serían fusilados los dos primeros jefes de cada batallón, la tercera parte de los oficiales, la quinta de los sargentos y la décima de los cabos y soldados; que igualmente serían pasados por las armas los que se constituyeran en autoridades entre los rebeldes, y que si a las ocho de la mañana del siguiente día no podía entrar el ejército en la plaza, se romperían las hostilidades.

Como por ensalmo llenáronse la Rambla y la Plaza de San Jaime de alborotados grupos, en los cuales vociferaban aquellos hombres de especial y feísima catadura que sólo aparecen en los momentos más aciagos de las revueltas, como siniestro presagio de la catástrofe que se aproxima.

Mi hija, su esposo y sus suegros habían huído a Sarriá, y mi mujer se había ido con ellos después de prometerle mi hijo y yo que antes del bombardeo iríamos a reunirnos con ellos. Arnaldo vino aquel día a casa, muy disgustado, diciéndome:

— Ya han echado el guante y la careta. He oído vivas a Cristina y mil infames paparruchas, como la de que van a venir de Francia un ejército y una escuadra a socorrernos.

*La contribución extraordinaria de 1842*





— ¿Y con esa ilusión se loca a rebato? — pregunté yo, al oír las campanas de la Catedral.

— Así parece.

Entretanto, en muchas calles se alzaban barricadas y hasta los menos comprometidos huían a la desbandada o procuraban encontrar un refugio donde esconderse. La mayoría de los vocales de la Junta huyeron también; mas Safont, Giberga y Figuerola permanecieron firmes en sus puestos, con un valor digno de eterna memoria y enviando al Capitán general un oficio que se ha hecho célebre y terminaba con estas palabras: «La Junta ha cesado ya y Barcelona está en anarquía. *Los que firman no saben si su vida durará dos minutos.*»

Retirados de la escena aquellos heroicos patricios, apoderóse de la situación una muchedumbre innominada, dirigida por hombres oscuros y de problemáticos intentos.

Era el principio del fin. Se acercaban los terribles momentos del desenlace.

Los vecinos comprendimos que nos había llegado el turno de tomar parte en aquella dolorosa tragedia.

— ¿No lo crees tú así? — le pregunté a mi hijo.

— ¡Y tanto! — respondió él.

— ¿Entonces, nos quedamos?

— Nos quedamos.

\* \* \*

Yo tengo para mí que la nueva Junta, cuyo presidente era un Crispín Gaviria, muy conocido en Barcelona por vérselo todos los días en los cafés y otros parajes públicos vendiendo objetos de perfumería al por menor, se formaba ilusiones muy grandes sobre su fuerza moral y prestigio.

En 3 de diciembre publicó una alocución y tres bandos, cuyo tono enfático y dictatorial armonizaba muy poco por cierto con los escasos medios de resistencia de que podía echar mano en tan trágicos momentos. Ordenaba que se abriesen zanja y se hiciesen barricadas en todas las calles; que todos los hombres de dieciséis a cincuenta años tomasen las armas, bajo pena de la vida, y que regresasen a la ciudad todos los vecinos cabezas de familia que se hubiesen ausentado de ella,

desde el 15 de noviembre, conminando a los refractarios con la venta de sus bienes muebles e inmuebles, cuyo producto debía aplicarse a sufragar los gastos de la lucha.

¡Buenos estaban los tiempos para tales compra-ventas!

En todas partes se oía un confuso y espantable clamoreo; el toque incesante de generala, el furioso rebato de las campanas y el fatídico rumor de armas que por doquier se apercebían. Y en medio de aquel vertiginoso torbellino de grupos armados hasta los dientes, que iban y venían de un lado para otro, veíase pasar montado a caballo, despreciando el tumulto, y como ciego ante los marciales preparativos y sordo a las desesperadas vociferaciones de la muchedumbre, al cónsul francés, Mr. de Lesseps, único representante de un poder legalmente constituido en una ciudad entregada a todas las demencias de la anarquía.

En esto Van-Halen intimó al cuerpo consular que dentro de seis horas rompería el fuego, sin respetar ni los buques anclados en el puerto. Los súbditos extranjeros habíanse ya embarcado en naves de sus respectivas naciones, y éstas habían zarpado situándose al otro lado de la linterna.

Al dar las ocho cesaron como por encanto los bélicos rumores, sucediendo al estrépito y baraúnda un silencio sepulcral y pavoroso. A las once y media sonó de pronto una horrisona detonación y tras ella otras muchas, acompañadas del fragor de los edificios que se derrumbaban, de los alaridos de terror de las mujeres y las imprecaciones y blasfemias de los hombres. Muchos vecinos corrían despavoridos sin dirección fija, demudado el rostro, temblorosas las piernas, como poseídos de una maligna influencia. Otros acudían en tropel a las iglesias más antiguas, impulsados por la fama que tenían de estar edificadas a prueba de bomba. Otros, en fin, corrían desalados a apagar el incendio causado por los proyectiles que Montjuich lanzaba sobre la ciudad como una infernal granizada, en tanto que otros vecinos vigilaban con más ojos que Argos, para evitar que, con achaque de ayudar a la extinción del fuego, se aprovecharan de la confusión para satisfacer sus rapaces instintos los desalmados que suelen acudir en casos tales para hacer bueno el refrán aquel que dice: *a mar revuelto, ganancia de pescadores*.



Tanto pudo el miedo en algunos, que llenándose los bolsillos de oro escaparon hacia la playa, resueltos a huir a cualquier precio. Los barqueros hicieron entonces su agosto; mas era tanta la prisa, que varias lanchas zozobraron por no poder resistir el peso de los muchos fugitivos que a ellas se precipitaban.

Cuando la patulea advirtió esta deserción, enfurecióse de tal manera, que ocupó militarmente la playa, rechazando a tiros a los infelices que se habían forjado la ilusión de ponerse a salvo abandonándose a las olas en demanda de más hospitalarias orillas.

Un arranque de indignación de un valeroso jefe del ejército, don Juan García, segundo comandante supernumerario del regimiento de Albuera, inició la reacción en tan terribles momentos.

Este benemérito militar, a la cabeza de setenta soldados de caballería del cuarto de línea que, como él, se hallaban en la Barceloneta, dió una carga tan impetuosa a los patuleos, que tirando fusiles y navajas, echaron a correr a la desbandada como alma que lleva el diablo. Regresó luego García a la Barceloneta y allí, ayudado por la milicia y el vecindario, colocó dos cañones que enfilaban las puertas del mar. Hecho esto, envió un parte al Capitán general y otro al gobernador de Montjuich, participándoles que el barrio marítimo quedaba completamente pacificado. Desde entonces Montjuich ya no disparó más proyectiles sobre la Barceloneta.

El afortunado éxito de esta operación reanimó el abatido espíritu de los barceloneses, que, por otra parte, estábamos bien convencidos de que sólo podíamos fiar en nosotros mismos para salir de tan horrorosa situación. Los intransigentes armados y resueltos a batirse eran pocos, porque a ningún hombre sensato y de buenas intenciones podía ocurrirle el descabellado propósito de prolongar por más tiempo la resistencia, cuando la pacífica actitud del resto de España dejaba a Barcelona abandonada a sus propias fuerzas. Además, los vecinos no podíamos contemplar impasibles cómo, por la demente obstinación de unos pocos, que nada tenían que perder, iban reduciéndose a cenizas nuestras viviendas.

A las diez y media de la noche, y en medio del horrible

bombardeo que no cejaba, constituyóse espontáneamente una comisión de vecinos, todos personas de arraigo y prestigio, la cual fué a Sarriá a avistarse con Van-Halen, ofreciéndole que, si suspendía por veinticuatro horas el fuego, la milicia y el vecindario se encargarían de restablecer el orden para preparar la sumisión de la ciudad al gobierno. El general aceptó la oferta; pero advirtiéndole a los comisionados que si a las siete de la tarde del día siguiente no la habían cumplido, continuaría con más rigor que antes el bombardeo.

Este había durado doce horas, cayendo en este espacio de tiempo sobre la ciudad 1.014 proyectiles, a saber: 780 bombas, 96 granadas y 138 balas de varios calibres. A cuatrocientos sesenta y dos ascendieron los edificios perjudicados, entre los que incendiaron las bombas, los simplemente menoscabos y los que quedaron reducidos a escombros.

El último acto de la asonada que así había degenerado en la más horrible anarquía, fué el saqueo de la Depositaria de la Diputación provincial, de la cual se sacaron a mano armada treinta y seis mil y pico de duros. No se siguió por tan mal camino porque el pueblo se opuso a ello, declarando que de ningún modo lo consentiría.

A la madrugada nos reunimos los vecinos, por parroquias, bajo la presidencia de los respectivos curas de éstas, y nominamos una Junta muy numerosa y compuesta de personas de buena reputación, dándole plenos poderes para todo. Por acuerdo de ésta nos armamos todos los vecinos, quién con un fusil, quién con un sable o un garrote, y dimos por estas calles una batida en toda regla, desarmando a los patuleos que aun osaban discurrir por ellas, con más visos de turbas de foragidos que de revolucionarios políticos, y poniendo a la sombra a algunos rateros a los cuales se pilló, como vulgarmente se dice, con las manos en la masa.

En mi calle les dejamos entrar libremente; pero en cuanto habían andado veinticinco o treinta pasos, los vecinos de las primeras casas les cortaban la retirada y les daban la voz de *¡alto!* Si intentaban oponer resistencia, encontrábanse cogidos entre dos fuegos, porque al oír este grito, jóvenes y viejos salían de sus viviendas con una actitud que no admitía discusión ni demora.

Así nos posesionamos de la Ciudadela, de Atarazanas, el Fuerte Pío y el don Carlos, de las puertas de la ciudad y de los edificios donde había fondos públicos depositados, y quitamos las banderas negras que ondeaban en varios puntos, substituyéndolas por otras blancas. Hecho esto, pasó una parte de la comisión a participar a Van-Halen lo sucedido, mientras que los demás vocales publicaban una alocución manifestándolo al vecindario y recomendándole con ahinco la calma y el patriotismo.

Entonces entraron las tropas en Atarazanas y en la Ciudadela, y al poco rato el Capitán general atravesó con su escolta la ciudad en medio de un lúgubre silencio, desiertas las calles, cerradas todas las puertas y ventanas, humeantes todavía las ruinas de las casas destruidas por el bombardeo.

La disciplina y morigeración con que el ejército se atemperó a las severas órdenes del Capitán general fué verdaderamente ejemplar; la actitud triste, recogida y solemne del vecindario fué todo lo correcta y digna que podía ser en tales momentos.

Al anochecer de este día — 4 de diciembre — publicó la autoridad militar un bando disponiendo la disolución de la milicia, la entrega de todas las armas bajo severísimas penas y declarando que sería inexorablemente castigado con la pena de muerte todo reo de robo, de sedición o de otro crimen cualquiera.

El Ayuntamiento volvió a tomar posesión de las Casas Consistoriales y declaróse disuelta la Junta de las parroquias.

En esto, una orden del Gobierno obligó al Municipio a facilitar diariamente y a sus costas mil trabajadores para reparar los desperfectos causados en la Ciudadela, tarea en la cual fueron ayudados por brigadas de tropa y de presidiarios.

Además, por decreto de la Regencia, impúsose a la ciudad una contribución extraordinaria de doce millones, ordenóse que aprontase inmediatamente el pago de las contribuciones atrasadas y los cupos de las quintas, y suprimiéronse la fábrica de cigarros y la Casa de la Moneda.

El célebre Carcana y otros diecisiete o dieciocho individuos que se habían señalado por sus excesos, fueron pasados por las armas, y otros ochenta y pico, menos culpables, condenados a presidio.

Van-Halen fué relevado el día 21, reemplazándole el teniente general don Juan Antonio Seoane, el mismo que había dicho que a los catalanes había que gobernarles con el palo.

Todos los periódicos, a excepción del *Diario* de casa Brusi, fueron suprimidos, bien que se alzó esta prohibición el día 3 de febrero siguiente.

Protestó el Ayuntamiento con energía de la bárbara contribución con que se castigaba a los barceloneses más pacíficos y que más cruelmente habían sufrido las consecuencias de la revuelta; pero el Capitán general contestó que él no podía hacer más que cumplir lo que el Gobierno le ordenaba.

Dióse entonces un curioso espectáculo que fué como la nota cómica de aquel tremendo drama. La autoridad militar dictó severísimas disposiciones para el cobro de la contribución extraordinaria; pero fueron muy contados los pusilánimes que acudieron a satisfacerla. Salieron de las fortalezas verdaderas columnas de tropa a fin de realizar el cobro; pero como por arte de encantamiento cerráronse todas las puertas. Obligaron a los tenderos a abrir las suyas, y entonces entabláronse diálogos como éste que tuve yo con el capitán de una compañía de granaderos:

— ¿Quién vive en el piso primero de esta casa?

Encógime de hombros, sin contestar.

— ¿Y en el segundo?

Repelí la mímica.

— ¿Y en el tercero? ¿Es usted mudo?

— No, señor, pero usted me pregunta cosas que yo ignoro en absoluto.

— ¿Sí, eh? A ver, tómese nota del número de esta casa.

— Está borrado, mi capitán — repuso el sargento.

— El de la del lado.

— Borrado también.

— ¡Ah, tunantes! Ya me acordaré yo de esta calle.

— También le han borrado el nombre.

Miróme el capitán y, viéndome muy sereno y resuelto, conoció que hacía un papel desairado, sublevóse su dignidad militar y, volviéndose a su gente:

— ¡Media vuelta a la derecha! ¡Arrrr!

Y volviéndose al cuartel.

Esto pasó en todas las calles y plazas. Total: que no se pagó la contribución extraordinaria (12).

La sublevación de Barcelona hirió mortalmente a la Regencia, que no supo aprovechar los leales ofrecimientos de la Junta cuando aun podían evitarse tantos horrores. Su saña y el rencor de los catalanes fueron hábilmente explotados más adelante por los enemigos del partido progresista.

\* \* \*

La extraordinaria importancia de estos sucesos políticos me han obligado a aplazar una noticia que no deja de tener en otro concepto grandísimo interés para cuantos deseen conocer la historia de Barcelona en el punto de vista del progreso científico.

Databa de 23 de septiembre de 1752 la iluminación de nuestras calles por medio de los faroles de alumbrado por aceite, que eran en número de 2.280 y cuya alimentación y cuidado costaban a fines de 1842 unos veintiún mil duros anuales.

Ya he dicho más arriba que el Ayuntamiento había publicado, a últimos de 1840, un aviso llamando licitadores para dotar a la ciudad del alumbrado por gas. Este proyecto, reproducido al año siguiente, tropezó con obstáculos muy graves. Aquí no se fabricaba la maquinaria ni los tubos de canalización que se necesitaban para realizar el proyecto, y como en este punto no eran explícitos los aranceles, al consultarse a la Real Hacienda mostróse exigente de un modo que acobardó a los que más animados estaban a acometer la empresa. Como si esto no fuera bastante, el egoísmo de varios particulares tomó cartas en el asunto, cubriendo con la máscara del patriotismo sus absurdas pretensiones. No sólo reclamaban estos tales que fuesen únicamente admitidos los españoles como licitadores, sino que lo fuesen también todos los aparatos y útiles que se necesitasen para llevar a cabo tan importante mejora, lo que para el caso equivalía a pedir que se renunciase a ella.

El Ayuntamiento no pudo menos de desestimar tan desatinadas exigencias, firmando en 3 de julio de 1841 con monsieur Charles Lebon, previos los requisitos legales, la contrata

por cuya virtud Barcelona fué la primera ciudad de España que disfrutó de los beneficios de este grande invento en sus vías públicas y en las viviendas de los particulares.

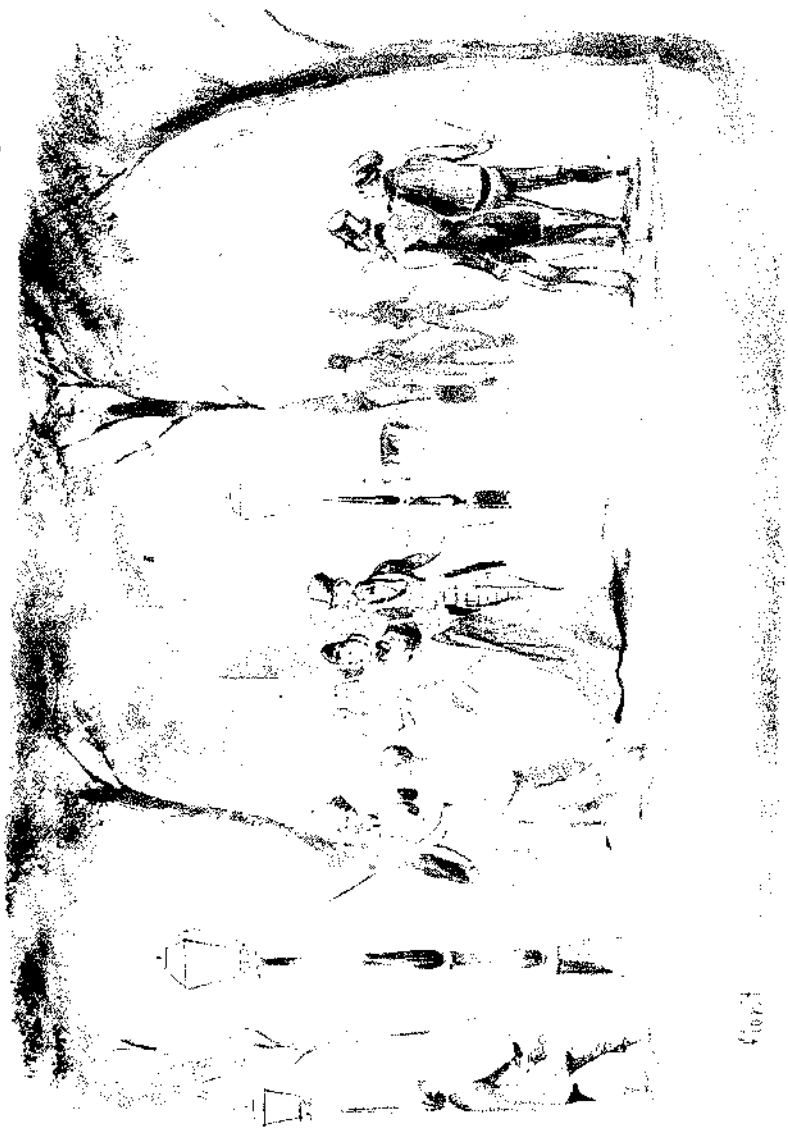
Inauguróse el nuevo alumbrado, con universal admiración y aplauso, en la noche del 1.º de octubre de 1842, y por cierto que en más adversas circunstancias no podía haberse establecido, pues aquel año y el siguiente son quizá los más críticos y tormentosos que ha pasado Barcelona en lo que va de siglo.

Sin embargo, en medio de tan desfavorables circunstancias la ciudad progresaba a ojos vistas, pues a principios de 1843 notábase ya con admiración el buen gusto de nuestras tiendas. Varias de la calle de Escudillers, muchas de la Rambla, algunas del Call, de la bajada de la Cárcel, calle Ancha, etc., podían competir por su abundancia y excelente surtido de géneros y por su lujosa elegancia, con las de las más famosas ciudades del extranjero.

Entretanto, el horizonte político iba poniéndose cada día más negro y encapotado. Espartero había entrado en Madrid el día primero del año 1843; pero en vez de encontrar a su entrada en la corte arcos triunfales, lluvias de flores y los vítores de la idolatra muchedumbre, halló un recibimiento frío, un pueblo silencioso: las primeras señales de que empezaba a palidecer su estrella. Este súbito desvío debió llegarle al corazón a aquel hombre tan acostumbrado a los mimos de la fortuna y a las ovaciones de sus admiradores.

Sin embargo, no tuvo en cuenta estos síntomas de despego, precursores de la impopularidad, pues su primer acto político después de su llegada fué una temeridad que debía costarle cara: la disolución de las Cortes que dos años antes se habían elegido como personificación del pronunciamiento y a las cuales debía su Regencia. Fué una gran falta, porque le valió la nota de ingrato, que es de las que el pueblo jamás perdona.

Prescindiendo de esto, vituperaban todos los partidos la conducta del Regente, calificándola de incorrecta, porque el ministerio debía presentarse a dar cuenta al Congreso del uso que había hecho del voto de confianza que tan generosamente le había otorgado, y porque no era admisible en buena doctrina parlamentaria que se disolviesen las Cortes antes de que hubiesen votado los presupuestos.



*La iluminación de gas*  
(1842)

6107







Esos cargos, hábilmente explotados por los enemigos del Regente, dieron un gran viso de verosimilitud a los dictatoriales designios que le atribuían. A los ocho días Espartero era un usurpador; a los dos meses, un Pedro el Cruel; que tan fácilmente se trueca la apoteosis en vilipendio para quien fía en la veleidosa voluntad de las muchedumbres.

Abriéronse las nuevas Cortes el 3 de abril, nombrando el Congreso presidente al célebre jurisconsulto Cortina, diputado de la oposición. Dimitió el Ministerio, y el Regente encargó a Cortina la formación de un Gabinete parlamentario; pero Cortina se excusó. Tampoco aceptó el difícil cometido don Salustiano Olózaga, durando la crisis hasta el 9 de mayo, en cuya fecha quedó constituido el nuevo Gabinete bajo la presidencia de don Joaquín María López, orador fogoso y estadista virtuosísimo; mas, por desgracia, harto más idealista y cándido de lo que conviene a los encargados de la gobernación de un pueblo.

Y por cierto que si alguna vez ha necesitado España hombres de seso maduro, frío temperamento y sabia previsión, fué en aquel período crítico en que todo andaba revuelto y las discordias y las ambiciones traían a la patria perdida. Un periódico satírico que se titulaba, si mal no recuerdo, *El Vesubio*, describía aquella triste situación de este modo:

#### SEGURIDAD

Te asalta un ladrón doquiera  
y las bombas en tu hogar...,  
te juzga el juez que no es tuyo...  
¡Viva la seguridad!

#### JUDICATURA

Hoy conmuta un tribunal,  
que se llama justiciero,  
el garrote por presidio  
y el presidio por dinero.

## DIPLOMACIA

¡España!, tu diplomacia  
la forman..., vergüenza es...,  
cien ministros de negocios  
y un embajador inglés.

## INDEPENDENCIA

¿Dónde está esa independencia,  
esa voz tan decantada?  
En los robos del inglés  
y en las notas a la Francia.

Otro dato puede ayudar a comprender cómo iba complicándose la situación en aquellos días. Don Juan Prim, que sólo contaba a la sazón veintiocho años de edad y ya llevaba dos de coronel merced a su heroica intrepidez en los campos de batalla, fué encausado y perseguido, a pesar de su carácter de diputado a Cortes, porque, prescindiendo del pasaporte que todas las autoridades civiles y militares le negaron, partió de Madrid traspassando la frontera y entrando luego en Barcelona. Según dijo en un magnífico discurso, de cuyas resultas negó el Congreso la autorización que se le pedía para procesar a nuestro ilustre paisano, su objeto era examinar de cerca los acontecimientos de esta ciudad y la verdadera causa de ellos para decidirse en su vista acerca del partido que debía tomar.

Y por cierto que, hablando de su buena fe, dijo textualmente: «Si hubiese abrigado intenciones hostiles, ¿hubiera sabido nadie que iba a partir, ni mucho menos el Gobierno? Seguramente que no; hubiera marchado sin decir una palabra, y como entonces estaban suspensas las Cortes, nadie hubiera notado mi ausencia hasta que me hubiesen visto aparecer sobre los muros de Barcelona, o en la cúspide de los montes, sosteniendo la bandera que se había enarbolado, y entonces... — no debería decirlo, porque parecerá altanera presunción —, pero yo quiero creer que entonces hubiera sido otro el desenlace de aquel sangriento drama... Viendo que cuantos

resortes había tocado eran inútiles, eché el pecho al agua y me resolví a marchar del modo que pude; pero como tuve que dar una vuelta muy larga, llegué tarde y no pude remediar el mal que se había hecho. En Figueras supe que estaba bombardeada Barcelona. Lo que sentí entonces, señores, no lo puedo explicar, ni lo podrían comprender los señores diputados porque, como dice un célebre escritor, no se puede comprender un dolor sin sentir el dolor mismo.»

Vindicándose en este discurso de las calumniosas imputaciones que se le habían dirigido, añadió:

«Estuve en París, señores, mientras no hubo Cortes; y aquí debo decir solemnemente que no vi ni por casualidad a la reina Cristina, aunque para mí nada tiene de particular que un caballero español, al llegar a París, tenga la honra de besar la mano de la madre de su reina, como español y como caballero.»

Estas palabras, que pocos meses antes habrían provocado una tempestad de denuestos, fueron cubiertas de una estrepitosa salva de aplausos. El discurso de don Juan Prim fué de impetuosa oposición; mas nadie puso en duda la sinceridad del orador.

Sin embargo, en el palacio de María Cristina conspirábase a la sazón a más y mejor, de modo tal, que hasta se enviaron de allí emisarios con el intento de sobornar al mismísimo López. Pero éste no quiso venderse.

Por aquel tiempo había llegado a tal extremo la penuria del Tesoro, que se contaban cosas lamentables de los infelices acreedores del Estado. Yo llegué a ver con mis propios ojos a clérigos acosados por la necesidad hasta el punto de verse precisados a implorar en la iglesia la caridad de los fieles, y en el mes de abril de aquel año hizo público el escandaloso hecho de que la oficialidad del batallón destacado en Santa Coloma de Farnés tenía que vivir al fiado y comer su rancho a razón de trece cuartos diarios por individuo, por no haber cobrado en todo el año ni un ochavo de sus pagas.

Afortunadamente, el ministerio López era popular en la más sana acepción de la palabra, si bien esta popularidad no debía preservarle mucho tiempo de los terribles escollos que por doquier le rodeaban. Su política, más generosa y sen-

timental que discreta, le llevó a proponer una ley de amnistía que en último resultado sólo debía aprovechar a los moderados, pues los carlistas se habían acogido al Convenio y los republicanos no eran por nadie molestados. En cambio, pidió al Regente la separación de muchos empleados de categoría que a él le merecían completa confianza, y como él se negase a acceder a sus deseos, el ministerio presentó la dimisión, que le fué admitida, dándose con ello lugar a que la opinión pública, sofocantada por el espíritu de partido, acusase al Regente de parcialidad y egoísmo.

En la sesión del 19 de mayo hubo en el Congreso una escena borrascosísima. El señor Olózaga dijo en ella que el Regente había usado sin duda de un derecho indisputable; pero que también lo usaban los diputados pidiendo que se respetasen las prácticas parlamentarias. Declaró que le constaba que se trataba de atentar contra las vidas de algunos diputados, y exclamó: «¡Vengan aquí los asesinos, que aquí se aguardan con el corazón tranquilo, por los que jamás han tenido otro anhelo que defender la libertad de su país!» Por último manifestó que el Congreso no consentiría se dilatase más allá del 10 de octubre del siguiente año la declaración de la mayor edad de la reina, e indicó recelos de disolución de las Cortes, lamentándose de que pérfidos consejeros influyesen en el ánimo del Regente.

La tempestad de bravos y aplausos con que los bancos y tribunas acogieron estas vehementes palabras, resonó en toda España despertando suspicacias y rencores sin cuento.

Luego acordó el Congreso enviar un mensaje al Regente, manifestándole el placer con que había recibido el proyecto de amnistía y el gozo con que esperaba verle rigiendo los destinos de la patria *hasta el 10 de octubre de 1844*, y declaró que el ministerio, cuya dimisión había sido admitida, había merecido hasta el último momento la confianza del Congreso.

Era una ruptura estrepitosa. El guante estaba echado.

El día siguiente hízose famoso en nuestros anales parlamentarios. Un gentío inmenso llenaba las tribunas y los alrededores del Congreso; todos los diputados estaban en sus puestos, la tropa y la milicia sobre las armas. Leyóse la carta dirigida al presidente por el del Consejo de ministros, y Oló-

zaga pidió la palabra pronunciando aquel celeberrimo discurso en el cual empezó declarando que acababa de renunciar a todos sus cargos y condecoraciones y terminó exclamando, con voz de trueno: «¡Ay del país que se entrega en poder de ánimos turbables y de consejeros cobardes! ¡Ay del Regente que eligió semejantes consejeros! Yo exclamaré aquí con la prensa: ¡Dios salve al país, Dios salve a la reina!»

El efecto de estas palabras fué indescriptible. Los vivas a la reina y a la libertad, los aplausos y los bravos no cesaron en mucho rato. En medio de este tumulto subió a la tribuna el presidente del Consejo, costándole no poco hacerse oír, pues los silbidos y los mueras ahogaban su voz por completo. Finalmente logró leer el decreto de suspensión de las Cortes hasta el día 27, que para todos fué un disfrazado decreto de disolución y preludio de trágicos sucesos.

Levantóse la sesión en medio de una descompasada gritería, no atreviéndose los ministros a salir a la calle hasta pasado un gran rato. Aun entonces tuvieron un gran susto, pues el pueblo les saludó con una estruendosa explosión de mueras y silbidos y apedreó los coches donde se habían metido, persiguiéndoles un buen trecho la multitud con sus vociferaciones y denuestos.

Aquella noche los madrileños dieron a Olózaga una gran serenata.

Ya puede calcularse la emoción que causarían en Barcelona estas noticias, con el odio que se había concitado el Regente, Zurbano, Linaje y demás «adláteres» de Espartero. La Rambla estaba siempre llena de grupos, sobre todo por la tarde, a la hora de llegar la diligencia de Madrid. El jueves 25 de mayo, había llegado la ansiedad a su colmo. Dábase por seguro que al día siguiente debía pronunciarse Zaragoza y aun alguna población importante de Cataluña, tomando por bandera: *Constitución de 1837 y reconciliación de todos los españoles*.

Estos rumores excitaban mucho entusiasmo, porque la prensa acusaba a Espartero de haber pospuesto los intereses de la nación a la privanza de Linaje y la dignidad de España a las exigencias de Inglaterra, a cuyo embajador se atribuía la solución de la última crisis, y aquí se aborrecía mortalmente a Linaje y a su camarilla, achacándoles los desastres que la

ciudad había sufrido, y a la Gran Bretaña por su influencia librecambista.

No hay términos para describir la irritación de los ánimos en aquellos días. Daba grima leer los virulentos artículos de la prensa. Ni el inteligente y honradísimo Mendizábal pudo librarse de sus diatribas. Los más mesurados lo calificaban de inepto.

En la tarde del miércoles 31, llenaba la Rambla un apiñado gentío que prorrumpió en voces de júbilo al llegar la diligencia de Reus con la noticia de que los jóvenes diputados Prim y Miláns del Bosch habían alzado a aquella importante población contra el Gobierno, y que Málaga también se había pronunciado. Muchos barceloneses volaron a unirse a los sublevados al Campo de Tarragona, ya que la especial posición en que se hallaba esta capital no les permitía asociarse desde los primeros momentos a la revuelta. Tocábase a somatén en todos los pueblos del Campo, uníanse a Prim muchos militares de graduación, y cundía el fuego revolucionario por todas las regiones de España.

\* \* \*

Aquellos días no se comentaban en las tertulias ni se leían en los periódicos otras noticias que las referentes a las ciudades y villas que se iban pronunciando.

El lunes 5 de junio, ocurrió un suceso que vino a aumentar la agitación de los ánimos. Serían como las diez de la mañana cuando el pueblo notó que el general Zurbano paseaba por las calles de esta ciudad. Siguióle un grupo de curiosos, y al poco rato fué de tal manera engrosando, que al llegar el general a la calle de la Unión, adonde acababa de trasladar su domicilio, habíase convertido en una verdadera multitud. Metióse Zurbano en su casa, y viendo que, lejos de dispersarse, los grupos iban aumentando de tal manera que llenaban la calle por completo, quedando la circulación interrumpida, dió parte de lo que ocurría al Capitán general, pidiéndole auxilio.

Este envió cuatrocientos infantes y una mitad de caballería para despejar la calle, y ofició al Ayuntamiento preguntándole si respondía del orden, a consecuencia de lo cual salió una comisión de concejales a calmar al pueblo.

Como a pesar del aparato militar que en obra de pocos momentos se había desplegado, la ciudad parecía completamente tranquila, a las dos de la tarde salió de su casa el general, rodeado de mozos de la escuadra y con la tropa en columna hacia la puerta de Santa Madrona, a reunirse con su división que estaba en San Andrés de Palomar.

Siguióle en el tránsito la muchedumbre, vitoreando la Constitución, a la reina y al coronel Prim. Al llegar frente a la casa llamada de March de Reus, la caballería hizo un movimiento para colocarse detrás de la infantería, y el pueblo, creyendo sin duda que amagaba una carga, retrocedió confusamente arremolinado; pero continuando inmediatamente en su actitud al ver que no era atacado. Entonces Zurbano mandó despejar a los mozos de la escuadra, y en esta carga sonaron dos tiros que hirieron a dos paisanos, en la mano al uno y en el brazo al otro. En este momento el general se vió obligado a meter mano, hiriendo levemente a dos hombres que habían tenido la audacia de asir las riendas de su caballo.

A consecuencia de estos sucesos y de ir aumentando la efervescencia popular, a las siete y media de la tarde salió de Atarazanas una fuerte columna de infantería y caballería para publicar la ley marcial.

Iba a leerse el bando frente a Santa Mónica, cuando se agolpó allí un inmenso gentío pidiendo que se suspendiese la publicación y aclamando al ejército y su unión con el pueblo, a la Constitución, a la reina y al ministerio López. En esto acudieron los alcaldes constitucionales, quienes, exhortando al pueblo a permanecer tranquilo, levantaron sus varas ante el pique de caballería, declarando que de no suspenderse el acto pasarían sobre sus cadáveres los caballos. Luego dirigieron al principal de Atarazanas, donde se hallaba el sargento mayor de la plaza, a quien pidieron la suspensión del bando y que se les diese audiencia. En ella expusieron que respondían de la tranquilidad pública y que les había sorprendido mucho aquella medida, por cuanto se les había prometido que no se tomaría ninguna disposición contraria a la Constitución del Estado.

No atreviéndose el sargento mayor a resolver sobre tan delicado asunto, envió un oficial de artillería a dar cuenta de lo ocurrido al Capitán general, quien dispuso que se retirase la

tropa a sus cuarteles y que quedase sin efecto la publicación de la ley marcial. Cuando se supo este acuerdo hubo en Barcelona una indecible explosión de entusiasmo. En todos los ámbitos de la ciudad resonaban atronadoras aclamaciones a la libertad, a la Constitución, a la reina, al ministerio López, al coronel Prim y a la unión del pueblo con el ejército, cuyas bandas contribuían a aumentar el público alborozo tocando el himno de Riego al retirarse las tropas a sus cuarteles.

Toda aquella multitud que discurría por calles y plazas, fué dirigiéndose hacia la Plaza de Palacio pidiendo a grandes voces que saliese el Capitán general, a cuya exigencia cedió el señor Cortines mostrándose en la tribuna vestido de uniforme. A su vista repitieron con más furor que antes los vivas y los aplausos, costando no poco sosegar a los manifestantes para que pudiese el general dirigirles la palabra. Cuando cesó el tumulto, el señor Cortines habló muy cariñosamente al pueblo, rogándole que volviese sin recelo a sus habituales tareas y asegurándole que estaba aparejado a morir en defensa de la Constitución, si la causa de la libertad exigía este sacrificio.

Al oír esta declaración llegó al paroxismo el entusiasmo popular. Las aclamaciones y los vivas al general resonaron de nuevo en la plaza, llena de una apiñada multitud, cuyas voces repetían los vecinos desde los balcones y terrados; volaban al aire los sombreros, y el gentío, agrupado en las calles adyacentes, repetía con estruendoso eco los vitores de los manifestantes.

Retiróse el general y fué despejándose la plaza, quedando concertado que al día siguiente volvería a reunirse el pueblo en la Rambla, a las nueve de la mañana, para nombrar una comisión que manifestase sus deseos a las autoridades. Aquella misma noche, otro grupo que llenaba por completo la Plaza de la Constitución nombró varios delegados que se avistaron con el Ayuntamiento.

Comentando aquella noche estos sucesos, decía el suegro de mi hija:

— No diera yo un real de vellón por la regencia de Espartero.

— Tenemos la de María Cristina en puerta — añadió Salvador.

Arnaldo se encogió de hombros y repuso, con desdeñoso gesto:



— Nada espero de los ayacuchos ni de los moderados; pero celebraré que cargue el diablo con los bombardeadores y con toda su casta.

En el fondo, éste era el programa de los barceloneses.

Al día siguiente, después de muchas idas y venidas de los comisionados, conferencias y discusiones, quedó por fin constituida, a las ocho de la noche, con el carácter de provisional, una Junta cuya existencia sancionaron la Diputación y el Municipio, y de la cual formaban parte don Juan de Zafont, abad de San Pablo, y otras personas notables y muy conocidas del pueblo por la participación que habían tenido en anteriores ocurrencias.

El pronunciamiento de Barcelona daba una gran fuerza moral al coronel Prim, que valerosamente había alzado bandera en Reus contra el Gobierno cuando toda Cataluña permanecía quieta todavía. Aquí hubo iluminación general aquella noche, en señal de regocijo por este suceso y por las excelentes noticias que de todas partes se recibían, y entre ellas la del pronunciamiento de Lérida, cuya guarnición se había retirado al castillo. Con todo, la Junta, después de avistarse con el Capitán general, acordó trasladarse a Sabadell, con achaque de buscar un punto céntrico del Principado; mas, en realidad, con la mira de evitar dualismos y rivalidades. Entretanto, los alcaldes de barrio organizaban patrullas de vecinos para evitar que se perturbase el orden con aviesas intenciones.

No hay nada más hermoso y enternecedor que los primeros días de un pronunciamiento, porque todo son entonces protestas de patriotismo, muestras de abnegación, abrazos y expansivo alborozo. Después asoman las ambiciones, empiezan las rencillas, descúbrese las perfidias y todo se vuelve remordimientos, furores y venganzas.

Hasta aquí todo iba a pedir de boca. Prim veía agruparse a su lado a muchísimos militares y paisanos; las poblaciones del Principado iban pronunciándose una tras otra, dándose en algunas de ellas banquetes y bailes en obsequio al ejército, que fraternizaba cariñosamente con el paisanaje.

Sin embargo, la Junta iba organizando batallones, uniformándolos con gorra y blusa.

Presentóse en Tarragona el general Zurbano, pidiendo di-

nero, y como le manifestase el Ayuntamiento que nada debía y que no le era dable hacer un anticipo sin quebrantar las leyes, respondiéndole muy airado que allí no había más Gobierno que él. Allí no quedaban sino ancianos, niños y mujeres de los más menesterosos: los demás estaban con los pronunciados. Dirigióse luego Zurbano a Reus con grande aparato de artillería, cual si tuviese que atacar una plaza fortificada de primer orden; mas tuvo muchas bajas y se le inutilizaron algunos cañones. Con todo, como Reus no podía oponer más porfiada resistencia a un enemigo tan poderoso, y el temor a la caballería enemiga privaba a los somatenes de acudir a auxiliar a los reusenses, trataron éstos con Prim que se retiraría a Vilaplana, a hora y media de la villa, y ésta capituló, pactándose que serían respetadas las vidas y haciendas, que no se le impondría contribución de guerra ni se haría ninguna pesquisa acerca de los últimos sucesos.

Para dar una idea del fanatismo que inspiraba el coronel Prim, basta recordar que, viniendo su madre y su hermana en el coche de Masnou, el pueblo detuvo el carruaje en Badalona, vitoreándolas y obligándolas a aceptar un refresco, y al proseguir su marcha se agolparon a la carretera los segadores de los campos vecinos, agitando una multitud de banderas que habían improvisado con cañas y pañuelos y aclamando a Prim y a su familia con fervido entusiasmo.

Zurbano divagaba como alma en pena con su columna ávida de pronunciarse, mientras a sus espaldas lo hacía Tarra-gona, y Prim entraba en nuestra provincia siendo recibido en los pueblos de su tránsito por las autoridades y con vivas, iluminaciones y repique de campanas. El jueves 15 de junio, por la tarde, hizo su entrada en esta ciudad con la Junta Suprema. El inmenso gentío que salió a recibirles cubría toda la carretera hasta San Feliu de Llobregat. No quedó en Barcelona coche ni tartana por alquilar; hasta los más decrepitos y desvencijados vehículos y los más estropeados rocines salieron a la carretera real, contribuyendo a la animación de aquella especie de romería política. La comitiva, de la cual formaban parte los coches de todas las autoridades y corporaciones oficiales, tenía que avanzar al paso en medio de aquella mar de gente cuyas incesantes aclamaciones se oían a mucha distancia

como el fragor de una tempestad que iba acercándose por momentos a las murallas. Cerraba esta comitiva el coronel Prim a caballo, seguido de su Estado Mayor, de dos batallones de nacionales del llano y otro de línea del regimiento de Africa.

Al llegar a las Casas Consistoriales, el Presidente de la Junta arengó al pueblo y luego lo hizo Prim, encareciendo la necesidad de deponer toda mira personal y de partido ante los supremos intereses de la patria, que exigían la armonía y la entereza de todos los buenos ciudadanos.

Estas palabras entusiasmaron al pueblo, que consideraba a Prim como su héroe favorito. Todas las personas de viso de esta ciudad fueron al día siguiente a felicitarle, ofreciéndole su apoyo, y por la noche le dedicaron dos brillantes serenatas: una los militares y otra los paisanos. La Junta Suprema le nombró Comandante general de la milicia nacional movilizadada de la provincia, al paso que publicaba un decreto ordenando que todos los solteros y viudos sin hijos, de dieciocho a cuarenta años, se presentasen armados en los puntos que se les designaba, en el término de veinticuatro horas.

— ¿Qué me dice usted de estas ovaciones? — me preguntó Salvador.

— Digo — respondí — que me recuerdan las que aquí tuvo el general Espartero.

\* \* \*

El martes 27 publicó la Junta un decreto por el cual, «haciéndose intérprete de los deseos del pueblo barcelonés y anticipándose a los mismos por considerarlos fundados en la prosperidad de esta capital», disponía el derribo de las murallas, no exceptuando sino la del mar, y que empezase el derribo al día siguiente por la parte de Canaletas, frente a la Rambla, y por la de Junqueras.

Hallábase Barcelona tan oprimida por ese cinturón de piedra que impide su desenvolvimiento, que no es de extrañar su empeño en romperlo cada vez que un trastorno político ha facilitado la libre expansión de sus sentimientos.

Dos días después, a las once de la mañana, llegaron a esta ciudad el general don Francisco Serrano y el diputado don Luís González Bravo, apeándose en la fonda de las Cuatro Na-

ciones, a cuya puerta se agolpó un extraordinario gentío que no cesó de aclamarles hasta que el general salió al balcón en ademán de dirigir la palabra al pueblo.

Fué un discurso muy elocuente, en el cual vino a decirnos, en resumen, que era llegado el momento de que, levantándose todos los buenos como un solo hombre, combatesen bajo la hermosa bandera enarbolada por nuestra Junta Suprema para derribar al tirano, cuyas miras y tendencias estaban ya descubiertas, y que con este objeto venía a ofrecer su espada como general, como subalterno y aun como soldado. Por último aclamó a Cataluña, a la reina, la Constitución y la Independencia Nacional, concluyendo con un estentóreo grito de *¡Guerra a la usurpación y a la tiranía!*

Tras él tomó la palabra su compañero el señor González Bravo, quien dijo que arrostrando mil peligros acababan de llegar de la corte para combatir al lado de los catalanes y triunfar con ellos; que en momentos de crisis los hechos deben substituir las palabras, y que debía concluir — como lo verificó — dando los mismos vivas que el general Serrano, y, entretanto, que abrigaba la esperanza de que Cataluña salvaría por centésima vez la libertad y las instituciones.

— ¡Abajo el tirano! — gritó al terminar.

— ¡Abajo el tirano! — repitió como un estruendoso eco la muchedumbre.

Mi hijo y mi yerno se espantaron, porque al retirarnos les dije sin bajar la voz:

— Al mal pagador no le duelen prendas.

Yo no lo podía remediar. Aquel par de pajarracos no me inspiró jamás confianza. Vea en todo aquello un misterio que me recordaba las conspiraciones políticas de los últimos años. Pero los barceloneses estaban sedientos de venganza, y decirles estas cosas hubiera sido predicar en desierto y exponerse a recibir un linternazo sin utilidad alguna.

Tan entusiasmados estaban que, a propuesta del Ayuntamiento, acordó la Junta que quedase constituido el ministerio López y que, interín se reuniesen los demás individuos del gabinete, el general Serrano quedase encargado de todas las secretarías. Aquel ministerio debía considerarse como gobierno provisional, *interín se irían adhiriendo a su constitución defi-*

*nitiva todas las Juntas provinciales de la península representadas por medio de dos comisionados reunidos en Junta Central.*

He subrayado estas palabras, porque su olvido costó después torrentes de sangre.

El viernes 30 leíase en *El Imparcial*, periódico barcelonés convertido en órgano oficial de nuestro gobierno, un decreto fechado el día anterior, destituyendo a Espartero de la regencia del reino y relevando a la nación entera, a los empleados de todos los ramos, de todas las clases y categorías, de la obediencia que hasta entonces le habían prestado.

Siguieron a este decreto algunos otros de suma importancia, y entre ellos el que confirmaba el nombramiento de Capitán general del cuarto distrito en favor del mariscal de campo don Ramón María Narváez, el que nombraba al mariscal don Manuel de la Concha general en jefe del ejército de operaciones de los distritos de Sevilla y Granada, los que conferían el empleo de brigadier a los coroneles don Juan Prim y don Narciso Ametller, etc.

En 1.º de julio tuvimos noticia de haber entrado en Cataluña, por Perpiñán, el diputado don Pascual Madoz y el general don Leopoldo O'Donnell.

Entretanto, la Junta de derribo de las murallas, temerosa de que al normalizarse la situación se hiciese más difícil su empresa, procuraba apresurar la demolición, abriendo al efecto una subscripción voluntaria para el pago de jornales a razón de seis reales. Los vocales de la Junta encabezaron la lista por cinco jornales cada uno. Era secretario de esta Junta don Pedro Felipe Monlau, quien había escrito una excelente Memoria sobre la utilidad y necesidad de este derribo.

Como este medio no bastó para llevar adelante la empresa, decretó la Junta que todos los varones de dieciséis a cincuenta años debiesen trabajar personalmente un día en el derribo o satisfacer en equivalencia seis reales vellón. Las brigadas municipales trabajaban en el cuartel de los Estudios, en tanto que todos los presidiarios disponibles derribaban el trozo de muralla correspondiente a Junqueras, cobrando un real de plus. Al propio tiempo invitó la Junta a los propietarios de los terrenos contiguos al glacis de la plaza, que eran los más directamente interesados en la demolición, a emprender a sus ex-

piensas el derribo y la nivelación del trozo o trozos de muralla que mejor les conviniese, quedando a su favor la piedra, ladrillos y demás escombros. La Junta decía con mucha razón: «Las circunstancias son por demás propicias, tal vez las únicas propicias que al intento se presentarán a la generación actual.»

El viernes 21 de julio, la prensa de esta ciudad se hizo eco de los rumores que circulaban acerca de la reposición de la reina madre en la regencia. ¡Alerta con los traidores! ¡Alerta con las hipócritas! ¡Quieren dividírnos con embustes!, decía la prensa liberal. Y decía yo:

— ¿En dónde están los traidores y los hipócritas?

Y Arnaldo y Salvador, hondamente preocupados, no sabían qué responder a esta pregunta.

La fatídica palabra *reacción*, el espectro y el bu de todas las revoluciones, andaba de boca y boca y preguntábanse los periódicos y el público: ¿Para qué habríamos entonces derribado a Espartero y a sus secuaces? La Junta no daba crédito a estos rumores y, con una buena fe digna de loa, nombraba vocales de la Central de la nación a los señores Zafont y don Rafael Degollada.

Muchos participaban del optimismo de la Junta, viendo tan íntimamente unido al Gobierno provisional al brigadier Prim, a quien se acababa de conferir el título de conde de Reus por la memorable defensa que había hecho de esta ciudad, dando la señal para el alzamiento general de Cataluña contra la tiranía del exregente duque de la Victoria.

Mientras una tras otra iban sublevándose las ciudades y las guarniciones, probando que había estallado un verdadero alzamiento nacional, Espartero permanecía inactivo, como petrificado de asombro, en Albacete. Cuando se resolvió a partir ya no era posible la resistencia. Sin embargo, antes de embarcarse en el navío inglés *Malabar* con Zurbano, Van-Halen y Linaje, cometió la torpe y bárbara crueldad de ordenar el bombardeo de Sevilla, acto de feroz e inútil venganza que será el eterno baldón de su memoria.

El viernes 18 de agosto llegó a Barcelona el brigadier Prim, habiéndolo verificado el día antes sus amigos y compañeros de armas Subirá y Milans del Bosch. Tanto habían cundido ya los celos, que la prensa y las autoridades tuvieron

que hacer un llamamiento al patriotismo y sensatez de este vecindario para evitar una manifestación que de fijo hubiera sido preludio de graves turbulencias, y el conde de Reus tuvo que sincerarse de los cargos que se le hacían publicando una proclama en la cual se leían estos párrafos:

«¿En que fundáis vuestras sospechas? Que os contesten a estas sencillas palabras, y si después dudáis, yo mismo iré a presentaros mi cabeza, esta cabeza que por vosotros he expuesto tantas veces con orgullo y que me es cara tan sólo porque tengo la esperanza de poderósla consagrar todo lo que me queda de vida.»

«Barceloneses: tengo un derecho adquirido, y este derecho es el de que escuchéis mi voz, esta voz que en los campos de batalla, en las Cortes y en vuestras revueltas políticas ha tornado siempre en beneficio de la causa del pueblo. Pues esta voz que no pudo acañar el poder del exregente, esta voz que resonó en Reus es la misma que ahora resuena en vuestro heroico recinto y con el tono de la santa convicción os dice: Cesad, cesad en ese empeño en que estáis de querer forzar la voluntad de la nación entera, haced que vuelva la paz a esta combatida nación, y ya que habéis conquistado el laurel de la victoria, que os quepa la gloria de empuñar la palma y el olivo...»

Nadie ha poseído jamás como Prim el don de conmover y persuadir a las muchedumbres haciendo vibrar con el sople divino de la elocuencia las fibras más delicadas del corazón. Su oratoria era brillante y apasionada, sin ampulosidad y amaneramiento, y tenía la sobriedad y el vigor tan propios de la raza catalana. Pero en aquellos momentos defendía una causa irremisiblemente perdida en la conciencia pública. *Obras son amores*, decía el pueblo llamándose a engaño. Y los halagos y consejos que se le dirgían, lejos de convencerle, le exasperaban, redoblando sus sospechas y su enojo. De ello fueron buena muestra los conatos de motín que aquellos días se produjeron y que a duras penas logró reprimir el celo de las autoridades, las cuales acordaron nombrar al conde de Reus «Capitán general interino de este ejército y Principado».

Cada día iba alejándose más y más la risueña ilusión que muchos cándidos se habían forjado de ver unidos a todos los

hombres de buena voluntad en el *Gran partido nacional* llamado a regenerar a nuestra asandereada patria.

Clamaban los descontentos que la revolución se había hecho con el pacto de que se constituiría en Madrid una Junta Central compuesta de los delegados de las Juntas provinciales, y que se había quebrantado este pacto de una manera escandalosa. A lo cual replicaban los otros que la tal Junta, políticamente considerada, hubiera sido una calamidad, un semillero de insolubles conflictos; legalmente, un absurdo, y como cuestión de conveniencia una crisis en la cual podían muy bien naufragar nuestra honra y nuestros intereses; que le hubiera faltado el prestigio de toda asamblea directamente elegida por el pueblo; que una vez reunida hubiera estallado en ella una terrible lucha de intereses en la cual el proteccionismo catalán hubiera llevado la peor parte; que por todas estas razones no eran partidarios de la Junta Central los moderados ni los progresistas sensatos; que lo urgente y lo más universalmente apetecido era el orden, y que la honradez y el patriotismo ordenaban de consuno que no se suscitasen obstáculos y disgustos al Gobierno en tan arduas circunstancias.

En todo esto había un gran fondo de buen sentido; pero lo cierto es que el pacto existía y que no se había cumplido.

El conde de Reus era el blanco de todas las miradas. Tengo a la vista *El Imparcial* del jueves 24 de agosto, que terminaba su artículo de fondo diciéndole: «Sobre los intereses de pandilla hay el bien general, y detrás de estas murallas y de esta ciudad que anubla el cielo con el humo de sus talleres hay el inmenso horizonte de una nación inmortal agitada en torno de la bandera que tú levantaste. Si tu espada logra afianzar la Constitución y la Reina, te diremos con Lamennais: *el cielo bendiga tus armas, joven guerrero.*»

Esto lo decía un periódico bien conocido por su liberalismo. Los que acerbamente han zaherido la conducta observada por don Juan Prim en aquellas circunstancias, debieran considerar que el incienso que se le tributaba era muy capaz de desvanecer los más serenos entendimientos.

Debo hablar ahora de otro asunto muy trascendental y harto más alegre que estas eternas cuestiones políticas, preñadas de odios y tempestades.



En la *Gaceta* del 24 de dicho mes de agosto se publicó una circular del ministerio de la Gobernación, en la que se concedía un privilegio exclusivo a don José M.<sup>a</sup> Roca para la construcción de un camino de hierro de Barcelona a Mataró. Este señor Roca era natural de Barcelona y del comercio de Londres, y muy conocido aquí por las mejoras que había introducido en maquinaria y vapores.

Lo que dió que hablar y discutir este asunto, excuso decirlo. Por espacio de muchos días dió pábulo a las conversaciones en todos los círculos, siendo generalmente comentado como un motivo de legítimo orgullo para Barcelona, que, en éste como en casi todos los progresos científicos y sociales, ha sido siempre la ciudad más adelantada de España.

\* \* \*

Por fin cayó la venda de los ojos que no veían sino lo que su pasión les pintaba, y al desvanecerse la ilusión, los liberales sublevados halláronse presos en sus propias redes. Creyendo salvar la libertad por la revolución, habían hecho obra de reaccionarios; pensando haber redimido a España de la tiranía, embriagáronse con tan glorioso triunfo, y al despertar viéronse prisioneros de los moderados.

Estos no perdían el tiempo. Empezaron por separar a millares los oficiales notados por su liberalismo, reemplazándolos no sólo con carlistas de los que habían aceptado el convenio de Vergara, sino también con muchos de los que habían emigrado negándose a reconocer a Isabel II. Los pueblos habían ayudado a la sublevación por odio a la tiranía del sable, y, una vez alcanzado el triunfo, resultó que habían entronizado el militarismo en la persona del general Narváez, al cual, del ministerio abajo, rendían todos vergonzoso homenaje.

Sin embargo, era indispensable dar al menos un viso y apariencia de legalidad a la nueva situación, y para salir del paso anticipóse la declaración de mayoría de la Reina, a cuyo efecto se convocaron Cortes extraordinarias, no sin despojar previamente de su cargo a muchos senadores cuya docilidad parecía dudosa.

Estas señales tan manifiestas de una desembozada reacción,

y la ira de verse tan cruelmente burlados, hicieron que los liberales de buena fe — que eran muchos en aquella época — y los hombres de armas tomar — que no eran pocos — se llamasen a engaño y jurasen tomar cumplida venganza de la felonía.

En tales momentos, recomendar la cordura es predicar en desierto; recomendar la calma es tarea inútil, cuando no peligrosa temeridad. Los que más lisonjean las excitadas pasiones de la multitud, los que no contentos con ponerse al diapason de sus rencores los halagan y estimulan, inflamando los ánimos con sus belicosas excitaciones, son los buenos, los aplaudidos y los populares.

Así sucedió entonces.

En 6 de agosto, viendo publicada la convocatoria a Cortes, elevó nuestra Junta Suprema una segunda exposición al Gobierno, reclamando enérgicamente el cumplimiento de lo pactado, y si bien seis días después renunció al carácter de gubernativa contentándose con el modesto título de auxiliar, veíase bien a las claras que no lo hacía sino por cubrir el expediente, reservándose la libertad de proceder a reserva como le pluguiese y conviniese.

El día 13, cuando más concurrida estaba la Rambla, invadía un grupo muy numeroso tremolando una gran bandera en la cual había escrito el lema: *Junta Central*. Asustáronse las señoras y muchos caballeros, huyendo a encerrarse en sus casas; pero en cambio muchísimos transeúntes se unieron a la manifestación, siendo en muchas partes aplaudidos.

Dos días después fué desarmado inopinadamente y como por sorpresa el primer batallón de voluntarios de la Junta, llamado *de la blusa*, en el fuerte de la Ciudadela; pero recobró luego las armas, posesionóse de Atarazanas, y cuando en la tarde del 17 entró en la plaza el nuevo Gobernador militar don Juan Prim, negóse resueltamente a abrirle las puertas de la fortaleza.

¡Qué entrada aquélla! Aun me parece que la estoy viendo. Las familias que habían emigrado a causa de los pasados trastornos, empezaban a huir de nuevo temiendo que se reprodujesen de un momento a otro, y la gente pusilánime temblaba a la idea de un segundo bombardeo, de modo que se veían cerrados muchos balcones y ventanas y discurrir por las calles a los

vecinos con gesto azorado y preguntándose mutuamente cuándo empezaría la bullanga. En medio de esta consternación de los unos y de los belicosos preparativos de los otros, entró el brigadier Prim en Barcelona, mientras los tambores de la Milicia nacional batían generala en todos los barrios.

Después de conferenciar con las autoridades, arengó al pueblo, recomendándole la tranquilidad, y publicó la proclama que antes he mencionado. Reuniéronse comisiones de la Diputación, del Ayuntamiento, de la Junta Auxiliar, de los comandantes de la Milicia y otras personas influyentes bajo la presidencia de don Juan Prim, nombrándose en esta asamblea popular una comisión que pasase a exponer al Gobierno el estado de la ciudad y la precisión de dar cumplimiento a lo pactado respecto a la Junta Central, reuniéndose en su defecto Cortes Constituyentes.

Esta comisión salió para Madrid la noche del 22, dejando a Barcelona hecha un volcán. El tono acerbo de la prensa, la efervescencia que se notaba en todos los sitios públicos, las quejas y amenazas que se oían en los grupos cada vez más numerosos y compactos de las calles y plazas más concurridas, no permitían esperar que acabase en paz aquel conflicto, ni siquiera que ésta durase hasta el regreso de los comisionados.

En efecto, antes que éste pudiese efectuarse rompieron las hostilidades con furioso encono, atropellándose desde entonces los sucesos de tal manera, que renunció a contarlos, limitándose a continuar aquí buenamente las notas que iba tomando a vuela pluma de los más notables que iban llegando a mis oídos.

## SEPTIEMBRE

Día 1.º— Como si no sobrara combustible para que arda la ciudad por los cuatro costados, se celebran banquetes patrióticos en varias fondas, con achaque de conmemorar el aniversario del pronunciamiento de septiembre de 1840. Habrá copiosas libaciones y brindis de color subido. Dios tenga de su mano a los oradores.

Los comisionados han escrito. El Alcalde primero publica

su comunicación, de la cual se desprende que *aun* no han podido ponerse de acuerdo con el Gobierno. ¡Cómo si este acuerdo fuera posible!

Prim ha ido esta noche a Atarazanas a arengar al batallón de la blusa, el cual ha respondido aclamando a la Junta Central, y en cuanto el brigadier ha vuelto las espaldas le ha faltado tiempo para enviar artillería al 3.º de Francos de Cataluña, cuyo comandante, don Francisco Riera, ha contestado a la orden de desarme penetrando con su gente por una brecha de la muralla y posesionándose de la Plaza de San Jaime.

Así acaba de contármelo Arnaldo, que ha estado banqueando en la Fonda de Oriente. Viene echando chispas. Conócese que allí se ha hablado gordo.

Día 2. — Lluven proclamas en todos sentidos. Desde muy temprano se oye tocar generala. Todas las autoridades, menos el Ayuntamiento, se reúnen en la Lonja, amparadas por los *guías* de Prim, y después de deliberar un rato, acógense a la Ciudadela.

Los batallones de la Milicia han manifestado: los unos que no harán fuego contra los sublevados, y los otros que, como se hostilice a éstos, se les unirán inmediatamente.

Una *Comisión popular interina* que acababa de improvisarse en el palacio de la Diputación, bajo la presidencia de don Antonio Baiges, dice que hará respetar las personas y las propiedades de sus conciudadanos, e invita a todos los catalanes a enviar a Barcelona dos comisionados por cada distrito judicial.

Día 3. — Ya empieza a bambolear el ídolo. La comisión que ahora se titula *Junta Suprema provisional de la provincia*, dice en una alocución a los catalanes haber tenido conocimiento, «con el mayor asombro e indignación, de que don Juan Prim, ébrio seguramente de venganza y de rencoroso encono, ha salido de esta ciudad con el pérfido intento de llamar sobre esta valiente y liberal población el odio de toda la provincia.»

Los centralistas se han posesionado de la Capitanía general, de la Aduana y la Puerta del Mar. Esto les ha permitido oponerse al desembarco de algunas fuerzas del ejército, procedentes de Tarragona, bien que al fin pudo efectuarse junto al fuerte de don Carlos, al amparo de los cañones de la Ciudadela, que han disparado varios botes de metralla.

Ha sido nombrado primer jefe de las fuerzas revolucionarias el coronel don Antonio Baiges, y segundo don Francisco Riera.

Fortifícase la tropa en la Barceloneta y los sublevados en la Puerta del Mar y en el baluarte del Mediodía, que es sin duda una insigne temeridad, pues se halla a tiro de pistola de las murallas de la Ciudadela.

El jefe político, con todas sus dependencias, se ha trasladado al barrio de Gracia.

Día 4. — Rómperse el fuego en toda la línea por la impaciencia de los centralistas. Corre Baiges a suspenderlo, y al pasar por la muralla del mar cae muerto de un balazo en el pecho. Nómbrase para substituirle a don Rafael Degollada, quien inflama los ánimos de los amotinados con su elocuencia.

La emigración toma proporciones extraordinarias. El puerto está bloqueado por buques de guerra. El Capitán general ofrece asilo a los cónsules en la Ciudadela.

Día 5. — La Junta dirige a la Nación un solemne manifiesto que termina de este modo:

«Hemos visto que el ministerio, faltando a su palabra y formal compromiso de Junta Central, ha convocado Cortes, y Cortes ordinarias, sin estar facultado para ello: ha disuelto el Senado; ha decretado quintas; ha impuesto contribuciones; ha quitado Ayuntamientos y puesto otros de Real orden; ha mandado renovar Diputaciones provinciales; ha desarmado la milicia nacional de varios puntos; ha quitado a los patriotas de varias provincias y puesto a hombres afrancesados, sin prestigio ni moralidad; ha entregado la inspección del ejército a los reaccionarios de 1841; ha destituido jefes y oficiales entusiastas por la libertad; ha proyectado y va a realizar la enajenación de los bienes nacionales que quedan mediante un empréstito de cuatrocientos millones, con el cual se enriquecerán los asentistas y se sumirá al país en el descrédito y la miseria; ha inclinado la balanza a favor de un partido, haciendo renacer todos los odios de otras épocas; ha logrado que se separen de su causa los hombres más probos y resueltos; se ha constituido instrumento de una camarilla de gitanos políticos sin fe, ni pudor, ni convicción... ¿Qué más queréis, qué más esperáis, españoles? ¿Os alzasteis para esto en junio último?

¿Es esto la Constitución *rígidamente observada*, como dijo el señor López en su programa?»

Y concluye con un ardiente llamamiento a las armas.

— Sí, nos batiremos — exclama Arnaldo, después de leer el manifiesto —. Nos batiremos, ¡vive Dios!, por la libertad, por la patria, por...

— Por la faja del general Prim — he replicado yo, perdiendo la paciencia.

\* \* \*

La Junta dicta disposiciones muy rigurosas, entre ellas la que castiga con la última pena a los milicianos que al toque de generala no acudan a los puntos que les correspondan. Además crea una *Junta de armamento y defensa*, compuesta de don José Torres y Riera, comandante del séptimo batallón de M. N., don Agustín Aymar, capitán del batallón de artillería de M. N., y don José Molíns, teniente coronel retirado y capitán de la M. N.

Por otro decreto ordena que estén abiertos todo el día los almacenes y tiendas de comestibles, los cuales han de venderse a los mismos precios que tenían el día 1.º de este mes, bajo la pena de quinientos reales de multa.

Todo el día ha continuado el fuego contra la Barceloneta y la Ciudadela, por un lado, y contra el barrio de Gracia, por otro. En éste hay muchos barceloneses fugitivos, y el brigadier Prim, en cuyo alojamiento — que es la fábrica de don Francisco Puigmarí — han caído tres granadas. El jefe político interino oficia desde allí al Ayuntamiento, conminando a la ciudad con el bombardeo si no cesa el fuego contra Gracia.

Bajas de los centralistas hasta el día de hoy: 10 muertos y 25 heridos.

Las campanas casi no cesan de tocar a rebato.

Día 6. — Participa la Junta Suprema al público que el célebre *Policay*, con su gente, acaba de llegar a Barcelona; que la milicia de Gerona y de San Martín de Provensals se han adherido al pronunciamiento, y que el valiente coronel don Juan Martell viene con sus fuerzas a secundarlo.

Aumenta la emigración. Hay calles desiertas y con todas las puertas cerradas, como en tiempo de epidemia. Los proyectiles de la Ciudadela y del fuerte de don Carlos causan al-

gunos destrozos en los magníficos edificios de Xifré y de Carbonell en la Plaza de Palacio.

Mi familia y la de mi yerno han partido a San Feliu de Llobregat, lo cual me permite vivir con más tranquilidad de espíritu. Arnaldo no ha querido dejarme. Me espanta su cariñosa admiración por Aymar y Degollada, patriotas chapados a la antigua y que, como Martell, no retrocederían jamás ante las consecuencias de sus actos, siempre ajustados a una convicción inquebrantable. No hay nada tan contagioso como el heroísmo patriótico.

El general Avelle ha notificado a los cónsules el bloqueo de Barcelona, induciéndoles a tomar la resolución que estimen conveniente para la seguridad de sus personas y las de sus representados.

Día 7. — Gran cañoneo de Montjuich y la Ciudadela, sobre todo contra Atarazanas, a cuyo fuerte disparó el castillo, en el breve espacio de tres horas, 102 balas rasas. El gobernador de la fortaleza, tan vigorosamente combatida, se ha quitado al empezar el fuego la corbata negra que llevaba, enarbolándola a guisa de bandera. La Rambla está llena de gente que contempla la caída de los proyectiles.

Ha llegado a Esparraguera el coronel Martell, con siete batallones, y mañana debe llegar el brigadier Ametller con su división.

El Ayuntamiento ha recibido del Capitán general una comunicación que tiene gracia. Este buen señor pretende que los concejales desarmen a los sublevados y le lleven presos los individuos de la Junta, diciendo que bien puede hacerse ahora lo que se hizo en noviembre del año pasado, y que, de lo contrario, va a hacer un disparate. Hablando en romance, lo que haría él sería bombardear desde muy lejos a los que no se atreve a combatir de cerca. El Ayuntamiento ha contestado a ese ladino guerrero que mal pueden hacer once paisanos desarmados lo que no pudo él realizar con fuerzas tan imponentes.

Con motivo de estas negociaciones, el castillo ha suspendido sus fuegos.

Día 8. — La milicia de Figueras recorre la provincia de Gerona incitando a los pueblos a alzarse en armas. Insiste el general en que el Ayuntamiento envíe una comisión a la Ciudadela.

Día 9. — Entra el coronel Martell, a quien hace el pueblo una ovación entusiasta. Después de conferenciar con la Junta, pasa a la fonda de las Cuatro Naciones, en donde se le obsequia con un banquete, arengando luego desde el balcón al gentío agolpado en la Rambla. Su discurso ha terminado con vivas a la Junta Central, a la Reina, a la independencia nacional y al *pueblo soberano*.

Un rato después llegan los comisionados que fueron a Madrid para tratar con el Gobierno en nombre y representación de la Asamblea popular barcelonesa.

Se ha pronunciado Villanueva y Geltrú, fortificándose y montando en su recinto varias piezas de artillería. Algunos patriotas de aquella opulenta población ofrecen mantener cada uno de ellos, por espacio de un mes, veinticinco hombres a razón de seis reales diarios.

También se ha pronunciado la villa de Olot.

En cambio, la Junta auxiliar de gobierno de la provincia de Tarragona, en la cual domina el elemento moderado, publica un virulento manifiesto contra los centralistas barceloneses, firmado por Pedro López Chapi, presidente, Antonio Satorres, Juan B. Maxé, Eduardo de Toda, Ramón Alba, Francisco Clavell, Francisco Cabeza y José Monravá, vocal-secretario.

Día 10. — Entra Ametller al medio día con 1.500 infantes y dirigese a la Plaza de la Constitución. Desde las Casas Consistoriales arenga Degollada al pueblo, y luego lo hace Ametller, diciendo que antes de consentir el triunfo de los serviles sabrá morir sepultado en las ruinas de Barcelona. Termina dando mueras a Cristina, a los Narváez, los Conchas y los tiranos, repitiéndolos con frenesí el pueblo y las tropas pronunciadas. Aumenta el entusiasmo.

La Junta suprema declara a Prim traidor a la patria, despojándolo de todos sus grados, honores, títulos y condecoraciones, y nombra al brigadier don Narciso de Ametller mariscal de campo y Capitán general del ejército del Principado de Cataluña.

Este publica dos ardientes proclamas dirigidas la una a los catalanes y la otra a los zaragozanos. Don Francisco María Fort, comandante del primero de Francos de Cataluña, publica otra en la cual declara que no admite ni da cuartel en la lucha que se ha iniciado. La Junta dirige una alocución a



los soldados que toman parte en el pronunciamiento, ensalzando su patriotismo y señalando a cada uno un real de plus diario.

El cónsul francés embarca en buques de su nación a todos sus compatriotas, facilitando recursos a los necesitados.

Día 11. -- La Junta niega al Ayuntamiento la autorización que éste le había pedido anteayer para celebrar una entrevista con el Capitán general.

Prohibe bajo severísimas penas la extracción de toda clase de víveres.

Día 12. -- Anoche, en medio de un copioso aguacero, salió Ametller de esta ciudad con una fuerza de 2.000 hombres, sorprendiendo en San Andrés de Palomar a unos cincuenta jefes y oficiales y una parilda de tropa, que tuvo que rendirse con armas y municiones. El pueblo se adhirió inmediatamente al pronunciamiento.

Organízanse las baterías de montaña para la división Ametller, haciéndose requisita de acémilas y caballos.

Se han pasado a los centralistas cinco sargentos de Montjuich, uno de la Barceloneta y tres oficiales de la Ciudadela.

Nómbrese una *Comisión militar permanente* para juzgar a los que hagan armas contra la Junta, a los que presten ayuda a sus enemigos o esparzan voces alarmantes para difundir el desaliento, todos los cuales deben ser pasados por las armas.

Sabadell se ha pronunciado, nombrando una Junta que preside don Antonio Casanovas.

Una Junta Central establecida en Madrid ha publicado un largo manifiesto que empieza: «Tristísimo es ver que los pueblos celosos de su libertad e independencia hacen las revoluciones, y los intrigantes logran las más veces esterilizarlas, convirtiéndolas en su particular provecho.» Vese por estas palabras que en el tal documento se pone, como vulgarmente decimos, el dedo en la llaga.

Llueve a cántaros. Por esta causa ha cesado completamente el tiroleo.

Día 13. -- Ametller ha entrado con su división en Mataró, encontrando allí a don Francisco Bellera con las tropas pronunciadas de la provincia de Gerona. Dice que su marcha fué

una serie no interrumpida de triunfos; que Tordera, Calella, Canet, Arenys de Mar, Vilasar de Baix y de Dalt se han pronunciado, y que tiene a sus órdenes más de 7.000 hombres de fuerzas regulares. Ametller concluye su comunicación exclamando: «Con tales ciudadanos, Excelentísimo Señor, la patria siempre es grande.»

La Junta participa al público que se han pronunciado también Marlorell y los demás pueblos de la cuenca del Llobregat.

Día 14. — Instálase en Figueras una Junta presidida por Abdón Terradas, cuya alocución contiene el siguiente programa:

«Junta central compuesta de representantes de las provincias, elegidos por todos los españoles sin excepción.

«Gobierno provisional ejercido por dicha Junta central hasta la inmediata convocación de una asamblea constituyente.

«Igualdad de derechos políticos entre todos los españoles para lo sucesivo, base indispensable para tener efectiva la soberanía nacional.»

Aunque bien se transparenta en este programa el republicanismo de Terradas, éste protesta solemnemente de su leal propósito de no atacar las instituciones que quiera darse la nación soberana.

Día 15. — Ametller, desde su cuartel general de Badalona, avisa que acaban de entrar en Cataluña los cabecillas carlistas Zorrilla y Mallorca con una horda de foragidos, aclamando a Cristina y a Narváez.

Día 16. — Anuncia la Junta que se ha unido a la división de Ametller un batallón de ampurdaneses y que la ciudad de Reus se ha adherido al pronunciamiento.

Don Miguel de Araoz, nombrado Capitán general del Principado, dirige una notable alocución a los catalanes, instándoles a deponer las armas en aras de la paz y del patriotismo.

Día 17. — La Junta promulga un decreto declarando destituido al ministerio.

El Capitán general declara la provincia en estado de guerra.

Todo el día y toda la noche ha llovido sin intermisión.

Día 18. — Continúa la lluvia. Con este motivo ha menguado mucho el tiroteo.

Día 19. — Esta tarde salió de Gracia el brigadier Prim

para acantonarse en el Clot y en San Martín de Provencals, a fin de estar en posición propicia para atacar a los sublevados de San Andrés de Palomar. Al notar este movimiento, dispuso Ametller que la brigada Martell construyese un puente de carros sobre el Besós para acudir en auxilio del punto amenazado, trabándose un recio combate entre dos batallones salidos de la Ciudadela y uno de los nuestros que estaba en San Adrián, a la otra parte del río. El enemigo tuvo que desistir de su propósito, dejando en el campo cinco muertos y dos prisioneros, amén de unos treinta heridos. Por nuestra parte tuvimos dos muertos y diez heridos.

Entretanto, el coronel Martell atravesaba el río, llegando a San Andrés cuando más empeñada estaba la acción. También allí fué rechazado el enemigo con mucha pérdida de muertos y heridos, los cuales ascienden por junto a ochenta y los prisioneros a veintiuno. El total de muertos y heridos de nuestro campo es de veinte. Hemos conservado todas las posiciones.

Opínase generalmente que la acción hubiera durado mucho más si no hubiese caído sobre los combatientes un verdadero diluvio.

Aquí se han envalentonado mucho los ánimos con esta función de guerra. Hay hombre que habla de ella como de otro Austerlitz.

Día 20. — Ha ocurrido un hecho digno de parangonarse con los más destacados episodios caballerescos.

Habiendo tenido noticia la Junta de que las fuerzas enemigas carecían de auxilios curativos, ha oficiado al Capitán general, Araoz, ofreciéndole sus hospitales, médicos y demás elementos, en la inteligencia de que los heridos podrán, después de curados, incorporarse nuevamente a sus filas, sin ningún género de compromiso. El vocal de la Junta, don José Massanet, acompañado de un oficial, dos nacionales de caballería y un corneta, ha llevado este oficio a la Ciudadela, en donde ha tenido con el general una conferencia, en la cual se ha hablado de la suspensión de las hostilidades.

Este humanitario rasgo de la Junta ha conmovido mucho al general Araoz, quien ha contestado que agradecía sus ofrecimientos y que mañana, oyendo al Inspector de hospita-

les, indicará el uso que resuelva hacer de tan fraternal oferta, y que si por su ordenado bloqueo careciésemos los de esta ciudad de algunos artículos de los prohibidos entrar en ella, gustosamente lo permitiría con la nota que se le pase, como lo hizo ayer con la sal que fueron a buscar a la Barceloneta.

Son palabras textuales. Además notifica haber ordenado a sus tropas que no hagan fuego sino cuando fueren hostigadas.

Se me figura que el Gobierno va a dejar poco tiempo en su mando a este simpático y humanitario caballero.

Hoy ha publicado en Gracia el jefe político interino, don Joaquín Maximiliano Gibert, una alocución ofreciendo a los nacionales que abandonen las filas de los sublevados el sueldo de cinco reales diarios, que cobran en ellas, e induciendo a los obreros a separarse de una revolución que paraliza los trabajos y arruina todas las industrias.

Mucho ha de batirse el cobre antes que vean sus ojos la desbandada.

\* \* \*

Arnaldo se ha acostumbrado a unas ausencias muy largas y misteriosas, que me dan mala espina. El mejor día me lo traen muerto. Como él no es vicioso ni trasnochador, y esta revolución le tiene loco, creo que tenía razón su cuñado Salvador cuando me decía al partir:

— A ése átele usted corto, papá, porque si no se viene con nosotros no es solamente para acompañarle a usted, sino porque también le ha atacado la locura reinante.

Lo cierto es que sus discursos son muy exaltados y que trae a colación recuerdos muy trágicos, como el sitio de Barcelona en la guerra de Sucesión y otras historias que, a mi entender, así compaginan con lo que está pasando como por los cerros de Ubeda. A bien que, atando cabos, nótese alguna reminiscencia de aquellos tiempos en estos pujos de independencia provincial que de seguro entusiasmarían a mi padre (q. g. g.), si viviese todavía. Yo tengo para mí que de todo esto no van a resultar sino ruínas y desengaños, porque a los ojos de las demás provincias, harto acostumbradas al yugo de la centralización, el peor pecado de la revuelta es el haber nacido en Cataluña. Nuestro espíritu independiente y altivo

calificanlo de rebelde, y porque no nos entienden nos calumnian y maldicen de nosotros. Por más que diga la Junta, la revolución no cunde. Tras ella vendrá la reacción y los más oprimidos y maltratados seremos nosotros, por habernos metido a redentores. Muchos de los que hoy nos combaten se darán entonces con un canto en los pechos; pero será tarde.

Día 21. — A pesar de haber convenido en la suspensión de las hostilidades, esta noche, desde las siete, ha habido un gran tiroteo, disparando la Ciudadela muchos metrallazos. Parece ser que el general Araoz se amoscó por haber leído en los periódicos que él era quien había propuesto la tregua; noticia en verdad poco meditada, pues ya podía suponerse que él volvería por su dignidad y que no podía hacerlo de otro modo que rompiendo inmediatamente el fuego.

En Martorell han sido derrotados y dispersados los centralistas, que habían entrado allí el día 18, cayendo prisioneros unos cincuenta, entre ellos el vocal secretario de la Junta de Barcelona, don José M.<sup>a</sup> Montañá y Romá, que los capitaneaba.

Día 22. — Se ha librado en San Andrés de Palomar un combate que no deja de tener bastante importancia. Al salir el sol rompió el fuego la artillería enemiga contra las casas de la carretera, que estaban sólidamente fortificadas. Defendía la población Martell, con 1.500 hombres, en tanto que Ametller se situaba en Badalona, dispuesto a acudir en su auxilio.

Se ha luchado con denuedo por ambas partes. Los gufas de Prim embistieron a cuerpo descubierto las primeras casas bajo una lluvia de proyectiles, derribando las puertas a hachazos y trabando en el interior de los edificios una horrenda pelea, cuerpo a cuerpo. Los centralistas hacían un fuego infernal desde las casas fortificadas y desde las torres aspilleras que aun quedaban allí de la última guerra; pero la artillería enemiga les obligó a retirarse con gran pérdida de armas y municiones y de unos doscientos prisioneros.

También la tropa ha tenido muchas bajas, entre ellas bastantes de jefes y oficiales, lo que no es extrañar si se consideran las condiciones de la lucha. Don Lorenzo Miláns del Bosch, dando ejemplo de serena intrepidez, metióse solo entre filas de una compañía enemiga, recibiendo una herida que le

atravesó de pecho a espalda, de modo que le tuvieron por muerto.

Aquí debo hacer presente que, tres días después de librarse esta acción, el general Serrano escribió a Prim una carta cariñosa, notificándole que al recibir su parte se quitó entusiasmado la faja que tenía el gusto de remitirle con el nombramiento de mariscal de campo con que el Gobierno había tenido a bien recompensarle. Mi predicción se había realizado. El mote de Prim era: *O faja, o caja*. La faja ya la ha logrado.

Esta tarde ha vuelto Montjuich a disparar contra Atarazanas, en cuya fortaleza, lo mismo que en el Baluarte del Mediodía, ondea bandera negra.

Ametller, en una alocución fechada en Santa Coloma de Gramanet, llama a los catalanes a las armas, diciendo que Prim, parapetado en San Andrés, no se atreve a batirse con él en campo raso. En esto hay jactancia, pues bien se atrevió a batirse al descubierto estando parapetados los centralistas. Pero Ametller es enfático en su estilo y abusa de la hipérbole con suma frecuencia. La verdad en su lugar.

Día 23. — Esta tarde se ha oído un vivo tiroteo hacia la Cruz Cubierta. Era una escaramuza que los somatenes, aliados a las tropas que nos bloquean, sostenían con los nacionales de la ciudad. Dícese que su objeto era distraer la atención para que pudiesen conducirse a la Ciudadela los prisioneros de Martorell.

Echanse a vuelo las campanas con motivo de haberse recibido la noticia del pronunciamiento de Zaragoza.

Día 24. — Háblase de una conspiración urdida para entregar la plaza, franqueando el paso al enemigo por la parte de San Pedro. Por esta causa se ha puesto presos al comandante y a varios empleados del presidio, que está allí situado; pero más tarde ha resultado que no había pruebas para condenarlos.

A las ocho de la noche hemos recorrido con mi hijo toda la Rambla, sin encontrar en ella alma viviente. En cambio hemos visto desfilar una larga hilera de carros embargados.

Más tarde hemos visto emplazar en la Plaza de San Sebastián una batería de dos piezas para combatir la Ciudadela. Con el fin de evitar los fuegos de esta fortaleza al traspasar

esta bocacalle, se ha cortado la rampa de la muralla de mar.

Hoy han sido expulsados de Sabadell los centralistas, cayendo prisionero el bravo don Francisco Riera. También he sabido posteriormente que la misma noche entró Prim en aquella población.

Día 25. — Por fin se ha sabido el destino de los muchos carros que mandó embargar la Junta. Los quería para transportar a Alarazanas las municiones almacenadas en la catedral; considerando sin duda que aquel fuerte se halla expuesto a los fuegos de Montjuich y que la catedral está construída a prueba de bomba. A pesar de esta circunstancia, los vecinos de aquel barrio están muy alarmados, temiendo que por cualquiera imprudencia ocurra una explosión en la iglesia.

Hemos entrado en el período del terror. Circulan por lo bajo noticias desagradables que difunden el desaliento. La Junta cree combatir esta propaganda esparciendo nuevas optimistas; pero dudo que sea eficaz el sistema, porque lo desvirtúa la desesperación revelada en sus rigores, que se van extremando por momentos.

El general Araoz ha sido reemplazado por el teniente general don Laureano Sanz. Ya decía yo que Araoz no envejecería en este mando.

Los centralistas han sido expulsados de San Baudilio de Llobregat, ocupándolo las tropas. El cerco se va estrechando.

Aquí debo añadir dos párrafos de una carta particular del general Prim, dirigida con esta fecha desde Sabadell a un gran amigo suyo, porque ayuda mucho a comprender lo enmarañada que se va poniendo la situación.

«En Mataró quedaron anoche sobre trescientos rebeldes y parte de la M. N. con el gobernador Herbellá; disto de ellos nueve horas; no me esperan; saldré a las seis de esta tarde, llegaré al amanecer, y acaso los pillaré en la cama. De San Andrés haré también que salgan dos batallones con la artillería; si se me encierran en algunos de los fuertes, los destruiré.

»Esto se concluye por momentos. Después de las operaciones de Mataró le propondré al Capitán general entrar en la plaza, y si convenimos, yo ofrezco que Barcelona quedará sometida al Gobierno antes de ocho días.

»No importa nada el pronunciamiento de Zaragoza, cuando no ha encontrado eco en Aragón; y sí, como espero, termina esto, en muy pocos días pasará a aquella capital, si así lo dispone el Gobierno.»

Día 26. — En efecto, Prim ha realizado su plan, llegando con sus fuerzas a las nueve de la mañana de hoy a la vista de Mataró y dando como por sorpresa tan seria embestida a las fortificaciones exteriores, que los centralistas se vieron obligados a replegarse en los fuertes y plazas interiores que formaban la segunda línea, en tanto que el comandante Miláns, con cinco compañías, ocupaba la carretera de Francia para cortarles la retirada. La lucha fué por ambas partes tenaz y enconada hasta el heroísmo. La artillería de Prim barrió la primera calle del arrabal hasta la entrada de la Rambla; mas aquí fué preciso ir tomando las casas una tras otra. Los centralistas, apoyados en el convento de los Escolapios, las ocupaban todas, haciendo desde sus balcones y ventanas un fuego espantoso, de modo que los jefes y oficiales de artillería tuvieron que animar a sus soldados con el ejemplo, llevando personalmente los materiales para la construcción de las barricadas.

Dióse entonces un ataque general, tomándose por asalto el convento y el fuerte. La guarnición de éste pretendía que se le franquease el paso para Gerona; mas Prim les contestó: *O rendirse a discreción, o la muerte.* No tuvieron, pues, más remedio que rendirse sin condiciones, y fueron todos presos y desarmados, costándole no poco al general salvar sus vidas, pues la tropa, irritada por el daño que le habían hecho, quería de todos modos pasarlos a cuchillo.

En este sangriento combate ha tenido la división Prim 16 muertos, 8 heridos y 24 contusos. Las bajas de los centralistas han sido muchas, cayendo 525 de ellos prisioneros.

Día 27. — Cuando era más vivo el fuego por ambas partes, ha cesado de improviso como por ensalmo, enarbolando banderas los fuertes enemigos en señal de suspenderse las hostilidades. Ignórase el motivo de esta novedad.

Día 28. — Anoche desaparecieron don Francisco Torres, gobernador de Atarazanas, y su hermano don José, presidente de la Junta de Armamento y Defensa.



Estas defecciones causan un desaliento que no bastarán a desvanecer todos los decretos y supercherías de nuestro Gobierno revolucionario.

También desapareció el secretario particular de la Junta, don Juan Nogués, en compañía de don Jaime Safont y don Salvador Juncadella, acaudalados capitalistas, que estaban presos por orden de la Junta y a los cuales facilitó un pase, yendo a guarecerse con ellos a bordo de un buque extranjero.

La Junta ha convocado a todos los jefes y oficiales de la plaza, dirigiéndoles el presidente un discurso muy vehemente al cual han contestado jurando sobre sus espadas luchar hasta la muerte. Los vocales de la Junta han empuñado el fusil como simples milicianos. Circula el rumor de que va a ser puesto en capilla el comandante Riera, que cayó prisionero en Sabadell, y la Junta oficia al Capitán general que, como sea pasado por las armas dicho sujeto o cualquiera de los centralistas, no responde de las represalias que puedan tomarse en Barcelona. A las siete de la noche recorre las calles y la línea exterior de fortificación una banda militar tocando himnos patrióticos. La segúan un enjambre de pilluelos profiriendo descompasadas voces.

Pero este discordante estrépito hacía un tristísimo contraste con la mustia soledad y el lúgubre silencio que en la ciudad reinaban.

Arnaldo está muy cabizbajo y abstraído. Habla y come poco, y yo, no queriendo aumentar su aflicción, me abstengo de hablarle de lo que ocurre, que no es muy halagüeño para los centralistas.

Día 29. — Los cónsules extranjeros convocan a los súbditos de sus respectivas naciones, recomendándoles que dentro del plazo de veinticuatro horas abandonen la plaza o procuren alojarse en el centro de la ciudad, a fin de evitar los perjuicios que podría ocasionarles el fuego que el ejército va a dirigir contra las baterías de las murallas y demás puntos fortificados.

Con este motivo ha aumentado la emigración de una manera extraordinaria.

La Junta de Armamento y Defensa, felicitando a la Suprema por su resolución de empuñar las armas, declara que se dedica sin tregua a sus tareas, *a fin de que la capital del antiguo Prin-*

*cipado sea una nueva Numancia, caso que las armas del fiero despotismo así lo quieran.* Este énfasis retórico es de mal agüero. Las frases retumbantes suelen oírse al sonar la hora de los grandes desengaños.

La Suprema ya no repara en pelillos. Hoy ha declarado milicianos a todos los solteros y viudos sin hijos, de la edad de diecisiete a cuarenta años.

El carnero, que se vendía a dieciocho cuartos la tercia, o libra de doce onzas, ha subido hoy a veintidós cuartos la tercia.

Día 30. — Se ha formado una compañía de 150 hombres, denominada de *salvaguardias de la libertad*, compuesta exclusivamente de presidiarios. ¡Valientes campeones le han salido a la libertad! Digo, valientes sí lo serán; pero es una legión que no honra mucho la causa que defiende.

Se acercan los momentos de prueba.

## OCTUBRE

Día 1.º — A la una y media de la tarde nos ensordeció un estrépito infernal. Montjuich, la Ciudadela y el fuerte de don Carlos disparaban a un tiempo vomitando una lluvia de proyectiles sobre nuestros fuertes de Atarazanas, del Mediodía, de San Pedro y San Antonio y las baterías de la muralla. El estampido de este cañoneo ha durado hasta las siete de la noche. Algunos edificios públicos han sido muy deteriorados, en especial la Lonja. Las casas del Roch y de la Puerta Nueva han sufrido mucho también a causa de su proximidad a la Ciudadela. En muchas calles han caído balas rasas y granadas de todos calibres.

A la verdad, las bajas de los centralistas no guardan proporción con la enorme cantidad de proyectiles disparados. Nuestras baterías contestaron muy débilmente.

La Junta ha publicado una proclama haciendo constar que la indignación causada por tan bárbaro proceder ha inducido a muchos vecinos a pedir las armas, y concluye diciendo: «Los extranjeros participarán a sus respectivas cortes que el Gobierno español no sabe sofocar el más justo de todos los alzamientos sino destruyendo capitales, sin tener en cuenta

que este medio inusitado fué la herida mortal que precipitó la caída de Espartero y ocasionará la de todos que lo pongan en ejecución.»

Todo esto está muy bien dicho; pero yo no veo en la resistencia de Barcelona sino la porfía de la desesperación. Nadie nos auxilia, nadie viene a distraer al ejército sitiador, y si esto duran a reducir impunemente a escombros a esta ciudad desventurada.

La Junta de Armamento y Defensa ha embargado todas las existencias de nitró y de azufre, pagándolas al precio corriente, y ha ofrecido cinco reales de vellón diarios a los jornaleros que quie-

ran trabajar en las obras de fortificación. Se han establecido dos fábricas de pólvora: una en el Seminario Conciliar y otra en el Buen Suceso.

Día 2. — Ayer publicó el Capitán general un bando rigurosísimo estableciendo el bloqueo por mar y tierra.

Desde las cinco y media de la mañana hasta las cuatro de la tarde casi no han cesado de tirar Montjuich y la Ciudadela. El fuego ha cesado por haber ido a Gracia el cónsul francés, manifestando al Capitán general que los proyectiles caían sobre puntos no fortificados causando inmensos perjuicios, a lo que ha contestado el general que mandaría suspender el fuego, no repitiéndose sino en caso de ser hostilizado o de



observar que continuasen las obras de defensa en las baterías y barricadas.

La Junta de Armamento y Defensa dicta un decreto ordenando que todos los trabajadores de fundición de proyectiles se presenten inmediatamente, bajo responsabilidad per-

sonal, en la fábrica establecida al efecto en la calle de San Pablo.

Hoy se ha vendido la carne de carnero a peseta la tercia.

Día 3. — Cañoneo intermitente, pero a ratos bastante nutrido. Los artilleros y la guardia de la puerta de San Antonio han recogido en aquel punto sesenta y nueve balas de a 24, dos granadas cargadas y dos sin cargar. Es un verdadero despilfarrero de proyectiles.



Los barceloneses nos vamos familiarizando de tal suerte con el bombardeo, que los hombres se entretienen en hacer rodar las balas por las calles y los chiquillos juegan con las de menor calibre arrojadas con la metralleta.

Cuéntanse rasgos de verdadera temeridad. Por ganar una apuesta insignificante hay hombre que se aleja hasta una enorme distancia de la plaza, avanzando hacia el enemigo en medio de una granizada de balas. ¡Qué lástima de heroísmo!

Sin embargo, muchos enfermos, ancianos y mujeres han fallecido estos días a consecuencias de los terribles sustos que

han llevado al oír la caída de un proyectil de artillería junto a ellos o en la casa que habitaban.

Por ahora no ha caído ninguno en la nuestra.

Posteriormente supe que hoy se había sometido Villanueva y Geltrú al Gobierno provisional.

Día 4. — Empieza a preocupar seriamente la cuestión de subsistencias. La Junta, cortando por lo sano, ha decretado que, hasta nueva orden, se venda la carne de oveja a dieciocho cuartos la tercia, la de vaca a diecinueve, y a veintidós las de carnero y de ternera.

Revélase también esta preocupación en la mayor facilidad con que se conceden los pases de salida, de la cual se aprovechan muchas familias cansadas de sustos y privaciones.

El ingenio popular, más fecundo cuanto mayores son los apuros, todo lo mete a broma. Hoy el tema obligado es la sartén, o, como decimos aquí, la *paella*. Algunos chanceros de la milicia dieron en colgarse de un ojal una de esas pequeñas sartenes de plomo que compran las niñas en las ferias, a manera de jocosa condecoración, y desde entonces ha alcanzado tal boga este utensilio culinario que apenas hay canción en que no figure.

Para demostrar la ojeriza que tienen a los moderados, cantan hoy los centralistas por estas calles:

*¡Ay!, ¡ay!, xim, xim, xim,  
madurs a la paella.  
¡Ay!, ¡ay!, xim, xim, xim,  
a la paella'n Prim.*

Cantaban también:

*¡Ay, ay, ay, mutilá,  
madurs a la paella!  
¡Ay, ay, ay, mutilá,  
madurs ab bacallá!*

*¡Xim, xim, xim!,  
viva la Junta (bis).  
¡Xim, xim, xim!,  
viva la Junta y mori'n Prim.*

Esta noche ha pasado por delante de mi casa un copioso grupo de milicianos y obreros que iban en ocho o diez filas, ocupando, cogidos del brazo, todo lo ancho de la calle y cantando con destempladas voces:

*De la pell d'en Prim  
en farém un timbal,  
per tocar la reireta  
a la Junta Central.*

Como para atenuar el mal efecto de esta fanfarronada, pasaron luego otros, cantando:

*¡Ay!, ¡ay, catalans,  
que bombas, bombas venent!  
¡Ay!, ¡ay, catalans,  
que bombas, bombas van!*

En este día entraron en Olot y el Vendrell las tropas del Gobierno.

Día 5. — Menudean los proyectiles de Montjuich y la Ciudadela.

He visto pagar treinta reales por una gallina. El pescado está por las nubes. Empezan a escasear las legumbres, la sal y la leña. Por ahora no me espanta la carestía. En casa tenemos provisión de bacalao, arroz, tocino y patatas para largo tiempo. Pero, si esto continúa, no tendremos más remedio que convidar a algún vecino menos previsor que nosotros, pues en trances como éste el comunismo es de ley.

Día 6. — Las tropas del Gobierno desarman a la milicia nacional de San Baudilio del Llobregat, llevando a la Ciudadela doscientos treinta fusiles, dos cañones y otros efectos aprehendidos en aquel pueblo.

Día 7. — Barcelona ha despertado al horrisono fragor de un cañoneo inusitado, al que acompañaban nutridas y frecuentes descargas de fusilería.

Era que los centralistas habían acometido una empresa loca y se había frustrado su intento. Si lo hubiesen logrado, calificarlo la historia de heroicidad; ahora dirá que fué una temeridad insensata.

Yo vuelvo a mis trece. ; Qué lástima de bravura para emplearla españoles contra españoles!

Habíanse propuesto los centralistas nada menos que asaltar la Ciudadela por sorpresa.

Media hora antes de amanecer oyóse un agudo toque de corneta, y al sonar esta señal rompió un fuego espantoso contra la fortaleza, no sólo desde nuestros baluartes y baterías, sino también desde todas las torres y azoteas que la dominan.

Las fuerzas designadas para esta operación avanzaron sigilosamente hasta el foso, sin ser vistas ni oídas, porque la oscuridad de la noche las protegía y la hierba del glacis ahogaba el rumor de sus pasos. Desgraciadamente para ellos, el entusiasmo les hizo proceder con tal precipitación que, al arrimar las escalas a la muralla, equivocaron el punto y resultaron cortas. Dióse la voz de alarma, sonaron algunos tiros, generalizóse el fuego, y, haciéndose imposible la sorpresa, hubieron de tocar retirada, dejando en el foso y en el glacis las escalas y los muertos, con un total de cincuenta bajas.

Acaudillábanles en esta arrojada aventura la mayoría de los vocales de la Junta y de la de Armamento y Defensa. Bosch y Pazzi, vicepresidente de la primera, fué mortalmente herido al pie de aquellos muros cuyo derribo había apetecido y procurado siempre con un ardor rayano en la monomanía. Era hombre de cerca de sesenta años, liberal consecuente y de grande entereza, como lo ha demostrado su muerte.

Entre los muertos quedaron tres heridos en los fosos de la Ciudadela. La Junta Suprema ha pedido al gobernador que por humanidad los recoja o permita que sean recogidos. El ha respondido que debía dirigirse la petición al cuartel general de Gracia, y como el parlamento insistiese en su petición, les ha replicado muy ásperamente que los que izaban en sus muros bandera negra no debían dar ni esperar cuartel, conformándose con perder la vida si así lo ordenaba su mala estrella.

En vista de esto, los camaradas de los heridos han ido esta noche a recogerlos, corriendo el gravísimo riesgo que es de suponer.

También ha sido mortalmente herido don José Lugar, gobernador del fuerte del Mediodía, que llaman ahora de la Libertad.

Es en verdad admirable que se encuentre quien quiera ir a guarnecer aquel mal baluarte, mil veces poco menos que arrasado por los fuegos enemigos y otras tantas improvisadamente reparado. Y no es tanto de admirar que vayan, sino que se disputen la gloria de ir a luchar en aquella bicoca, sabiendo que es ir a una muerte segura.

En efecto, son muy contados los que habiendo estado allí de guarnición pueden jactarse de ello sin tener que deplorar ningún menoscabo en su cuerpo. Los más han perecido.

Y, sin embargo, todos van allí como a una fiesta. Es cuestión de honra. Decir: *he estado en el baluarte del Mediodía*, es como decir: *míren en mí a un valiente*. Y vive Dios que no es encarecimiento. Para batirse en semejante sitio con una fortaleza tan bien artillada como la Ciudadela, a la distancia de un tiro de pistola, es preciso ser loco de atar, o tener enardecida la sangre y exaltado el juicio por esa fiebre patriótica que transforma los hombres en orates y los orates en héroes.

Yo no lo puedo remediar. Deploro como buen cristiano estas locuras que tales desgracias producen; mas cuando pienso que esos bravos son catalanes, me entusiasmo y he de batir palmas y vitorear a mis paisanos mas que no quiera. Verdad es que luego me ocurre que los españoles vertemos mucha sangre en luchas fratricidas, y que si, unidos, empleásemos nuestro valor contra un enemigo común, aun volveríamos a ser asombro del mundo.

¡Qué le haremos! Así lo dispone nuestra negra estrella.

Día 8. — Continúan con gran actividad los preparativos de defensa, como si estuviésemos amenazados de un asalto. Se alzan terraplenes, se construyen barricadas, se abren zanjas y se tapan bocacalles en varios puntos de la ciudad. La Plaza de San Jaime se ha convertido en un recinto fortificado con parapetos avanzados en la Plaza Nueva y en la de la Seo. Esto acaba de hacer más siniestro el aspecto de Barcelona.

El Ayuntamiento ha empezado a celebrar sus sesiones en la sacristía y piezas inmediatas de la iglesia de Nuestra Señora del Pino, para estar al abrigo de las bombas.

Vamos a tener una mala noche. A las nueve ha empezado el fuego de la Ciudadela. No sé si Montjuich ha de tirar tam-



bién; pero sea como fuere, voy a acostarme, porque han dado las doce y estoy rendido de sueño.

Día 9. — Ayer fué desarmada la milicia del Hospitalet. Se conoce que fuera del llano se nos secunda con tibieza, y así nos van estrechando.

Al decir de la Junta, Prim no ha conseguido penetrar en Gerona.

Mr. de Lesseps ha tenido una larga conferencia con la Junta por haberle ésta notificado, rogándole que lo participase a los demás cónsules de esta plaza, que como las necesidades de la defensa podrian hacer necesaria la supresión de los pases de salida, había acordado conceder un plazo de veinticuatro horas a los extranjeros que quisiesen ausentarse de Barcelona.

Como muchos de ellos se han apresurado a aprovecharse del aviso, ha habido bastante pánico, difundiéndose el rumor de un bombardeo.

Esta noche, como en la de ayer, tenemos serenata de artillería; sólo que hoy Montjuich toma parte en la función, bien que de un modo intermitente. Parece ser que el objeto de este cañoneo es privar a los centralistas de reparar por la noche los desperfectos causados en sus obras defensivas durante el día.

Día 10. — Las baterías del enemigo y las nuestras han hecho salvas para celebrar el cumpleaños de la Reina. Pero él las hacía con bala.

Mr. de Lesseps ha hecho suspender el fuego izando bandera blanca en Atarazanas. Fué porque iban a embarcarse los individuos de la colonia francesa y con ellos muchos extranjeros y no pocos españoles que se hacían pasar por súbditos de otras naciones.

Día 11. — Hoy se han hecho poquísimos disparos.

Día 12. — En cambio hoy ha sido muy prolongado y nutrido el tiroteo en toda la línea, calculándose que la ciudad y sus baterías han recibido unos cuatrocientos proyectiles. La abundancia de éstos da lugar a una nueva industria, porque muchos se dedican a recogerlos y venderlos. La Junta ha prohibido esta especulación imponiendo la pena de quinientos reales de multa por cada proyectil que se compre, y ordenando que en el término de veinticuatro horas entreguen todos los que tengan en su poder en alguno de los fuertes de la plaza.

Día 13. — Empieza a notarse la carestía de un modo alarmante. Los mercados no existen sino de nombre. Los milicianos dan grandes batidas por las calles a los gatos. Por ahí se empieza. Quiera Dios que luego no hayamos de dar caza a los perros. En casa comemos salado; pero, al fin, comemos cristianamente. El bacalao, el tocino y el arroz hacen el gasto, amenizando la monotonía las patatas y los garbanzos.

En ninguna parte es tan cierto como en Barcelona aquello de que hombre prevenido vale por dos. El barcelonés debe tener la bodega bien provista a todo evento, porque cuando menos se piensa viene el bloqueo. Dudo que haya en el mundo una ciudad como ésta.

La Junta ha embargado para la venta al por menor grandes cantidades de artículos de primera necesidad, pagándolos con vales que los tenderos recibían de muy mala gana.

Ha sido desarmada la milicia de San Andrés de Palomar.

Día 14. — Continúa el tiroteo sin ton ni son. Como la pólvora escasea, hoy ha vuelto a recomendarse en la orden de la plaza que no se haga fuego sino en caso de atacar el enemigo.

Día 15. — Ayer y hoy ha embargado la Junta muchas piezas de paño en los almacenes de Bulbena, Sastre, Nadal, Pujol y otros. Dicese que no bajan de doscientas.

Día 16. — Hoy no se ha visto carne a ningún precio en los mercados.

Los centralistas no hacen tanto despilfarro de municiones como solían.

Me han asegurado que en el palacio de la Capitanía general se han recogido hasta la fecha ochenta balas de cañón, amén de una infinidad de cascos de granada, balas de metralla, etc. Para muestra basta un botón.

Llueve copiosamente desde las nueve de la noche.

Día 17. — La ciudad tiene un aspecto lúgubre. Las calles están poco menos que desiertas, las iglesias cerradas; llueve sin intermisión, y el frío arrecia. Los perros vagan hambrientos porque sus dueños los echan a la calle para no tener que mantenerlos. Arnaldo ha cazado un jilguero y dos canarios, echándoles un puñado de arroz. Los pobres pájaros domésticos, soltados por sus amos, van perdidos también y despavoridos por el fragor de los cañonazos.

Día 18. — Continúan las exacciones. En 3 de septiembre, la Junta se había incautado de treinta mil duros existentes en la Caja de la Diputación provincial. En 10 del mismo mes extrajo del Banco de Comunes Depósitos 26.819 reales, y el día 20, 102.971 reales. Hoy se ha apoderado de la Caja del Colegio de Medicina y Cirugía, en la cual ha encontrado 250.000 reales.

Los centralistas han enarbolado en el baluarte del Mediodía una gran bandera de paño negro y colorado.

Día 19. — Oyense pocos tiros. La Junta se ha incautado de 130.000 reales que tenía en Caja el Colegio de Farmacéuticos. Esta cantidad, sumada a las que ayer apunté, eleva la suma total de estas incautaciones a 55.489 duros y 10 reales. ¿Quién abonará luego este dinero? Lo peor es que cuando se hayan agotado los fondos públicos y los de los gremios, no quedará más recurso que apelar a las exacciones a los particulares. A bien que al paso que lleva esto no es probable que les quede tiempo a los centralistas para tanto.

Esta noche llueve copiosamente y arrecia el frío.

Día 20. — Continúa la lluvia y la baja de la temperatura. Aumenta el tiroteo, sobre todo por parte de la Ciudadela.

No hay carne en los mercados.

Don Agustín Aymar se ha trabado de palabras en el café del Jardín con el vocal de la Junta don José Massanet, muy renombrado por su audacia y por su joroba. Parece ser que le echaba en cara algunos despilfarros, y, habiéndole replicado éste con insolencia, le dió un botellazo que le partió la mandíbula inferior haciéndole saltar algunos dientes. Dado el extraordinario vigor físico y moral del señor Aymar, fué verdaderamente temeraria la provocación que así le ha exasperado. Digo esto porque, como todos los fuertes, no ha abusado jamás de su fuerza alardeando de ella sin causa legítima que lo justifique.

Día 21. — Con las dificultades que son de suponer, se ha logrado hacer entrar en la plaza un rebaño de doscientos cuarenta carneros.

Día 22. — Ha aumentado el fuego con motivo de la salida que han hecho los centralistas para castigar a los somatenes de Berga y Sarriá, que no cesan de hostilizar la plaza, operación en la cual hemos sido por cierto poco afortunados.

He sabido con posterioridad a esta fecha que el cónsul in-

glés ha participado al general Sanz que los centralistas de esta ciudad se hallaban dispuestos a discutir los preliminares de la capitulación, si bien temían que fuese rechazado su parlamentario, y que el general contestó que le extrañaba el reparo, pues él no lo tenía en recibir cualquier parlamento que se le enviase con las formalidades de ordenanza.

La Junta oculta muy hábilmente el desaliento revelado en este paso.

Don Luis Hernández Pinzón, comandante del vapor *Isabel II*, obliga a capitular a discreción a los centralistas de las islas Medas. En 16 del corriente ya había hecho despronunciar a la guarnición del falucho guardacostas *Veloz* y a la villa de Rosas, y al día siguiente a la de Cadaqués.

Cuéntanse muchas desgracias causadas por los proyectiles caídos hoy en la ciudad y cuyo número total asciende a 1.350, debiendo añadirse todavía a este lastimoso catálogo los enormes daños ocasionados a los edificios públicos y particulares en distintos barrios de Barcelona.

Día 23. — Hemos recibido 644 proyectiles que han causado muchos perjuicios y no pocas muertes, siendo la mayoría de las víctimas pacíficos transeúntes o vecinos de todo punto inofensivos, a los cuales ha herido una bomba o un casco de granada en su propio domicilio.

Día 24. — Ha caído sobre nosotros un verdadero diluvio de hierro. Cálculase que no bajan de 2.880 los proyectiles que hoy ha disparado la artillería enemiga contra la plaza.

Ha habido muchas muertes y gran número de incendios. Con este motivo se ha ordenado que estén abiertas todas las puertas que dan a la calle, a fin de que los transeúntes puedan guarecerse en las tiendas y en las escalerillas.

La Junta y el general se achacan recíprocamente la culpa de lo que acontece. Este amenaza y bombardea porque las baterías de la plaza hacen fuego contra los pueblos del llapo, y aquélla replica con una enérgica comunicación, de la cual copio estos párrafos: «Caigan bombas a millares, Sr. D. Laureano Sanz; desplómense los más bellos monumentos de arquitectura, que son la admiración de la culta Europa; perezcan, si así lo quieren los absolutistas que mandan fuera de muros, ancianos, mujeres y niños; húndase el firmamento y desapa-

rezca, si es menester, la rica capital del antiguo Principado, la madre de la industria española; no por eso aflojará nuestra bravura, no por eso se ahogará el santo grito de *Junta Central*, que lanzan estos valientes, aun en los momentos de despedirse para siempre de su cara patria, cuando están exhalandó su postrer aliento. Ejecútese, pues, o más bien continúe ejecutándose esa atroz medida, que todos los gobiernos del mundo condenan como impolitica y que se complace en practicar V. E., y nosotros diremos: Sálvese la libertad, aunque no quede uno solo para contarla. En último resultado tenemos acordado un medio espantoso de destrucción que asombrará al mundo y que nos es indiferente que principie hoy o dentro de una semana o de un año... De todo lo acaecido y de lo que sucesivamente acaezca, V. E. es el único responsable ante Dios y los hombres... etc.»

Mal se aviene la arrogancia de este lenguaje con la iniciativa que más tarde se atribuyó a la Junta respecto a los preliminares para la capitulación.

Día 25. — Ha menguado mucho el fuego. No se ha publicado el *Diario de Barcelona*, hecho que ya acaeció otras veces en este mes. En cambio, *El Constitucional* sale diariamente a la luz, defendiendo con indomable constancia la causa centralista.

Día 26. — Menudean las deserciones, lo cual es un síntoma de mal agüero.

Día 27. — La extremada escasez de víveres obliga a los más escrupulosos a comprar los comestibles que vende la Junta en el exconvento del Carmen.

En casa todavía tenemos provisiones relativamente abundantes, de modo que nos es dable ofrecer hospitalidad a otros menos previsores que se sientan a nuestra mesa departiendo con nosotros acerca de los tristes sucesos del día. Todos convienen en que esto es en todos conceptos insostenible; pero no acertamos a ver el fin de la tragedia sino para cuando aquí se hayan agotado completamente los recursos, porque los ánimos de los que más influyen en la plaza están muy excitados.

Día 29. — A la Junta le ha entrado el terror. Ha mandado registrar varias fábricas y ha ordenado que no puedan reunirse más de dos hombres en los edificios cuyos dueños se ha-

llen ausentes; que en las fábricas cuyos dueños se encuentren en la ciudad no puedan dormir sino los individuos de su familia, y que aquellos que habiten casas cuyos dueños se hayan ausentado, pasen nota de éstas y de sus nombres, a la Junta, dentro del plazo de cuarenta y ocho horas, bajo la multa de mil a dos mil reales.

No puede decirse con más claridad que se teme una contrarrevolución.

Día 30. — El general Sanz ha anunciado en su cuartel general de Gracia que anteayer penetraron en Zaragoza las tropas del Gobierno. En los pueblos de los alrededores, en los fuertes del enemigo y en los buques, que aparecieron empavesados, se ha celebrado la nueva con repique de campanas, músicas y salvas.

Esta novedad tiene cariacontecidos a los intransigentes.

Día 31. — Para desvirtuar el efecto de esta noticia, la Junta la desmiente, añadiendo a renglón seguido que se han pronunciado León, Valladolid, Palencia y otras muy importantes poblaciones. No faltan optimistas que lo creen. No sé si alegrarme de ello.

Lo positivo es que sin contar los paisanos muertos o heridos por los proyectiles enemigos, que son muchos, ni los oficiales que no han considerado prudente dar sus nombres, ni los vecinos asistidos en sus respectivos domicilios, que son bastantes, hemos tenido en este mes 91 bajas por heridas, resultando, de éstas, 28 defunciones.

Para formarse una idea de la apurada situación en que se hallan nuestras autoridades revolucionarias, bastaría tener en cuenta que en las Casas de Beneficencia de Barcelona se albergan hoy 2.974 individuos, entre enfermos, mendigos, huérfanos, etc., y que en el presidio, la Casa de Corrección, la Cárcel y la casa Penitenciaria de mujeres, hay 617 personas reclusas, de modo que hay que proveer al sustento de 3.591 y a la medicación de un sinnúmero de enfermos en los hospitales o en sus respectivos domicilios.

Además, desde el 26 de septiembre, se distribuye por barrios la sopa a 17.000 pobres.

Estos datos convencen a cualquiera de que la situación se ha hecho insostenible.

Calcúlase que la población actual de Barcelona no pasa de 50.000 almas, que es decir como una cuarta parte de la que tiene en tiempos normales.

## NOVIEMBRE

Día 1.º — Estoy triste. ¡Qué día de Todos los Santos! Arnaldo y yo apenas hemos cambiado una palabra durante la comida. En vez de vernos reunidos todos en torno de la mesa con la alegre algazara de los niños, nos encontramos solos, pensando con tristeza en los ausentes y en la posibilidad de que no volvamos a verlos. Me ha hecho asomar las lágrimas a los ojos una circunstancia que pudiera parecer trivial en otra ocasión; pero que en la presente no lo es. No hemos tenido postres. No ha habido panecillos. Los panecillos en el día de hoy, los barquillos y los turrónes en el de Navidad, son como el símbolo del gozo puro y sereno de una familia bien unida. El día que nuestros descendientes hagan burla de estas cosas será que la familia catalana habrá dejado de existir. ¡Quiera Dios que no venga este día!

Al levantarnos de la mesa, mi hijo no pudo reprimir un suspiro. Yo le puse la mano en el hombro y le recordé aquel refrán nuestro que dice: *Ditxosa és la terra qu'és lluny de la guerra.*

Para colmo de desgracia, llueve sin cesar. ¡Cuán lentas y amargas transcurren las horas!

Hácese grandes pesquisas para encontrar sales a base de potasa, porque escasea mucho el salitre para la fabricación de la pólvora.

Hoy no se ha vendido carne en los mercados.

Día 2. — Se han dictado medidas muy rigurosas para evitar el acaparamiento de la carne, prohibiéndose llevarla a domicilio, así como el venderla en porciones de más de dos tercias, y ordenándose que se transporte directamente del matadero a los mercados de la Boquería y de Santa Catalina.

Día 3. — Nótanse preparativos extraordinarios en la línea enemiga para aproximar y artillar con mayor número de piezas sus baterías avanzadas.

Día 4. — Ya pareció aquello. Bien decía que pronto les tocaría el turno a los particulares. Hoy le han confiscado la caja al fabricante don Salvador Bonaplata. Contenía 3.500 duros.

Opino que la revolución está dando las boqueadas. Estas cosas no se hacen sino en trances desesperados, porque no hay propaganda tan reaccionaria como la que hacen estas deplorables incautaciones.

En efecto, acaban de contarme con reserva que la Junta ha solicitado la mediación de don Pedro Olivas, cónsul general de Grecia, para establecer los preliminares de la capitulación, y que no pudiendo este señor abandonar a sus protegidos, delega para que le representen en el cuartel general a don Pedro Felipe Monlau y a don Joaquín Gil, personas muy conocidas y muy bien reputadas por su honradez y ciencia.

Parece que el cónsul ha pedido que no se confiscasen más bienes de particulares, ni se hostilizase al enemigo mientras durasen las negociaciones, y que la Junta así lo ha prometido.

Día 5. — Esta tarde han partido los delegados con achaque de negociar la traslación de los establecimientos de beneficencia a otra localidad; mas, en realidad, para proponer al general Sanz las bases de un convenio que en su parte más sustancial se reduce a que la Milicia Nacional quede en el ser y estado que tenía en 1.º de septiembre último; que los empleados civiles y jefes del ejército que se hubiesen adherido al pronunciamiento sean amnistiados y conservados en sus respectivos empleos y grados; que los prisioneros centralistas sean puestos en libertad, y por último, que el convenio comprenda a los pronunciados de las demás poblaciones de Cataluña que quieran a él acogerse.

Día 6. — El general ha contestado al cónsul de Grecia que no puede acceder a lo que se le pide respecto a la Milicia; que no le es doble hacer promesa alguna tocante a los empleados comprometidos en el alzamiento; que en cuanto a los prisioneros, lo único que puede hacer es recomendarlos a la clemencia del Gobierno.

Decíame esta tarde un moderado: *A preguntas necias, oídos sordos*. Yo le he contestado que ya era hora de dejarse todos de necedades y poner fin a una contienda estéril y san-



grianta que a todos nos arruina y nos desprestigia a los ojos del mundo.

Día 7. — Trabájase con actividad en las nuevas baterías de la falda de Montjuich y del Paseo de Gracia. La Ciudadela y el fuerte de don Carlos han hecho bastantes disparos.

Día 8. — Aumenta el fuego. Un periódico nocturno, titulado *El Centralista*, que ayer empezó a publicarse, ha dado a luz la célebre canción de la *Paella*, que dice de este modo:

*¡Ay, ay, ay, chirivít,  
madurs a la paella!  
¡Ay, ay, ay, chirivít,  
en Prim será fregit!*

*Cristina, Prim, Narvéz  
y tots los moderats,  
dintre de la paella  
purgarán sos pecats.  
Ay, ay, ay, etc.*

*Mori l'aristocracia,  
prou mal nos ha fet ja,  
lo poble vol ser amo,  
viva Deu que ho serà!  
Ay, ay, ay, etc.*

*Ja que exposem les vides  
per tenir llibertat,  
los nostres vots que valguin  
per fer los diputats.  
Ay, ay, ay, etc.*

*May més vulguen los pobres  
pagar contribucions,  
que'ls rics les paguin totes  
ab sos robats milions.  
Ay, ay, ay, etc.*

*Tampoc volem que hi hagi  
centenars d'empleats;  
Molt temps per mantenir-los  
hem anat despullats.  
Ay, ay, ay, etc.*

*Es la salut del poble  
nostra suprema llei;  
aquell que la quebranti  
li llevarem la pell.  
Ay, ay, ay, etc.*

*Molta sanch ha de córrer  
dels jillos moderats;  
també la dels trapelles  
que'ls vulguin imitar.  
Ay, ay, ay, etc.*

*Amanim les paelles  
que promte han de servir,  
y amarem forses murris  
dels que s'han de fregir.  
Ay, ay, ay, etc.*

La tal canción podrá no ser poética ni culta; pero no hay duda que es clara y va derecha al bulto. Poco podían figurarse los iniciadores de la revuelta que ésta diese por resultado un programa socialista tan crudo y escueto como el que ha abocetado la musa demagógica en estas estrofas.

El consúl de Grecia ha contestado al general Sanz pidiéndole, entre otras cosas, que permita embarcarse libremente a los comprometidos, asegurando que serán respetados sus bienes y sus familias. El general lo otorga; pero a condición de que al partir dejen fianza suficiente para responder con arreglo a derecho de los daños causados a tercero, o de la malversación de fondos de que se hayan hecho reos.

Día 9. — La artillería enemiga ha disparado ciento sesenta y cuatro proyectiles contra la plaza.

La Junta Suprema, la de Armamento y Defensa, el Ayun-

lamiento, el Gobernador de la plaza y los comandantes de la Milicia, han celebrado una junta muy borrascosa que ha durado desde las ocho de la noche hasta las tres de la madrugada de hoy, acordando finalmente, por mayoría de votos, allanarse a la capitulación y nombrando al efecto parlamentarios al alcalde don José Soler y Matas y al regidor don José Orio Ronquillo.

Insístese en la supresión de la cláusula relativa a la caución que se exige a los comprometidos. Al principio el general se resistió a ello con entereza, mas por último ha accedido declarando que cargaba con tan grave responsabilidad, compadecido de los males que afligen a tantos millares de inocentes por la obstinación de unos pocos.

Las bases principales del convenio acordado en principio son: olvido de los delitos políticos; acción expedita a los tribunales para perseguir los de carácter privado; renovación total de la Diputación y del Ayuntamiento; desarme y disolución de la Milicia y de los cuerpos creados por la Junta.

A las veinticuatro horas de firmada esta capitulación debe entregarse la ciudad con sus fuertes, quedando nula y sin efecto en caso de incumplimiento de esta condición inexcusable.

Los exaltados han traslucido las negociaciones y claman venganza y exterminio. La Junta anda temerosa de que el poder se le escape de las manos. No circula por las calles sino gente armada. Barcelona tiene un aspecto siniestro. Las turbas, con aquel humor que todo lo toma a chacota, han modificado el estribillo de su canción favorita. Acaba de pasar por debajo de mis balcones un grupo muy numeroso, cantando:

*¡Ay, ay, ay, chirivit,  
ja som a la paella!  
¡Ay, ay, ay, chirivit,  
comencen a fregir!*

Día 10. — Venciendo contrariedades y arrostrando peligros sin cuento, han logrado por fin el señor Soler y Matas y el señor Ronquillo, mensajeros del Ayuntamiento, avistarse en Gracia con el Capitán general. Hanle pedido ante todo y

con suma instancia que facilitase pasaporte a los más comprometidos en la revuelta, a fin de que puedan embarcarse cuanto antes, a lo cual se les ha contestado que no puede ni debe facilitarles la fuga hasta ser dueño de la plaza.

Entretanto, y como para obligar a los bloqueados a darse a partido, trabajase a más y mejor en las baterías de brecha.

Como los barruntos y conjeturas de estos días pasados van transformándose en certidumbre, los furibundos patean de coraje diciendo que como llegue a realizarse la traición van a hacer una que sea sonada. La Rambla y las calles principales están invadidas por unas turbas desenfrenadas que no cesan de gritar vivas y muertas. De noche recorren la ciudad y los puntos fortificados con hachas de viento.

Estas escenas recuerdan las postrimerías de la revuelta del año pasado.

Día 11. — El general Sanz ha convenido en que por espacio de cuarenta y ocho horas se suspendan las hostilidades. Ya no es posible ocultar por más tiempo las negociaciones.

A pesar de lo prometido tan solemnemente al cónsul de Grecia, la Junta ha saqueado la caja del opulento comerciante y propietario don Rafael Sabadell. Como de los escarmientos nacen los avisados, los ricos han aprendido a ocultar sus caudales, y así no han podido encontrarse sino unos 35.000 reales.

Día 12. — A pesar de ser domingo y de no dispararse un tiro, el aspecto de la ciudad es por todo extremo tétrico y sombrío.

Esta mañana han enviado los comisionados el borrador del convenio, y habiéndoles oficiado el Ayuntamiento que era urgente su regreso para dar explicaciones, han vuelto a Barcelona, restituyéndose a Gracia a las cinco de la tarde para manifestar al general que el Municipio acepta su plan de capitulación. A las nueve de la noche han regresado otra vez, y el resultado de su conferencia con las autoridades revolucionarias ha sido un acuerdo de la Junta Suprema y del Ayuntamiento, por cuya virtud se ha citado para mañana a todos los jefes de la guarnición al intento de notificarles el estado de las negociaciones.

Aquí será ella. Bien hacen los que con tanta insistencia

piden el pasaporte. Muchos de ellos temen recibirlo para el otro mundo y de manos de los suyos, que es lo más negro. Pero el general insiste con no menos tenacidad en sus trece. Tengo para mí que no le pesaría que se realizasen los funestos augurios de esos veintidós patriotas tan recelosos de sus propios correligionarios.

Día 13. — Al despuntar el día se ha trasladado el Capitán general a la Ciudadela.

Después de tantas idas y venidas y de innumerables discusiones, intrigas y cabildos, se ha celebrado una especie de parlamento al cual han asistido la Junta, el Ayuntamiento y comisiones de la Milicia. En esta sesión, don Rafael Degollada se ha declarado con harto apasionamiento favorable a los exaltados, y su influencia ha dado al traste con los esfuerzos de los más pacíficos y sensatos. El acuerdo ha sido adoptar el lema de Palafox: *Guerra a cuchillo*.

A las nueve de esta noche han ido los señores Soler y Ronquillo a participar este acuerdo al Capitán general, quedándose con él por no atreverse a volver a Barcelona.

El vecindario está consternado. Todas las puertas están cerradas. Sólo transitan por las calles hombres armados, de mala catadura. La situación parece estar dominada por gente nueva.

Día 14 — El general ha vuelto a Gracia y las baterías enemigas volvieron a romper el fuego.

Otra prueba del mal cariz que van tomando las cosas es la orden de la plaza de hoy organizando patrullas para conservar la tranquilidad y prender a los ladrones fusilándolos en el acto, así como el decreto de la Junta autorizando a los vecinos para resistir por la fuerza a todo aquel que pretenda penetrar en sus moradas sin presentar una autorización de la Junta ni ir acompañado del respectivo alcalde de barrio. La verdad es que de algunos días a esta parte muchos ciudadanos honrados y pacíficos han visto allanados sus domicilios, resultando después que los autores del atentado no estaban facultados para ello. Por esta razón se han prohibido en absoluto los registros nocturnos.

Dícese que van a embarcarse todos los extranjeros, y esta noticia, unida a la de haberse roto las negociaciones, ha hecho

Hegar al colmo el azoramiento de los ánimos. Si Dios no lo remedia, entre el enojo del general y la desesperación de los intransigentes, vamos a pasar un mal rato.

Día 15. — Hemos despertado esta mañana al estrépito ensordecedor de una triple salva tirada por las baterías y los buques del enemigo y por el repique general de campanas que sonaba en los pueblos vecinos. Estas manifestaciones de regocijo, que tan doloroso contraste hacen con nuestra angustiosa situación, hiciéronse para celebrar la mayoría de la Reina, que se declaró el 8, y su juramento, prestado en las Cortes el día 10 del corriente.

Con este motivo, el general Sanz ha dirigido una comunicación «A la Junta, corporación o Autoridad que mande dentro de los muros de la ciudad de Barcelona», participándole tan faustos sucesos, y cómo al encargarle la Reina que así lo haga «le autoriza para llamar a la obediencia a los extraviados, haciéndoles las concesiones que confía a su criterio, sin que por ellas se lastime el prestigio del Trono, ni se resienta el decoro debido al gobierno de S. M.»

Al decir esto da el general por reproducidas las proposiciones que se sostienen en las bases del proyectado convenio.

La Junta ha contestado en el acto que, deseando que tuviesen todos sus actos la mayor publicidad posible e ilustrar la opinión pública sobre un asunto de interés tan vital, ha mandado imprimir y publicar la comunicación de S. E., reuniendo al propio tiempo a los señores comandantes de todas las fuerzas para darles conocimiento de los deseos de S. M., y que hoy se nombran dos comisiones por cada cuerpo y se invita al Ayuntamiento para la reunión general que deberá celebrarse mañana, a fin de acordar la contestación que debe darse a su oficio.

El vecindario ha recibido estas noticias con júbilo, porque está cansado de sufrir tantas privaciones y peligros, de todo punto injustificados, y además porque, de algunos días a esta parte, menudean los robos de manera que hemos de vivir muy prevenidos y muy dispuestos a auxiliarnos mutuamente.

Día 16. — La Junta Magna ha acordado en principio no desechar las bases de una honrosa capitulación; pero los intransigentes han logrado sembrar la confusión y la discordia

en los cuerpos armados, y esto hace más crítica la situación y más peligrosa la de los revolucionarios que hasta aquí la dominaron. A pesar de todas sus instancias niégase el general a darles el salvoconducto que le piden hasta hallarse en posesión de la plaza. Sin duda piensa, y no va errado, que en cuanto se hubiesen ellos embarcado se desencadenaría aquí una tan furiosa anarquía que fuera muy difícil entenderse para el arreglo.

Como esto se ha explotado para fomentar la desconfianza, ha manifestado el general al cónsul de Grecia que está dispuesto a enviar a la Junta, en calidad de rehenes, a sus dos hijos, que le están sirviendo como ayudantes de campo.

Día 17. — El cónsul de Grecia ha ofrecido a la Junta renunciar a su inmunidad diplomática constituyéndose fiador de la palabra empeñada por el general. La Junta ha declarado a entrambos que no exige ni necesita caución de ninguna clase, porque tiene plena confianza en su hidalguía.

El general Sanz se ha trasladado a la Ciudadela para conferenciar con los parlamentarios de la ciudad, que son los señores Caralt, Parreño, Prats, Balzo y Montoto.

Día 18. — El general y los comisionados han celebrado una conferencia muy laboriosa. Los intransigentes queman, como vulgarmente se dice, el último cartucho. Sus grupos atemorizan a unos e indignan a otros, prolongando el malestar de la población y la incertidumbre del enemigo que, a todo evento y para intimidar a los más exaltados, hace grandes acopios de proyectiles y termina activamente sus últimas baterías.

Día 19. — *El Constitucional* ha publicado el proyecto de capitulación, que ha sido como estallar una bomba en el polvorín. La Rambla y las calles principales se han llenado desde la mañana de una concurrencia tan alborotada como poco lucida, que no ha cesado de proferir las más horribles blasfemias y las más insensatas baladronadas.

El general, cansado de tantas dilaciones, ha enviado un ultimátum diciendo que «si antes de las doce de la noche de hoy no queda confirmado y ratificado el convenio, romperá al amanecer las hostilidades contra la plaza, sin volver a admitir, hasta su total rendición, ninguna clase de convenio,

estipulación ni parlamento; *porque los que hacen armas contra su Reina, rebeldes y traidores son en todas las naciones del mundo y no pueden capitular sino a discreción.*

La balanza está en el fiel. Veremos hacia qué lado se inclina.

Es presumible que los intransigentes no se darán a partido sin hacer antes una barrabasada si pueden. Hoy han probado de asesinar a los vocales de la Junta, y sin duda lo hubieran efectuado a no impedírselo la resuelta actitud de la milicia de San Martín de Provencals, que acudió en su defensa.

A las diez de esta noche, dos horas antes de expirar el plazo señalado en el ultimátum, han pasado a la Ciudadela los señores Rius y Rosell, Prats, Costa, Vert y Montoto para firmar la capitulación cuyas bases principales apunté estos días pasados.

En cuanto estuvo firmada y ratificada, el gobernador de la plaza y varios vocales de la Junta se han refugiado en casa del cónsul de Grecia, y entiendo que hicieron bien, porque los intransigentes habían jurado hacerlos jigote.

Día 20. — La Junta Suprema se despidió del vecindario con una alocución en la cual, después de recordar los heroicos sacrificios que por espacio de dos meses y medio ha hecho Barcelona, añade: «la Historia, empero, revelará también a las generaciones futuras que, abandonados a nosotros mismos, sin esperar auxilio alguno en lo humano, nuestros esfuerzos hubieran sido inútiles e indefectiblemente habrían producido la ruina y destrucción de esta industriosa capital».

Más adelante añade: «Planes maquiavélicos e infernates se preparan contra la heroica Barcelona; proyectos de destrucción y de espantoso desorden se han fraguado sin duda por algunos hombres turbulentos que, sin fijarse en la cuestión política, ambicionan algunas horas de mando para satisfacer su hidrópica codicia y cebarse en las fortunas de nuestros compatriotas. Nacionales, muchas pruebas habéis dado de sensatez y cordura en todas épocas, y si algo valen las simpatías que nos unen con vosotros, os rogaremos que permanezcáis como hasta aquí, unidos y compactos, y marchéis de frente contra los perturbadores, no consintiendo por ningún motivo el robo y el pillaje».



He hecho estos recortes porque me fuera imposible describir con tanta viveza como lo hacen estos documentos la angustiosa situación en que nos encontrábamos en esa fecha.

El general Sanz conoce perfectamente nuestro estado y es indudable que no querrá cargar con el bochorno de que ante sus ojos se cometan los horrores que predicen algunos energúmenos, entre los cuales hay muchos fanfarrones, pero también bastantes fanáticos desesperados. De unos y otros puede temerse cualquier locura.

\* \* \*

En efecto, la entrada del ejército ha sido tan rápida que no ha dado lugar a ningún desmán. Apenas publicada la alocución, en la cual el general Sanz recomendaba a sus subordinados la más estricta disciplina, ya ha empezado el movimiento de tropas.

Yo había apuntado muy de mañana mis postreras impresiones, que eran muy pesimistas, porque ayer fué un día de los peores que hemos pasado; mas, por fortuna, presto cambiamos de humor con las noticias que se han ido recibiendo, y, al mediodía, ha salido de la Ciudadela un regimiento del ejército, que ha ido tomando posesión de los puntos estratégicos y de las puertas de la ciudad.

Una hora después salió de la misma fortaleza el Capitán general, dirigiéndose hacia la Rambla seguido de unos 2.000 hombres, en tanto que por la puerta de Santa Madrona penetraban en la plaza otros 3.000, mandados por el general de división don Ricardo Schelly.

En la Rambla estaban formadas las fuerzas revolucionarias que acababan de capitular, esperando la entrada de las que iban a reemplazarlas guarneciendo la plaza por orden y en defensa del Gobierno.

Hemos visto al general recorrer la línea a pie, seguido de su Estado Mayor, del vocal de la Junta don Antonio Rius, y del alcalde constitucional, don José Soler Matas.

Asistió al acto un gentío inmenso, es decir, todas las personas que, hallándose en la ciudad, pudieron ausentarse de sus hogares. Como entre ellas había algunos moderados y muchos vecinos pacíficos, para los cuales el general es como

un redentor que ha venido a librarles de una cruel y prolongada angustia, en algunos puntos le han aclamado con una espontaneidad más sincera que oportuna. El, que no peca de tonto y comprendía demasiado lo extemporáneo y peligroso de estas manifestaciones, apresuróse siempre a reprimirlas volviéndose al paisanaje y diciendo con severo ademán:

— No acepto esos vivas, señores. ¡Viva la unión, viva la Reina, viva la constitución de 1837!

Concluída esta ceremonia, ha desfilado la Milicia, yendo a depositar sus banderas en las Casas Consistoriales. Después, rompiendo filas, se han retirado sus individuos a sus respectivos domicilios, llevándose el armamento y el uniforme.

La Milicia ha dejado de existir; pero su muerte no ha sido ominosa, pues se le han concedido los honores de guerra.

La tropa se ha retirado también a sus cuarteles. Aunque por vía de precaución la autoridad militar ha hecho salir algunas patrullas, el vecindario discurre por las calles con semblante gozoso, pareciéndole mentira que haya concluído el congojoso período que acabamos de pasar y que ya teníamos por interminable.

Fíjense en las esquinas dos alocuciones, suscritas la una por el Capitán general y la otra por el jefe político. Entrambas respiran magnanimidad y prudencia. Sin embargo, el primero ha dictado un bando muy enérgico dispóniendo la entrega, dentro del plazo de veinticuatro horas, de toda clase de armas pertenecientes a la Milicia, sin exceptuar las de caza, conminando con diez años de destierro a un presidio de Africa a los contraventores.

También ha ordenado, cediendo a las instancias del comercio, que desde mañana a las dos de la tarde se permita entrar libremente en la ciudad y salir de ella a quien quisiere, y que las fuerzas que mantenían el bloqueo entren también en Barcelona.

Ha publicado asimismo la lista de las personas a las cuales le plugo designar para constituir el nuevo Ayuntamiento, que, como era de suponer, es de un color moderado bastante subido, presidiéndolo como alcalde primero don José Bertrán y Ros, magistrado sin ejercicio.

Luego, fiel a su palabra, ha enviado el general al cónsul

de Grecia los tan solicitados pasaportes, los cuales son para Portvendres. Los señores Degollada y Tort han tenido con él una larga conferencia antes del embarque de la Junta, que ha sido a bordo del vapor de guerra francés *Papin*, cerca de media noche.

Día 21. — Reina una animación extraordinaria. Los barceloneses, que ya ardíamos en deseos de salir de esta jaula de piedra tan mal tratada por los proyectiles, hemos salido al campo como los chiquillos en día de asueto. Unos iban por el Paseo de Gracia, contemplando los destrozos causados por la artillería en el arbolado; otros trepaban por la falda de Montjuich para visitar el emplazamiento de las baterías más recientemente construidas; otros, en fin, avanzaban hacia la Cruz Cubierta o por la carretera de Francia, con objeto de ver más pronto a los individuos de sus respectivas familias que habían emigrado durante las últimas ocurrencias.

Era un hormiguero de viandantes, tartanas, coches y carros, siendo innumerables los que entraban en la ciudad llenos de colchones, sillas, jergones y otros muebles. Los que así regresaban a sus hogares tras una ausencia tan prolongada y congojosa, traían pintado en el semblante el gozo que les enajenaba o el tormento de la incertidumbre, según las noticias que de sus casas tenían. Hemos tranquilizado a varios, colmándoles de alegría, porque en cuanto veíamos asomar en un carruaje un rostro conocido gritábamos en el acto:

— ¡Sea enhorabuena! Las bombas os han respetado.

Muchos milicianos han salido al campo vestidos de uniforme y con el sable al cinto. Como al caer la tarde regresaban en grupos numerosos, después de haber bien comido, bastantes se calentaron de cascós cantando la *Pacilla* y dando vivas que han alarmado al vecindario. El general ha salido a arengarles, recomendándoles la cordura, y ha dado órdenes severas por cuya virtud se ha capturado algunos alborotadores.

El nuevo Ayuntamiento ha dirigido a los barceloneses una alocución en la cual declara que se ceñirá estrictamente a cumplir su cometido, exclusivamente administrativo, con actividad y espíritu de justicia, aplicándose con especial predilección a restañar en la medida de sus fuerzas las heridas causadas por los últimos sucesos.

Día 22. — Bien dije que la Milicia había dejado de existir. Su acta de defunción no podía tardar en publicarse. Hoy lo ha hecho el Capitán general, tomando pie de los disturbios de ayer para ordenar que entregue las armas, correaes, municiones, cornetas y cajas de guerra, dentro del preciso término de seis horas después de publicado el bando, al comandante de artillería que al efecto se hallará en Alarazanas. Los contraventores de esta disposición serán pasados por las armas, así como los inquilinos de las habitaciones donde se encuentren fusiles al hacerse visitas domiciliarias. Será castigada con penas proporcionadas la ocultación de sables, pistolas, bayonetas, correaes, municiones, cajas de guerra y cornetas. Una vez desarmada la Milicia Nacional, quedará disuelta para ser reorganizada en oportunidad conveniente y con arreglo a la ley.

— ¡Largo me lo fiáis! — dije yo para mi capote, al leer esto.

— Y ¿qué perderemos con ello? — preguntaba el cura de mi parroquia, oyéndome esta exclamación —. La Milicia es un arma de dos filos que ha de dar muy malos ratos y a la cual renunciarán uno tras otro todos los liberales que lleguen a ser gobierno. Desde luego, tiene el gran inconveniente de necesitar una revolución para establecerla y otra para desarmarla. Decís que es el baluarte de la libertad y que se necesita en toda época de lucha..., que es una institución útil en una situación que se propone afianzar la libertad y propagar las luces... Yo no sé si las propaga; pero sí que tiene argumentos que hacen ver las estrellas.

No hemos podido menos que reírnos de tan donosa observación.

Después de todo, puede que tenga razón. Yo soy ya viejo y no me pago de palabras.

Después de transbordados al vapor mercante *El Fenicio*, han partido esta tarde para Portvendres los individuos de la Junta Suprema. En otros buques han partido también los vocales de la Junta de Armamento y Defensa y otras personas que se habían comprometido más de lo razonable, imaginando que el pronunciamiento de Barcelona sería generalmente secundado.

Continúa el regreso de los emigrados y la entrada de los

forasteros que vienen a contemplar los destrozos causados por los proyectiles, los cuales han sido muy considerables en el barrio de la Lonja y la Muralla del Mar. Los zapadores y los artilleros andan muy atareados destruyendo barricadas, llenando zanjas y retirando a las fortalezas los cañones colocados en las baterías de la plaza. Todo esto da a la ciudad un movimiento y una animación que hacen un contraste muy vivo con la desolación de estos días pasados.

También contribuye a ello el alegre aspecto de los mercados, en donde vuelven a abundar los víveres, expendiéndose a los precios de costumbre.

Día 23. — Continúan los trabajos para borrar los postreros vestigios de la lucha, así en el interior de la ciudad como en las afueras, en donde se acaban de desmontar y destruir las baterías de ataque.

Hoy ha vuelto a publicarse *El Imparcial*, que no vió la luz pública durante las pasadas ocurrencias.

Esta tarde, cuando íbamos a sentarnos a la mesa, hemos tenido una alegría loca viendo pasar ante la puerta un ómnibus completamente lleno de pasajeros, entre los cuales había unos chicos que desde el cupé metían un ruido infernal llamando al abuelo y al tío Arnaldo. Mi mujer, mi hija, su esposo, sus hijos y sus suegros, todos habían llegado, molidos del viaje, cubiertos de polvo y llorando de gozo.

A ellos y a nosotros nos parecía imposible que volviésemos a vernos sanos y salvos y sin menoscabo en la casa. Después de los momentos de efusión, naturales en estos casos, les he dicho:

— Donde comen dos, dice el refrán catalán que comen tres; pero aquí éramos dos y somos nueve, sin contar las dos sirvientas que traéis y la que ya teníamos aquí. Conque a ver si se prepara la comida.

Ha sido opípara y sazónada por un regocijo capaz de abrir el apetito a un muerto. Mi mujer conoce el barrio al dedillo y, gracias a sus instrucciones, pronto se ha encontrado todo lo necesario para improvisar una comida digna de una fiesta mayor.

Hemos recordado las tristezas del día de Todos los Santos, la congoja que sufrían los ausentes pensando en nosotros y

oyendo las exageraciones que se contaban de Barcelona, y mi mujer y mi hija me han jurado por milésima vez que nunca más han de separarse de nosotros, suceda lo que suceda.

— Perded cuidado — he dicho yo —; me parece que vamos a tener una tregua muy larga en nuestras bullangas, porque en las dos últimas han sufrido los barceloneses más de lo necesario para perder la afición a tales aventuras.

Todos han sido de mi parecer.

Paréceme que me han quitado de encima una losa de plomo. ¡Qué bien se encuentra uno entre los suyos!

Yo hasta hubiera querido que se quedasen todos a cenar y dormir con nosotros; mas no he podido lograrlo, aunque tranquilicé a mis consuegros y a mis hijos asegurándoles al verles que no había novedad en su casa.

Día 24. — Ha llegado de Villafranca del Panadés el señor Obispo de la diócesis.

En el teatro del Liceo (Montesión) se representa esta noche la comedia de don Ventura de la Vega, *Los Partidos*. El título viene pintiparado a la situación.

Día 25. — Ha cesado de publicarse *El Constitucional*.

Cuéntase que se han recogido 7.564 armas de fuego y 670 blancas.

Día 26. — El Capitán general ha ido a la Ciudadela y ha puesto en libertad a los milicianos presos, exhortándoles a ser pacíficos y laboriosos.

Hoy se ha abierto el teatro de Santa Cruz.

Día 27. — Anúnciase la reapertura de los cursos en los establecimientos de enseñanza y la celebración de las rifas semanales de la ciudad. Son síntomas que alegran, porque prueban que volvemos al estado normal.

Día 28. — Tómanse providencias respecto a los forasteros domiciliados en Barcelona.

Día 29. — El Capitán general ha creado una comisión para examinar los libros, cuentas y documentos de las personas que durante la revolución manejaron caudales públicos.

El Ayuntamiento ha publicado el programa de las fiestas con las cuales va a celebrar la ciudad, en los tres primeros días del próximo diciembre, la mayoría de edad de la Reina.

El *Diario de Barcelona*, *El Imparcial*, *La Prosperidad*, *La Verdad*, *El Cisne*, *El Artesano*, en fin, todos los periódicos de esta ciudad dedican sus artículos de fondo estos días a la proclamación de la joven Reina, a la cual quieren considerar los hombres de buena fe como iris de paz y prenda de bienandanza, recomendando que al pie de su solio se depongan los crueles rencores y las funestas concupiscencias que tanto mal nos han hecho, y se forme un partido puramente español, exento de toda pasión de bandería. ¡Qué cándida y generosa ilusión! ¡Como si esa niña, cuya cuna han combatido las oleadas de las tempestades políticas, pudiese darnos las virtudes que no tenemos!

El viernes 1.º de diciembre, el Ayuntamiento provisional publicó una alocución participando al vecindario que aquel día era destinado a celebrar la proclamación de D.<sup>a</sup> Isabel II como Reina de España y, por consiguiente, *Condesa de Barcelona*.

En efecto, a las once de la mañana salió de las Casas Consistoriales el Ayuntamiento, presidido por el jefe político, que llevaba el pendón real prevenido al intento. La comitiva fué por la calle de la Librería, Bajada de la Cárcel, Plaza del Angel y Platería hasta la Plaza de Palacio, en donde se había dispuesto un tablado para el solemne acto que iba a celebrarse.

Repitióse este acto en la Plaza de la Boquería y en la del Padró, levantándose auto público del mismo, y luego en la Plaza de San Jaime, dejándose depositado el pendón real en la galería de las Casas Consistoriales.

Distribuyóse una gratificación a las tropas de la guarnición y a los pobres albergados en los establecimientos de beneficencia, y por la noche hubo iluminación general.

Esta se repitió el día siguiente, en el cual se cantó un solemne *Te Deum* en la Catedral. El domingo 3 del mismo mes, verificóse en el puerto una regata a la cual asistió el Ayuntamiento en cuerpo. Al retirarse éste a las Casas Consistoriales, dotáronse por suerte diez doncellas pobres con cien libras catalanas cada una.

Excusado es decir que el estado en que había quedado la población, después del reciente cataclismo, no permitió desplegar en esta ocasión la pompa acostumbrada en casos tales.

Hubo aquellos días bastante agitación electoral con motivo de tener que elegirse los representantes de la provincia en los Cuerpos Colegisladores. Debían designarse nueve diputados, cinco suplentes y quince individuos para componer la lista triple de la que había de nombrar S. M. cinco senadores.

También acaloró mucho los ánimos, dando margen a infinitas protestas y manifestaciones de adhesión al trono, el atentado cometido por don Salustiano Olózaga obligando a la Reina a firmar, mal de agrado, el decreto de disolución de las Cortes. Fué un crimen de lesa majestad que difícilmente podía perdonarse a un hombre a quien se acusaba de haber engañado a todos los partidos. Así decía *El Imparcial*, recordando que doña María Cristina había dicho, hablando de Espartero:

— Lo elevé a una jerarquía capaz de satisfacer cualquiera otra ambición que no fuese la suya, mas a pesar de tanta largueza, no pude hacerle caballero.

No hallo paridad en ambos casos. Espartero obró impulsado por grandes móviles políticos, posponiéndolo todo a lo que él consideraba necesario al bien del país, y jamás faltó al respeto que debía a la madre de su soberana.

El viernes 22 de diciembre vuelve a la carga *El Imparcial*, tratando un asunto de interés vital para Barcelona, repitiendo el grito tantas veces proferido de *¡Abajo las murallas!* He de recordar este artículo porque resume las ideas y los sentimientos que la opinión pública expresa en esta ciudad a todas horas. Habla de los trabajos que se han hecho en la obra del derribo, y cree llegado el momento de tomar una determinación sobre la suerte de ese cingulo de piedra que nos oprime y afea, y opina que por las razones de higiene pública y de interés económico, que tantas veces y con tanta elocuencia se han alegado, deben ir abajo esos paredones cada día más inútiles, viendo además implicada en ese derribo la cuestión del orden público. Como medio militar de defensa, dice, están desacreditadas las murallas, y los mismos peritos en el arte de la guerra declaran que Barcelona debe ser plaza fuerte marítima y no más, confiando su defensa por la parte del campo a una cadena de fuertes aislados en la cumbre de la vistosa cordillera que rodea el llano a guisa de anfiteatro. Tal



es, añade, la opinión del general Sanz y la del general Schellcy, hoy jefe político de la provincia.

Yo me he ido enterando de todo el desenvolvimiento que ha tenido esta idea en la opinión, y como tengo la íntima seguridad de que ésta acabará por imponer tan necesaria reforma, dedico mis ahorros a comprar terrenos en el Paseo de Gracia. Mis consuegros han tenido la buena inspiración de imitar mi ejemplo. Digo que fué una buena inspiración, porque, o mucho me engaño, nuestros hijos venderán a palmos el terreno que hoy compramos nosotros a mojadas.

También dedico algunas sumas a la adquisición de valores del Estado, cuyas fluctuaciones dan lugar a muy buenas ganancias si se tiene la necesaria circunspección para no hacer jugadas al descubierto. En la lista facilitada a la prensa por el Colegio de corredores reales de cambios de esta plaza, el último día del año pasado de 1843, vese que se cotizaban los vales no consolidados al 8 por 100 de su valor nominal, y los títulos del 5 por 100 a 17  $\frac{3}{4}$ . Como el país, cansado de tantas agitaciones, está sediento de paz y de orden, es indudable que vamos a tener un período de reposo durante el cual gozará de incontrastable influencia el partido moderado, en cuyas filas figura la gente más acaudalada, y esto necesariamente ha de producir un alza relativa en los fondos públicos.

Yo profeso la máxima de mi yerno: «Esa gente se ha propuesto por modelo a Luis Felipe, cuyo lema parece ser: marchen los negocios y ahí me las den todas.» Salvador y Arnaldo vomitan sapos y culebras contra ese sistema que llaman de la plutocracia, diciendo que antes de muchos años ha de producir espantosos desastres, porque carece de sentido moral y, por consiguiente, de toda noble aspiración hacia los ideales de justicia que son la grande arma de los partidos revolucionarios.

Sea como fuere, la cordura aconseja aprovechar las circunstancias para aumentar la pequeña fortuna adquirida a costa de tantos afanes, pudiendo hacerlo por medios legítimos y honrados.

Varios parientes y amigos nuestros han improvisado cuantiosos capitales adquiriendo a bajo precio magníficas fincas enajenadas por el Estado en la época de la desamortización. No participaba yo del temor de los que se retraían de com-

prarlas por el recelo de tener que restituirlas, como sucedió en el reinado de Fernando VII, porque desde entonces han cambiado mucho los tiempos; pero mi mujer me hubiera arrancado los ojos. Para ella tan difícil es que entre en los cielos un comprador de bienes monacales como que pueda salvarse el alma de un negrero. Y lo primero es la paz del hogar.

Arnaldo, que quiere a su madre con idolatría, dice con mucha razón, sacando consecuencias de este fenómeno que acaece en todas las familias, que la causa del progreso tiene en contra suya a la más bella mitad de la nación española y que, dado el carácter caballeresco de la otra mitad, el triunfo de las ideas modernas ha de ser aquí muy costoso. A lo cual añadido yo las dificultades suscitadas por la excesiva impresionalidad que nos hace tan veleidosos, la fogosidad de la fantasía que nos hace prender de todo lo maravilloso y la indolencia del temperamento que nos tiene cautivos de la rutina. Llevado de esta reflexión he preguntado muchas veces a los jóvenes si creen de buena fe que, dados estos vicios y defectos de raza, pueden ser aplicables a nuestro pueblo las instituciones adoptadas con feliz éxito en otros de condición diametralmente opuestas. Pero entonces me motejan de moderado y reaccionario.

¡Válgame Dios! Aquí todo el mundo chilla contra el fanatismo, sin ver que todos somos fanáticos, cada cual a su manera. Lo tenemos en la masa de la sangre. Todos los episodios históricos que llevo apuntados en estas MEMORIAS lo prueban hasta la evidencia. Precisamente este fanatismo es el que ha engendrado en España tantos héroes. El día que estemos más adelantados imperará tal vez el positivismo; pero España no será ya la nación romántica y caballeresca por excelencia; nuestro pueblo parodiará lorpemente a otros y perderá el carácter que le engrandece, sin conseguir en mucho tiempo la mudanza que ambiciona. Será un período de transición en el cual tendremos que arrostrar grandes luchas y vaivenes y armarnos de paciencia para soportar resignadamente las burlas que ha de valernos nuestra inexperiencia. Los jóvenes no prevén los inconvenientes de este apredizaje, a pesar de que ya han empezado a tocarlos. Quizá vale más así; quien no ve

el peligro lo acomete con más bravura, y ya que ello ha de ser, no estará de más el brío de la arremetida.

En cartas de Figueras, del 30 del mes pasado (diciembre), se nos participa que después de tres días de negociaciones celebraron, a las once de la mañana, una conferencia el barón de Meer y don Narciso Ametller, jefe de los postrerós sublevados de la jamancia que se habían atrincherado en el castillo de San Fernando, batiéndose con obstinación desesperada. Se ha firmado ya la capitulación, esperándose tan sólo la aprobación del Gobierno para entrar las tropas de Prim en la fortaleza.

Con este motivo la prensa moderada entona un himno en loor de este valeroso caudillo y del barón de Meer, porque supieron conciliar la humanidad con la entereza y porque «con hechos inequívocos demuestran haber abrazado la causa de la reconciliación con entera buena fe y enseñan a los demás prácticamente que es asequible la refundición de los antiguos partidos en uno solo». Así dice *El Imparcial*. ¡Y por Dios que es envidiable su optimismo!

Entretanto llueven en París las manifestaciones de adhesión enviadas a la Reina Cristina por las Diputaciones y los Ayuntamientos, con motivo de la próxima venida a España de esta augusta señora, a la cual ha ido a visitar con este objeto, como enviado extraordinario de su hija doña Isabel II, el señor don Donoso Cortés, publicista ultramontano. El tono de estos mensajes es muy violento contra Españolero y sus secuaces.

Asegurábase hoy — 14 de enero — que el Gobierno había accedido por fin a la petición de la sociedad del Liceo de Montesión, dirigida a permutar este convento con el de Trinitarios de la Rambla. Añadíase que, deseosa esta corporación de erigir en este local un gran teatro de música y declamación, piensa derribarlo todo y, adquiriendo una o dos casas inmediatas, construir bajo un plan grandioso un coliseo superior a todos los que hay en la actualidad en Barcelona.

En verdad que bien se necesita.

Háblase nuevamente de reformas y mejoras. Dicese que se han allanado las dificultades que había para proceder a la venta de los solares de la antigua cárcel, que en tiempos muy antiguos fué una célebre fortaleza y se halla situada a la esquina de la Librería y de la Plaza del Angel, cuyo nombre procede de un angel de colosales dimensiones colocado en la fachada del edificio.

Con su importe se proyecta indemnizar a los propietarios de las casas que es preciso derribar para concluir la calle de Fernando hasta la Plaza de San Jaime. Dicese también que, habiendo aprobado el Gobierno el antiguo plan de ensanchar Barcelona por la parte de Gracia, va a procederse muy pronto al tan deseado y útil proyecto de abrir la puerta de los Estudios al extremo de la Rambla.

Con este motivo recuerda muy oportunamente *El Imparcial* que la linterna de este importantísimo puerto es por demás raquítica y miserable, arroja un pálido resplandor que engaña a los marinos en vez de guiarlos, y debería substituirse, como lo pide el clamor público, por un faro de grandiosas proporciones con su correspondiente fanal de reverbero. A este propósito recuerda también que en tiempos de Carlos de España se creó un fondo destinado a tan necesaria obra; pero el caudal acumulado para ello desapareció por la codicia de malos agentes gubernativos. Este artículo es muy fuerte; pero no puede tildarse de injusto, porque es una vergüenza lo que está pasando con esto en Barcelona.

Ahogada la tentativa revolucionaria de Alicante, se ha descubierto en Madrid una gran conspiración en la cual aparecen comprometidos los jefes más caracterizados del partido progresista y que al parecer tenía ramificaciones en todas las provincias. En Barcelona debía estallar también un movimiento militar que se ha descubierto a tiempo. La prensa moderada sale hoy, 17 de febrero, vomitando fuego.

Tengo para mí que vamos derechos a una reacción cada día más resuelta y desapiadada, porque no hay en el mundo nada que haga tan cruel al hombre como el miedo, y los moderados están que no les llega la camisa al cuerpo.

Hoy los saca de juicio y los tiene alborozados de un modo indecible la llegada de la Reina Cristina, a la cual las autori-

dades francesas han hecho en Perpiñán un espléndido recibimiento y que sin duda lo tendrá también en Barcelona, en donde quinientos jóvenes de la buena sociedad han formado una Junta de obsequios que se propone tirar, como suele decirse, la casa por la ventana.

En Gerona y en Mataró se le hizo un ostentoso recibimiento. Su entrada en Barcelona, el martes 5 de marzo, fué en verdad un acontecimiento memorable, mírese como se quiera, pues si por un lado fué digno de nota el entusiasmo de los constantes devotos que aquí tiene la egregia señora, por otra parte no dejan de ser curiosas estas ovaciones, aquí donde tanto se la ha maldecido.

Ella es ciertamente hermosa y simpática como siempre, bien que anubla su semblante una expresión de suave melancolía templada por las demostraciones de cariño que se le prodigan.

Estas recepciones son monótonas porque todas se parecen. Siempre la misma parada militar, siempre las fachadas cubiertas de colgaduras ostentando vistosa variedad de colores y los balcones y ventanas siendo marco de graciosos grupos de mujeres agitando el pañuelo con sus blancas manos y los corazones de los incautos con sus negros ojos... A mí aun me agradan y seducen estos cuadros como cuando tenía veinte años, hoy que sesenta y cuatro años me tienen preso en una red de tristes memorias y amargos desengaños que pesan sobre mi alma como losa de plomo.

S. M. ha aceptado un ligero refresco que se le ha preparado en una lujosa tienda de campaña levantada en el glacis fuera de la Puerta Nueva, pasando luego a ocupar un magnífico landó llevando al estribo derecho al Capitán general barón de Meer, y al izquierdo al general segundo cabo don Manuel Pavía. Los jóvenes de la Junta iban delante, a cuatro de fondo, atronando los aires con sus vivas.

Ha sido para ellos un desquite de la paliza que llevaron en la famosa *Jornada de las levitas*.

La comitiva ha entrado por la calle de San Pedro, siguiendo por las de Junqueras y Condal, Plaza de Santa Ana, calle dels Archs, Plaza Nueva y calle del Obispo hasta la Catedral, en donde se cantó un solemne *Te Deum* con el ceremonial de costumbre.

Luego dirigióse la Reina al palacio, en donde hubo besamanos. Por la noche se ha iluminado completamente la ciudad, recorriendo las calles un inmenso gentío.

Esta política española es un continuo tejer y destejer; pero yo voy volviéndome escéptico y comodón a fuer de perro viejo, y dígame en mis adentros que en último resultado más valen estos vivos y estas luminarias que las vociferaciones rabiosas del motín y el siniestro fulgor de las bombas. A mi edad ya no se mete uno en belenes sin saber lo que va ganando. Quiero decir lo que va ganando el país.

En la tarde de ayer — 6 de marzo —, la Junta directiva de la ración creada Caja de Ahorros, presidida por el general Pavía, se presentó a S. M. suplicándole que se dignase tomar bajo su Real protección esta naciente y tan útil institución, a lo cual ha accedido ella con sumo gusto. Para dar principio a los depósitos, resolvióse que la dote que con motivo de los festejos se ha señalado a diez jóvenes pobres de esta ciudad se depositase en la Caja, con el correspondiente abono de intereses, hasta que venga el caso de ser entregada a las interesadas. S. M. se ha dignado añadir dos mil reales para cada una de las cuatro primeras agraciadas.

Hoy jueves — día 7 —, a pesar de que el tiempo estaba muy lluvioso, se han efectuado en la Plaza de Palacio unos juegos de sortija que S. M. contemplaba desde el mirador. Los que han corrido la sortija iban vestidos de eliqueta, llevaban caballos enjaezados con plumas blancas, y después de saludar a la Reina trocaron los sombreros por unas cachuchas azules bordadas de oro. La verdad: elegantes no lo eran, ni agraciados tampoco.

Ayer viernes dióse en obsequio a S. M., en el salón grande de la Casa Lonja, un concierto instrumental en el cual tomaron parte ciento trece profesores dirigidos por el maestro Obiols. Las paredes del cuerpo inferior estaban cubiertas con colgaduras de color anaranjado, sembradas de flores de lis de oro; pendía de la barandilla, iluminada por el gas, una cenefa carmesí y una faja azul con leones, torres y coronas; en la misma barandilla, enfrente del palco de la Reina y en el centro de las dos ramas colaterales, se ostentaban con brillantes luces, también de gas, las cifras de Isabel II, María Luisa Fernanda y

María Cristina; tapizaban hasta la mitad de las airosas columnas unas franjas anaranjadas y azules, y colgaba del altísimo artesonado una infinidad de magníficas arañas de cristal.

La concurrencia era brillantísima. Los vestidos de terciopelo, encajes y raso de varios colores que lucían las señoras, todas escoladas y ostentando con profusión la pedrería; el abigarrado esplendor de los uniformes y la animación de los grupos, presentaban una sorprendente perspectiva. S. M. vestía con suma sencillez: llevaba un vestido negro de blonda, una gargantilla de brillantes, un alfiler de pecho, y en la cabeza una guirnalda y un ramito de brillantes también. Juro a Dios que estaba hermosa.

Al día siguiente visitó varias fábricas, siendo en todas muy aclamada. La Reina madre se muestra muy entusiasta por la industria nacional y muy maravillada — no sin razón — de los grandes progresos que ha hecho en medio de tantos trastornos y vicisitudes. La juventud barcelonesa la obsequió por la noche con una magnífica serenata.

A las diez menos cuarto de la mañana siguiente — domingo — salió la Reina de palacio con sus sobrinas, dirigiéndose en carretela descubierta a la puerta de San Antonio, en donde entró en el coche de camino, siguiéndola muchísima gente hasta el pueblo de Sans. A las dos de la tarde salía de Molins de Rey.

Cinco días ha estado entre nosotros, y por cierto que no puede quejarse de la hospitalidad y dinastismo de los barceloneses, ni éstos olvidarán fácilmente su afabilidad y largueza, pues tan pródiga se ha mostrado de amabilidad en sus conversaciones como de dinero en sus limosnas.

Menudean en tanto las conspiraciones, bien que con infelicísimo éxito, pues todas acaban por descubrirse. El lunes 18 del presente mes de marzo fueron pasados por las armas cuatro infelices y condenadas, respectivamente, a seis y a dos años de galera las mujeres de dos de ellos. Lo que hay es que el Gobierno coge con frecuencia el hilo de la conjuración, pero se le rompe entre los dedos, teniendo que contentarse con desahogar su cólera contra los pobres instrumentos de una trama mejor urdida que ejecutada. Yo opino que, rendido Alicante, son inútiles ya estos conatos que por espacio de algunos años

no han de servir sino para sacrificar estérilmente a algunos desventurados.

El bandolerismo hace también de las suyas. En el Ampurdán y en el campo de Tarragona reina con este motivo mucha alarma. En Barcelona son también harto frecuentes los robos. Por esto ha sido muy aplaudido en toda España el Real decreto de 28 de marzo, creando el cuerpo de la Guardia civil, que hacía suma falta.

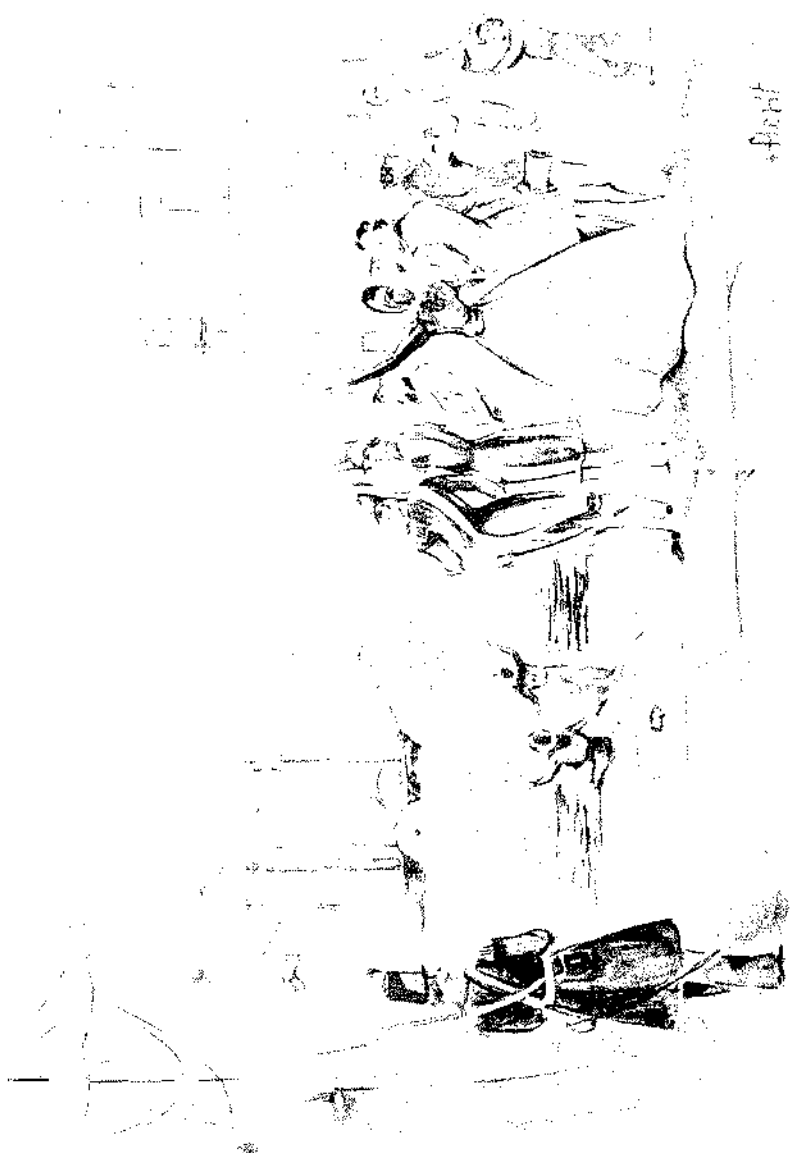
Dícenme que algunos de nuestros primeros capitalistas han concebido el proyecto de establecer en esta ciudad un Banco que, a ejemplo de los de San Fernando y de Isabel II, admita depósitos y letras con descuento, facilite préstamos, etc. Si es verdad, como me han asegurado, que los Estatutos de la proyectada institución de crédito ya obran en poder del Gobierno para su aprobación, Barcelona habrá realizado muy pronto un progreso del cual necesita ha mucho tiempo su comercio, cada día más extenso y activo. El sábado 27 de abril ya se habían, efectivamente, recibido aquí los Estatutos debidamente aprobados.

No deja de ser una notable coincidencia la de publicarse al día siguiente en los periódicos un aviso de la Compañía del camino de hierro de Barcelona a Mataró, recordando que el fondo social para realizar la obra se ha debido a los catalanes mismos en medio de tantas contrariedades. Otra fuera nuestra situación si hubiese en España más estabilidad política y menos ambiciones bastardas. Para trabajar en serio en este país se necesita el arrojo de un héroe y la paciencia de un santo.

\* \* \*

Desde que ha partido la reina madre, apenas se habla de otra cosa que del camino de hierro de Barcelona a Mataró, empresa tan favorablemente apreciada que en cuatro días de suscripción se han inscrito ya 507 acciones. Mi hijo se ha empeñado en adquirir veinte y yo le dejé hacer, porque también me infunde mucha confianza la compañía, lo cual sin duda es debido en parte a la activa propaganda de su cuñado Salvador, que no cesa de ponderar las excelencias de esta gran obra. El hace importantes trabajos en la línea y, no contento





*Salida de la Corte*



con emplear en ella el dinero que le producen, invierte un capital en acciones.

No me extraña lo que sucede. Este ferrocarril será el primero de España, y aquí hay un empeño grande en que nadie nos aventaje en el camino del progreso español, que es una emulación muy laudable y provechosa.

Por otra parte, esta gran empresa no podía acometerse en sazón más oportuna, pues Cataluña está atravesando una terrible crisis industrial agravada por el gran contrabando que se ha hecho a favor de las insurrecciones de Alicante y Cartagena. Con este motivo se han reunido los fabricantes en el despacho del señor jefe político, el cual les ha manifestado que se ocupaba con gran afán en varios proyectos de reconocida utilidad pública, entre los cuales figura un nuevo canal en el Llobregat y, además, la recomposición de todos los caminos vecinales y transversales limitrofes a esta ciudad.

También se ha hablado mucho en este mes de mayo de la próxima venida de SS. MM., la cual se debe a que los médicos han aconsejado a la Reina que pase aquí una temporada. La prensa barcelonesa aprovecha la ocasión para pedir que se organice entonces una Exposición de productos industriales y se haga presente a las reales personas las funestísimas consecuencias del contrabando, que parece haberse convertido en un mal crónico y sin remedio.

El sábado 1.º de junio, a las nueve y media de la noche, entraron en esta ciudad las Reinas y S. A. R. la infanta doña Maria Luisa Fernanda, recibiendo grandes pruebas de simpatía en su tránsito al ir y volver del *Te Deum* que se cantó en la catedral para celebrar su feliz llegada.

Este viaje se ha hecho sin ostentación. Las Reinas y la Infanta pasean mucho, haciendo excursiones a los pueblos vecinos para tomar baños de sol y de aire puro, de modo que viene a resultar un viaje higiénico.

Se ha celebrado con inusitada pompa la procesión del *Corpus*, a la cual han asistido el presidente del Consejo de ministros, don Ramón M.º Narváez, el ministro de Estado, marqués de Viluma, y el Capitán general, barón de Meer. Cuando bajaron a la Plaza de Palacio, las Reinas y la Infanta, postrándose de hinojos ante la custodia, y tocaron todas las músicas la

Marcha Real y dispararon la salva las baterías de los fuertes y la de la Muralla del Mar, conmoviéndose el público, sin poderlo remediar, porque fué un espectáculo imponente al que no estábamos acostumbrados.

Pero debo apresurarme a hacer constar que por lo que respecta a las muestras de adhesión y cariño que aquí reciben las Reinas, parten casi exclusivamente de esas familias entonadas de la clase media, que se pirran por parodiar a la nobleza y a las cuales se debe la peregrina idea de substituir la franca y tumultuosa embriaguez de una muchedumbre por las estudiadas aclamaciones de un grupo de pisaverdes que la han dado por ahí considerando que era cosa de buen tono.

Olózaga está en Londres, reconciliado con los esparteristas; don Pascual Madoz y otros respetables patricios están encausados como comprometidos en la sublevación de Cartagena, vencida por la traición, y en la de Alicante, ahogada en ríos de sangre; González Bravo ha demolido la ley de imprenta y las de Diputaciones y Ayuntamientos, despojando estas corporaciones de su carácter popular, y ha disuelto la Milicia Nacional, a pesar de que la Constitución garantizaba su existencia.

Tras él vino Narváez, que completó la obra de su antecesor inaugurando una situación francamente moderada. Ya no se hablaba de la coalición antiesparterista; la reacción se había quitado la máscara. A pesar de que los moderados habían adoptado la Constitución de 1837, las Cortes — sin poseer poderes especiales para ello — la modificaron, publicándose en 23 de mayo de 1845 una reforma en la cual aparecían mutilados todos los artículos encaminados a precaver los abusos de la autoridad real y del poder ejecutivo.

Así reformado el Código fundamental, acometiéndose la destrucción de las leyes orgánicas para armonizarlas con él. Alteráronse de nuevo las de Ayuntamientos y Diputaciones provinciales, estableciéndose unos consejos provinciales en reemplazo de éstas y otro de Estado en la Corte para entender en todas las cuestiones administrativas, y creóse un nuevo sistema tributario.

Este, ideado por Mon, era realmente un gran progreso, a pesar de sus defectos, por cuanto se acomodaba más que el antiguo a las nuevas necesidades de la sociedad española;

mas en cambio chocaba con sus antiquísimos hábitos, y como España es el país rutinario por excelencia, y por añadidura se aplicó la nueva ley de una manera muy injusta, la semilla revolucionaria fermentó muy pronto en todos los pueblos.

Hay que confesar que Narváez era un hombre prodigiosamente enérgico. Los progresistas estaban sedientos de venganza por los sucesos de Barcelona, por los fusilamientos de Alicante y el de Zurbano; los carlistas se llamaban a engaño; entre los mismos moderados había muchos descontentos porque la canmarilla dominante lo monopolizaba todo, distribuyendo los más pingües empleos, los mandos más importantes, honores y títulos a granel entre sus paniaguados. Sin embargo, él continuaba impertérrito su camino, peleando con todo linaje de enemigos y atropellando por toda suerte de obstáculos, como aquel galán del cantarcico popular: *Todo el mundo contra mí, y yo contra el mundo entero*.

Pero, a pesar de toda su infatuación, Narváez no obró jamás con verdadera independencia. El gabinete de Madrid no era más que una mera sucursal del de las Tullerías: obraba a impulsos de la influencia francesa, como Espartero lo había hecho supeditado a la de la Gran Bretaña. Las dos grandes potencias occidentales mostraban su rivalidad y median sus fuerzas en nuestro suelo. Inglaterra favorecía a los liberales, y Luis Felipe, hijo ingrato de la Revolución, ayudaba y aconsejaba a los reaccionarios.

Antes de tratar de los sucesos políticos que a consecuencia de la nueva situación acaccieron en Barcelona, he de recordar uno que nada tiene que ver con la política, pero que fué para la ciudad de suma importancia.

En 1802, la calle de Arolas cerraba el paso a la Rambla, dando la vuelta perpendicularmente al terreno que hoy ocupa la calle de Fernando y en el cual había un callejón de unos doce palmos de anchura, titulado *Calle de las Neus*, yendo a terminar en la calle del Vidrio, que se llamaba entonces de Quintana.

En 1806, todavía se llamaba calle del Vidrio a la vía que iba desde la de la Boquería a la de Escudillers con los antedichos nombres.

En 1824 se levantaron los planos para unir con nuevas

calles la Rambla a la del Vidrio. Entonces sólo se proyectaba una calle de treinta palmos de anchura, mucho más angosta, por consiguiente, que la actual calle de Fernando.

Los terrenos situados en el espacio comprendido entre la calle del Vidrio y la Rambla pertenecían a los frailes capuchinos, los cuales vendieron los que quedaban a mano izquierda de la calle actual de Fernando, al entrar por la Rambla.

Este proyecto de apertura, en proyecto quedó.

Desde la calle de Aviñó a la de Raurich, había la llamada Plaza de la Trinidad, cuyo trozo se rectificó en 1828. Desde la calle de Aviñó hasta la de la Enseñanza, se abrió en 1840. Desde la calle de la Enseñanza hasta la Plaza de la Constitución, en 10 de octubre de 1844, en cuya fecha se empezó el derribo de las dos casas de la calle de la Enseñanza que daban frente a la de Fernando VII, y se colocó la primera piedra para la formación de la gran plaza mercado en el área donde estuvo situado el admirable convento de Santa Catalina. Inauguráronse estos trabajos en celebridad del hecho de haber abierto la Reina por sí sola las Cortes.

Presentáronse entonces al Ayuntamiento varios planes y proyectos para utilizar el terreno del exconvento de Capuchinos, relacionándolos con otras importantes reformas, y por cierto que había en estos proyectos un atrevimiento y grandiosidad a que no estábamos acostumbrados y que no se encuentran en ninguna de las grandes obras públicas posteriormente realizadas. El que quisiere enterarse de estos curiosos planes, los hallará especificados en los números del *Diario de Barcelona* correspondientes a los días 17, 18 y 19 de octubre de dicho año 1844.

En el mismo mes se recibieron aquí las órdenes oportunas para la pronta desaparición de las ruinas del cuartel de artillería, que cerraban el paso al extremo de la Rambla. Mientras no se llevase a cabo la gran obra del proyectado ensanche de aquella parte de la ciudad, debía construirse interinamente una fuerte pared que reemplazase la brecha abierta en la muralla al lado de la torre de Canaletas.

Por lo que respecta al tan suspirado ensanche de la ciudad, quedó aplazado para las Calendas griegas, por haberle salido un gran enemigo en la persona — omnipotente a la sazón —

del presidente del Consejo de ministros, don Ramón María Narváez, el cual solía decir cuando le hablaban de este asunto:

— Si se permitiese el ensanche de Barcelona, se necesitarían cuarenta mil hombres para tenerla sujeta; y España no es bastante rica para aumentar de este modo su ejército.

Narváez era de los que creían que los pueblos se mantienen quietos por medio de la fuerza militar, por más que carezcan los Gobiernos de la fuerza moral que sólo el apoyo de la opinión pública puede darles. Ni la experiencia tantas veces repetida en obra de pocos años pudo curarle de su empirismo.

Yo, que no creo que haya mal que cien años dure ni cuerpo que lo resista, y por otra parte tengo mucha confianza en la robustez de nuestro pueblo, siempre confié en que no habían de transcurrir muchos años sin que los barceloneses viésemos realizado nuestro constante y vivísimo anhelo.

Si no se metiesen a revolucionarios tantos hombres que no saben serlo, y que cuando han cantado cuatro canciones patrióticas y apedreado a media docena de curas se figuran que ya han redimido a la humanidad, el ensanche ya se habría realizado. Las revoluciones no se legitiman sino acometiendo grandes reformas, y no se consolidan sino creando nuevos y cuantiosos intereses.

En 27 de octubre, a las nueve de la noche, hubo un conato de motín en la Plaza del Teatro; prendióse a algunos sujetos, y a las once y media de la mañana del 30 fueron fusilados cuatro de ellos en la Rambla, junto a las ruinas del convento de Trinitarios. Varios otros fueron condenados a presidio. Esta desgraciada tentativa coincidió con la publicación de una violenta proclama republicana difundida con profusión por todos los barrios de Barcelona.

En verdad que valdría la pena de economizar algo más la sangre humana, que en este país se derrocha de una manera impía.

\* \* \*

¡ Bendito sea Dios que por fin permitió que viese colmado mi más vehemente anhelo! Al fin se casó mi hijo. Más vale tarde que nunca. Dígolo, porque ya había cumplido los treinta y seis años.

No me gustan los solterones. A fuerza de no pensar sino en sí mismos, vuélvense egoístas y antipáticos, y acostumbrados a no ver en las mujeres sino los atractivos físicos, las consideran como un elemento de distracción y su trato como un fútil pasatiempo o un sensual capricho, lo que les incapacita para alimentar ningún sentimiento caballeresco. Lo peor del caso es que, después de haber pasado la vida alardeando de listos y despreocupados, acaban siempre por ser juguete de los tunantes que les rodean, y, por fin de fiesta, los tenorios que no quisieron rendirse a los pies de las mujeres más dignas de ser amadas, terminan su vida aventurera uniéndose en matrimonio con la primera Maritornes que tiene maña y estómago bastantes para cargar con sus talegas y sus alifafes.

Esta idea me tenía desazonado. Afortunadamente, mi yerno Salvador tiene una hermana educada en Francia, lindísima, instruída, decidora, capaz de volver el juicio a un anacoreta, y sus gracias han dado al traste con todo el escepticismo y frialdad de Arnaldo.

Como la chica se un excelente partido y su hermosura y amabilidad la hacen irresistible, le han salido muchos pretendientes desde que regresó del extranjero; mas ella a todos los desahuciaba. Al principio lo atribuí simplemente a que aun no había sonado para ella la hora de enamorarse; pero mi hija me ha abierto los ojos explicándome las confidencias que la pobre muchacha le había hecho.

Entonces tramé una conspiración muy vulgar y que siempre produce efecto. Llamé a Arnaldo y le rogué que se mostrase menos asiduo en su trato con Cristina, porque tenía noticia de que pretendía seriamente su mano un joven que merecía todas las simpatías de la familia. La nueva le hizo mucha impresión. Púsose en acecho, y como realmente había no uno, sino varios pretendientes, picado de los celos y del amor propio, declaróse con todo el calor reconcentrado por espacio de tantos años, y a los pocos días ya estaban prometidos.

El día de la boda fué un día de júbilo grande en casa. Celebróse en 23 de abril de 1845, el mismo día en que se inauguró la edificación del Gran Teatro del Liceo.

Llevóse a cabo ésta mediante la cesión perpetua de localidades del teatro hasta la mitad del valor total de palcos y



lunetas a los señores que quisiesen adquirirlas en calidad de accionistas. Fué el comisionado de la sociedad don Joaquín de Gisbert, a cuyo celo y actividad se debió que en menos de dos años pudiese erigirse este grandioso edificio, el más importante que se ha construido en Barcelona en lo que va de siglo.

Y digo importante, no sólo por sus colosales dimensiones, ya que en esta parte no hay en Europa otro que le aventaje, sino por la gran influencia que ha tenido en nuestras costumbres. Barcelona era una ciudad exclusivamente industrial, muy rutinaria y tradicionalista y en la cual predominaba desde muy antiguo el más modesto y activo de los elementos sociales: la menestralería. Desde el momento que abrió sus puertas al público el Gran Teatro no tuvieron más remedio sus concurrentes que alzarse de puntillas para alcanzar la talla que exigían las proporciones del local. Ya es sabido que allí se va a ver y ser visto, y que esos grandes espectáculos, cuyos principales actores no figuran nunca en las tablas, contribuyen extraordinariamente al fomento del lujo y de los instintos aristocráticos. Aquí son pocas las familias que pueden jactarse de su estirpe nobiliaria, pero en cambio son muchas las opulentas y muchísimas las acomodadas, todo lo cual ha producido un cambio muy notable en nuestras costumbres.

A muchos conozco yo que se han pasado la vida tras del mostrador midiendo telas, y porque les enriqueció el comercio hablan hoy de *su clase* con tanto orgullo como pudiera hacerlo en Francia un Montmorency o en Castilla un Osuna. Por supuesto que esos tales ya viven de su renta, aumentada considerablemente por el gran vuelo que han adquirido los negocios con el desarrollo del crédito, y no quieren acordarse de cuando fueron horteras.

Ahí está la ridiculez, que lo demás nada tiene de censurable; muy al contrario.

En aquel año ocurrió en Barcelona y su llano la célebre sublevación producida por la introducción de las quintas. No quiero apuntar sus pormenores, porque ya estoy cansado de registrar insurrecciones y desastres.

Había empezado, con el regreso de la reina madre, un período franca y desembozadamente reaccionario, que duró la

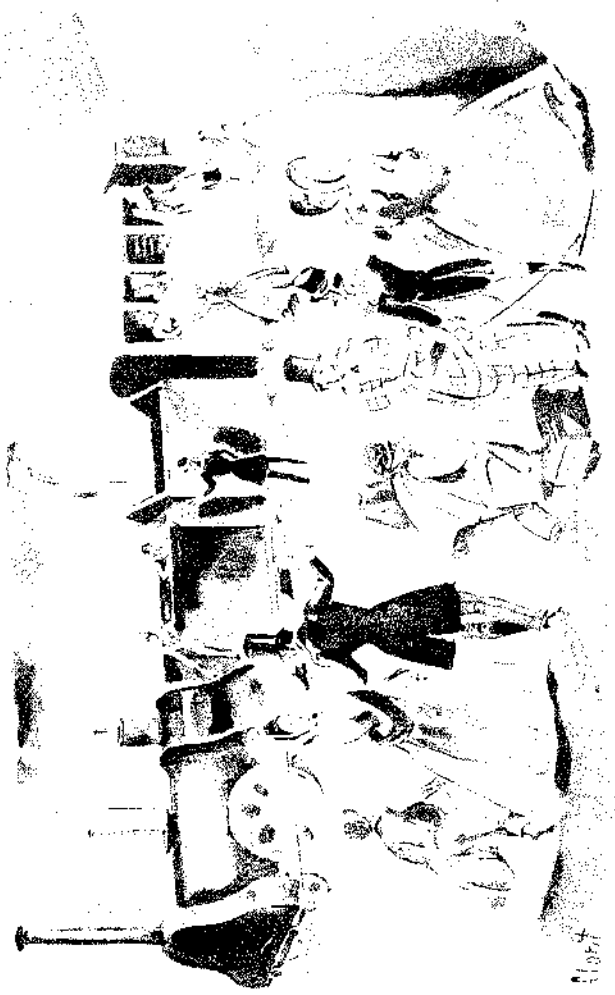
fríolera de once años. Los liberales más caracterizados andaban fugitivos por el extranjero o vivían retirados y mudos en cualquier rincón de España, celosamente vigilados por la policía, que velaba con más ojos que Argos. La prensa estaba amordazada. Las elecciones eran un vano simulacro, conservado para dar visos y apariencias de legalidad a los nombramientos de diputados y senadores que el ministro de la Gobernación extendía en su despacho. Pero la monarquía continuaba titulándose *constitucional*, Narváez respondía del orden, y era de buen tono decir bien del Gobierno y tratar con suma consideración a sus hechuras e instrumentos. Mis colegas, retirados del negocio, solían decirme: «Desengáñate, los hombres de nuestra clase debemos apoyar al Gobierno a todo trance. El orden es lo primero.»

Lo chusco es que hablaban de buena fe. Para ellos el orden consistía en que no anduviésemos a tiros por las calles, mas que se minasen los cimientos de la sociedad con el sistemático quebrantamiento de todas las leyes naturales y positivas. No veían los cuitados que todo esto era sembrar tempestades para lo venidero. El descontento no brotaba en la superficie, pero germinaba y crecía en las conciencias, y el odio que inspiraba el partido dominante alcanzó muy pronto a los que por mero egoísmo y sin fe política que les disculpase se hacían cómplices de aquel absolutismo vergonzante.

¡Cuánto más nobles no me parecían a mi los carlistas, que defendiendo el antiguo régimen se hacían matar en los campos de batalla! No sé nada más antipático que esos partidos sin ideal ni entrañas, que no luchan sine en pro de su egoísmo.

En 10 de octubre de 1840 casó doña Isabel II con su primo el infante don Francisco de Asís, y su hermana doña María Luisa Fernanda con el duque de Montpensier. Fueron estos matrimonios un gran triunfo para la diplomacia francesa, que acabó de enemistarnos con Inglaterra.

En Barcelona el elemento oficial echó la casa por la ventana. Los vecinos recibimos de la autoridad la orden de entusiasrnarnos y hacer luminarias bajo apercibimiento de una fuerte multa, y así pudo engreírse la muy noble y leal ciudad de Barcelona de haber celebrado con gran pompa y regocijo la boda de su Reina.



*Inauguración del F. C. de Barcelona a Mataró*



Notable fué en aquellos tiempos el desenvolvimiento del progreso en esta ciudad, cuya fisonomía iba por momentos modificándose. En 1.º de septiembre de 1845 dió principio a sus operaciones el *Banco de Barcelona*, cuyos tres primeros directores fueron don José M.ª Serra, don Manuel Girona y don Rafael Plandolit. Es la institución que más eficazmente ha contribuido al progreso material de la ciudad, y fuerza es decir que el tino y circunspección con que se le ha dirigido le ha hecho acreedor a un crédito y reputación tan sólidos que son proverbiales entre nosotros.

En 26 de marzo de 1847, la *Comisión de fábricas de hilados, tejidos y estampados de algodón de Cataluña*, que por cierto era antiquísima, se constituyó *Junta de fábricas de algodón de Cataluña* para el fomento y prosperidad de esta industria y la defensa de sus intereses.

En 25 de junio de 1848 inauguróse el *Instituto Industrial*, cuyo fin era el fomento y progreso de la industria española, mediante la reunión en un punto céntrico de todos los elementos de instrucción y perfección que puedan alcanzarse para la mutua ilustración de sus individuos.

En 15 de agosto de 1848 se celebró la inauguración del nuevo y espacioso mercado de Santa Catalina o de Isabel II, en el área que había ocupado el precioso convento de PP. Dominicos, maravilla arquitectónica incendiada por la revolución y totalmente demolida por la piqueta del municipio.

Aquel año de 1848 fué, como es sabido, muy borrascoso. La revolución fué general en Europa y formuló programas muy atrevidos y sostuvo batallas campales, poniendo en peligro los tronos más antiguos y más sólidamente afianzados.

\* \* \*

El mes de octubre de este año 1848 es uno de los más notables de la historia de Barcelona, por haber ocurrido en él un hecho que demuestraba palpablemente la gran ventaja que lleva la región catalana a las demás de España en punto a actividad y amor al progreso.

Muchas cosas llevo apuntadas — y aun omito no pocas — que prueban superabundantemente esta verdad de todos bien

conocida; pero el hecho más elocuente y de mayor resonancia que de esta clase puede referirse es la inauguración del ferrocarril de Barcelona a Mataró, línea cuya extensión no pasaba de veintisiete kilómetros, mas a la cual no podía disputarse la gloria de ser la primera que ha existido en España.

Hiciéronse grandes esfuerzos para que se realizase su inauguración en 10 de octubre, cumpleaños de la Reina; pero no fué dable conseguirlo. En la mañana del miércoles 4 de dicho mes de octubre, probóse con feliz éxito una de las locomotoras. Aun cuando sólo se había proyectado recorrer por vía de ensayo el espacio de dos o tres millas, la comitiva resolvió llegar hasta la misma ciudad de Mataró, verificando el viaje de regreso en cincuenta y un minutos. La locomotora era la que había de llevar el nombre de *Barcelona*. Los maquinistas la calificaron de excelente, opinando que podría correr desde luego a razón de cincuenta millas por hora, si fuese necesario.

El domingo siguiente, día 8, los pueblos de la línea gozaron del nuevo y para todos extraordinario espectáculo de un tren de diez coches, conduciendo más de cuatrocientas personas. Los periódicos de la localidad no pudieron menos de hacer constar cuán penoso era que este ferrocarril fuese no sólo el primero, sino el único de España. Con todo, bueno era que se empezase.

Imposible fuera dar una idea de la animación y el regocijo que se veían en la muchedumbre que acudió a contemplar la partida del tren fuera de la puerta de don Carlos, ni del entusiasmo con que se le recibía en las estaciones de los pintorescos pueblos de la costa por donde pasaba, y de los cuales puede decirse que todo su vecindario acudía, lleno de júbilo, a vitorear a los expedicionarios.

Hízose este viaje con suma lentitud, empleándose cincuenta y ocho minutos en la ida y cuarenta y ocho en el regreso, que fué el doble del tiempo que se necesitaba para ello.

Al pasar el tren por el túnel de Mongat, los viajeros prorrumpieron en aclamaciones y aplausos. Por cierto, que al contar una anécdota que me hizo mucha gracia. Parece ser que a un anciano de la comarca le ocurrió preguntar, al construirse la línea, cómo se las compondrían para salvar el obstáculo de la montaña de Mongat, y como le respondiesen que esto se conseguiría perforándola, replicó el campesino con aire zum-

bón, cual si lo tomase a baladronada: «¡Qué diablos han de perforar, si ni los franceses pudieron nunca tomarla!» (13).

En Mataró pasamos un día magnífico, siendo muy agasajados por el vecindario. Las fondas fueron tomadas por asalto.

Por fin, en la mañana del sábado 28 pudo realizarse la solemne y suspirada inauguración de la línea. El día amaneció nebuloso y triste; mas por fortuna, al empezar a las nueve la religiosa ceremonia de la bendición, con asistencia del prelado de la diócesis, del nuevo obispo de Puerto Rico, de todas las autoridades, corporaciones y particulares invitados, despejóse el cielo, brillando de súbito un sol espléndido que dió un tinte gozoso a la fiesta. Dióse la bendición a las cuatro locomotoras: *Cataluña, Barcelona, Besós y Mataró*.

Luego púsose en marcha el tren, en medio de los aplausos y aclamaciones de una inmensa muchedumbre y de los acordes de la banda de artillería, que iba en uno de los vagones.

En las poblaciones del tránsito fué recibido el tren con más entusiasmo si cabe que en el viaje de prueba oficial. A las doce menos cuarto llegó a la ciudad de Mataró, en donde fué recibido con gran pompa, cantándose en la iglesia parroquial un *Te Deum*, al cual asistieron todos los que habían hecho el viaje en el tren. Después, en una lujosa tienda de campaña levantada en el andén de la estación, fueron todos obsequiados con un espléndido banquete.

El viaje de regreso hízose en treinta y cinco minutos.

Excuso decir que por espacio de muchos días no se habló en Barcelona sino de esta gran novedad, que a todos nos tenía orgullosos y maravillados hasta el punto de no atrevernos a dar crédito a nuestros ojos. Entró en moda y convirtiéndose en manía el hacer excursiones en ferrocarril, y los pueblos de la costa hicieron su agosto durante una larga temporada.

El Ayuntamiento acordó acuñar una medalla de bronce para perpetuar la memoria de la inauguración del primer ferrocarril de España, lo cual no fué parte a impedir que luego se acuñase otra para hacer constar que éste fué, no el nuestro, sino el de Madrid a Aranjuez. ¡Puerilidades españolas! Si esto se hace tratándose de asuntos contemporáneos, en una época de tanta publicidad, ¿qué confianza podemos tener en los relatos de los sucesos acaecidos en remotos tiempos?

Fué un curioso fenómeno el de que, en medio de la gran explosión revolucionaria que en aquel año conmovió los ci-mientos de la sociedad europea, Barcelona, tan renombrada por su espíritu bullanguero, diese mayores muestras de vitalidad y cultura que en ningún período de su historia.

\* \* \*

El día de Todos los Santos de aquel año abriéronse al público el *Gran Café del Comercio* y el *Gran Café de la Rambla*, vastos y lujosos locales que representaban un gran progreso en esta clase de establecimientos. Hasta entonces, el más reputado había sido el de las *Siete Puertas*, que se hallaba en los pórticos de la casa Xifré, en la Plaza de Palacio. Era espacioso y bien decorado; pero excéntrico en demasía. El público prescindía de esto por su excelente servicio y por las simpatías de que disfrutaba su dueño, el señor Cuyás (14).

El martes 10 del próximo pasado mes de octubre ya se había realizado un acto que merece recordarse, tratándose del progreso material de esta ciudad, y fué la solemne colocación de la primera piedra de la gran plaza que debía ocupar el área donde se hallaba el convento de Capuchinos y más adelante el Teatro Nuevo. Por desgracia, no pudo aceptarse ninguno de los grandiosos proyectos que al efecto se concibieron y presentaron; pero así y todo ganará mucho el barrio más céntrico de Barcelona con la erección de los modernos y elegantes edificios que allí formarán la nueva plaza, poniendo en comunicación la Rambla del Centro con la calle de Fernando y con la de Escudillers, y ofreciendo una especie de asilo muy agradable y exento de los peligros de la circulación de carruajes a los niños y a las personas ancianas y valetudinarias. En Barcelona hacen falta estas plazas por el estilo de la del Palais-Royal de París y los *squares* de Londres. La ceremonia se hizo con gran solemnidad, asistiendo a ella el Ayuntamiento y todas las autoridades.

A las once de la mañana del martes 5 de diciembre entró en esta capital el nuevo Capitán general, don Manuel de la Concha, acompañado de las fuerzas de *matinés* que se habían presentado el día anterior en Esparraguera, y entre ellas los



famosos cabecillas Montserrat y Bep del Oli. Salió a recibirle un gran gentío, tanto por esta circunstancia que atraía su curiosidad, como por las grandes simpatías que le profesaba este vecindario a causa de su carácter humanitario y caballeroso, que había ahorrado aquí muchas lágrimas, tres años antes, cuando la sublevación que ocurrió en el llano de Barcelona con motivo de las quintas.

En aquel mes, y durante las ferias de Santo Tomás, llamó mucho la atención la lujosa tienda que el señor Dalmau, fabricante de lentes, anteojos, telescopios y toda clase de instrumentos de óptica, abrió en el trozo de calle que servía de prolongación a la de Fernando VII. Esta industria, por lo que tiene de científica, es un notable adelanto, y gracias a su establecimiento podremos emanciparnos de pagar tributo al extranjero para la adquisición de muchos instrumentos y aparatos indispensables para el ejercicio de varias carreras, o cuando menos utilísimos para muchos usos particulares.

En esto de las tiendas, como en los cafés y casinos, establecióse tal emulación y competencia, que el progreso del lujo y del buen gusto realizábase, como suele decirse, a ojos vistas, sobre todo en los barrios céntricos y muy especialmente en la Rambla y en la expresada calle de Fernando.

A mi hijo y a mi yerno les oía también muchas veces hablar con entusiasmo de los adelantos que se hacían en otro terreno más elevado, como lo atestiguaban las memorias de las Academias de Buenas Letras y de Ciencias Naturales y Artes, en la cual lucían sus grandes conocimientos el célebre botánico don Agustín Yañez y el no menos insigne matemático don Lorenzo Presas, y las de la Sociedad Económica de Amigos del País, en la cual demostraron gran laboriosidad y erudición los jóvenes letrados don Manuel Durán y Bás, don Laureano Figuerola y otros paisanos nuestros que más adelante han dado mucha gloria a la tierra catalana.

Desarrollábase entonces en grandes proporciones el espíritu de asociación, manifestándose no sólo en el establecimiento de sociedades científicas e industriales, sino también en el de varios casinos, en los cuales se armoizaba muchas veces el agradable pasatiempo con el cultivo del arte, como se había hecho en la sociedad del Liceo de Montesión y en la Filarmónica y

luego en la sociedad dramática del Olimpo, cuya junta directiva quedó nombrada el domingo 14 de enero de 1849.

Cinco días después acordaba el Ayuntamiento la prolongación de la calle de Fernando, desde la Plaza de la Constitución a la del Angel, dando el nombre de *Jaime I de Aragón* a la nueva vía; abrir otra en las inmediaciones del Jardín Botánico, titulada calle de *Salvadors*, en memoria de los sabios botánicos don Jaime Salvador y sus hijos; la que desde la inmediación de la Puerta de Santa Madrona va a la calle de Trentaclaus, titulóse de *Berenguer el Viejo*; otra, en el barrio de San Antonio, denominóse del *Príncipe de Viana*; la que separa la Lonja del edificio de San Sebastián, titulóse de *Capmany*.

Tomo nota de estas particularidades, porque de esta época data, a mi sentir, el afán, muy patriótico y laudable, por recordar y popularizar los hechos y los nombres más notables de la historia de Cataluña.

Don Antonio de Bofarull ya se había dado a conocer entonces por sus producciones dramáticas, en las cuales describía y ensalzaba nuestras glorias.

Era el principio de un gran despertar.

\* \* \*

Competían también los casinos en fastuosidad y buen gusto, dando magníficos bailes en los cuales se reunía la flor y nata de la sociedad barcelonesa. Aventajaba a todas las sociedades de esta clase la del *Círculo del Liceo*, tanto por el lujo de sus salones como por la circunstancia de disponer del de descanso del Gran Teatro para estas grandes reuniones, local incomparable por lo espacioso y bien decorado.

Eran también muy justamente celebrados los bailes que se daban en el *Casino Barcelonés*, sociedad no menos distinguida que la anterior y cuyo local era el del teatro de Santa Cruz, junto al salón de descanso y encima del café de las Delicias.

Pocos carnavales se habían visto en Barcelona tan bulliciosos como el del año 1849, en el cual brillaron en competencia los bailes públicos de máscaras, los casinos y las reuniones particulares.

Tuvo también mucho renombre y simpatías en aquella épo-

ca la *Sociedad Filarmónica*, en la cual un gran número de inteligentes y laboriosos aficionados daban conciertos vocales e instrumentales, familiarizando a la buena sociedad barcelonesa con las obras de los grandes maestros.

En cuanto a los bailes de máscara, que antaño se celebraban en el salón de la Lonja, diéronse desde entonces en el teatro del Liceo, cuyas grandiosas dimensiones permitían que holgadamente bailasen muchos centenares de parejas y que desde los palcos y el anfiteatro disfrutasen de tan hermoso espectáculo muchísimas familias, porque en aquellos tiempos eran esos bailes muy lucidos y no, como ahora, cuartel general de la galantería de baja estofa. La gran orquesta que en ellos dirigía don Mariano Obiols, era uno de los mejores atractivos.

Los barceloneses estábamos muy orgullosos de esos bailes, y en general de cuanto se relacionaba con el Gran Teatro del Liceo.

El 13 de febrero de aquel año, publicóse un acuerdo del Ayuntamiento que todos los buenos patricios desearíamos ver cuanto antes realizado. Decía, que celosa aquella corporación del honor de esta capital, había juzgado oportuno dedicar uno de los salones de su archivo a la formación de una galería de retratos de hombres célebres de Cataluña, y singularmente de Barcelona, antiguos y modernos, que se hayan distinguido en las ciencias, en las artes, en la magistratura, en la iglesia, en la diplomacia, en el gobierno y en las armas de mar y tierra.

A mediados de mayo de este año de 1849 celebróse con iluminaciones, funciones teatrales alusivas y otras grandes manifestaciones de público regocijo, la terminación de la guerra de los *matinés*, por cuyo motivo fué muy vitoreado y agasajado en esta ciudad el Capitán general don Manuel de la Concha.

En aquel tiempo partió a Italia la expedición española que, combinada con las de otras potencias, fué a auxiliar a Pío IX para restituirle en el trono. La mandaba el general don Luis Hernández de Córdoba. Fué un hecho que, naturalmente, dió pábulo a muchos comentarios y discusiones.

Volviendo a los asuntos de interés puramente local, recuerdo que en octubre de dicho año se abrió al público una tienda que llamó extremadamente la atención y contribuyó mucho al

embellecimiento de la calle de Fernando: era la tienda de quin-  
callería del señor Fradera. Estábamos entonces tan poco acos-  
tumbrados a ver establecimientos de tan grandes proporciones,  
que en los primeros días fué preciso cerrarla al caer la tarde,  
para evitar la confusión y el barullo por la noche.

Esta tienda, la del señor Dalmau y la peluquería y perfu-  
mería de Roviralta, que entonces fué lujosamente restaurada,  
contribuyeron mucho al esplendor y atractivos de dicha calle.

Un suceso acaeció en dicho año 1849, que dejó un triste re-  
cuerdo en la memoria de los barceloneses. Fué el domingo  
7 de octubre. Por tercera vez debía elevarse en globo aerostático,  
desde la plaza de toros, el intrépido Mr. Arban, contribuyendo  
al atractivo de esta ascensión el valor con que la esposa del  
aeronauta anunciaba que le acompañaría en su peligroso viaje.  
Por desgracia, una causa imprevista y que yo no he oído ex-  
plicar, hizo que el globo no se alzase como otras veces, pues  
al hacerse la primera tentativa fué a caer inmediatamente al  
otro lado de la plaza, y a la segunda costó mucho evitar que  
cayese sobre el tendido. Alborotóse el público y, noticioso de  
que iba a suspenderse el espectáculo, prorrumpió en desafora-  
das voces, entre las cuales se oía muy a menudo la de *¡cobardet!*  
Montó en cólera Mr. Arban, hizo descender a su esposa de la  
barquilla, y vestido conforme estaba, de etiqueta, sin abrigo,  
sin brújula y sin lastre, mandó soltar el globo y elevóse por  
los aires con rapidez vertiginosa (15).

Nunca más se ha vuelto a saber de él. Siguióle un vapor  
algunas horas, mar adentro; pero se le perdió muy pronto de  
vista. Díjose después que se le había visto pasar en dirección  
a la isla de Cerdeña; pretendieron algunos que le habían des-  
cubierto cerca de Marsella, y supusieron otros que había cruza-  
do los aires por las inmediaciones de Perpiñán; la infortunada  
Mme. Arban corrió desoladamente a todos estos puntos y a  
otros que se le indicaron, escribióse a los cónsules franceses y  
españoles de las naciones italianas..., todo fué inútil. Difícil  
sería adivinar cuál fué el fin de esta víctima del pundonor;  
pero que fué trágico, es indudable.

Hubo en este año gran marejada entre los filarmónicos, por-  
que con motivo de haber limitado el Reglamento de Teatros  
el de los de ópera que debían existir en nuestras ciudades,



*Prueba aerostática*



dijose que en Barcelona quedaba solamente como Teatro Lírico el del Liceo, convirtiéndose el de Santa Cruz en Teatro Español, o exclusivamente facultado para las representaciones dramáticas. Aquí ha levantado esto mucha polvareda, porque los que se pican de filarmónicos inteligentes tienen mucho cariño al viejo coliseo que tantas y tan gloriosas tradiciones artísticas recuerda y en el cual cantaban a la sazón el célebre tenor Tamberlick, el excelente bajo Derivis y la tiple Rovelli.

Es preciso haberlo visto para hacerse cargo de la saña con que se combatían liceístas y cruzados. El ser conservador y tradicionalista en esta lucha era adjudicarse a sí mismo un diploma de buen tono. Los epítetos denigrantes, los epigramas y cuchufletas llovían por ambos lados que era una bendición. A cada estreno de ópera concurrían los del bando contrario para hacer demostraciones de desagrado, y hubo ocasiones en que se discutió el mérito de los artistas a puñetazo limpio, porque los ánimos de los contendientes estaban muy agriados, se les subía muy presto el santo al cielo y a los argumentos persuasivos sucedían con harta frecuencia los contundentes. Estas luchas llegaron a tomar tales proporciones y tal encono, que algunos llevaron su intransigencia hasta el punto de negar el saludo a antiguos amigos y a próximos parientes por tan fútil motivo. Como esta cuestión trascendió al terreno público, transformándose en cuestión de orden, y daba lugar a escenas poco edificantes por el mal ejemplo que daba al pueblo la clase acomodada, la autoridad hubo de tomar cartas en el asunto. El Gobernador de la provincia llamó varias veces a su despacho a personas influyentes en la administración y empresa de ambos teatros, a fin de que escogitasen y propusiesen los medios más conducentes para poner amistoso término a las rivalidades que existían entre dichos teatros y los partidos que respectivamente los defendían, como suele decirse, a capa y espada.

Por último, después de muchas negociaciones y merced a poderosas influencias, logróse que el Gobierno, atendidas las circunstancias particulares en que se encuentran los teatros de esta capital, otorgase a entrambos la categoría de teatros líricos de primera clase.

Hablóse mucho en 1850 de un proyecto de ensanche de Barcelona, estableciéndose una línea recta de muralla desde Jun-

queras hasta los Tallers, siendo general la opinión de que era insuficiente el plan para una ciudad cuyo vecindario vivía tan apiñado en el recinto de las murallas, y que, por lo tanto, convenia trazar un plan de ensanche más completo, adoptándose otros medios más modernos para la fortificación de la plaza.

Yo creo que le sobra razón a mi yerno, cuando dice que en atención a la fertilidad de los alrededores de Barcelona y al anfiteatro de montañas que limita su llano, tiene esta ciudad pésimas condiciones para plaza de guerra, pues al enemigo le sobrarían medios para abastecerse de víveres y combatirla con ventaja. Desde el momento que las fortificaciones han de servir para mantenerla sossegada y quieta — pues tal es la teoría de los moderados que nos gobiernan —, fuera más práctico erigir algunos fuertes o grandes cuarteles en los puntos estratégicos que indicase el cuerpo de ingenieros, en las faldas de los montes cercanos y en los parajes más favorables del llano que nos rodea.

El único progreso que hasta entonces se había conseguido era la apertura de una puerta que se denominó de Isabel II al extremo de la Rambla, en el punto donde había estado el cuartel de artillería. Era una salida muy angosta y entre dos paredes aspilleras, por la cual entraba muy apretado el gentío al caer la tarde de los días festivos, deteniéndole en una estrecha plazuela, donde terminaba aquel mal paso, una nube de empleados del resguardo y de la policía que registraban los bultos, inspeccionaban los bastones para cerciorarse de si eran de los prohibidos por contener estoque, etc.

Allende estas tapias empezaba el glacis, y allí se estacionaba una multitud de tartanas y ómnibus cuyos conductores caían como una jauría de perros en caza sobre los cuitados que salían de la ciudad, ensordeciéndoles con sus gritos, asiéndoles del brazo y llevándoles poco menos que a viva fuerza a tomar asiento en sus poco limpios y desvencijados vehículos. Los que se dirigían a Gracia, pasando por la Puerta del Angel, tenían establecidos sus reales en la Plaza de Santa Ana, cuyos vecinos pasaban la existencia dirigiendo inútiles instancias al Gobernador y al Ayuntamiento para que pusiese coto al vecerío y al desmandado proceder de los caleseros.

Por la parte de mar no había ganado la Rambla sino la erec-



ción de la que llamaron *Puerta de la Paz*, en conmemoración de la que el general Concha proporcionó al principado terminando la *guerra dels matiners* que lo asolaba. La tal puerta o embarcadero era mezquina, como todo lo que se hacía en aquellos tiempos en achaque de obras públicas.

\* \* \*

Favorablemente despachado después de muchos trámites y altibajos el expediente promovido por los vecinos del barrio de Gracia para segregar a éste de Barcelona, formando municipio independiente, el sábado 6 de julio de dicho año 1850, a las doce del día, pasó allí el señor don Valentín Esparó, alcalde constitucional de esta ciudad, con objeto de poner en posesión al Ayuntamiento provisional de la nueva villa, recibiendo el correspondiente jurado al señor don Pablo Matjé, su primer alcalde.

Hállanse aquellos vecinos poseídos de un entusiasmo semejante al del mozo que alcanzó la mayor edad. ¡Quiera Dios que no vengan tras ese juvenil alborozo los desencantos de la edad madura! Por el pronto, a mí no me extraña que se alegre aquel barrio de haber obtenido la tan codiciada autonomía. Los gra-cienses deben de recordar aquel aforismo vulgar de nuestra tierra: *Més val ser cap d'arengada que cúa de llus*.

En 1850 ya era notable esta ciudad por el lujo de sus cafés, citándose entre los principales el de las Siete Puertas, el de las Delicias, el Café Nuevo y el Gran Café. El sábado 26 de octubre de aquel año abrióse al público, en la calle de Escudillers, el Café del Jardín, que por su elegancia y espacioso local ha sido un digno competidor de tan renombrados establecimientos. Lo más atractivo de este café es el jardín al cual debe su nombre, y en que se alzan unas veinte glorietas y una hermosa cascada. La amenidad de este recinto es un gran motivo de atracción durante las ardorosas veladas del estío.

Este progreso tan notable que se advertía en nuestra ciudad, así en el orden científico, literario y artístico, como en las mejoras y adelantos materiales, hacía que Barcelona llamase cada vez más la atención de nuestros compatriotas y de los extranjeros. Los teatros líricos y dramáticos de esta capital gozaban

de gran renombre fuera de ella; tenían fama universal nuestros cafés, y los actores y cantantes más célebres deseaban obtener con nuestros aplausos un título más para la justificación de sus pretensiones. Abierta de nuevo la plaza de toros, en la



cual no se daban corridas desde las turbulencias de años pasados, han lidiado en ella las más acreditadas cuadrillas, y la escogieron para sus ascensiones los más famosos aeronautas. Han venido también domadores célebres — como M. Charles —, exhibiendo magníficas colecciones zoológicas y asombrándonos con su intrépida sangre fría.

En noviembre del expresado año nos visitó el gigante español don Joaquín de Eleisegui, arrogante joven

que media más de doce palmos de estatura, de modo que una persona de talla regular pasaba fácilmente sin quitarse el sombrero por debajo de su brazo, cuando lo tenía extendido. Empezó su desarrollo cuando tenía ya doce años, y aun continuaba creciendo. Comía doble que una persona de regular apetito y tenía una fuerza hercúlea, proporcionada a su corpulencia. Era amabilísimo con todos y muy galante con las señoras. Decíase por ahí que los ingleses le habían comprado el esqueleto para después de su muerte, lo cual coartaba algún tanto su libertad tocante a los viajes, pues no

podía exponer su cuerpo a temerarias o arriesgadas aventuras.

Por aquel tiempo leímos en la prensa de Madrid artículos muy entusiastas por la inauguración del ferrocarril de aquella capital a Aranjuez, la cual se celebró el domingo 9 de febrero de 1851. Con este motivo hacen notar muy oportunamente los periódicos de Barcelona lo injustos que estuvieron los de la corte al criticar tan acerbamente como lo hicieron el entusiasmo con que aquí se celebró la inauguración del ferrocarril de Mataró, en 19 de octubre de 1848. Sin embargo de que las autoridades que aquí mandaban entonces nada hicieron de extraordinario para solemnizar la inauguración del primer ferrocarril de la península, pues ni siquiera los fuertes de la plaza hicieron salva cuando partió el primer tren, y no hubo paradas, ni iluminaciones, ni cosa que se pareciera a lo que se ha hecho en Madrid, hubo allí periódico que nos atacó con injusta dureza porque dábamos tanta importancia a un hecho *que nada tenía de particular, pues ferrocarriles los había ya en todas partes menos en España*. Es raro que no profesen las mismas ideas al inaugurarse no ya el primero, sino el segundo, cuando ya iban transcurridos más de dos años desde que los barceloneses dimos tan buen ejemplo a la aletargada España.

Compadecemos a esos cortesanos que, con toda su vanidad, no pueden ocultar los celos que les inspira una capital de provincia. No creemos que esto pase en ninguna nación del mundo.

Entretanto, se están haciendo estudios para otros ferrocarriles que deben poner a esta capital en comunicación por este nuevo invento con Granollers el uno y con Molins de Rey el otro. El impulso ya está dado. Considerando la proverbial iniciativa del carácter catalán, no dudo que estos caminos de hierro serán el principio de dos líneas muy extensas, que han de contribuir eficazísimamente al fomento del comercio en Barcelona.

Otro progreso notable se realizó entonces en Cataluña, que fué muy celebrado por la prensa barcelonesa. El conocido farmacéutico de esta ciudad, don Pedro Mártir Gólferrichs, obtuvo del Gobierno privilegio exclusivo por la invención del gas portátil purificado, el cual, prescindiendo de la hermosa luz que produce su combustión, tiene las ventajas inapreciables de no

oler mal y de arder hasta la última gota sin dejar residuo de ninguna especie.

El miércoles 11 de junio de 1851, empezó la subasta para la enajenación de los solares de la Plaza Real. Como era de presumir, hubo una gran concurrencia de licitadores. Uno de los solares de la calle Fernando VII quedó rematado a razón de ochenta y un reales y medio vellón el palmo. Otro de la misma calle, a razón de sesenta y un reales. Otro del centro de la plaza que forma ángulo con la calle o pasaje de la entrada de la Plaza de Fernando VII, a cincuenta y seis. Otro del mismo pasaje, a cincuenta y cuatro.

A pesar de lo mucho que material y científicamente progresaba todos los días nuestra ciudad, los ánimos distan mucho de estar tranquilos. El gabinete Sartorius lleva a la nación por la resbaladiza y peligrosa pendiente de una reacción desesperada. El señor Olózaga, don Pascual Madoz, el general Prim y otros poquitos progresistas que venciendo obstáculos, al parecer insuperables, lograron tomar asiento en el Congreso, combaten duramente al Ministerio; pero éste persevera en su camino de perdición con una terquedad que más o menos tarde ha de producir serios disgustos, porque el número de los descontentos aumenta todos los días y por ahí empiezan las coaliciones.

Respecto a acontecimientos exteriores, el que más da que hablar es la Exposición Universal de Londres, próxima a celebrarse, y a la cual quisiéramos asistir todos los barceloneses. Hay muchas sociedades que dedican a este viaje las ganancias del juego; otras que reúnen fondos para emprenderlo, y hácese a este tenor mil combinaciones para realizar esta peregrinación de nuevo género y cuyo carácter es tan adecuado al de los tiempos que alcanzamos.

Nuestros industriales van a pasar allí muy malos ratos viendo cómo progresan y se engrandecen las naciones en las cuales los gobiernos y los ciudadanos se hallan bien penetrados del espíritu del siglo y comprenden, por lo mismo, que el trabajo asiduo e ilustrado es la base más firme de la prosperidad de los pueblos, y que el Estado tiene el deber de protegerlo eficazmente por todos los medios posibles.

¡Cuán rezagados no hemos de aparecer en el gran Certa-

men Internacional, nosotros que consumimos en perpetuas y fratricidas luchas el vigor que heredamos de nuestros mayores y que ellos emplean en descubrir nuevos continentes y en subyugar al antiguo con el poder de sus armas y el prestigio de su ingenio!

También dió mucho pábulo a las conversaciones aquel año la expedición filibustera de López a Cuba, que causó la prisión y consiguiente ajusticiamiento de aquel atrevido caudillo y la muerte del valeroso general Enna. Los restos mortales de este malogrado militar fueron trasladados a Gerona, cuya provincia había estado bajo su mando, y en cuya capital residía la familia de su joven y desconsolada viuda.

Inauguróse en dicho año, 1851, el Instituto agrícola catalán, sociedad fundada con la mira de ilustrar a los agricultores y proveer a la defensa de sus intereses, promoviendo el progreso científico y coadyuvando por todos estilos a la prosperidad de la agricultura en la región catalana. Fué una idea por todo extremo patriótica y que fuera de desear que tuviese imitadores en todas las comarcas de España. Es sensible que en todas ellas no se halle tan desarrollado el espíritu de asociación como en Cataluña. Si así fuese, otra sería la suerte del país, harto acostumbrado a esperar lo todo del Gobierno.

\* \* \*

Desde los años 1847 y 1848 en adelante, observóse en el principado un notable renacimiento literario y científico, cuyos primeros síntomas iban advirtiéndose y aumentando considerablemente todos los años desde el de 1830. Difundíanse cada vez más las obras francesas, publicándose traducidas las de Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo y otros insignes escritores de la nación vecina. Debo en conciencia hacer constar que este impulso fué debido en gran parte al *Diario de Barcelona*, que dió a luz en sus folletines varias de estas celebradas producciones, al mismo tiempo que educaba el gusto del público con las excelentes críticas del malogrado Piferrer, tan perito en el arte musical como en el literario, y con las revistas teatrales de don Juan Mafé y Flaquer, que gozaban de merecido prestigio por su sereno e ilustrado criterio.

En el mismo periódico publicaba don Víctor Balaguer sus revistas de salones, que eran muy leídas, sobre todo por las señoras, y una serie de leyendas relativas a los sitios más renombrados y a los episodios históricos más famosos de la tierra catalana.

Siguiendo las huellas trazadas por el inmortal Campmany, restaurador de nuestra historia regional, habían publicado: don Próspero de Bofarull, sus *Condes de Barcelona vindicados*, estudio genealógico digno de un fraile benedictino, y su sobrino don Antonio, una traducción sabiamente comentada de la *Crónica de Pedro el Ceremonioso*, amén de varias monografías y dramas basados en argumentos de la historia de Cataluña.

Discutíanse puntos muy importantes de ésta en la Academia de Buenas Letras, cuyo archivo debe atesorar memorias de gran valía que en sus sesiones se leyeron, y dilucidábanse en la Academia de Ciencias Naturales asuntos de sumo interés, no sólo para el conocimiento de ellas en abstracto, sino también para su aplicación en beneficio del progreso general de España. El inmortal Jaime Balmes y el sabio don Mariano Cubí y Soler estudiaban en varios libros, folletos y artículos de periódico y de revista, las más arduas e intrincadas cuestiones filosóficas y sociológicas, haciendo la maestría que en ello desplegaban que sus nombres salvaran la frontera, siendo justamente encomiados en el extranjero. En prueba de ello bastará recordar la amistad que consagró a Balmes el célebre publicista protestante Guizot, el ministro favorito de Luis Felipe, y la magna ovación que obtuvo Cubí en Londres con el discurso que pronunció en 1851, en un gran *meeting* celebrado en favor de la paz, y los aplausos y distinciones de que le colmaron los norteamericanos.

Don Juan Güell y Ferrer y don José Sol y Padrís reñían incesantes batallas con los corifeos del libre cambio; don Pablo Milá y Fontanals enseñaba a un curso muy numeroso de la Escuela de Bellas Artes la teoría y la historia de éstas; don Ramón Martí de Eixalá elevaba el espíritu de sus discípulos a las más elevadas regiones de la ciencia del Derecho, y don José Coll y Vehí, ganando por oposición la cátedra de Retórica y Poética de la Universidad central, patentizaba una vez más cuán infundado es el aserto de que los catalanes somos ra-

dicalmente ineptos para el cultivo de la literatura castellana.

En 1851 se estrenó el drama archirromántico de don Francisco Camprodón, *Flor de un día*, que fué un verdadero acontecimiento en los fastos teatrales de España, pues sin duda es la producción que ha alcanzado más boga y producido más rendimientos en la Península y en la América española, después de *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla. Los puristas tildaron este drama de incorrecto, la envidia hincó el diente en sus defectos; pero el público no quiso verlos, perdonándolos de buen grado en recompensa de las bellezas que en esta obra le embelesaban. La nobleza de los caracteres, lo apasionado de los sentimientos, la fluidez de los versos y aquel tinte y sabor tan ideales que brillan en todo el drama, no podían menos de agrandar y entusiasmar al público de la época, mal que les pesase a los detractores del poeta. Porque Camprodón era todo un poeta por afición y por temperamento, a pesar de su desaliño, nacido de la genial espontaneidad con que escribía.

Cultigábanse el arte dramático y el musical en varias sociedades de aficionados; multiplicábase las asociaciones creadas para el fomento del comercio y la industria y la defensa de sus legítimos intereses; la Academia de Bellas Artes hacía exposiciones periódicas de pintura, sorteando los cuadros y propagando la afición al lujo ilustrado y de buen tono; la grande orquesta del Liceo acostumbraba al público a apreciar y saborear los primores de la instrumentación y las sublimes bellezas de la música sinfónica... Era un despertar general, era una actividad febril, una emulación y un alarde vigoroso de vitalidad que auguraban una época de extraordinario progreso para Barcelona.

Cuando se escriban los anales de esa época, continuando la magnífica obra *Barcelona antigua y moderna*, que con tanta pericia y ajenidad compuso entonces don Andrés Avelino Pi y Arimón alcanzando con ella un grande y merecido triunfo literario, se asombrarán los lectores de que todas estas cosas y muchas otras que omito hayan podido hacerse imperando en España un criterio político dictatorial y receloso y un sistema administrativo tan bárbaramente centralizador, que los más inofensivos esfuerzos de la iniciativa individual se estreñaban muy a menudo en las intrincadas mallas de un proce-

dimiento nimio, irritante y capaz de esterilizar la actividad y las patrióticas aspiraciones de todos los ciudadanos ilustrados y amantes del progreso.

En todos los países civilizados se realiza éste merced a la iniciativa y a la protección del Gobierno; pero aquí se efectúa a pesar de los mil obstáculos que el Estado se complace en oponerle, tratando como enemigos a cuantos se afanan por la ilustración y el bienestar de sus conciudadanos.

Es este un espectáculo bochornoso, es un fenómeno digno de estudio, y tengo para mí que nuestros hijos habrán de dedicarse con ahínco a inquirir los medios de extirpar este mal que nos hace figurar, en la segunda mitad del siglo XIX, entre las naciones más atrasadas del globo.

Hemos sacudido el yugo del absolutismo y de la nobleza feudal para caer en las garras de una turba de covachuelistas, a los cuales pagamos para que por todos estilos nos tiranicen en nombre de un gobierno que se titula constitucional y parlamentario.

Terminó aquel año hablándose en todos los círculos de un gran acontecimiento exterior que vino a distraernos por completo de los asuntos interiores: el golpe de Estado que en 2 de diciembre dió Luis Napoleón Bonaparte disolviendo la Asamblea a mano airada y proclamándose dictador, a pesar de sus repetidas protestas de fidelidad a la Constitución y a la República. *El Ancora*, periódico absolutista de esta ciudad, al comentar este trascendental acontecimiento, ha soltado una frase que me parece muy oportuna: *Es el sobrino de su tío*. En efecto: Luis Napoleón ya ha subido la primera grada del trono. Esto les enseñará a los franceses, y sobre todo a Mr. Thiers, arrestado en aquel día memorable, y gran propagador de la leyenda napoleónica, a pagar tributo a los nombres de los déspotas con ese fetichismo que parece ser un achaque incurable de nuestros vecinos.

En febrero de 1852 no se habló aquí ni en toda España sino del misterioso atentado del cura Merino contra doña Isabel II. Muchos creen que el regicida llevó consigo a la tumba el secreto de una conjuración muy vasta. Sea como fuere, es innegable que era hombre de temple. O monomaniaco, que todo podría ser, porque su entereza pasaba de raya.



En celebridad del nacimiento de la princesa de Asturias y del restablecimiento de la reina, celebráronse entonces grandes festejos, *Te Drum*, bailes públicos, iluminaciones, etc.

Otro asunto de gran importancia para la prosperidad de España, y en particular de Cataluña, dió mucho que hablar aquel año en Barcelona. Me refiero a la canalización del Ebro. En 1.º de julio estaba ya hecho en Madrid el depósito de nueve millones de reales en metálico. Pasaban de 10.500, a la sazón, las acciones suscritas en España; las demás lo fueron en el extranjero. La historia de este canal es sumamente curiosa. El proyecto ya contaba siglos de fecha; pero la falta de brazos y las calenturas producidas por los miasmas de aquellos terrenos, dificultaban la cooperación de operarios forasteros, y los hijos del país exigían jornales exorbitantes. Don Manuel Girona resolvió la dificultad logrando que el Gobierno facilitase para realizar la empresa mil presidiarios, a los cuales sirvió de tratamiento higiénico moral aquel asiduo trabajo. Terminado éste, el Gobierno les recompensó indultándoles de una parte de la pena a que estaban respectivamente condenados. Es una nueva gloria para el señor Girona, cuyo nombre vá ya unido a otros progresos tan notables como la creación del *Banco de Barcelona*.

La casa Girona hermanos, Clavé y Compañía, emprendió en aquella época una obra de grandísima trascendencia también, que fué la del ferrocarril de Barcelona a Zaragoza. En agosto de 1852 empezó la admisión de subscripciones.

En la noche del miércoles 25 del mismo mes, presenciarnos en Barcelona un ensayo de luz eléctrica. Esta se hallaba colocada en el ángulo del terrado de una casa situada en la esquina de la calle de Jaime I, en la Plaza de la Constitución, dirigiéndose los rayos luminosos por medio de un aparato catadióptrico. Poco rato después, el señor Domenech expuso otro aparato sobre una mesa colocada en el centro de la calle de la Unión y presentó un foco luminoso que aventajaba al anterior en seguridad y brillo.

Estos experimentos hicieron un efecto extraordinario. Hubo aquella noche un gran movimiento en Barcelona, porque todos querían presenciarlos. La Rambla del Centro, la calle de la Unión y las de Fernando y Jaime I, estuvieron atestadas de

gente, lo propio que los balcones, ventanas y terrados de todas las casas. Durante muchos días no se habló de otra cosa.

Causó general y tristísima impresión en esta ciudad la noticia del fallecimiento del capitán general de ejército, don Francisco Javier Castaños, ocurrió, si mal no recuerdo, en octubre del expresado año. Era el más anciano de nuestros oficiales generales; pero también era el más venerado y popular de todos, lo cual hacía que nos hubiésemos acostumbrado en cierto modo a la idea de que había de ser inmortal como su gloria. Porque ésta nadie se la regateaba aquí ni en el extranjero. Su muerte fué muy hondamente sentida en Barcelona, porque aquí no sólo se lloraba al heroico caudillo, considerado por todos como una gloria nacional, sino también al que, ejerciendo el cargo de virrey en Cataluña, nos ahorró muchas lágrimas no abusando del poder que le había conferido el despotismo. Castaños consideraba a los catalanes como hijos suyos y les ayudaba gustoso con su alta influencia. Barcelona le dedicó suntuosas exequias.

\* \* \*

En la noche del jueves 11 de noviembre del mismo año 1852, se estrenó en el teatro de la Barceloneta una pequeña zarzuela del género andaluz, poesía y música del joven poeta y compositor señor Clavé, de cuyo genio poético y artístico he oído hacer grandes elogios a personas muy competentes, que le auguran una brillante carrera (16).

Hay gran lucha de influencias para la construcción del ferrocarril que ha de ponernos en comunicación con la provincia de Tarragona. Mucho será que por haber hecho el Gobierno dos concesiones no nos quedemos por mucho tiempo sin ninguna, resultando a la postre perjudicadas algunas poblaciones dignas de mejor suerte.

A principios de dicho mes se promulgó la Real orden autorizando la construcción del camino de hierro de Barcelona a Zaragoza, tocando en Lérida, Monzón y demás puntos principales de las cuatro provincias que puedan ligarse a la línea, sin perjuicio de las condiciones de un buen trazado.

Abrígase también la esperanza de ver pronto iniciada la

construcción de otro ferrocarril destinado a enlazar a esta capital con Gracia, San Gervasio y Sarriá; lo que va a ser un gran progreso, siquiera por emanciparnos de los molestos caleseros y los pésimos vehículos que hoy nos llevan a aquellos pueblos.

Estos asuntos, y el segundo golpe de Estado que en 2 de diciembre de 1852 dió Napoleón III proclamándose emperador de los franceses, fueron los que más pábulo dieron a las conversaciones en aquella época.

A ellos vino a añadirse otro tema que dió mucho juego, y fué la inauguración de los *Campos Elíseos*, cuyos jardines, restaurante, montañas rusas, bailes campestres y castillos de fuegos artificiales, atraían mucha gente dando extraordinaria animación al Paseo de Gracia (17).

Fué esto, si mal no recuerdo, en el mes de enero de 1853.

Por aquel tiempo, y mientras la prensa parisiense y la madrileña hacían comentarios acerca del próximo enlace del emperador Napoleón con doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, agitábase la opinión y hasta los mismos moderados se concertaban para contrarrestar las tendencias reaccionarias del ministerio, generalmente calificadas de liberticidas y funestas. Habíanse unido los partidos monárquicos, proclamando la necesidad de proveer a la defensa del Trono, lo cual oía a chamusquina, presagiando una coalición revolucionaria. En Barcelona se había propuesto como candidatura antirreformista la de los señores don Ramón Martí de Eixalá, don Juan Agell, don Juan Prim y don Juan Vilaregut; en Tremp, a don Pascual Madoz; en Granollers, a don José Sol y Padrís; en la Seo de Urgel, a don Macario Codoñet, et. Todos eran candidatos bien caracterizados por sus ideas liberales y protectionistas.

En todos terrenos había entonces una actividad extraordinaria. A mediados de mayo vino a aumentar la animación de los círculos barceloneses la noticia de que el Gobierno se ocupaba seriamente en la cuestión del ensanche de esta ciudad, por lo que el Ayuntamiento nombró una comisión especial de su seno para que se ocupase exclusivamente y con toda urgencia de tan vital asunto. Bien decía — en 19 de aquel mes — el *Correo de Barcelona*. «¡Abajo las murallas! Este

es el grito que hace mucho tiempo los habitantes de Barcelona exhalan del fondo de sus corazones para manifestar toda la amargura de su situación ante esa faja negruzca de piedra que ciñe con extraordinaria dureza los miembros vitales de la ciudad... Barcelona es sin duda la ciudad más populosa del mundo en menos circunferencia.»

Todos descan vivamente que el ensanche se realice pronto y no de una manera parcial y mezquina, sino completa y amplia, confiando en que en el transcurso de pocos años Barcelona estará unida a los pueblos que la rodean llegando hasta el pie de las montañas vecinas. Yo de mí sé decir que éste ha sido el sueño dorado de toda mi vida. Ahora que ya soy viejo y tengo un pie en la sepultura es cuando parece que van a lograr nuestros hijos lo que no pudimos alcanzar nosotros. No digo *menos mal*, porque no soy egoísta, sino: *Más vale tarde que nunca.*

Aunque a primera vista puede parecer inmotivado, no puedo resistir la tentación de copiar un suelto de gacetilla que encuentro en el *Diario de Barcelona* del 12 de mayo de 1853, y que muestra cómo en todas las cosas es instable la fortuna en este mundo. Dice de este modo:

«Sabemos con sentimiento que ha pasado a ser propiedad del contratista de caballos para la plaza de toros, y que por lo tanto se halla próximo a morir ignominiosamente entre las astas de alguno de ellos, el en otro tiempo hermosísimo caballo que montaba el malogrado don Diego León, primer conde de Belascoain, el mismo con que aquel valiente general pasaba revista a las tropas cuando se hallaba en Barcelona, el mismo que durante toda la guerra condujo de combate en combate y, por lo tanto, de victoria en victoria, al soldado reputado hasta por sus mismos enemigos por la mejor lanza del ejército español. El viejo corcel, que cuando menos es un recuerdo de pasadas glorias, tiene aún algunas balas entre la piel y la carne, prueba de los peligros a que estuvo expuesto y de que salió con vida, cuando hoy debe perderla con los ojos vendados, a la primera embestida de una fiera. Muy conveniente sería que se escogitase un medio para indemnizar al contratista de caballos del corto valor que habrá pagado por él que ha motivado este párrafo, que deseáramos pudiese

acabar tranquilamente sus días paciendo en una vega abundante.»

No fué infructuosa esta excitación, pues dos días después tuve el gusto de leer en el mismo periódico las siguientes líneas:

«Hemos sabido que la empresa encargada de proveer de caballos a la plaza de toros, impulsada por un honroso espíritu de nacionalidad, resolvió ayer unánimamente salvar la existencia del caballo que perteneció al valiente general don Diego León.»

A la una de la tarde del sábado 19 de noviembre de este año 1853, se celebró la solemne inauguración de una de las mejoras más grandes que se habrán realizado en Barcelona en el presente siglo: la apertura de la nueva calle de la Princesa. Esta anchurosa vía, continuación de la gran arteria que forman perpendicularmente a la Rambla la calle de Jaime I y la de Fernando, suprime una porción de lóbregos y malosanos callejones. El día que se realice el ensanche de la ciudad, tendrá esta nueva calle muchísima importancia.

Por donde se va poniendo muy nublado el horizonte político es por la parte de Oriente, con motivo de las pretensiones excesivas del emperador Nicolás de Rusia. Los periódicos extranjeros vienen llenos de comentarios y de bélicos augurios. No sería extraño que toda Europa se viese envuelta en un gran conflicto.

En España lo tendremos, probablemente, a causa de la ceguedad de la corte, por manera que por todos lados nos vemos rodeados de síntomas alarmantes.

. . . . .

Aquí termina el manuscrito del *Menestral*.

Su hijo — a quien he bautizado con el nombre de Arnaldo para ocultar el suyo — me envió, juntamente con las anteriores MEMORIAS, una carta que decía literalmente de este modo:

«Mi estimado amigo: adjunto le remito los apuntes históricos de mi padre (q. g. g.), y que conste que lo hago por darle gusto.

»En mi familia hay una tradición. Dicen que presentimos

nuestra última hora. Pero hay otra también, y es la de morirnos de puro viejos y conservando la vista, el apetito y el buen humor hasta la hora de la despedida. Váyase lo uno por lo otro. Mi padre sintió en sus últimos días el fatal presentimiento, como lo habrá usted notado en su manuscrito. Murió tan de prisa que no hubo sino el tiempo materialmente preciso para administrarle los Sacramentos. Fué víctima de la enfermedad insidiosa que mata a casi todos los viejos en Barcelona: la apoplejía.

»En cuanto a los asuntos terrenales, los tenía todos bien despachados. Un hombre que se jactaba tan a menudo de valer por dos, porque era prevenido, no podía morir intestado. El día que ordenó su postrera voluntad encerróse conmigo en su despacho y obligóme a aconsejarle cómo debía redactarla. Yo le dije que mientras viviese mi madre era excusada la pregunta. «¿Y después?», preguntó. «Después, respondí yo, distribuiría mi hacienda en partes iguales entre mis hijos, substituyéndolos por los nietos en su lugar y caso».

»Alargóme, sonriéndose, el borrador de su testamento, y vi que así lo había hecho; pero mejorándome a mí en recompensa de lo que había trabajado en la casa. Yo borré esta cláusula y él me alzó muy contento. La verdad es que en casa había para todos, porque mis abuelos y mis padres eran gente muy hacendosa y de escasas necesidades, y mi padre, en especial, tuvo muy buena mano en la colocación de sus capitales.

»Era hombre excesivamente aficionado a los aforismos, y los tenía muy buenos. Solja decir: "Si te falla dinero, pón coto a tus necesidades y aumenta con el trabajo tus ingresos; si esto no es posible, vende lo que puedas enajenar con mejores condiciones; pero no firmes ni avales pagarés en los días de tu vida." "Casa a tus hijas con hombres de carrera u oficio, inteligentes y laboriosos; de ningún modo con ricos holgazanes, porque aquéllos suben a la cumbre de la prosperidad tan fácilmente como bajan éstos al abismo de la ruina." "Quien no sabe ganar el dinero, no sabe guardarlo." A este tenor decía muchas máximas discretas.

»Mi abuelo y mi padre son dos ejemplos en los cuales he visto yo el progreso de las ideas en la clase media de este



faint

Por Caminos Eliseos





país. Mi abuelo era bastante liberal y despreocupado para su tiempo. Pero desconfiaba de los liberales, que le hacían el efecto de una turba de calaveras. Nos concedía buena intención y nada más. Yo creo que se habría contentado muy bien con un absolutismo ilustrado a lo Carlos III. Mi padre ya era más exigente. Los disturbios y los excesos que presencié le hicieron vacilar algunas veces; pero, pasada la primera impresión, convenía conmigo en que no hay alajo sin trabajo y en que no se cogen truchas a bragas enjutas. Puestos en la alternativa de optar por la calma supulcral del despotismo, o por la fecunda agitación de la libertad, su espíritu popular no titubeaba un momento. Era liberal. Y lo era tan de verdad, que jamás supo transigir con el fanatismo de otros que se creían más liberales que él. En esto de la tolerancia tuvo más ilustración que la generalidad de sus correligionarios. Cuando veía insultar a un reaccionario o a un sacerdote, se ponía hecho una fiera. A mí me acusaba, en mis mocedades, de alborotado, y ahora de tibio y comodón. Pretendía curar los males de España convirtiendo en deber cívico el derecho constitucional de intervenir en la política.

»Mi hijo me ha salido posibilista. Quiero decir, posibilista monárquico. Si resucitase mi abuelo, ¡que tirón de orejas llevaría!

»¿Qué más puedo decirle a usted, amigo mío? Conoce usted a mi familia, su posición y sus vicisitudes, y de lo demás no quiero hablar. No he dado yo por escritor, aunque — como usted sabe — soy aficionado a las letras. Desde que me retiré del negocio, rara vez tomo la pluma, y me paso a veces medio año sin escribir. Mi hijo, que a pesar de ser un *dandy*, como decíamos en mi tiempo, tiene excelente letra y buen estilo y posee varios idiomas, me sirve de secretario desde la edad de catorce o quince años.

»No se lo digo para que me agradezca esta carta. La escribí de muy buena gana, como está dispuesto a hacer cuanto a usted le sea útil y agradable su buen amigo,

ARNALDO.»



## NOTAS

(1) Nuestros antepasados tenían muy arraigada la creencia supersticiosa relacionada con el mal agüero de la aparición de los cometas. Buena fe da de ello el inquieto notario Jaime Çafont, que redactó los dietarios de la Generalidad durante varios trienios, y libros que, por cierto, tradujo y publicó el autor de esta obra, don José Coroleu.

Dicho Çafont consigna en una de sus graciosas notas, que ilustraba con toscas e ingenuas viñetas, que en una madrugada estival del año 1456, acompañado de uno de los escribanos ordinarios de la Generalidad, subió al punto más alto de la casa en donde vivía, a fin de comprobar lo que había de cierto acerca de unos rumores que circulaban por Barcelona referentes a la aparición de un cometa. Y decía que había visto, en efecto, «una estela de divuit o vint pams de llargada y més de un de ample». Se trataba del famoso cometa Halley. El dietarista consignaba en el libro oficial de la Generalidad que no sería de extrañar que aquello fuera un mal agüero, y hacía votos para que nada ocurriese.

(2) La típica procesión llamada «dels enamorats» salía el Domingo de Pascua, de madrugada, del desaparecido convento de Santa Catalina. La gente joven acudía a ella en tropel. Formábanse dos largas filas. En una de ellas iban las mujeres acompañando a la imagen de la Virgen de la Piedad, cubierta con un velo negro.

Integraban la otra comitiva exclusivamente fieles del sexo masculino, jóvenes y solteros en su mayoría, que daban escolta a una imagen de Jesús, igualmente enlutada y que, como la de la Virgen de la Piedad, iba también bajo palio.

Salían del convento dichas comitivas por puertas distintas, pero se unían y, en el claustro, formaban una sola procesión. En el momento en que ambas imágenes coincidían las hacían saludarse, trocando seguidamente sus vestiduras de colores negros — símbolo del dolor — por otras de gala.

Al propio tiempo, un monaguillo perteneciente a la capilla de música de la Catedral, vestido con blanca túnica y que llevaba en la diestra una palma y una corona de flores en la cabeza, en tonos alegres y vivaces cantaban el himno «Regina Caelis, Laetare, Alleluia».

Respecto al nombre que se daba a esta procesión, existen diversas opiniones por lo que respecta a su verdadero origen. Hay quien lo atribuye a la ceremonia de acatamiento que mutuamente se hacían ambas imágenes al encontrarse. Creen otros, sin embargo,

aun aceptando la hipótesis, que si el calificativo de «enamorats» prevaleció es porque tradicionalmente asistían al religioso acto las parejas de enamorados de la ciudad.

El escritor folklorista don Francisco Curet, afirma que esta procesión vino a substituir otra conocida con el mismo nombre y que se celebraba antiguamente el sábado de Gloria en la iglesia del Buensuceso, de los Padres Servitas, y que en las postrimerías del siglo XVIII fué ordenada suprimir por el Obispo don Gabino Valladares, a lo que parece a causa de ciertos abusos que en ella se cometían.

Volviendo a la típica procesión «dels enamorats», agregaremos que tenía un delicioso epílogo. Era costumbre que, una vez terminado el religioso acto, los jóvenes que a él asistían salieran a desayunarse fuera de las murallas, cuyos portales justamente se abrían al iniciarse la procesión. Había un desayuno típico: «la xocolata amb secalls o melindros», aunque había quien faltaba a los cánones de la tradición — estableciendo al cabo otra modalidad de la misma — substituyendo el soconusco por los menudillos del cordero sacrificado con motivo de la fiesta pascual.

Esta salida al campo era la primera que se efectuaba en la estación primaveral.

Al quedar destruido el convento de Santa Catalina, en 1835, dejóse de celebrar la tradicional procesión.

(3) El respeto ante el paso del Santo Viático es una de las características más notables de la fe de nuestros antepasados. Hasta la revolución de Septiembre, cuando el Santo Viático pasaba frente al Teatro de Santa Cruz — luego Principal — era costumbre suspender la representación por unos momentos. A tal efecto era lanzada al vuelo una campana que había en la Casa de la Ciudad.

Tan pronto como se percibía el toque anunciando el paso de Su Divina Majestad, los actores que se hallaban actuando arrodillábanse, en tanto que el público volvíase de espaldas al escenario. Entretanto, la orquesta del teatro irrumpía con los sones de la Marcha Real. Tan pronto como el cortejo que acompañaba al Santo Viático había pasado ya por frente al edificio del teatro, la campana de la Casa de la Ciudad lanzaba nuevos sones, reanudándose inmediatamente la representación.

Esta ceremonia se dió muchas veces hallándose en escena actores tan notables y prestigiosos como Romea, Valero y Landi, y actrices de la talla de Matilde Díaz, Teodora Lamadrid y la Perucci. Tan arraigada estaba esta costumbre, que la orquesta del teatro en cuestión se hallaba permanente en él durante las representaciones, aunque fueran éstas dramáticas, es decir, aunque la música no tuviera intervención alguna. No importaba. Los músicos permanecían en la sala hasta que terminaba la representación de la obra, por si se daba el caso de que el Santo Viático pasara por aquel lugar de la Rambla.

(4) El convento de Santa Catalina era una verdadera joya de fama universal. Fué el primer convento que los PP. Predicadores de la Orden Dominicana tuvieron en nuestro país.

El Obispo Berenguer de Palou, en 1219, solicitó licencia de fundación del convento al pasar por Bolonia, de regreso de Roma, en vista de los grandes servicios que los PP. Predicadores prestaban a la religión y a la sociedad.

Un año después llegaban a Barcelona algunos frailes de dicha Orden, que establecieron su residencia en varias casas que el citado Obispo adquiriera allá por los alrededores del Call.

Allí, el día de Viernes Santo del año 1222, tomó el hábito dominicano el confesor del Rey don Jaime, San Raimundo de Peñafort. Los frailes edificaron una iglesia, pero, resultando insuficiente, se vieron precisados a utilizar la parroquial de San Jaime, y los «Consellers» poco después les cedieron unas casas que se encontraban en el punto en donde existiera una ermita dedicada a Santa Catalina, y allí se instituyó el convento, que por tal motivo llevó siempre el nombre de la gloriosa mártir del Cristianismo.

Contrariamente a lo que suele suponerse, el convento no ocupaba el mismo espacio de terreno que en la actualidad, y desde el año 1844, ocupa el mercado conocido por Santa Catalina.

La calle de Colominas — o «d'en Coromines» — no era entonces más ancha que la «Volta de Sant Silvestre», y la de Giralt Pellicer no era en este aspecto superior. La ya citada calle de Colominas cerraba en la de Gombau, de forma que la vía pública que sigue desde dicho punto a la calle de Alvarez pertenecía al convento, junto con las casas que hay en aquel lugar.

Asimismo comprendía la calle Nueva de Lacy y el espacio ocupado por las casas cuya parte posterior da a la calle Baja de San Pedro, por la misma calle y por la de las Frexuras, saliendo a mano derecha por la de Avellá.

Tenía el templo fachada por la plazuela de Santa Catalina, y el ábside en la ya citada de Giralt Pellicer. Medía su interior, sin contar el espesor de sus muros, 57 metros de fondo, de los cuales 13 correspondían al ábside, que comprendía el presbiterio, que sólo se alzaba a unos 60 centímetros del resto del suelo de la iglesia.

La anchura de la nave, fastuosísima, era de unos 15 metros, y el ábside estaba formado por un semipolígono de diez caras. Constaba dicha nave de siete bóvedas y se elevaba hasta 27 metros. Contábanse en torno del templo 28 ventanales, correspondientes a otras tantas capillas.

El campanario del convento de Santa Catalina era el único de Barcelona que terminaba en un capitel. Medía 40 metros de altura.

En dicho convento fué establecida una biblioteca pública que llegó a contar 22.000 volúmenes, fundándose además una escuela gratuita para niños.

El convento de Santa Catalina, al que el Rey don Jaime confirió especiales privilegios, sufrió graves daños en la época de

la guerra de Sucesión, y en 1835 las turbas que salían del «Torín» aquella trágica noche de San Jaime lo incendiaron, quedando reducidos a pavesas muchísimos objetos de un valor inestimable, entre los que cabe consignar una pintura del Ticiano y varias de Villadomat. En 1837 el convento fué derruido, y siete años más tarde, como ya hemos indicado, era colocada la primera piedra del Mercado que aun subsiste.

(5) La Muralla del Mar fué uno de los paseos elegantes del pasado siglo. En los días de fiesta solían concurrir a él las mocitas casaderas y los jóvenes arrogantes. Especialmente había un día en que la afluencia de la juventud en este lugar era señaladísima: el de la Purísima Concepción. En aquel lugar se concertaron muchos noviazgos. Desde la desaparición de la Muralla del Mar, Barcelona carece de paseo marítimo.

(6) Estas discusiones con los «portalers» o consumidores tiene en la historia barcelonesa antecedentes muy lejanos, de forma que han sido incluídas en la leyenda.

A este propósito recordamos la célebre «roncalla» del gigante Farell. Cuéntase que éste fué llamado a Barcelona por el Rey don Fernando el Católico, al objeto de que pusiera en juego su fuerza y su destreza sosteniendo una lucha con un gigante negro que Colón había traído de América, y al que se había conferido el título de «gegant de la Ciutat». El gigante Farell, que, al decir de la tradición, era vecino de Caldas de Montbui, llegó a Barcelona llevando por bastón un pino — por eso le llaman el «gegant del pi» — y esta circunstancia hizo que al entrar en la ciudad por el «Portal del Angel» sostuviera una discusión con los «portalers», empeñados en que pagara el impuesto por lo que ellos consideraban pino y que para el gigante no era nada más que un bastón. Como sucedía en la mayor parte de los hechos reales, en la leyenda el gigante se burla también de los «portalers».

No hay que echar en olvido que el movimiento de 1842 tuvo también, al menos como pretexto, una discusión en un «portal».

Se cuentan muchas historias e historietas acerca de los ardides que se utilizaban para pasar por los portales toda clase de artículos sin pagar arbitrio alguno. Las mujeres eran, a lo que parece — y según dan fe algunos grabados de la época —, quienes lograban pasar mayor cantidad de matute de forma más disimulada, aunque algunas veces eran sorprendidas.

(7) Según versión recogida del popular folklorista don Juan Amades, el primer barcelonés que vistió «a la francesa», dando con ello pruebas de ser liberal, fué el famosísimo «senyor Canons», tipo popular que con el tiempo ha sido deformado, dotándole la misma fantasía del pueblo de una psicología simbólica.

(8) Afortunadamente, en esta edición de las MEMORIAS DE UN MENESTRAL DE BARCELONA no hay que lamentar, como en las que la precedieron, el injusto olvido en que fueron sumidos durante muchos años los gloriosos mártires barceloneses de la Guerra de la Independencia. Dos ciudadanos beneméritos, los señores Mercader y Garriga Bachs, lograron con su esfuerzo y generosidad reparar aquel olvido, y en el mes de junio del año 1909, después de una procesión cívica que se vió concurridísima, fué colocada la primera piedra del nuevo sepulcro de los mártires.

Por cierto que, cuando el arquitecto encargado de desarrollar el proyecto iniciaba sus trabajos, llegó a oídos de la comisión organizadora que la imagen del Santo Cristo de la Ciudadela, que presidió el sacrificio de aquellos abnegados barceloneses, mártires de la Patria, se hallaba guardada en la casa rectoral del vecino pueblo de Viladecans. Hechas las necesarias averiguaciones, los elementos de la comisión pudieron comprobar que el extremo era cierto, dirigiéndose al cura párroco de dicho pueblo para que les cediera la preciada y a la vez histórica imagen; pero, con gran sorpresa de los comisionados, se negó rotundamente a hacerlo, hasta el punto que fué precisa la intervención del Obispo de la diócesis, que a la sazón lo era el Doctor Laguarda, para que aquel Santo Cristo figurase en el lugar que por muchos conceptos le correspondía.

Años más tarde, en un terreno cedido por el señor Garriga Bachs — sito en la calle del Obispo Irurita, frente a la puerta de Santa Eulalia de la Catedral — y en la plaza que lleva el nombre del generoso donante, fué erigido un monumento muy adecuado en el que figura un grupo escultórico de Ilmona, de gran valor artístico. Durante el año 1937, a consecuencia de la guerra civil, sufrió algunos desperfectos, que en parte han sido reparados cuando escribimos estas notas.

(9) La demostración que se hizo del «Daguerrotipo» fué realmente algo extraordinario. He aquí el texto del programa, que reproducimos:

«EL DAGUERROTIPO. — Programa de la sesión pública que tendrá lugar, el 10 de noviembre de 1839, en la Plaza de la Constitución, en el terrado de frente casa Xifré. El Daguerrotipo es un aparato inventado por M. Daguerre, pintor de París, para fijar o hacer permanentes en una lámina metálica las imágenes representadas en la cámara oscura. Obtener que estas imágenes queden fijas o impresas era un secreto en el cual por mucho tiempo nadie había pensado, y que se ha descubierto recientemente. El Gobierno francés ha premiado a los inventores con una pensión vitalicia de 6.000 francos a M. Daguerre y de 4.000 a su asociado M. Niepce.

Para obtener la fijación de las imágenes en la plancha de cobre plateado, hay que practicar cinco series de operaciones:

1.º Limpiar la plancha, para que pueda recibir la capa sen-

sible. Se limpia con piedra pómez finamente pulverizada y aceite.

2.º Aplicar la capa sensible. Esto se obtiene exponiendo la plancha al vapor del yodo.

3.º Exponer en la cámara oscura la plancha preparada a la acción de la luz, para que reciba la imagen de la naturaleza.

4.º Hacer que aparezca esta imagen, pues cuando se saca la plancha de la cámara oscura no es visible. Consiguiese exponiendo la plancha al vapor del mercurio.

5.º Quitar la capa sensible, a fin de que la luz no siga modificándola, lo cual destruiría necesariamente la imagen obtenida. Y esto se hace por medio de repetidas lociones con una débil solución salina y agua destilada hirviendo.

6.º El objeto de la sesión pública que se ha anunciado es: 1.º Poner de manifiesto en todas sus partes el aparato de M. Daguerre y explicar sus usos, 2.º Practicar en presencia de todos los concurrentes las operaciones que se dejan apuntadas. 3.º Adjudicar al concurrente favorecido por la suerte la plancha sobre la cual se operará, puesta en su marco correspondiente, y que será la primera vista obtenida en España por el maravilloso proceder del Daguerrotipo. Los intermedios de las operaciones serán amenizados por las armoniosas tocatas de una banda de música militar. La primera vista que se va a obtener abrazará el edificio de la Lonja y la hermosa manzana de casa Xifré. La sesión empezará a las once del día y durará sobre sesenta o setenta minutos, según el estado de la atmósfera y la fuerza del sol. Se entra por la casa número 7 de la calle Castaños.»

Esto decía el programa, uno de cuyos pocos ejemplares restantes poseemos en nuestro particular archivo. Por su parte, el periódico — «Diario de Barcelona» — recomendaba a los asistentes al acto que se situaran en la casa de Xifré o en la Lonja, y que estuvieran atentos, pues cuando el aparato se hallase ya preparado para funcionar dispararíase un escopetazo, al objeto de que cuantos se encontraran en los lugares en cuestión se ocultaran hasta que un nuevo escopetazo les avisara de que ya podían salir de su refugio, advirtiéndolo que si alguno dejaba de cumplir esta orden sería castigado fácilmente porque su imagen quedaría impresa en la plancha.

(10) La figura del Conde de España ha sido sin duda una de las más falsificadas en la historia del pasado siglo. Sin pretender trazar aquí su reivindicación, creemos al menos nuestro deber hacerlo constar así. Una prueba de que no era cierto todo lo que se decía de aquel personaje, sin duda alguna de carácter duro y atrabiliario pero sin llegar a los refinamientos de maldad que le atribuía el vulgo, la tenemos en el hecho de aquellos muchachos que a mediados del mes de mayo de 1839 fueron hechos prisioneros en un montículo cercano al «Torrent de l'Olla», de la villa de Gracia, por unos soldados carlistas disfrazados de miqueletes. Aquellos



muchachos, cuyas edades oscilaban entre ocho y quince años, fueron trasladados a Berga. Al saberse la noticia circularon por Barcelona las más absurdas versiones acerca de los tormentos que el Conde de España aplicaba a los muchachos prisioneros. Los padres de éstos acudieron al capitán general de Cataluña, y por otros conductos también trataron del rescate de sus hijos, ofreciendo al Conde de España una crecida cantidad que éste rehusó, aceptando únicamente canjear a los chicos con varios prisioneros carlistas, entre los que se encontraban dos hijos suyos. Unos días después, las madres de aquellos muchachos recibieron la carta que transcribimos y que produjo una gran sensación de sorpresa. Decía así:

«Cuartel General de Berga, 3 de julio de 1839.

Muy Sras. mías: Si los amables e interesantes hijos de ustedes se hallasen en mi poder como en el de un particular que puede ordenar sus actos por propia voluntad, estos muchachitos, de cuya detención no tuve conocimiento hasta que fueron llevados a mi presencia, los hubiera devuelto a sus familias hace ya tiempo, porque conozco la fuerza del cariño de los padres. Pero mi posición me impone otros deberes. Yo quisiera, señoras, persuadir a ustedes del interés que me inspiran sus hijos y del sentimiento que su detención me causa, sentimiento que me tranquiliza algún tanto teniéndolos en mi mesa, visitándoles con frecuencia y constándome el cariñoso afecto que les demuestran las personas a que les tengo encomendado su educación y cuidado particular. En más de una ocasión me he puesto en el lugar de ustedes. Me he hecho cargo de su aflicción y he procurado aliviarla en cuanto de mí depende. Díganme ustedes qué clase de obsequios apetecen a sus hijos y les serán concedidos, pero pónganse también en mi lugar; reflexionemos un poco sobre los deberes de un General para con su Rey, y me atrevo a creer que no me culparán en su corazón amable y justo si, por condición única de la libertad de los muchachos, exijo la de algunas personas sobre las cuales tengo escrito y vuelvo a escribir al Capitán General enemigo. La persuasión que facilite el cariño de marras y los anticipos en dinero que tienen hecho al General Barón de Meer los esposos y parientes de ustedes, no serán desatendidos por su sucesor, y su determinación puede proporcionarme el gusto de devolver a ustedes a sus estimados hijos. Entretanto, tengo la satisfacción de anunciar a ustedes que todos están buenos, y de ofrecerme a sus órdenes como su atento y seguro servidor que s. p. h. — El Conde de España.»

El día 26 de agosto de aquel mismo año, transigiendo siempre el Conde de España en las condiciones, los niños fueron canjeados, siendo conducidos a San Andrés de Palomar, en donde un inmenso gentío fué a aguardarles. La estupefacción llegó a su colmo cuando los chicos manifestaron que habían pasado unos días deliciosos, pues que el Conde de España les trataba con un gran mimo, no pasando día que no les hiciese algún regalito y, aun

cuando se hallaba ausente, no les mandase cerezas, albaricoques y otras frutas. Manifestaron asimismo que solía jugar con ellos y que cada noche, antes de que se fueran a acostar, les besaba, prometiéndoles que lo más pronto posible serían devueltos a sus hogares.

(11) Hay quien afirma que el nombre de este baile tiene su origen en que los concurrentes al mismo, gente del bajo pueblo, al hablar solían darse manotazos. El baile de «La Patacada» fué muy popular, y su nombre convirtiéndose en proverbial para expresar la condición de las salas de baile de baja categoría.

(12) Hay una tradición que afirma que los autores de la idea de borrar los números de las casas y los nombres de las calles fueron dos barceloneses apellidados Espalter y Sadurní, cuyos nombres ostentan sendas calles del distrito V.

(13) Numerosas patrañas circularon a propósito del nuevo invento. Una de ellas era la que afirmaba que la compañía del ferrocarril tenía alquilado a un sujeto de mala catadura que iba con un saco al hombro apoderándose de los chiquillos descuidados, a los que retorcia el pescuezo y metía en el saco en cuestión, entregándolos luego a ciertas personas que se encargaban de extraer de los infantiles cuerpos una grasa que, según el vulgo, era imprescindible para unjar las ruedas del ferrocarril. De ahí precisamente nació el famoso tipo imaginario conocido por «l'home del sac», terror de varias generaciones infantiles.

(14) El Café de las Siete Puertas fué fundado, como queda dicho, por don José Cuyás, que poseía en la Plaza de Palacio un café que primeramente denominó «de la Constitución», trocando luego este nombre por el de «la Constancia». Deseoso de ampliar el negocio, el señor Cuyás se trasladó a los bajos de la célebre casa de Xifré. Su establecimiento fué sin duda el primero de esta índole que se instaló en Barcelona con cierto lujo. Su apertura tuvo verdadera resonancia en la ciudad. Había en él letreros redactados en francés y en inglés y un lujo verdaderamente extraordinario. Lo que causó gran extrañeza fué que no estuviera aún bautizado con un nombre propio de aquella suntuosidad. Haciéndose eco de este sentir, don Juan Cortada, el famoso historiador que escribía en el «Diario de Barcelona» artículos firmando con el seudónimo de «Aben Abulema», publicó el día de Navidad del año 1838 un artículo titulado «Un número célebre», en el cual decía, entre otras cosas:

«En la religión, en las costumbres, en la naturaleza, en las sectas, en los gobiernos, en la mitología, en la legislación, en las bellas artes, en los fastos de los crimenes, en el cielo, en la Iglesia, en la historia, en todas partes el número 7 recuerda documentos

justificativos, títulos a la celebridad. Dios descansó en el séptimo día de la creación del mundo. La historia de los israelitas nos refiere los siete años de abundancia y los siete de miseria que hubo en Egipto, y a renglón seguido vienen los siete hermanos de José, y poco después, los siete días en que los israelitas tuvieron que abstenerse de comer pan con levadura para prepararse a celebrar la Pascua antes de la salida de Egipto. En la Ley nueva, los cristianos todos saben las siete palabras que pronunció Jesús al tiempo de expirar, y todos veneran a su divina Madre bajo la advocación de los siete dolores...

Así, de esta forma, «Aben-Abuleman» sacaba a colación en su artículo numerosos hechos y cosas relacionadas con el famoso número: los siete pecados capitales, las obras de misericordia, las maravillas del mundo, los sabios de Grecia, las notas musicales, las Partidas, los «Niños de Eclija», etc.

Y terminaba diciendo:

«¿Quién tan célebre como el número 7? Y qué, ¿no hay todavía otros testimonios de esta fama? Sí, hay otro, grande, que está al alcance de todos, reciente, visible. ¿Cuál es? El café sin nombre, el café del Pórtico-Nifré. Ese café tiene siete puertas. ¡Gloria al café de las siete puertas!»

Sin duda alguna el artículo del falso morisco agradó mucho al señor Cuyás, y fuera porque le pareciera oportuna la propaganda, o porque creyese acertado el título, lo aceptó, dándolo a su establecimiento, lo cual fué objeto de toda clase de comentarios.

«Aben-Abuleman», con un gracejo y garbo que recuerdan mucho a los de su contemporáneo «Figaro», daba cuenta de la aceptación del título que propusiera, en el número del «Diario de Barcelona» correspondiente al día 21 de marzo de 1839, en un artículo que tituló «Gracias, amado pueblo». Refería en él — ¡qué antología más interesante podría hacerse con tales artículos! — que un amigo le había comunicado la feliz noticia, y agregaba:

«Seguí a mi amigo, atravesé media ciudad, cogí la plaza que llaman de Palacio, debiéndose llamar de la Constitución, según el rótulo, o del Comercio, según el destino que se le da, o de la Policía urbana, según está el piso; la atravesé de oeste a sur, coléme en el pórtico de Nifré y me puse de cara al objeto que me había hecho salir de casa. Di vuelta a la esquina del pórtico, volví atrás, fui otra vez a la esquina y aun retrocedí, y miré muy despacio y volví a mirar, y lei con una satisfacción que se me caía la baba. ¿Y qué dirán ustedes que lei? Lei tres letreros puestos en hermosas y grandes letras de oro sobre nueve cristales repartidos en tres puertas, cada uno de los cuales letreros dice ni más ni menos que las siguientes palabras: CAPE DE LAS SIETE PUERTAS. He aquí un pensamiento mío escrito en letras de oro, una invención mía expuesta a los ojos de todo este respetable público y de todo este respetable público forastero que llegue a Barcelona. Y luego correrá esa invención de boca en boca, saldrá en los

periódicos, en los rótulos de las botellas, se repetirá mil veces cada día, la llevarán por todo el mundo los que hayan estado en Barcelona y se vayan a otra parte, y de golpe y porrazo me encuentro universalizado e inmortalizado, porque yo fui el inventor de esa denominación significativa, verídica, altisonante, peregrina y memorable, yo, aunque moro, fui el padrino de ese bautizo...»

Y terminaba diciendo: «Sí, yo lo dije en el artículo citado (el del 25 de diciembre): ¡Gloria al Café de las Siete Puertas! Y me parece muy regular que un coro responda hoy: ¡gloria al bautizador! Gracias, muchas gracias.»

(15) Monsieur Arban era muy popular en Barcelona. En el año 1847 se había elevado en globo en compañía de un muchacho catalán, cochero de oficio, llamado Eudaldo Munné. Aquel famoso aeronauta acostumbraba rodear de gran propaganda escrita sus ascensiones. Consideramos muy curiosa la transcripción de unas hojas repartidas profusamente durante aquellos días y que estaban concebidas en estos términos:

«El señor Arban a los barceloneses, al emprender su segunda ascensión por los aires acompañado del joven catalán, el día 19 de septiembre de 1847:

¡Mirad, mirad!, los que antes acudisteis  
a presenciar la novedad incierta  
y en este circo ufanos aplaudisteis,  
del aire al verme en la región desierta.  
Vuestros oídos otro nombre bello  
hiera tal día; de placer henchido  
yo mi costumbre con su fama sello,  
que es por doquier tal nombre conocido.  
¡Sabéis cuál es? Si el corazón os salta  
de gozo y entusiasmo, él os lo dice:  
"El Valor Catalán", nombre que exalta,  
que se acata por todo y se bendice.  
Mar no he cruzado ni región lejana  
con mi nave sutil, no he visto muro  
que de la valentía catalana  
no conserve recuerdo muy seguro.  
Mas Barcelona, esa ciudad querida,  
hoy mi dicha engrandece: en ella al punto  
hallo al que olvida la estimable vida  
para conmigo arriesgarse junto.  
¡Miradle aquí! El joven arrojado  
que hoy a mi lado con valor se eleva,  
de Barcelona el suelo lo ha criado  
y el nombre heroico de catalán lleva.  
Saludadle, pues, todos y de afecto  
dadle una prueba: bastará un suspiro.

Hacedlo así; ciudad que no se excite  
no habrá al llegar el eco placentero,  
cuando al dar la noticia aquesta grite:  
*En todo, el catalán es el primero.*»

En la célebre y a la par triste ascensión de aquella tarde de octubre, monsieur Arban repartió, además de flores y dulces, unos impresos en los que se leían los siguientes versos en acróstico:

Al cabalgar veloces en el viento,  
A la ciudad, que sobre ti se extiende,  
Ardor divino nuestro pecho enciende,  
Auroras alas prestando al pensamiento.  
Celestial ilusión de alma contento  
Exalta nuestro ser que pronto atiende  
Liber tu aroma que ligero asciende.  
Oloroso vergel de amor siento  
Nadar en luz y verte — pues Dios lo quiso —  
Arriba un cielo, abajo un paraíso.

De toda aquella aventura tan trágica restó el proverbio, tantas veces repetido, de «Ha fet com la bomba de monsieur Arban», empleado para aludir a la desaparición de una persona o cosa.

(16) Esta zarzuela se tituló «Paco Mandria y Sacabuche». De ella decía el «Diario de Barcelona», al dar cuenta de su estreno:

«Anoche, en el teatro de la Barceloneta, debió estrenarse una pequeña zarzuela del género andaluz, música y poesía del joven poeta señor Clavé, que tiene dadas ya algunas muestras de su ingenio y excelentes disposiciones artísticas». En la sección de espectáculos del mismo periódico se anunciaba que la obra sería «desempeñada por el mismo autor y don Félix Capellades».

(17) Los Campos Elíseos, de marcado resabio francés, según delata su nombre, pues querían ser una copia de los populares jardines parisinos, estaban emplazados a la derecha del Paseo de Gracia, en lo que hoy son las calles de Mallorca y Rosellón. Su extensión era enorme, de más de tres mojadadas de terreno. Fueron el primer jardín en donde se estableció el derecho de entrada. Costaba dos reales. También había «abonos» para todo el año, que costaban veinticinco pesetas.

Jardines bellos y espaciosos, con montañas rusas, un lago con barquillas en las que nacieron muchos idilios amorosos, «labyrintho», surtidores, café, sección de tiro de pistola, trapecios y hasta circo, en el cual indiferentemente se daban sesiones gimnásticas o se toreaban novillos.

El teatro de los «Campos» era renombradísimo. Allí se dieron las primeras representaciones de ópera francesa.

En los «Campos», nuestro inmortal Clavé dió numerosos conciertos, entre los que cabe destacar dos grandes festivales de los coros euterpenses, en los que participaron casi todas las sociedades corales de Cataluña, sumando unos dos mil coristas en total.

Otro de los grandes atractivos de los «Campos Eliseos» fueron las fiestas nocturnas, en las que se daban fuegos de artificio.

Allí se hizo popular «monsieur Grenier», pirotécnico francés que estuvo una temporada organizándolos, siendo su especialidad las «cascadas luminosas», que cubrían en toda su anchura el edificio del teatro.

«Pitarra», el gran captador de las notas de actualidad, para reflejarlas en la escena, en su gracioso «singlot poétich», titulado «L'Esquella de la Torratxa», habla de este pirotécnico por boca del personaje «Jaumet», que hace a su enamorada «Riteta» esta graciosa y pintoresca comparación:

«Que el meu cor és com un «Campos» quasi penso  
y tu en Grenier, que hi fas castells de foch.»

Un barcelonés, apellidado Pascual, debutó como pirotécnico, y aunque, al decir de muchos, «hi tenia gràcia», no gustó tanto como Grenier. Acaso si se hubiese hecho llamar «monsieur Pascual», la cosa hubiese cambiado.

Los «Campos» — ¡quién lo dijera! — empezaron a decaer quince años después de inaugurarse. De aquellos jardines sólo quedó una pequeña parte circundada por las modernas edificaciones urbanas. Allí quedó el teatro de los «Campos», hasta que en el año 1881, habiendo llegado a propiedad de don Evaristo Arnús, le dió nueva vida y fué un teatro aristocrático y suntuoso: el «Teatro Lírico-Sala Beethoven», desaparecido a principios del año 1901.

De los «Campos» sólo queda el recuerdo. Un bella estampa barcelonesa ochocentista.